



Hjalmar Söderberg

EL JUEGO SERIO

Traducción del sueco
Neila García Salgado

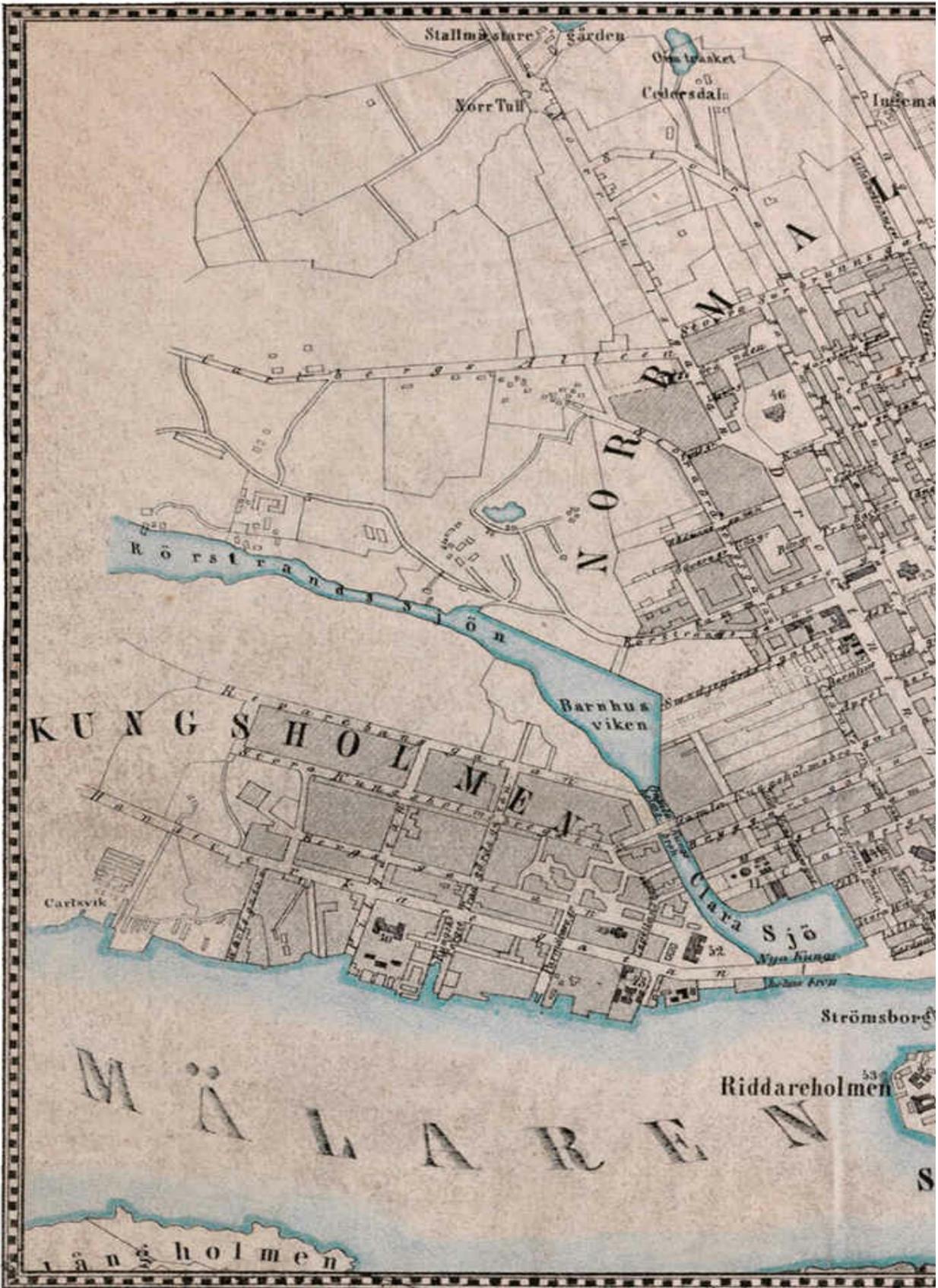
Nørdicalibros

Hjalmar Söderberg

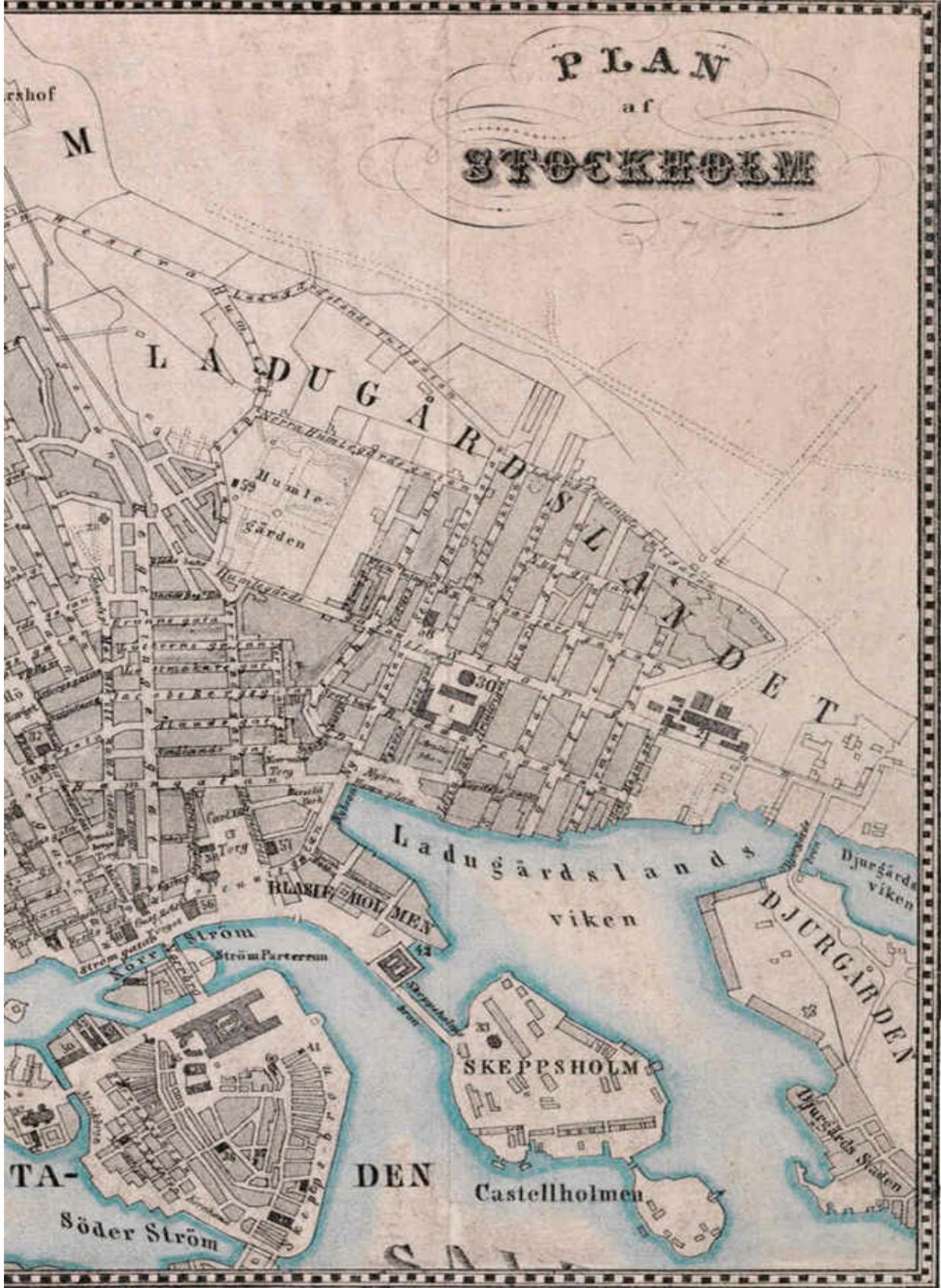
EL JUEGO SERIO

Traducción de Neila García





PLAN
af
STOCKHOLM



rshof

M

LADUGÅRDSLANDET

Munle-
gården

Ladugårdslands-
viken

BLÅSIL-
MOLMEN

Djurgårds-
viken

DJURGÅRDEN

SKEPPSHOLM

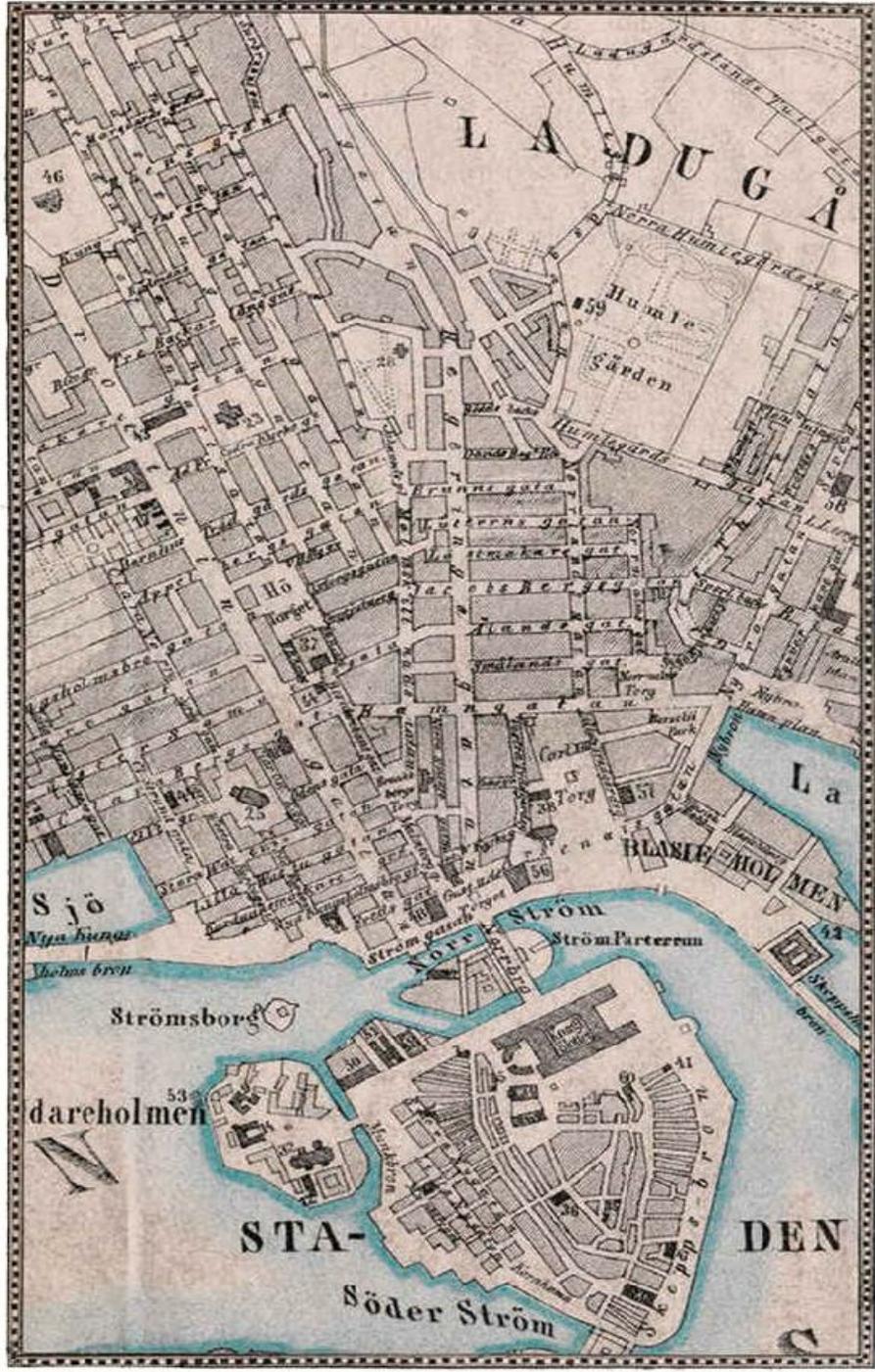
Castellholmen

TA-

DEN

Söder Ström

SAL



I

«No soporto la idea
de que alguien me esté esperando»...

Lydia solía bañarse sola.

Lo prefería así y, además, ese verano tampoco tenía con quién bañarse. Y no tenía por qué tener miedo: su padre estaba sentado en la cima de la colina, a escasa distancia, y pintaba su *Motivos del litoral*, sin quitarle ojo a Lydia para que ningún inoportuno se acercara más de la cuenta.

Se encaminó hacia el agua, hasta que le cubrió ligeramente por encima de la cintura. Allí se quedó quieta, con los brazos erguidos y las manos entrelazadas detrás de la nuca, hasta que los remolinos de agua se allanaron y las ondas le devolvieron el reflejo de sus dieciocho años.

Entonces se inclinó hacia delante y nadó en las profundidades color esmeralda. Disfrutaba con la sensación de dejarse llevar por el agua; se sentía tan ligera. Nadó tranquila y en silencio. Ese día no vio ninguna perca; si no, solía jugar un poco con ellas. Una vez había estado tan cerca de atrapar una con la mano que se había pinchado con su aleta dorsal.

De vuelta en tierra se pasó rápidamente la toalla por el cuerpo y dejó luego que el sol y la brisa estival la terminaran de secar. Se tendió junto a la orilla, sobre una roca lisa que las olas habían erosionado y pulido. Primero se tumbó boca abajo y dejó que el sol le abrasara la espalda. Ya tenía el cuerpo muy bronceado, tan bronceado como la cara.

Y dio rienda suelta a su pensamiento. Pensó que pronto sería la hora de la comida. Tomarían jamón cocido a la plancha y espinacas. Y estaba bien, pero de nada serviría, porque la comida era de todos modos el momento más aburrido del día. Su padre no decía precisamente mucho y su hermano Otto se mantenía callado y serio. Otto también tenía sus preocupaciones. En Suecia los ingenieros encontraban muy pocas salidas y en otoño se iría a América. El único a la mesa que solía hablar era Filip. Pero jamás decía algo que a ella le apeteciera escuchar, casi siempre se limitaba a hablar de precedentes jurídicos y artimañas de abogados y ascensos y bobadas por el estilo que a nadie podían importar. Era como si hablara solo porque alguien tuviera que decir algo. Y entretanto buscaba con sus ojos miopes las mejores tajadas de la fuente.

Y, sin embargo, sentía tanto aprecio por su padre y sus hermanos. Qué curioso que sentarse a una mesa puesta con sus seres más allegados, por los que tanto aprecio sentía, pudiera ser tan tedioso. Se dio la vuelta, se tumbó boca arriba con las manos detrás de la nuca y alzó la vista al cielo.

Y pensó: «Cielo azul, nubes blancas. Azul y blanco; azul y blanco. Tengo un vestido azul con

encajes blancos. Es el más bonito que tengo, pero no por eso me gusta tanto. Es por otra razón. Es porque era el vestido que llevaba *aquella vez*».

Aquella vez.

Y siguió pensando: «¿Me ama? Sí, sí. Por supuesto que sí».

«Pero ¿me ama de verdad —*de verdad*—?».

Recordó un episodio no muy lejano, una noche en que estaban sentados los dos solos bajo los lilos del cenador. De repente, él había intentado envolverla en una caricia audaz, y eso la asustó. Pero, por supuesto, al instante había comprendido que no iba por buen camino, pues la había cogido de la mano, de la misma mano con la que ella se había defendido, y la había besado como queriendo pedir perdón.

«Sí —pensó Lydia—, seguro que me ama de verdad».

Y siguió pensando: «Lo amo. Lo amo».

Pensaba con tal fuerza que sus labios se movían al compás de sus ideas y la idea se volvió susurro: «Lo amo».

Azul y blanco. Azul y blanco. Y el agua ploc, ploc, ploc.

De repente se puso a pensar que, por primera vez ese verano, había descubierto lo bonito que era bañarse sola. Se preguntaba por qué sería así. Pero era bonito. Cuando las muchachas se bañaban juntas tenían siempre que gritar y reír y montar alboroto. Pero era mucho más bonito bañarse sola y en completo silencio y tan solo escuchar el ploc del agua contra las rocas.

Y mientras se vestía se puso a tararear una canción.[1]

*Un día a mi lado
el pastor te preguntará
si tú mi amigo especial
quisieras ser.*

Pero no articulaba las palabras, tan solo tarareaba la melodía.

*

Desde tiempos inmemoriales, el artista Stille alquilaba todos los veranos la misma cabaña pesquera en un rincón apartado del archipiélago. Pintaba pinos. En su día se le había atribuido a él el hallazgo del pino del archipiélago, igual que Edvard Bergh había descubierto la fronda de abedules propia de Svealand y Norrland. Prefería los pinos cuando después de haber llovido los bañaba el sol y las ramas brillaban húmedas bajo la luz. Pero para pintarlos así no necesitaba ni que lloviera ni que brillara el sol: podía hacerlo de memoria. Tampoco le disgustaba que la luz del atardecer emitiera reflejos rojos sobre la fina corteza rojiza cercana a la cima y sobre el ramaje nudoso y trenzado. En la década de los sesenta había recibido una medalla en París. Su pino más famoso estaba colgado en la Galería de Luxemburgo y había un par más en el Museo Nacional. Ahora —a finales de los noventa— ya sobrepasaba con creces la sesentena y, con los años, se había ido quedando relegado a un segundo plano ante la creciente competencia. Pero

trabajaba tenaz e infatigablemente como había hecho durante toda su laboriosa vida, y también estaba versado en el arte de vender sus pinos.

—Pintar no es ningún arte —solía decir—, hace cuarenta años ya se me daba igual de bien que ahora. Pero vender, eso sí que es un arte que lleva su tiempo aprender.

El secreto era bastante sencillo: vendía barato. Y así había sacado adelante a su esposa y a sus tres hijos con relativa soltura, y había sido justo hacia Dios y hacia el prójimo. Hacía un par de años que había enviudado. Menudo, fibroso y delgado, con retazos de piel rosada y lozana que asomaban aquí y allá entre su barba musgosa, él mismo parecía un viejo pino del archipiélago.

La pintura era su oficio, pero su pasión era la música. Tiempo atrás había disfrutado confeccionando violines y había soñado con desentrañar los recónditos secretos de la lutería. Hacía mucho de eso. Pero, con la pipa apoyada en la comisura de los labios, se deleitaba tocando el violín para las gentes del archipiélago en el baile nocturno de los sábados.

Y cuando le dejaban ser el bajo en algún cuarteto no cabía en sí de gozo. Por eso ese día, sentado a la mesa, rezumaba buen humor.

—Esta noche habrá música —dijo—. Ha llamado por teléfono el barón y ha dicho que se pasará por aquí con Stjärnblom y Lovén.

El barón poseía una pequeña propiedad al otro lado de la bahía y era su vecino más cercano, al menos dentro de la alta burguesía. El licenciado Stjärnblom y el notario Lovén eran sus invitados.

Lydia se levantó de un brinco y salió a buscar algo en la cocina. Le ardían las mejillas.

*

—Yo no voy a cantar —protestó Filip.

—Pues no cantes —refunfuñó su padre.

El cuarteto presentaba un pequeño defecto, y es que en él había dos tenores altos. El viejo Stille todavía seguía siendo un bajo magnífico. El barón afirmaba poder adoptar cualquier tesitura «con un resultado igual de pésimo», pero se le había adjudicado ser barítono. Stjärnblom sería tenor bajo. Pero Filip y Lovén habrían de compartir el honor y la responsabilidad de ser, ambos, tenores altos. La voz de Filip era leve, delicada, clara; definitivamente lírica. Lovén, en cambio, tenía una voz colosal, en cuyo desbordante torrente vocal Filip se ahogaba irremediadamente. Lovén afirmaba que lo habían invitado a realizar un acompañamiento en la Ópera. Al mismo tiempo, Filip se sentía orgulloso de ser indispensable para matices más sutiles, pues en la lira de su rival no había más que dos cuerdas: *forte* y *fortissimo*. Además, el notario Lovén encontraba en su fogoso temperamento artístico un enemigo: cuando la pasión se apoderaba de él, desafinaba o se le escapaba un gallo.

Otto rompió el silencio a la mesa.

—Bah —dijo—, vas a cantar de todas formas. Un tenor capaz de cerrar el pico cuando oye cantar a otros es algo inaudito.

—Puedes cantar hasta donde te alcance la voz —medió el padre.

Sentado a la mesa, Filip removía enfurruñado las espinacas. Pensó que tal vez pudiera dejarse convencer para cantar «Warum bist du so ferne», quizás también «Kornmodsglansen». Recordaba la otra vez que habían cantado «Warum». Lovén se había descolgado estrepitosamente y de repente el barón, golpeando el diapasón contra la bandeja de servir el ponche, había dicho: «¡Calla la boca, Lovén, y deja que Filip cante eso, que él *sí que puede!*». Y recordaba la exquisitez con que había cantado aquella vez.

Lydia regresó a su asiento.

—Me dejaron encargada de ver qué tomamos esta noche. Habrá jamón otra vez, y arenque, eneldo, patatas y las carpas de Otto. Es todo lo que hay.

—Y aguardiente, cerveza, ponche y coñac —remató Otto.

—Sí, ¡y no hace falta más! —añadió el viejo Stille—. Si con eso tenemos cubiertas todas las divinas dádivas de Dios.

*

El sol de agosto estaba a punto de ponerse cuando el pequeño velero del barón asomó por detrás del cabo. El viento había amainado. Las velas colgaban flácidas, y se habían puesto a remar. Al aproximarse el barco al embarcadero, desenarbolaron las velas, el remero descansaba apoyado en los remos y el barón marcó el tono con el diapasón, y mientras el velero dejaba tras de sí la amplia bahía arrastrado suavemente por el mar de fondo, los tres hombres que iban en el barco comenzaron a entonar un trío de Bellman:[2]

Suaves rompen las olas,

suave silba Eolo

*cuando en la orilla suenan
nuestras mandolinas.*

Brillan la luna

y el agua fría y tranquila.

Lilas, jazmines

rocían todo con su aroma.

Mariposa verde y dorada

destella sobre la flor,

ya la larva emerge de su grava,

ya la larva emerge de su grava.

La canción sonaba limpia y bella a través del agua. Dos viejos pescadores, que de pie junto a una nasa lanzaban el palangre, pararon de faenar y se pusieron a escuchar.

—¡Bravo! —exclamó el viejo Stille desde el embarcadero.

—Sí, esta no te sale mal, Lovén —respondió el barón—, salvo cuando dice «la larva eme-e-e-er-ge». Esa parte le queda mejor a Filip. En cualquier caso, ¡buenas tardes a todos! Buenas tardes,

viejo ladronzuelo, ¿tienes algo de coñac? Güisqui traemos nosotros. Buenas tardes, mi pequeña, bella y dulce, mua, mua. —El barón acompañaba cada galantería con un caballeroso beso lanzado al aire—. ¡Señorita Lydia! ¡Buenas tardes, muchachos!

El barón Freutiger era una especie de maleante curtido por el sol y con una barba negra al estilo de la de Nabucodonosor. Poco le faltaba para cumplir los cincuenta, pero había conservado su juventud gracias a la ligereza con la que se tomaba la vida. Las penas y preocupaciones le resbalaban. Pero lo cierto es que le había pasado de todo, y él mismo solía contar que una de las mayores desgracias que había vivido era cuando una vez lo habían colgado por robar un caballo en Arizona. Y era verdad: de joven había sido la oveja negra de la familia y había probado suerte en numerosos confines del mundo. Estaba versado en muchas artes. Había publicado una antología de crónicas de viajes, cuyas mentiras descaradas y graciosas habían inscrito su nombre en el panorama literario, y componía vales que sonaban en los bailes de palacio. Tras haber recibido años atrás una herencia, había adquirido una pequeña propiedad en el archipiélago, donde al amparo de la agricultura dedicaba su tiempo a cazar aves marinas y jovencitas. Pero también le interesaba la política. En las últimas elecciones se había presentado como candidato a parlamentario con los liberales, y quizás hubiera salido elegido de haber sabido al menos lo importante que era posicionarse de forma más clara con respecto a la moderación en el consumo de alcohol.

Ataviado con un vistoso traje blanco de franela y un sombrero de paja viejo y sucio que había perdido la forma, saltó hasta el embarcadero y reunió el cuarteto a su alrededor. El notario Lovén, que trabajaba en asuntos arancelarios, un hombretón fornido, rubio y rosado, algo rechoncho y con la belleza inexpresiva propia de una muñeca, tomó posición y emitió un par de agudos a modo de prueba. El licenciado Stjärnblom, un joven de espalda ancha oriundo de Värmland, de mirada tímida y profunda, estaba colocado más al fondo. El viejo Stille y Filip se acercaron, el barón marcó el tono y coreando la canción «Sångarfanan åter höjes» subieron desfilando hasta la cabaña roja, donde copas y botellas emitían destellos a través de las hojas de lúpulo que trepaban por la veranda.

La tarde iba oscureciendo cada vez más, y en el pálido cielo del hemisferio norte brillaba ya Capella, la luminosa estrella de las noches de agosto.

Lydia estaba apoyada en el pasamanos de la veranda. Se había pasado la tarde entera yendo de acá para allá entre la cocina y la veranda, ocupada con «los cacharros», que era como se refería en conjunto a copas y botellas y todos los objetos domésticos. Tenía que encargarse ella sola del servicio: Augusta, su vieja criada, que llevaba doce años con ellos, crepitaba como una plancha de hierro ardiendo cada vez que había invitados, y desaparecía por principios.

Y ahora Lydia estaba un poco cansada.

En esa noche apacible se iban sucediendo las canciones, intercaladas con pequeñas discrepancias entre los tenores que, una y otra vez, se conciliaban con el tintineo de las copas, colmadas de tres tipos de bebidas espirituosas con que mitigar la sed. Los cantantes estaban sentados plácidamente

en la veranda. Lydia permanecía quieta, contemplando el atardecer cada vez más grisáceo y atenta a la conversación de los hombres que, sin embargo, apenas lograba escuchar, los ojos se le habían hinchado por efecto de las lágrimas y sentía, de pronto, un gran peso en el corazón. Su amado se le antojaba siempre tan lejano al verlo en compañía de otros hombres. Y, sin embargo, allí estaba él, sentado a escasos tres pasos de ella.

Oyó la voz de su padre:

—¿Has estado en la exposición, Freutiger?

Corría el verano de 1897, año de la Gran Exposición de Estocolmo.

—Sí, me pasé ayer un rato para echar un vistazo, aprovechando que estaba en la ciudad. Y como tengo ya por costumbre —habré visto al menos cien exposiciones mundiales colosales—, nada más entrar pregunté: «¿Dónde está la danza del vientre?». ¡No había danza del vientre! A punto estuve de desmayarme. Así que me dejé caer por la exposición de arte. A propósito, ¿hay algo tuyo ahí?

—No, por Dios. Jamás expongo. Yo vendo. Pero entré a mirar la semana pasada. Y había bastante que ver. Un danés había pintado un sol que en realidad no se podía contemplar, sino que le ardía a uno en los ojos. ¡Qué maestría! Pero es que no hay quien demonios pueda estar al tanto de todos los trucos modernos y se los pueda ir aprendiendo. Soy viejo, maldita sea. ¡Salud, Lovén! Tú no bebes nada, Stjärnblom. ¡Salud! Hubo una vez en los ochenta en que me empecé a sentir horriblemente anticuado y me entraron ganas de adaptarme a los tiempos. La luz del sol ya no estaba de moda, y mis pinos empezaban a cansar. Entonces me puse con *Hilera de casas bajo el aguacero*. Pretendía endosárselo a Fürstenberg o al Museo de Gotemburgo. Pero, mirad por dónde, acabó en el Museo Nacional, y ahí sigue. Me di entonces por satisfecho y volví a lo mío de siempre. ¡En fin!

—¡Salud, viejo ladronzuelo! —exclamó Freutiger—. Tú y yo, tú y yo hemos visto el fondo de esta farsa que es el mundo. Lovén solo puede mirar hacia las alturas porque es tenor. Y Stjärnblom es demasiado joven. Los jóvenes solo se ven a sí mismos y nos observan a nosotros, los mayores, como si fuéramos el *staffage* de una pintura. ¿Es o no es así, Arvid?

Lydia se sobresaltó al oír el nombre. Arvid..., ¿cómo era posible que otro pudiera llamarlo así?

—¡Salud! —respondió Stjärnblom.

—Anímate, muchacho —prosiguió el barón—. ¿O es que sientes morriña por tus montañas de Värmland?

—Allí no hay montañas —respondió Stjärnblom.

—¿Y cómo iba yo a saberlo? —dijo Freutiger—. He estado por todas partes salvo en Suecia. Y con Värmland nunca he tenido nada que ver, más allá de que de joven mi abuela estaba enamorada de Geijer.^[3] Pero él le dio calabazas. La cuestión es que Geijer fue a patinar con mi abuela a un lago en Värmland —¿no hay un lago que se llamaba Fryken?, sí, era en un lago que se llama Fryken— un día a comienzos de este siglo. Pongamos que era 1813, porque aquel fue un invierno frío. Y entonces mi abuela se cayó sobre el hielo y Geijer le vio las piernas. Y resultó

que eran mucho más cortas y recias de lo que él se había imaginado. ¡Y así se apagó la llama! Pero mi abuelo paterno, que era dueño de una fábrica y un hombretón pragmático, y no uno de esos estetas bobalicones, se quedó con ella. Y esa es la razón de que yo me llame Freutiger y de que exista y de que esté aquí sentado disfrutando de la hermosura de la naturaleza. ¡Ea!

El notario Lovén presentaba desde hacía un rato visibles muestras de agitación. Tosía y carraspeaba. De repente se levantó y se puso a cantar un aria de *Mignon*. Su bella voz sonaba cristalina y más dulce que otras veces: «Ella no creía / en su inocente candor / que el fervor del agradecimiento / pronto se volvería *amor*».

Lydia había ido hasta la llanura de arena, justo debajo de la veranda, y arrancaba hojas de un agracejo y las arrugaba entre los dedos. El licenciado Stjärnblom se había levantado y estaba apoyado en el pasamanos de la veranda, donde ella acababa de estar. Lydia caminaba despacio por la senda del jardín. Ya había oscurecido por completo entre los arbustos. Se paró junto a la entrada del cenador. Oía la voz del señor Lovén: «Ven, oh, primavera, con tus colores sus mejillas a pintar / oh, corazón, tú...».

Sí, por supuesto, en el si bemol se le escapó un gallito.

Oyó pasos sobre la arena.

Sintió los pasos. Sabía bien quién era. Y se escondió en el cenador.

Una voz baja:

—¿Lydia...?

—¡Miau! —se oyó desde el interior del cenador.

Pero justo al instante se arrepintió y pensó que había sido una gran tontería por su parte haber maullado como un gato, y no entendió en absoluto por qué lo había hecho. Y extendió los brazos hacia él. «Arvid... Arvid...».

Se encontraron en un largo beso.

Y cuando el beso ya no bastaba, dijo él en voz queda:

—¿Acaso te importo algo?

Lydia escondió la cabeza en el pecho de Arvid y calló.

Un momento después dijo ella:

—¿Ves esa estrella de ahí?

—Sí.

—¿Es el lucero de la tarde?

—No, imposible —respondió él—. En esta época el lucero de la tarde se va a dormir con el sol. Es claramente Capella.

—Capella. Qué nombre más bonito.

—Sí, es bonito. Pero significa «cabra». Ahora, por qué esa estrella se llama Cabra, eso no lo sé. La verdad es que no sé nada.

Se quedaron en silencio. A lo lejos se oyó el rey de codornices.

—¿Cómo puede ser que yo te importe? —preguntó él.

Ella volvió a esconder la cabeza en su pecho y calló.

Y él preguntó:

—¿No te parece que Lovén acaba de cantar como los ángeles?

—Siii —respondió ella—. Tiene una voz bonita.

—¿Y acaso Freutiger no fue divertido?

—Sí. Es gracioso escucharlo. Y, además, no hay nada de malo en él.

—No, al contrario...

Se quedaron muy cerca el uno del otro, se mecieron y alzaron la vista hacia las estrellas.

Y entonces dijo él:

—Pero es por ti por lo que a Lovén se le escapan sus gallitos, le pasa cuando se siente embargado por el sentimiento, y es por ti por lo que Freutiger miente. Ambos están enamorados de ti. Ahora ya lo sabes. Así puedes elegir.

Ella se rio. Y lo besó en la frente. Y un poco después le susurró, en parte para sí misma:

—Quién pudiera al menos saber lo que hay ahí dentro...

—No hay nada extraordinario —respondió él—. Y, además, no siempre es bueno saber...

Ella le respondió, con sus ojos clavados en los suyos:

—*Creo* en ti. Y con eso me basta. Y solo con que vayas a estar en Estocolmo en invierno, y con que nos podamos ver de vez en cuando, con eso solo me basta. ¿Es en el Norra Latin donde vas a trabajar durante tu año de prácticas?

—Sí —respondió él—, eso es. Maestro no creo, por supuesto, que vaya a ser. Es *demasiado* descorazonador. Pero ahora que ya me licencié en Filosofía, puedo probar con ese año de prácticas. Y luego no me importaría ser profesor sustituto un tiempo, mientras espero.

—Sí, mientras esperas..., ¿pero a qué?

—No lo sé. Quizás a nada en absoluto. A poder hacer algo que me haga sentir realizado, sea lo que sea... No, maestro no quiero ser. No me lo puedo imaginar como futuro, como *mi* futuro.

—Sí, el futuro, ¿qué sabemos de él...?

Se quedaron largo rato callados bajo las silenciosas estrellas.

Y entonces Lydia pensó en algo que él había dicho en la veranda en compañía de los demás y preguntó:

—¿No hay montañas altas allá en Värmland? Yo pensaba que sí.

—Ah, no —respondió él—, allá hay montañas más altas que aquí, pero no hay montañas de verdad. Y no me gustan las montañas; bueno, sí, me gusta subir hasta la cima, pero no vivir encajonado entre ellas. Se habla de paisaje montañoso, pero debiera más bien llamarse paisaje de valles. La gente vive y mora abajo, en el valle, no en las cimas de las montañas. Y las montañas eclipsan el sol como las casas altas en una callejuela, y en el lugar de donde vengo casi toda la tarde reina un gélido ocaso azul. Solo hay un breve instante en mitad del día que resulta verdaderamente hermoso: cuando el sol está al sur o un poco antes, en mitad del valle del río Klara; en ese momento, una bella luz se extiende por todo cuanto es bello, y se puede ver en

dirección al sur y se ven el sol y la luz y la llanura abierta del valle, y uno piensa: «Allá a lo lejos está el mundo».

Lydia escuchó medio abstraída sus palabras. Oyó «luz del sol» y «allá a lo lejos está el mundo». Y también oyó al rey de codornices en el prado.

—Sí, el mundo —dijo ella—, el mundo... ¿Tú crees, Arvid, que tú y yo podríamos construirnos un pequeño mundo para nosotros dos?

Él respondió, a su vez medio ausente y distraído:

—Podemos intentarlo.

De repente se oyó la voz del barón desde la veranda:

—¡Cantante! ¡Can-tan-te! *Helan gâr! Helan gâr!*[4]

Lydia le pasó los brazos por detrás del cuello y le susurró al oído:

—Creo en ti. *Creo* en ti. Y puedo *esperar*.

Y de nuevo se oyó a Freutiger:

—¡Can-tan-te!

Lydia y Arvid se apresuraron hasta la veranda, cada uno por una senda distinta del jardín, para llegar allí desde puntos opuestos.

Lydia se quedó junto a su ventana abierta y contempló la noche estival con los ojos llorosos. En la bahía vio cómo, a la luz de la luna, el barco zarpaba con los cantantes, que descansaban apoyados en los remos y cantaban una serenata en su honor.

Era «*Warum bist du so ferne*». La voz del notario Lovén sonaba bonita en la noche tranquila. El barón Freutiger cantaba bajo y barítono a la vez, o al menos eso creía. Y en la voz del medio podía distinguir la de su amado:

Warum bist du so ferne,

O, mein Lieb!

Es leuchten mild die Sterne,

O, mein Lieb!

Der Mond will schon sich neigen

in seinen stillen Reigen.

Gute Nacht, mein süßes Lieb.

Gute Nacht, mein Lieb.[5]

Lydia se hundió en una silla y lloró de alegría y de cansancio. De repente, sacó un pequeño y desfasado portarramos de plata bañada en oro y con un mango de porcelana color turquesa, que colgaba de un clavo bajo el espejo, y lo humedeció con besos y lágrimas. Había sido de su madre, que había llevado en él su ramo de boda.

*

El canto se había apagado y el barco se alejaba deslizándose con un remar acompasado. Lovén y Stjärnblom movían cada uno su remo y Freutiger capitaneaba la embarcación. Y ya fuera porque

los tres estaban enamorados de la misma joven o por alguna otra razón, nadie dijo palabra. Sentado al timón, el barón parecía apesadumbrado. Pensaba en aquello que había dicho o no había dicho. ¿Había pedido a Lydia en matrimonio o no? Por lo que a la muchacha se refiere, a ella directamente no, tan solo le había dejado entrever de manera velada que era su primer amor de verdad. Pero después de haber tomado grog había estado a solas con el viejo Stille, y entonces debía haber dicho algo más manifiesto y concluyente, pues recordaba claramente que el viejo Stille le había respondido: «¿Lydia y tú? ¿Casaros? ¡Pero tú, viejo verde, no tienes vergüenza!». El notario Lovén remaba por estribor con la vista puesta en las estrellas. Se le vinieron a la memoria todas las canciones que había cantado en el transcurso de la noche. Y estaba convencido de que había cantado de tal manera que ningún corazón *no habría podido sino* derretirse. Es cierto que se le habían escapado también un par de gallos. Pero fuera como fuese, ¡fuera como fuese! Creía que cabía esperar lo mejor.

El licenciado Stjärnblom remaba por babor con los ojos cerrados. Pensaba en algo que Lydia le había dicho en el cenador. Había dicho: «*Creo en ti*». Dios santo, sí, ¡eso sí que era bueno! Le invadía tal felicidad, aquello era tan bueno; si tan solo se hubiera quedado ahí... Pero después había dicho: «*Puedo esperar*». Y eso no era bueno, ¡nada bueno!

«No soporto la idea de que alguien me esté esperando. De que alguien esté esperando algo de mí. Como ese pensamiento me domine constantemente, de mí no va a salir nada... Y, además, tengo veintidós años, toda una vida por delante. Comprometerse ahora, ¡para toda la vida! No, hay que andarse con cuidado para no acabar cautivo. Uno tendrá, por lo menos, que vivir un poco primero».

Pero, al mismo tiempo, un cálido torrente atravesaba todo su ser al recordar los besos que ella le había dado. Y se preguntaba si de verdad sería una muchacha casta.

En esos pensamientos iba sumido el licenciado Stjärnblom mientras, con los ojos cerrados y los dientes apretados, remaba por babor en las tranquilas aguas nocturnas que reflejaban las copas de las píceas y las estrellas.

Era un día nublado, sereno y gris de principios de octubre.

Arvid Stjärnblom caminaba por un sendero de Djurgården, ese que rodeado de olmos de troncos negros y rugosos discurre a orillas de la silenciosa bahía de Djurgårdsbrunnsviken, justo al pie de las irregulares colinas de Skansen. Había dejado tras de sí el recinto de exposiciones.

La exposición se había clausurado hacía varios días. Arvid se detuvo un instante y miró hacia atrás. La lluvia y el viento habían ido desgastando ya los muros de «La antigua Estocolmo»;^[6] y día a día se abrían paso los estragos sobre lo que durante el bello verano había sido una abigarrada ciudad comercial. Pero por todas partes se alzaba aún la resplandeciente y colorida cúpula del pabellón de la industria con sus cuatro minaretes, y más al oeste el sol se colaba a través de una brecha en un manto de nubes que volaban muy bajas, al filo mismo de la neblina

que coronaba la ciudad allá a lo lejos, y brillaba con una luz como de plata vieja y deslucida con un baño de oro medio desvaído.

Arvid Stjärnblom repasó detenidamente el sol, la ciudad y la exposición a modo de adiós o hasta pronto, y prosiguió su camino.

Acababa de empezar su año de prácticas en el Norra Latin, con Lengua Materna e Historia y Geografía como materias principales, y casi al mismo tiempo había conseguido gracias a un pariente lejano, Markel, un puesto como corrector y aprendiz en un gran periódico. Pero en ese preciso instante no pensaba en nada relacionado con eso. Pensaba en Lydia.

Jamás pasaba un día, y rara vez una sola hora de vigilia durante el día, sin que se le viniera de vez en cuando a la cabeza. Y a menudo pensaba: «Esto ha de ser, seguro, *amor*; me temo que no puede ser menos...». Pero se había resuelto a no buscarla en Estocolmo y a dejar, en su lugar, que decidiera el destino. Tampoco habían acordado nada concreto aquella última noche que se habían visto en Runnmarö; pero sí, también era verdad que entonces no sabían que esa vez sería la última del verano... Pero no le parecía que pudiera ir a su casa a visitarla. El viejo Stille y los hermanos solo lo veían, naturalmente, como a un conocido cualquiera del verano y quizás se sorprendieran un poco si de pronto se plantara en el pequeño apartamento y estudio de Södermalm. Sería lo mismo, simple y llanamente, que revelarles que «había algo» entre Lydia y él. Pues ni a Filip, ni a Otto, ni al viejo se les cruzaría ni por un instante la idea de que había ido hasta allí por ellos...

No...

Una ardilla con el pelaje grisáceo y ya ligeramente encrespado por el otoño se le cruzó de pronto por el camino danzando a saltitos, se detuvo apoyada sobre sus patitas traseras y se le quedó mirando: curiosa, burlona y con una timidez que le pareció, en cierta medida, calculadamente coqueta. Arvid se paró a mirar el animalillo directamente a los ojos, negros y perlados. Pero esto tuvo que haber asustado de algún modo a la ardilla, que en un abrir y cerrar de ojos desapareció en lo alto de un árbol, en una velocísima espiral alrededor del tronco...

Arvid había seguido el camino que iba de Sirishov hasta Rosendal y luego había girado a la derecha. Desde ahí partían varios ramales y eligió uno al azar.

No, no podía hacerle una visita. ¿Y si le escribía y le pedía que se encontraran en algún lugar; en el mismo Djurgården, por ejemplo? No podría interpretarse como una afrenta, después de todos esos besos el verano pasado... Pero...

Pero se negaba a escribirle y pedirle algo a ella cuando él no tenía nada que ofrecerle. Él no era nada aún, nada en absoluto.

Arvid Stjärnblom no carecía de orgullo propio; pero sí le faltaba seguridad en sí mismo. No se consideraba ni un inútil ni un fracasado, pero sí dudaba de su capacidad para desplegar su potencial en un futuro relativamente cercano. Y lo peor era que no se atrevía del todo a confiar en sus propios sentimientos. Ya se había enamorado otras veces y se le había pasado...

No, lo mejor era esperar a que llegara el momento. Dejar que decidiera el destino...

Se quedó quieto y se puso a dibujar con el bastón sobre el polvo del camino.

Y, además, ¿qué iba a salir de ahí? ¿Qué podía salir de ahí? El matrimonio ni se le pasaba por la cabeza. ¿Y «seducirla»?

Ni siquiera se atrevía a considerar la posibilidad de intentarlo. Si lo lograra, perdería todo el respeto que sentía hacia ella. Y si no, perdería hasta la última migaja de respeto que sentía hacia sí mismo.

«Pero..., pero por Dios, ¿por qué la echo tanto de menos?! Si solo he podido estar con ella una vez, si solo la he visto una vez...».

Verla, en realidad, sí la había *visto* una vez en otoño. Había sido aquella noche en que se conmemoraban los veinticinco años de reinado de Óscar II, con iluminación y fuegos artificiales y semejante muchedumbre que apenas podía uno moverse. Arvid se había quedado atascado entre el gentío en la esquina de Nybroplan con Birgerjarlsgatan, por donde pasaba la comitiva real con el rey más hermoso de Europa —un varón casi septuagenario—, que iba *en pie* sobre su carruaje como un triunfador romano... Un encargado de restaurante entrado en años y un tanto demente enloqueció de miedo ante los anarquistas y gritó: «¡Van a matar al rey! ¡Van a matar al rey!»... Un instante después había visto el rostro de Lydia a unos pocos pasos del punto en el que él se encontraba. Estaba tan atrapado que no podía ni siquiera mover un brazo para saludarla. Había tenido que conformarse con inclinar la cabeza —¡con el sombrero puesto!; aún enrojecía al recordarlo—. Pero ella lo había visto y había inclinado también la cabeza en señal de respuesta.

Después, la multitud los había arrastrado hasta distintos lugares.

Y toda la noche, durante horas, había deambulado por todas partes, con la esperanza de encontrársela de nuevo... Desde el muelle de Strömgatan había visto unas sombras diminutas moverse en el tejado de una de las alas de palacio orientada hacia Strömmen. Eran el rey y sus distinguidos invitados, que iban a ver desde allí los fuegos artificiales. Se produjo un movimiento repentino entre la multitud que rodeaba a Arvid y oyó decir a alguien que el rey *estaba cantando*. «Es un aria de *Robert*», añadió otro. Y a Arvid le pareció oír en verdad un sonido como de arpas en el aire.

Pero a Lydia no la veía...

«Es extraño que jamás la vea —pensó—. Me paso todo mi tiempo libre paseando por todas las calles y caminos por los que imagino que cabría la posibilidad de encontrarla».

En realidad, solía recorrer casi a diario Västerlånggatan, de arriba abajo, unas tres veces en cada dirección. Lydia vivía en Södermalm y alguna vez tendría que ir hacia el norte. Y entonces con toda probabilidad habría de caminar por Västerlånggatan. A veces Arvid lo intentaba también con Stora Nygatan o Skeppsbron. Pero es probable que justo entonces ella pasara por Västerlånggatan.

Era algo realmente fuera de lo común que Arvid caminara, como estaba haciendo ese día, por Djurgården.

*

Arvid había tomado asiento en un banco.

Aún era de día donde estaba sentado. No había grandes árboles en las inmediaciones y había luz suficiente para leer, si así lo deseaba.

Arvid Stjärnblom recordó de pronto que llevaba un par de libritos en el bolsillo del chaquetón. Un par de libritos que se había procurado con una intención concreta y que, por lo tanto, debía leer. Una tarde que había pasado en compañía de algunos colegas —jóvenes profesores sustitutos o en su año de prácticas— se habían puesto a charlar sobre la enseñanza de la religión. Convenían en gran medida en que lo alarmante en toda enseñanza moral era que se fundamentaba sobre la religión cristiana, es decir, sobre unos cimientos que para muchos —quizás incluso para todos— cedían y quedaban derruidos ya antes de concluir los años escolares. Querían cambiar esto, pero era difícil alcanzar un acuerdo con respecto a la mejor manera de solucionar la cuestión. Alguien mencionó algo sobre libros de moral aconfesionales que ya se estaban utilizando en las escuelas públicas francesas. Arvid había sentido una repentina curiosidad por ver esos libros de texto, había decidido al instante que tenía que hacerse con ellos y justo hoy le habían llegado de la librería; eran los libritos que llevaba en el bolsillo.

¿Qué quería en realidad con ellos? No lo sabía ni él. No se sentía, por supuesto, especialmente llamado a escribir un «libro de texto sobre la moral». Ya solo con ese título iría abocado al ridículo. Pero fuera como fuese... Fuera como fuese... Le asaltaba la idea de que quizás hubiera, pese a todo, un mensaje que descifrar..., quizás un hueco que rellenar... *Cómo* se descifraría ese mensaje no lo sabía aún, y mucho menos sabía si él sería precisamente el hombre que fuera a descifrarlo.

El cielo se había despejado hacía poco, y sobre un banco vacío entre dos negros pinos silvestres brillaba ahora un pálido sol otoñal. Arvid se sentó en el banco y comenzó a leer.

Se había hecho con dos libros: uno para la escuela elemental (algo que se adivinaba nada más ver la cubierta), y otro dirigido a un nivel de enseñanza ligeramente superior.

Sacó primero el elemental: *Manuel d'éducation morale, par A. Burdeau, Président de la Chambre des députés.*

Arvid pegó un brinco. ¡El presidente de la Cámara de Diputados! ¡La tercera persona al frente de Francia! ¡Por encima del presidente del Consejo! ¡Y va y se sienta a escribir un librito para todos los pequeños escolares pobres de su gran país! Aquello era más que imponente; aquello era conmovedor.

Y comenzó.

Mis queridos niños, la enseñanza de la moral nos enseña cómo debemos comportarnos ahora y en adelante para ser personas honradas y buenos franceses igual que nuestros ancestros.

«Ya. Hum... “Igual que nuestros ancestros”... ¿Hum...?».

Siguió pasando páginas.

¿Dónde radica la mayor desgracia del ignorante? La mayor desgracia del ignorante radica en no comprender hasta qué punto su posición es lamentable.

«¡Hum...!».

¿Por qué son valiosos los conocimientos? Los conocimientos son valiosos en la medida en que nos ayudan a ser honrados.

«¿Hum...? ¿Hum?».

¿Hay algo tan práctico para el ser humano como el alimento y el vestido? Hay algo tan necesario para el ser humano como el alimento y el vestido: una educación moral.

Arvid empezaba a marearse. ¡Esto tenía que ser una broma! ¿Y si el señor A. Burdeau, ¿presidente de la Cámara de Diputados y tercera persona al frente de Francia, era en realidad un viejo bufón? ¿O acaso era posible que los escolares franceses pudieran captar semejante cosa? Con los suecos jamás en la vida llegaría a ninguna parte... No, estaba claro que era una vana pérdida de tiempo seguir con el señor A. Burdeau. «Con toda probabilidad será un más que digno presidente de la Cámara de Diputados, pero esto... es evidente que no tiene ni idea de cómo tiene que hacerse... Y, dicho sea de paso, yo tampoco...».

Siguió pasando páginas distraído y encontró observaciones tales como que los profesores eran *funcionarios* (en negrita) en representación del *Estado*, recomendaciones en materia de higiene, ligeros reproches hacia Napoleón III y el Segundo Imperio, etc.

Hasta llegar a la última página:

- 1. ¿A qué personas se ama por naturaleza? En primera instancia a los padres, seguidos de aquellas personas que conocemos y que han sido buenas con nosotros.*
- 2. ¿A qué personas amamos sin conocerlas? Amamos a nuestros compatriotas sin conocerlos.*
- 3. ¿A qué otras personas deberíamos amar? Deberíamos amar también al conjunto de la humanidad, incluso a las personas no francesas.*
- 4. ¿Podemos amar a los alemanes? No podemos pensar en amar a quienes han agraviado a Francia y tiranizan a los franceses en Alsacia-Lorena.*
- 5. ¿Qué deberíamos hacer al respecto? Debemos luchar por recuperar a nuestros hermanos franceses que nos han robado.*
- 6. ¿Deberíamos, puesto que hemos liberado Alsacia-Lorena, devolver a los alemanes el daño que nos han infligido? Por supuesto que no; no sería digno de los franceses.*
- 7. ¿Qué son las naciones las unas respecto de las otras? Una nación es respecto de las otras su semejante.*
- 8. ¿Qué son las naciones con respecto al conjunto de la humanidad? Igual que los ciudadanos son integrantes de una misma nación, las naciones son integrantes del conjunto de la humanidad.*

9. *¿Dónde radica el honor de Francia? El honor de Francia radica en que siempre ha pensado en el bien de todas las naciones.*

Y ya como colofón:

Vive l'Humanité! Vive la France!

Arvid se quedó pensativo.

«No, señor Burdeau —pensó—, así no se ha de hacer, eso seguro. Para eso bien podemos quedarnos con el viejo catecismo. Pero, por lo demás, estoy perdido».

Iluminadas por un tenue rayo de sol allá a lo lejos, en una curva del camino, vio a dos personas caminando. Pese a la distancia, era evidente que se trataba de una joven y un hombre mayor.

«Si fueran Lydia y su padre...», se le cruzó rápidamente por la cabeza...

Se le aceleró el corazón y sintió la cara roja como un tomate.

Instintivamente se llevó el libro a la cara, pero los ojos no podían evitar espiar por los extremos. Y tardó un segundo en verlo.

Era Lydia. Pero no era su padre quien la acompañaba. Era otro señor mayor, de unos cincuenta y pocos. Lucía una barba canosa y recortada y, en general, lo que se dice un aspecto distinguido.

Arvid se levantó del banco y, cuando pasaron por delante, los saludó. Lydia inclinó profundamente la cabeza a modo de respuesta, pero sin que sus miradas se encontraran. También el señor mayor le devolvió el saludo.

Y luego los vio desaparecer por el siguiente recodo.

Miró abstraído el libro que aún sostenía entre las manos, y se dio cuenta de que lo estaba sujetando del revés.

*

Arvid había sacado el segundo libro, el que iba dirigido a un nivel de educación ligeramente superior, y lo hojeó al azar.

La ley moral es la misma para todos, sea cual sea el clima, la raza, la edad, el género, el nivel de inteligencia; basta con ser humano para conocerla: es clara y universal. Su mandamiento se resume en dos frases: Hacer el bien y no hacer el mal; y todo el mundo comprende esas palabras, pues la conciencia nos dicta a todos desde lo más profundo de nuestro interior: «Esto está bien, esto está mal».

Arvid se metió el libro en el bolsillo, donde también estaba el otro, y caminó hacia la ciudad. Empezaba a oscurecer.

Se detuvo por un instante en el camino: había olvidado mirar cómo se llamaba el autor. Volvió a sacar el libro y leyó en la cubierta: *Léopold Mabileau, Docteur ès lettres, Directeur du Musée social.*

«Me pregunto —pensó— si el señor Léopold Mabileau de veras estará en sus cabales...».

**

Arvid Stjärnblom había alquilado un cuarto amueblado en Dalagatan. Era pequeño y austero, pero al oeste ofrecía una vista privilegiada del hospital de Sabbatsberg y de las montañas de granito de Kungsholmen, donde terminaba la ciudad.

Después de una rápida y solitaria cena en el restaurante S. H. T., regresó a su solitario cuarto.

Encendió la lámpara, pero no bajó los estores. Hacía frío en la habitación. Encendió las brasas, que cada mañana la casera echaba en la estufa de mayólica y que él mismo volvía a encender por la tarde en el breve rato que estaba en casa. Sobre las nueve saldría hacia la redacción.

Empezó a separar, una a una, las páginas de un libro recién publicado: *Inferno*, de Strindberg. Pero se detuvo en su labor y se sentó, sumido en sus pensamientos y jugueteando con el abrecartas.

«¿Quién podía ser aquel señor mayor...?».

Algún viejo amigo de la familia, alguien a quien ella llamara tío y que se hubiera encontrado con ella por casualidad y le estuviera imponiendo su compañía sin haberle pedido permiso...

Sí, con toda probabilidad era eso... Con toda probabilidad.

Fuera como fuese... Qué sensación más extraña. En el pecho.

Quería distraerse de aquello, pensar en otra cosa.

Y se puso de repente a pensar en su nombre. «Arvid Stjärnblom».

Detestaba su nombre. No le gustaba «Arvid», dado que lo compartía con el tenor más idolatrado del país, y esa aura que desprenden los tenores resulta ridícula entre los hombres. ¡Y el apellido: «Stjärnblom»! Un ejemplo típico de los muchos apellidos suecos de clase media construidos a partir de elementos de la naturaleza: habitualmente dos, conectados de la manera más disparatada posible. «Nordkvist»: pero ¿qué tiene que ver un punto cardinal con una rama? «Söderlund». Sí, por supuesto que uno puede imaginarse una arboleda ligeramente meridional, pero resulta que si uno se encuentra al sur, ¡entonces pasa a ser «Nordlund»! ¡Y «Stjärnblom»! Una estrella y una flor servidas en *un* mismo plato, ¡demasiadas cosas buenas juntas! ¡Maldita sea!

«Pero..., pero ¿quién era aquel distinguido señor?».

... Y, sin embargo, su padre, el viejo guardabosque de la lejana Värmland, llevaba más de sesenta años llamándose así sin haber caído jamás en la cuenta de que su apellido era un tanto ridículo. Y antes que él, su padre, y el padre de su padre. «Y a mí más me vale aguantarme. A fin de cuentas, “yo no soy mejor que mis padres”».[7]

... Pero el abuelo paterno de su padre no se apellidaba Stjärnblom. Se apellidaba Andersson. Y por aquel entonces no era un apellido, tan solo quería decir que era hijo de un tal Anders.

«Y todo cuanto sé sobre mi genealogía se reduce, pues, a que el abuelo paterno de mi padre era hijo de un tal Anders. ¡Y hay muchos que ni siquiera saben tanto de su linaje!».

De pronto se puso a pensar en ese título español de la baja nobleza, *hidalgo*, que significa «hijo de alguien».

«Sí —pensó—, depende de dónde se encuentre uno. Allá de donde vengo soy “hijo de alguien”;

de un hombre sin duda bastante pobre, pero conocido y respetado. Pero aquí no soy nada en absoluto. Aquí, en el mejor de los casos mi hijo sería “hidalgo”, si es que yo encontrara a alguien... Pero de momento no hay nadie. Antes de llegar al punto en que pueda permitirme traer niños al mundo, es evidente que ya estaré tan viejo y tan ajado que ya no podré permitírmelo...». «Pero ¿quién era aquel distinguido señor...?».

Por un instante había creído reconocerlo, como si lo hubiera visto ya en algún retrato en el periódico. Pero no lograba caer en la cuenta.

Iba de acá para allá en la habitación. Dos, tres pasos hacia delante; dos, tres pasos hacia atrás. Las dimensiones de la habitación no daban para más.

Se detuvo frente a un mapa del norte de Värmland, colgado encima del sofá. Su primera misión, nada más mudarse a ese cuarto, había sido quitar todos los horripilantes cuadros de la casera. No tenía nada propio que colocar en su lugar. «Y ese es precisamente el tributo del tiempo — recordaba haber pensado en mitad del proceso, con una sonrisa—, uno siempre puede destruir, ¿pero construir?». No, ni aunque pusiera todo de su parte podría llegar a pintar un «cuadro», ni siquiera comparable al peor de los engendros que había tirado a un vertedero. ¡Pero no por eso iba a dejar de ver que se trataba de una porquería! Y entonces, a falta de nada mejor, había colgado su mapa de Värmland.

Por lo demás, donde habían estado suspendidos los demás «cuadros» dejó que el empapelado entre marrón y rosado, que llevaba olvidado desde algún año de los ochenta, hablara por sí solo. ¿Qué más le daba a él en realidad el aspecto de esa habitación, en la que solo se encontraba de tránsito?

Se quedó mirando el mapa. Leyó los hogareños y bien conocidos nombres de lugares y pueblos y montañas. Stöllet, Dalby, Ransby, Gunnby, Långav, Likenäs, Transtrand, Branäsberget, Femtåberget...

Femtåberget. La recordaba tan bien... Se alzaba como una gran sombra azul, al sur de la casa donde había pasado su infancia. Comparada con el Chimborazo apenas se podía llamar montaña. Pero donde casualmente se encontraba se llamaba montaña y era la más grande de la zona. Y mostraba una belleza arquitectónica, que parecía bien proyectada, y un elocuente contorno, si se veía de norte a sur, con tres picos, de los cuales el más prominente era el del medio. Cuando se iba a casa a pasar las vacaciones de verano desde el instituto en Karlstad donde cursaba el bachillerato humanístico, solía llamar a las tres cimas Progressus, Culmen y Regressus. «¡Ascendente, culminante, descendente!».

Pero ¿por qué se llamaba esa pequeña montaña Femtåberget? ¿Quizás vista desde algún punto guardara la más remota semejanza con un pie (*fot*) de cinco dedos (*fem tår*)? Para nada. ¿Tomaba acaso su nombre del riachuelo Femtån, que bajaba por la ladera occidental de la montaña hasta el río Klara? ¿Pero cómo iba a tomar su nombre de un riachuelo que manaba de una fuentecilla en la montaña? En todo caso sería al contrario. Un nombre puede decir tanto y tan poco...

«“Lydia Stille”. Qué sonido más bonito. Lydia Stille, Lydia Sti...».

Llamaron a la puerta de la entrada. Escuchó atentamente... Nadie fue a abrir. Quizás no estuviera la casera.

Arvid no tenía muchas ganas de salir a abrir. «Si es algo importante —pensó—, llamarán otra vez».

Pero pasaron varios segundos, quizás un minuto, y no llamaron. Entonces salió a abrir.

No había nadie. Y tampoco nada en el buzón.

... Volvió a sentarse frente al fuego y removió el carbón incandescente. Las brasas estaban a punto de consumirse.

Se sentó y se puso a pensar en viejos asuntos: en su último año de bachillerato en Karlstad. Y recordó a la señora Kravatt, que en aquel invierno y aquella primavera inmediatamente anteriores a la reválida lo había familiarizado con el gran misterio...

La señora Kravatt, de unos treinta y tantos años, era viuda de un conserje y la cocinera más dotada de la ciudad. Preparaba incluso cenas en casa del gobernador, cuando se celebraban por todo lo alto. En su vida privada, sin embargo, se interesaba poquísimo por la comida, pero, a cambio, poseía un inusitado don para el amor. Arvid solía ir a visitarla las mañanas de domingo, y a menudo se escabullía también hasta su casa durante la pausa del desayuno. No era el único al que ella prodigaba sus favores: la compartía con cinco o seis compañeros más. Una vez que él sacó a colación ese doloroso desasosiego, ella le respondió sencilla y espontáneamente:

—¡Lo que es bueno está bien, y no somos más que humanos!

Pero también demostraba sensibilidad para la poesía, y alguna vez había prorrumpido repentinamente en un llanto desbordante cuando, en la cama, él le había recitado de memoria algún poema de Viktor Rydberg o de Fröding.

También aceptaba dinero; pero lo hacía sobre todo por mantener las formas y el decoro. La tarifa para estudiantes de bachillerato era de dos coronas. Pero cuando no había efectivo, ella fiaba sin ningún problema. En realidad, ella practicaba el bien simplemente porque sí, y esa se consideraba por lo general la posición moral más elevada a la que el ser humano podía aspirar.

La rememoraba con absoluta gratitud, y con rubor recordaba que aún le debía cuarenta y dos coronas. Buscaba infructuosamente encontrar apoyo moral en el hecho de que al menos tres de sus compañeros habían abandonado la ciudad más o menos igual de endeudados que él con la señora Kravatt.

De repente se puso a pensar en el señor Léopold Mabileau y en su moral para un nivel de educación ligeramente superior. «La voz de la conciencia nos dicta lo que es bueno». ¡Pues entonces el señor Mabileau es igual de prescindible que su libro! La señora Kravatt sabía sin necesidad de él lo que era bueno, ¡y lo hacía! La señora Kravatt obedecía a «la voz de la conciencia».

*

Arvid iba de acá para allá en la habitación. Dos, tres pasos hacia la ventana; dos, tres pasos de

vuelta hacia la estufa.

Se detuvo frente al mapa que estaba colgado encima del sofá. El mapa del norte de Värmland. Allá había nacido; allá había vivido la mayor parte de su vida. Y acá estaba ahora, en un cuarto sobriamente amueblado y con un empapelado entre marrón y rosado, en la capital del país. ¿Dónde habría de terminar? Recordaba el gran río de su infancia, el río de los tres nombres: con un nombre en Noruega, donde desde un lago de montaña brota como un indomable arroyo por la montaña; con otro nombre en Värmland, donde se ensancha y aminora la velocidad de su curso de tal manera que existen trechos de unas siete u ocho millas suecas que se pueden recorrer en barco de vapor, el río desemboca en un gran lago y responde, por último, a un tercer nombre: el mayor río de Suecia; y, como tal, encuentra su camino hacia el mar, hacia el mar del Norte, hacia los océanos.

Y recordaba un poema que una vez —justo aquella primavera antes de la reválida— había escrito y había conseguido que le publicaran en el periódico local de Karlstad bajo un seudónimo. ¡Qué felicidad más arrebatadora se había apoderado de él al verlo impreso en el periódico! Recordaba que, de la alegría, había caminado una milla sueca desde la desembocadura del río Klara hasta Lunden, y allí había pasado horas sentado sobre una roca, junto a la orilla, contemplando el gran y azul mar de interior que era el Vänern... Y ya de vuelta en Karlstad no había podido dejar pasar la oportunidad de ir junto a la señora Kravatt, a la que le había leído el poema y de quien había cobrado sus honorarios de poeta...

Sacó el poema de un cajón del escritorio. El recorte de prensa ya había amarilleado un poco:

CON MI MADRE POR EL SENDERO IBA

*Con mi madre por el sendero iba
una tarde estival en tierra prometida
montañas azules, ríos calmados y cristalinos
y su mano entrelazada con la mía.
Nuestro sendero en pendiente se deslizaba
camino del verde valle. A nuestros pies
un amplio espejo de agua extendía el río
y bajo la luz del sol cien velas
de blancos barcos
y de grises barcos
en un silencio de ensueño río abajo navegaban.
En el río había una isla y en ella una ciudad
entre sus rojos tejados y las irregulares cimas
luz y sombras se batían en duelo.
Pero más allá de la ciudad, todo
en neblina y bruma estaba sepultado. Era el mar.
Madre, le pregunté, di,*

*¿jamás nos llevó este sendero
hasta la orilla?
Hasta la orilla quiero bajar
y en un barco navegar
hasta las tierras azules.*

*Mi madre respondió en voz baja: tranquilo, niño,
pronto serás mayor;
entonces podrás ir a la orilla
y navegar hasta las tierras azules
tu madre alberga fe en ello.
Sé solo paciente y domina tu sangre,
y así a este río un día
tu blanco barco habrá de llegar,
el luminoso barco de la fortuna
para conducirte en vida al mundo.
¡Maneja el timón con pulso firme,
y habrá de irte bien en tu travesía!
Primero llegarás a aquella ciudad
donde lucen torres y almenas.
Tú no sabes, niño, lo oscuro que es
vivir allá dentro.
Pero allá vivirás un tiempo,
mucho o poco ni tú mismo sabes;
allá librarás muchas batallas,
hasta que el barco de la fortuna te lleve.
En la torre repica el badajo de la campana,
tu barco blanco está zarpando
está zarpando y lejos de la ciudad
te lleva, donde sombrío y angosto
tu destino estaba sepultado.
Al mar te conduce.
Pero más allá del mar también hay una orilla.
Donde yacen las tierras azules de los sueños,
y allá, allá vivirás por siempre.
Tu madre alberga fe en ello.*

*Tu madre albergaba fe en ello.
Ahora ya ha pasado largo tiempo y he olvidado
dónde estaba la tierra de montañas y ríos azules,
y mucho tiempo ha pasado desde que vi a mi madre.
Quizás haya yo soñado.*

... «Y mucho tiempo ha pasado desde que por última vez vi a mi madre». Eso sí que era verdad. Solo tenía seis años cuando ella murió.

Ese poema era prácticamente el único que jamás había escrito. En todo caso, el único que había terminado de escribir.

No, poeta no era. Su manera de ver el mundo era demasiado sobria e insulsa para eso. Carecía de la venturosa capacidad de ilusionarse y embriagarse que hacía falta para ello. ¡Quizás también de la absoluta inconsciencia que hacía falta para ello! No es que un poeta no pueda tener algún tipo de conciencia, pero su conciencia es del género más disoluto que existe.

No, *esa* no era en realidad su aspiración. Ser poeta. ¡No, gracias!

... ¿Aspiración? ...

«¿Acaso tengo alguna aspiración?».

Iba de un lado a otro en la habitación: dos, tres pasos hacia delante; dos, tres pasos hacia atrás. Las dimensiones de la habitación no daban para más. Y se detuvo frente al espejo que había encima de la cómoda.

«¿Cuál es *mi* aspiración?», se preguntó a sí mismo. Y le pareció que el espejo respondía:

«Si es que anida en ti alguna otra aspiración más allá de poder salir adelante en la vida, entonces es...».

Miró aterrorizado el espejo. «No —pensó—, no»; por poco no le *suplicó* al espejo: «No, no digas más...».

Y le pareció que el espejo respondía:

«Bueno. Tú me has preguntando y yo respondo. Si anida en ti alguna aspiración, es la de hacerte un nombre en la historia de tu pueblo. No en la historia de su literatura ni en ningún otro afluente de su historia. Sino en su *historia*».

*

«Lo más probable es que haya perdido la razón —pensó Arvid—. Y en ese caso más me vale al menos fingir que estoy en mi sano juicio. Ya pronto serán las nueve y es hora de ir al periódico». Cogió el sombrero, el abrigo y el bastón, y salió.

El otoño avanzaba sosegadamente con un ocaso temprano y calles brillantes, mojadas por la lluvia, y salpicadas por la luz de las lámparas de gas y las ventanas iluminadas...

Una tarde de finales de noviembre Arvid Stjärnblom caminaba de la Ópera hacia el periódico, e iba un poco nervioso: por primera vez en su vida trataría de escribir una reseña musical.

Había ocurrido de la siguiente manera: en torno a las cuatro de ese mismo día había bajado hasta el periódico para recibir las órdenes pertinentes para esa tarde y esa noche. Era a Markel, el vicedirector, a quien iba a dirigirse, pero no lo encontró directamente, y mientras esperaba se puso a silbar el *adagio* de la *Pathétique* de Beethoven, que por alguna u otra razón tenía en la cabeza, mientras hojeaba el último número de la revista *Ord och Bild*. Entonces apareció de pronto el director, el doctor Doncker, a través de una puerta abierta. Casi nunca solía estar en la redacción a esas horas. Era un hombre de unos cuarenta y poco apuesto y elegante, quizás dotado de una belleza un poco demasiado superficial y un poco *demasiado* elegante.

—¿Era usted, señor Stjärnblom, el que silbaba la *Pathétique*? —preguntó con ese tono nasal suyo, como ligeramente taponado.

—Sí, ¡le ruego que me disculpe!

—Para nada. Si nos viene fenomenal. Puede ir usted a la Ópera esta tarde y escribir una reseña, que hay una jovencita que debuta como Marguerite en *Fausto*. Nuestro habitual colaborador musical está enfermo y yo saldré a cenar. ¡Adiós!

Cuando el colaborador habitual se excusaba, solía sustituirlo el director. El doctor Doncker había trabajado hasta hacía muy poco como docente en geología, pero escribía —como Markel solía decir— mejor en verso latino que en prosa sueca y, además, en realidad se interesaba solo por los negocios y las mujeres. Pero podía escribir con una calidad bastante aceptable sobre lo que hiciera falta, «*incluso* de monedas raras», afirmaba Markel.

Sí, así era como había ocurrido. Y ahora el licenciado Stjärnblom estaba sumido en sus pensamientos ante la máquina de escribir.

Había aprendido muy rápido a escribir a máquina. Y lo cierto es que no le tomaba mucho tiempo cuando escribía algo propio, pero eso rara vez acontecía: una de sus tareas más habituales en la redacción era traducir artículos sobre política exterior publicados en periódicos alemanes e ingleses, que el «ministro de exteriores» del periódico le entregaba subrayados con cera azul, y novelas folletinescas de *Le Journal*, que otro de sus superiores le entregaba subrayadas con cera roja. Cuando le tocaba traducir, era capaz de escribir a máquina en media hora lo que, de otro modo, le hubiera llevado dos o quizás tres horas.

Pero ¿y ahora, que iba a escribir algo de su propia creación?

No, abandonó la máquina y se sentó al escritorio.

*

Markel gritaba *enfurecido* en la sala contigua:

—¡Maldito diablo! ¡Maldita sea! ¡Voy a acabar por volverme loco!

De repente se abrió la puerta y entró Markel. Estaba lívido de rabia.

—¿Te lo puedes creer? —dijo—, ese diablo me juró por su honor que el artículo del pastor no saldría en...

—¿Qué diablo? ¿Qué pastor?

—¿Qué diablo? Doncker, ¡quién va a ser! ¡Y el pastor, pues uno de la peor calaña, un pastor «liberal», que nos ha enviado un artículo en el que, conforme a una interpretación libre, sostiene que, por supuesto, uno no ha de creer en la Biblia ni en dogmas ni en nada en absoluto para ser sacerdote de la Iglesia de Suecia, y que tiene que haber sacerdotes y sobre todo obispos, que obispos tenemos demasiado pocos! ¡Tenemos solo doce o trece, y nos hacen falta por lo menos catorce o quince! Este hombre todavía es demasiado joven e insignificante para llegar a obispo, ¡pero tiene la vista puesta en el futuro! ¡Dios! Por casualidad llegué a ver una corrección y fui con ella a ver a Doncker. Le echó un vistazo rápido y dijo que jamás había visto el artículo, y que ni siquiera había oído hablar de él. Y es muy posible que fuera verdad...

—Sí, pero —interrumpió Arvid— ¿cómo puede llegar un artículo a imprenta y ser validado sin que ni el director ni el vicedirector tengan conocimiento de ello?

—¿Cómo? Y eso lo preguntas tú, ¡que llevas aquí más de dos meses! ¡Por el montacargas, so burro! ¡Por el montacargas que está ahí fuera en el pasillo, que ininterrumpidamente baja los manuscritos hasta la imprenta y los devuelve con correcciones! Cualquiera que venga de la calle puede subir hasta el pasillo, y si se da la casualidad de que está vacío puede colar un manuscrito y bajarlo por el montacargas. O si resulta que no conoce lo suficientemente bien los procedimientos del lugar, le basta con dirigirse a uno de nuestros muchos subordinados —¡tú, sin ir más lejos!— y pedirle que se ocupe de ello. ¡Y solo con que el manuscrito baje a la imprenta, ya se da por bueno! ¡Y luego sale en el periódico, si es que yo no llego a verlo de pura casualidad! En resumen, Doncker me juró por su honor que esa porquería iría a la papelera. Pero eso no es óbice, por supuesto, para que acabe de recibir el artículo con una *nueva* corrección, ¡leído y corregido! Llamé al capataz. Respuesta: ¡Doncker lo había telefoneado hacía una hora o dos para decirle que el artículo saldría sí o sí! Ese diablo salió de cena, habrá quedado con el pastor o con algún otro patán seudorreligioso que le haya comido la cabeza; y, en definitiva: ¡el artículo saldrá mañana! Bueno, mañana *no* saldrá, dado que como supervisor tengo derecho a descartar los artículos más extensos cuando no sean de candente actualidad. Pero saldrá pasado mañana, ¡cuando yo no esté de guardia! ¡Maldita sea! Pero a ver, déjame ver, ¿qué es lo que has escrito? Me dijo Doncker que te había mandado a la Ópera...

Tomó el manuscrito y lo ojeó un poco, y mientras prosiguió:

—Los sacerdotes modernos parecen haber olvidado el antiquísimo principio básico del sacerdocio. Se halla en un versículo del profeta Malaquías: «Tuvo en su boca doctrina de verdad». Obsérvese que dice «tuvo». No dice «difundió». Y querer a la vez ser sacerdote y difundir la verdad: ¡así no funcionan las cosas! ¡A la vez! ¡Como si eso fuera posible!

Se calló y leyó.

De pronto se le iluminó la cara:

—Uy, sí, esto sí que está bien —dijo—. He de mirarlo con atención, pues por razón de ese parentesco lejano, aunque sin conocernos de nada, soy yo quien te ha traído hasta aquí y, por tanto, soy un poco responsable de lo que escribes en el periódico. ¡Pero esto sí que está bien de verdad! «La voz y el talento musical de la señorita Klarholm acarician posibilidades prácticamente ilimitadas (...). Su ejecución, sin embargo, apunta hacia un adiestramiento deficiente: Marguerite no ha de enloquecer hasta la escena del cautiverio, pero la señorita Klarholm actuó como una loca de principio a fin. Esta Marguerite parecía haber nacido loca».

—¡Es bueno! —dijo Markel—. No me hago a la idea de cómo fue la interpretación de la señorita Klarholm. Pero a la gente no le gusta leer panegíricos sobre los demás. Al receptor de los elogios todo elogio le parece poco, y los demás sienten envidia. Pero si un crítico se encarniza con un cómico o una cantante, ¡entonces *una persona* se entristece y todos los demás se regocijan! ¡A encarnizarse se ha dicho! ¡Deberíamos intentar insuflar algo de alegría a la vida y a la gente!

Markel se fue y al instante regresó:

—Otra cosa —dijo—. El viejo Stille ha muerto...

—¿Cómo dices...?

Markel pegó un brinco:

—¿Pero qué demonios...? ¿Cómo puede turbarte esto de tal manera? Era viejo, y todos tenemos que morir. «*Casi todos*», como añadió el capellán de la corte de Luis XIV al ver que a este se le ensombrecía el rostro...

—No, no —dijo Arvid—, es que no sabía que estaba enfermo... Lo conocía un poco.

—Es que no ha estado enfermo. Fue en un accidente de tranvía, así sin más.

—¿Qué pasó?

—¡Santo cielo! Pues que estaba en una bodega junto a Norrmalmstorg bebiéndose una botella de vino con otros viejos. Y se iba a ir a casa en tranvía. Aún en 1897 en Estocolmo hay tranvías tirados por caballos, pero bueno, la cuestión es que los caballos trotaban bastante rápido y el viejo Stille, ligeramente achispado por el vino, ¡se olvida de que tiene sesenta y tantos años y pretende encaramarse al vagón! Pero trastabilla, se cae y se abre la cabeza contra el suelo. Esto pasó hará unas horas, y el resto ya te lo imaginas —ambulancia, hospital Serafimerlasarettet—, y hacia las nueve recibimos una llamada para comunicarnos que había fallecido. El obituario está listo con los datos que sacamos del *Nordisk Familjebok*,^[8] y validado y corregido. Aquí tengo una copia. Como lo conocías un poco, quizás puedas añadir unas líneas con un tinte más personal. Si te apetece.

Markel se fue.

*

Arvid estaba sentado con las galeradas húmedas entre las manos:

Trágico accidente. Anders Stille, el conocido y venerado pintor paisajista... Nacido en 1834... Alumno de la Konstakademien en la década de 1850... Medalla en París en 1868...

Pinos del archipiélago después de la lluvia *en la Galería de Luxemburgo...* Hilera de casas bajo el aguacero *en el Museo Nacional de Estocolmo...* Ajeno a las nuevas corrientes artísticas... *En los últimos años ligeramente relegado a un segundo plano...* Un artista sencillo y honrado, una persona respetada y querida... *Viudo desde hacía algunos años... Sus dos hijos y su hija lamentan profundamente su pérdida...*

Arvid seguía sentado, mirando al vacío, pensativo y distraído al mismo tiempo...

No, no tenía nada que añadir al obituario. Más bien le habría gustado agarrar una cera azul y tachar aquello de «ligeramente relegado a un segundo plano», pero no tenía ningún derecho a modificar nada en el artículo de otro. En todo caso le disgustaba. Quizás Lydia pudiera pensar que había sido él quien lo había escrito.

Lydia...

Se levantó de golpe, giró la llave de la puerta que comunicaba con la gran sala de redacción y prorrumpió en un llanto desgarrado.

*

Hasta que de repente golpeó con un pie el suelo. «¿Pero esto qué es? Voy a cumplir veintitrés años en unas tres semanas y estoy llorando como un niño pequeño, esto no puede ser...». Se abalanzó hacia el baño, se lavó la cara y borró con la toalla todo rastro de llanto. Entonces regresó y giró de nuevo la llave de la puerta que comunicaba con la sala contigua.

Ya podía irse a casa. Pasaba un poco de la una y no le quedaba nada por hacer en el periódico. Gracias a su cometido como crítico musical ocasional se le había eximido de prestar servicios de corrección esa noche.

Pero quería, en cualquier caso, ver una copia de su reseña antes de marcharse. Y recordó algo que había escrito sobre la joven debutante: «Esta Marguerite parecía haber nacido loca». Eso más bien podía borrarlo. Tenía una voz bonita y con ella había traído alegría. Y por eso sería una pena empañar su gozo con una pequeña maldad innecesaria.

Llamó a la imprenta y preguntó si la reseña estaba validada. «Sí». ¿Podía ver una copia? «Sí».

Markel llamó a la puerta:

—¿Has terminado con lo tuyo? ¡Entonces ven aquí a tomar un grog!

—Sí, gracias —respondió Arvid—, solo quería ver una copia de mi reseña.

—¡Déjala estar! El viejo Johansson está con las galeradas y está seguro. Y, además, es imposible equivocarse con tu caligrafía.

—Pero hay algo que me gustaría cambiar...

—No hay nada que cambiar. La he leído y *all right*. ¡Venga! Además —apostilló Markel—, voy a intentar ocuparme de que no tengas que sentarte a corregir noche tras noche. No porque lo hagas mal —al contrario, casi me preocupé al ver lo bien que se te daba—, sino porque me preocupa tu futuro. Por regla general, un joven *capaz* de leer galeradas no es capaz de ninguna otra cosa y por eso se queda estancado en la corrección hasta que la barba se le puebla de canas.

Como el viejo Johansson.

La gran sala de redacción estaba a oscuras. En ese momento no había nadie allí. Pero a través de la puerta de la cueva de Markel, alumbraba la pantalla triangular y color esmeralda de una lámpara.

El cuartito de Markel estaba entre el del director y la gran sala de redacción.

Un señor muy joven y trajeado estaba sentado en una esquina del sofá. Parecía estar dormitando. —Permítanme que los presente —dijo Markel—. Este de aquí es el señor Stjärnblom, hijo de uno de mis cincuenta o sesenta primos; y este es Henrik Rissler, autor de una novela impúdica, que desde mi punto de vista no era, sin embargo, más impúdica de lo que una novela ha de serlo para dejarse leer.

Intercambiaron saludos. Markel añadió mirando a Stjärnblom:

—¡Verás lo que te voy a contar! Rissler pertenece, como sabes, al elenco de colaboradores del periódico más esporádicos, de mayor talento literario y más insignificantes. Esta tarde vino con una aportación, una novelita. Precio: veinticinco coronas. Pero la mala suerte quiso que las arcas del periódico estuvieran en ese momento tan vacías como las de esta joven promesa de la literatura. Entonces a Doncker se le ocurrió la genial idea de salvar la situación diciendo que él —¿te lo puedes imaginar?— ¡tenía que leer esa paparrucha antes de poder abonar honorarios! Pero Rissler es un tipo pacífico y no se enfadó. ¡En su lugar, aparece ahora en mitad de la noche para saber si Doncker ha leído su novelita y si la caja está abierta!

—Mi querido Markel —respondió Rissler—, tienes unas dotes fantásticas para decir bobadas. Está claro que he venido por la sola razón de que era demasiado tarde para ir a una taberna. Salí a cenar y perdí la noción del tiempo. También estaba Doncker, por cierto.

—Ah, en casa de Rubin... ¿Estaba el pastor?

—Había claramente un pastor, pero no oí cómo se llamaba.

Markel emitió un grito de guerra.

—¡Ja! ¿Recuerdas lo que te decía hace un momento, Arvid?

Arvid asintió.

—Sí —masculló Markel—, en todo caso mañana el artículo no va a salir. De eso ya me he encargado yo. ¡Salud, muchachos!

—Salud. ¿Hay algo nuevo con respecto al caso Dreyfus?

—Por hoy no. Habrá pasado una semana desde que Mathieu Dreyfus denunció a Esterházy por haber redactado el *bordereau*. Y a juzgar por los periódicos parisinos, parece que habrá otro consejo de guerra... por puro formalismo. Se puede leer entre líneas.

—Qué historia más extraña —afirmó Rissler—. Acabo de pasar unos días en París, regresé anteayer. Los vendedores callejeros de periódicos chillaban por los bulevares: «¡Scheurer-Kestner ha tenido una amante negra!». Scheurer-Kestner ronda seguramente los setenta años y está claro que en su larga vida podrá haber encontrado a más de una con quien divertirse. Ahora bien, que eso pueda servir como prueba de la culpabilidad de Dreyfus no hay quien lo entienda

de buenas a primeras...

—¡Silencio! Hay alguien en el pasillo...

Markel contuvo el aliento y escuchó atentamente.

Se oían en realidad pasos amortiguados y sigilosos procedentes del pasillo. Una puerta chirrió ligeramente. Ahora los pasos venían del despacho del director. En la puerta que lo separaba del cuartito de Markel se oyó girar la llave.

Arvid Stjärnblom miró su reloj. Eran las dos y cuarto.

—¡Chiss! —susurró Markel—. ¡Viene con una dama!

Se oyó un ligero frufnú en la habitación de al lado.

—Pues eso, ¡salud! —dijo Markel de repente a viva voz.

Se hizo entonces el silencio. Hasta que, desde el despacho del director, por el pasillo y hasta la puerta de Markel, se oyeron pasos que no se esforzaban ya por ocultarse. La puerta se abrió y el doctor Doncker asomó la cabeza.

—Buenas noches —dijo—. Permítanme, señores, el atrevimiento: ¿podría pedirles un favor puramente privado y personal?

—Dinos —respondió Markel—. Pero ¿no quieres tomar primero un grog?

—No, gracias. Tan solo quería preguntar si acaso no sería posible que la continuación de esta pequeña y agradable velada se trasladara a alguna otra sala, preferiblemente en la otra punta de la casa.

—Sí —respondió Markel—. ¡Pero bajo una condición!

—¿Cuál?

—Que el artículo del pastor no salga jamás. ¡Jamás!

El doctor Doncker resopló y gritó de forma ligeramente entrecortada:

—Mi querido Markel, ¿por qué demonios crees que me importa el artículo del pastor? Puedes hacer con él lo que te dé la gana.

—Bien. Estamos, pues, de acuerdo. ¡Y recuerda que tengo dos testigos!

Una procesión silenciosa de botellas y copas avanzó por el pasillo, a la luz de una solitaria bombilla incandescente. El doctor Doncker permaneció junto a la puerta y los vio desaparecer.

Markel se giró y musitó audiblemente:

—Quizás no merezca la pena preguntar, pero ¿no quieres venir y tomar una copita de grog?

—No, gracias —respondió el doctor Doncker.

**

Camino a casa, Arvid Stjärnblom le echó la mano a una joven. Mejor dicho, una joven le echó la mano a él.

Ya en los primeros días de diciembre de aquel año la nieve se amontonaba y hacía un frío

implacable. También el día en que enterraron al viejo Stille.

Arvid había ido hasta el nuevo cementerio para poder ver a Lydia, aunque fuera un segundo. Había enviado una corona de flores para el féretro.

Tomó asiento en mitad de un grupito, cerca de la entrada a la capilla donde tendría lugar el funeral. Reconocía a algunos artistas, en su mayoría hombres canosos, y al director de la Konstakademien con su perfil aristocrático, el artista nacional más destacado de su generación. Y también había quienes habían acudido por curiosidad, pero no muchos, desde luego.

Ya se sentía el cortejo mortuorio por el camino, e iluminada por el pálido sol de diciembre avanzaba al paso la carroza fúnebre con sus ornamentos de plata, un último y pobre vestigio del gusto barroco por los adornos en vida y en muerte. Unas manos curtidas, envueltas en guantes de algodón, bajaron el féretro de la carroza, la comitiva se apeó de los vagones y comenzó la procesión. Lydia caminaba detrás del féretro, joven y esbelta, y con la cabeza gacha bajo el velo que llevaba en señal de luto. A su lado iba Filip, pálido y con la nariz ligeramente cubierta de escarcha. Otto no se dejaba ver; claro, era verdad, iba a irse a América... Ya se habría marchado. Arvid se había descubierto la cabeza ante el féretro y permanecía quieto, con el sombrero en la mano, cuando Lydia pasó a su lado. Pero ella caminaba con la mirada hundida y no vio nada. Después de los familiares y amigos más cercanos, entró en la capilla el director de la Konstakademien, que iba al frente de los artistas de barba encanecida, y las puertas se cerraron. Arvid dio la vuelta, camino de la ciudad.

De pronto se puso a pensar en *El hijo pródigo*^[9] del Museo Nacional. En ese mismo momento reinaba sobre el cementerio un desolador atardecer invernal y nevoso, igual que el de la pintura. Se detuvo por un instante frente a una lápida alta con un medallón de bronce. «Emanuel Doncker», se leía en unas letras de oro deslucidas sobre la losa. Era el abuelo paterno de su redactor jefe, el reconocido químico. Y en ese medallón había un perfil que de veras recordaba al de su nieto.

A Arvid se le escapó una breve risotada. Se le vino a la memoria la mañana posterior a aquella noche en la redacción, algunos días atrás. Aquella mañana había abierto su periódico con más interés que de costumbre: buscaba el obituario del viejo Stille y su corta reseña musical.

Pero lo primero con lo que se toparon sus ojos fue el artículo del pastor, en primera plana. Después encontró también, por supuesto, lo que buscaba. El obituario había quedado desfigurado por un par de erratas tontas. Recordaba con claridad haberlas visto y corregido, pero luego había olvidado enviar la corrección por el montacargas... Y su reseña. «Esta Marguerite parecía haber nacido loca». Impreso sonaba aún peor que escrito a mano. Se sintió prácticamente aterrorizado: «¿De verdad soy yo el autor de algo tan crudo y desvergonzado? Pensaba tacharlo en las galeradas, pero algo me interrumpió y lo olvidé por completo...».

Caminó despacio entre las sepulturas, con el cuello subido.

No pudo evitar reírse otra vez al recordar la explicación que le ofreció Markel cuando llegó a la redacción y le preguntó cómo demonios se había publicado el artículo del pastor:

—Solo hay una explicación —dijo Markel—. ¡Por una vez me fie de su palabra! ¡Tenía dos testigos! Y luego me senté y conversé despreocupada e inocentemente contigo y con Rissler. ¡Entretanto Doncker tuvo que haberse acordado de que le había formulado una promesa igual de solemne al pastor! Mientras la doncella se desabrochaba el corsé y se quitaba los pololos, ¡él recuerda de pronto que tenemos demasiados pocos obispos! Telefonea al capataz: «¡El artículo *tiene que salir!*». ¡Y vaya si salió! A fin de cuentas, él es el jefe del negocio. Además, no se puede uno enfadar con él. Cuando me enzarqué con él por su pequeña fechoría, me respondió: «Mi querido Markel, en esa situación en la que me encontraba anoche ¡uno promete, por supuesto, lo que haga falta!». Y, por una vez, Doncker tenía razón.

Un par de minutos después de la conversación con Markel, Arvid se había encontrado con el director en el pasillo, que se había parado y le había dicho:

—Leí su breve reseña, señor Stjärnblom, ¡y era justo como debe ser! «Haber nacido loca», ¡qué bueno! Me he percatado, además, de que es usted valioso. A partir de Año Nuevo recibirá usted un salario fijo, cien coronas mensuales para empezar.

... Arvid caminaba despacio hacia la ciudad. En Norrtull se subió a un tranvía.

**

Algunos días después del entierro, Arvid escribió una carta a Lydia.

Entre otras cosas decía:

Desde la última vez que estuvimos juntos no ha pasado ni un solo día en que no ocuparas mis pensamientos. Si me he mantenido al margen, ha sido porque me parecía que era lo correcto y mi obligación. No tengo nada que ofrecerte, más allá de un futuro lejano e incierto...

Recibió respuesta al día siguiente:

Arvid. Gracias por tu carta. La he leído una y otra y otra vez, pero no la entiendo bien; bueno, sí, la entiendo, ¡y sin embargo no la entiendo!

Pero algún día sí que me gustaría verte. No ahora; ahora estoy tan cansada y tan triste... Pero un poco más adelante sí.

Todo está tan vacío después de lo de mi padre...

Lydia.

El 11 de enero de 1898 el Consejo de Guerra absolvió a Esterházy en el proceso que se había interpuesto contra él. El honor de Francia y del Ejército francés no podía soportar la idea de que esa pequeña y sucia traición, objetivamente bastante baladí, por la que se había condenado a un competente y capacitado oficial del Estado Mayor de ascendencia judía, fuera en realidad obra de un insignificante oficial de origen extranjero, un rufián venido a menos y descarriado moralmente. El 13 de enero se publicó en *L'Aurore* el *J'accuse* de Zola, y al instante se

telegrafió al mundo entero un breve resumen de su contenido. Dos días después llegó un ejemplar de *L'Aurore* a la redacción del *Nationalbladet*.

Markel estaba radiante. Congregó a la redacción a su alrededor. De una sala vino el poeta, crítico e historiador de la literatura Olof Levini: un nombre conocido y controvertido ya por entonces. Desde otra llegó Torsten Hedman, dramaturgo y crítico de teatro. ¡Apareció incluso el escritor Henrik Rissler, que venía a enterarse de las últimas noticias con respecto al caso Dreyfus! ¡Y esa vez sí que pudo recibirlas!

Markel sacó las tijeras, seccionó el valioso artículo en fragmentos y los repartió a diestro y siniestro.

—Tú escribirás a máquina —le dijo a Stjärnblom—, empezarás por las tres primeras columnas. Así podrán comenzar con ellas en la imprenta, y entretanto yo tendré tiempo para ordenar y numerar los siguientes fragmentos.

—Pero, por favor, Olle —se dirigió al profesor Levini—, ¡*intenta* escribir de tal forma que abajo consigan leerlo!

(La imprenta se encontraba en el sótano).

Por supuesto, Levini y Hedman jamás se dedicaban en circunstancias normales a traducir, pero esta era una ocasión especial.

—Dame a mí también una parte —dijo Henrik Rissler—. Nunca escribo una línea sin que me paguen, ¡pero este documento sí que quiero traducirlo!

Por lo demás, Rissler era conocido por su holgazanería.

... Cuando Stjärnblom terminó de traducir su parte, fue hasta la sala de corrección y ayudó al viejo Johansson con la lectura. Ya habían aparecido las primeras galeras. Hacia las dos el colosal artículo ya estaba íntegramente traducido, validado y revisado, listo para publicarse como anexo en la tirada destinada a las provincias y como un número especial en Estocolmo.

*

Gracias a Markel, el *Nationalbladet* había tomado desde el primer momento el rumbo acertado con respecto al caso Dreyfus. En otras cuestiones, sobre todo políticas, podía ser algo errante, como el vagar nocturno de un poeta. En materia política el periódico era bastante imparcial, se alzaba «por encima de cualquier partido», según se afirmaba en el último formulario de suscripción. En ese sentido, como tan a menudo en muchos otros, se hacía de la necesidad una virtud: por determinadas razones históricas resultaba impensable establecer lazos con ningún partido político. El *Nationalbladet* se había fundado en la década de 1880 como un órgano agrario ultrarreaccionario y proteccionista. Jamás se había autofinanciado, sino que siempre lo habían mantenido mecenas del entorno de la gran industria. Tras el triunfo del proteccionismo a finales de los ochenta, los intereses en aras de cuya defensa existía el periódico habían quedado, sin embargo, satisfechos y los mecenas, saciados y complacidos, hicieron además de querer librarse de ese tonel sin fondo como el de las danaides. El periódico se fue debilitando y en la primavera de 1897 se produjo un crac. El último mecenas, que desde hacía varios años

representaba ya el único apoyo económico del periódico, se vio forzado a interrumpir sus pagos y a dejar sus negocios en manos de la Administración. Uno de sus activos más depauperados era la mayoría accionaria del *Nationalbladet*; los acreedores se inclinaban casi a considerarla un pasivo... Pero entonces ocurrió algo.

Un hombre de finanzas, Henry Steel, sin el más mínimo interés por la política, pero con profundas inquietudes culturales y artísticas, había entrado en estrecho contacto con un círculo de poetas y escritores —el gran poeta P. A. von Gurkblad, Olof Levini, Torsten Hedman y Henrik Rissler, entre otros; hasta el doctor Doncker pertenecía a dicho círculo— y se había dejado engatusar hasta prometer apoyo económico para un nuevo periódico. Sería un diario vespertino liberal, ya que todos despreciaban el *Aftonposten*, y contra él competirían encarnizadamente. Sería, pues, liberal o, mejor dicho, radical, solo que más centrado en una perspectiva nacional de lo que por entonces se acostumbraba en el partido liberal. Por alguna misteriosa razón, Doncker sería redactor jefe. P. A. von Gurkblad, desde su renombre, apoyaría el periódico como director y, además, colaboraría de forma voluntaria. Olof Levini sería crítico literario y redactaría el editorial sobre cuestiones culturales. Torsten Hedman escribiría sobre teatro y artes visuales y aquello que, por lo demás, le apeteciera. Y así sucesivamente. Y Markel —incluso él era miembro del círculo— se ocuparía de la política.

Pero ahora el destino quería que el banco de Henry Steel, es decir, el propio Henry Steel, resultara ser el mayor acreedor del mecenas del *Nationalbladet* al producirse el crac, de tal modo que le correspondió a él la tarea, quizás no tan sencilla, de poner en orden sus asuntos. Por lo general se consideraba que tenía buena mano para ello, pero no sin incurrir en considerables pérdidas propias. De esta manera pasó de pronto a ser, muy en contra de su voluntad, el principal accionista del *Nationalbladet*. ¿Qué demonios iba a hacer con él, justo ahora que había prometido contribuir a la fundación de un nuevo periódico? La solución era tan sencilla como el huevo de Colón: ¡que Levini y Doncker y los demás se quedaran con el *Nationalbladet* y lo convirtieran en el periódico con el que habían soñado! Una tarde expuso esta idea a Doncker, Olof Levini y Torsten Hedman. En un principio, todos ellos se quedaron callados y pensativos.

—Quizás sea un poco difícil —dijo Torsten Hedman.

—¡Difícil..., difícil! —respondió Henry Steel—. Pero nada es imposible. Podéis hacerlo como mejor sepáis. Yo lo hago tan bien como puedo, y esta es la única manera en que puedo hacerlo. Pensadlo vosotros mismos: ¿qué otra cosa voy a hacer si no con el *Nationalbladet*? El accionista mayoritario de una empresa está hasta cierto punto obligado a velar por que el personal no se quede de pronto en la calle, sin un mendrugo de pan que llevarse a la boca. Si queréis uniros a este plan, al menos el personal de imprenta, los oficinistas y los subordinados más insulsos de la redacción podrán mantenerse en sus puestos. Por lo que respecta a los demás, me encargaré, por supuesto, de compensarlos debidamente, hasta que encuentren otro lugar.

—Pues entonces no nos queda otra —resopló Olof Levini.

—La idea es, por lo demás, brillante —afirmó Doncker—. De esa forma contamos ya desde el primer momento con un conjunto de suscriptores, y atendiendo a la ley de la inercia una buena

parte de ellos probablemente se quede con nosotros, ¡pese a nuestro nuevo rumbo!

La cuestión se organizó presurosamente en una junta extraordinaria con los accionistas del *Nationalbladet*.

—Tú votarás por treinta acciones —le había dicho Doncker a Henrik Rissler.

Y Rissler se había puesto en pie en la junta, celebrada en la Oscarssalen del hotel Rydberg, y había votado por treinta acciones que jamás había visto.

Esa era, pues, la historia del periódico, tal y como Markel le había relatado una tarde a Arvid Stjärnblom.

*

Arvid estaba de pie junto a la ventana del despacho de Torsten Hedman. Normalmente le estaba permitido utilizarlo cuando estaba vacío. Pero justo en ese momento Arvid no tenía nada que hacer y estaba a punto de irse. Había dejado abierta la puerta que comunicaba con el pasillo.

Empezaba ya a oscurecer y afuera la nieve caía y cuajaba.

Pensaba en su futuro. En Navidad, durante las vacaciones escolares, se había dedicado a trabajar exclusivamente en el periódico, y eso le interesaba. Constató que tenía más que aprender de él que de su año de prácticas como docente. En la redacción del periódico le parecía encontrarse en un punto más central de la existencia. Y en un par de días volverían a empezar las clases... Crecían en él las ganas de escribir al director de la escuela para comunicarle que por diversas razones se veía obligado a interrumpir su año de prácticas. Pero no quería hacerlo, pues el director se había interesado amigablemente por él y había reconocido su talento para la enseñanza. «Nacido para la docencia», le había dicho a Arvid, ante lo cual él se había asustado un poco... Pero también había otra cuestión: un día había intercambiado algunas palabras con el doctor Doncker y, por lo que pudo inferir de esa conversación, aquella vez que el director lo había ascendido a colaborador con sueldo fijo había olvidado por completo que Stjärnblom realizaba al mismo tiempo prácticas en el Norra Latin. «Ay —había dicho el doctor Doncker cuando Stjärnblom se lo recordó—, deje usted la docencia, señor Stjärnblom, a menos que le interese trabajar toda su vida como una mula a cambio de un mendrugo de pan seco...». Pero había aún otra cuestión: los cimientos económicos del *Nationalbladet* se le antojaban un poco movedizos. El periódico había salido adelante después de «la revolución», de eso no había duda; pero unos y otros afirmaban en la redacción que el dinero fresco que había inyectado Steel, el director de banco, para mantener el periódico a flote ya se había agotado hacía mucho tiempo. Doncker había calculado los gastos de una manera demasiado impulsiva. Steel había contado, por supuesto, con ese factor, que las estimaciones de gastos siempre eran optimistas; pero esto era algo excepcional. Eso dijo, al menos, Markel. Y un día le había expresado a Torsten Hedman: «Hoy es un día emocionante; es día de paga. Doncker se pasea por ahí en un coche de punto y a nosotros nos presta dinero. ¡A fin de cuentas, es honrado!».

Arvid Stjärnblom se sentía un tanto inseguro...

Y la nieve caía y caía...

Ya podía marcharse. Pero antes había algo de lo que quería hablar con Markel.

Salió al pasillo. Estaba sumido en la penumbra. Al otro extremo vio a una joven y a uno de los muchachos de conserjería, que señalaba con la mano el camino, por ahí...

Reconoció a Lydia al instante.

Caminaba por el pasillo hacia él:

—Iba a entregar un anuncio —dijo Lydia—, pero no logro encontrar...

Arvid se quedó totalmente desconcertado.

—Puedo mostrarte el camino —respondió.

—Gracias.

—Pero ¿tanta prisa te corre? La oficina de anuncios aún estará abierta un par de horas más. ¿No quieres...? ¿No quieres sentarte un rato conmigo?

Lydia se demoró un poco en responder.

—Si te está permitido —dijo.

—Sí, me está permitido —respondió Arvid—. Cuando Torsten Hedman no está me corresponde su despacho. Y se marchó hace una hora y no volverá hasta esta noche, después del teatro.

Arvid cerró la puerta tras de sí con cuidado. El despacho se encontraba en penumbra. Afuera la nieve caía y caía.

Se quedaron callados y perplejos, ambos. Hasta fundirse en un beso. En un largo beso.

Lydia estaba empapada por la nieve.

—¿No quieres quitarte el sombrero y el abrigo? —preguntó él.

—¿Te está permitido...? Podría venir alguien... Y podría parecer extraño...

Arvid giró la llave en el cerrojo.

—Sí —dijo—, está bien. No va a venir nadie.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos tres segundos.

—¿Te sientas aquí a escribir? —preguntó.

—Sí —respondió—, cuando no está el señor Hedman. Cuando está aquí, me siento en la gran sala de redacción y escribo en compañía de otros cinco o seis pobres gacetilleros.

Lydia se quitó el sombrero y el abrigo y se quedó de pie con su sencillo traje de luto y su cabello claro.

—Pero ¿y si alguien ahora..., y si alguien ahora quisiera algo y girara el pomo...?

—Puedes estar tranquila, Lydia —respondió Arvid—. En la redacción de este periódico no se respetan precisamente muchas cosas, pero *una* cosa sí se respeta incondicionalmente: una puerta cerrada. ¿Qué clase de anuncio era ese del que hablabas?

—Busco trabajo. Prácticamente de lo que sea. «Chica para todo». No tengo ningún talento especial. Las labores domésticas son lo único que sé hacer.

Ambos callaron. Y la nieve caía y caía. Y empezaba a oscurecer. Afuera, en la calle, se iban encendiendo las primeras farolas, que despedían luz hasta el techo de la habitación.

—¿Recuerdas que un día en otoño nos encontramos por casualidad en Djurgården? Estabas en compañía de un señor...

—Sí —respondió ella—, era el doctor Roslin.

—O sea, Markus Roslin, ¿el historiador cultural y arqueólogo...?

—Sí. Es un viejo amigo de la familia.

Se quedaron en silencio mientras la nieve caía y caía.

—Voy a contarte algo —dijo Lydia—. Aquel mismo día por la tarde sentí un deseo totalmente irrefrenable de verte. Y entonces subí hasta tu casa y llamé a la puerta. Pero nadie me abrió.

Lydia susurró esto con su claro rostro apoyado contra su pecho. Arvid le acariciaba el pelo con la mano.

—Estaba en casa. Pero solo llamaste una vez. Y cómo iba yo a adivinar que eras tú.

—No me gusta llamar más de una vez. Yo también respeto «una puerta cerrada»...

—Oh, Lydia...

Arvid tomó entre sus manos el rostro de Lydia y la miró a los ojos:

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Sí...?

—Pero tienes que prometerme que no te enfadarás.

—¿Sí...?

—¿Eres...? ¿Eres una muchacha «casta»?

—Claro.

—¿Estás enfadada ahora porque haya preguntado?

Con una lágrima asomándosele en el ojo sonrió:

—No.

Ambos se quedaron en silencio. Iba oscureciendo cada vez más. Y la nieve caía y caía. Lydia estaba sentada con la cabeza reclinada sobre su pecho. Y Arvid susurró su nombre, una y otra vez, solo porque sí: «Lydia... Lydia... Lydia...».

Volvió a tomar su cabeza entre las manos y la miró profundamente a los ojos:

—Vas a ser mi ángel de la guarda —dijo—. ¿Quieres ser mi ángel de la guarda?

Lydia retiró delicadamente las manos de Arvid en torno a su rostro.

—Quiero serlo todo para ti —respondió—. Pero eso no solo depende de lo que yo quiera... ¿Sabes qué pensé al recibir tu carta? Pensé: «Así es que no tengo nada para lo que guardarme...».

—¿Qué quieres decir...?

—¡Oh! ..., nada...

El crepúsculo se volvía cada vez más opaco.

—Que no pueda pensar en el matrimonio más que como un futuro lejano, eso has de entenderlo.

—Sí.

—Pero ¿y si ahora quisieras ser mi amada en secreto?

Se veían sus ojos en la penumbra, grandes y llenos de lágrimas.

—No. No quiero convertirme en una carga para ti. Cualquier otra cosa, ¡menos eso! ¡No quiero volverme una carga para ti!

Afuera los blancos copos danzaban, centelleaban, y se hundían y hundían.

Ambos se quedaron en silencio.

—¿Me puedes decir —preguntó Lydia— qué está bien y qué está mal?

Arvid se quedó pensando.

—No lo sé —respondió—. Esta mañana hemos traducido aquí en el periódico el *J'accuse* de Zola, y en este mismo momento ya se estará repartiendo como número especial por la ciudad. Y en ese caso sé lo que está bien y lo que está mal. Pero si algún día me correspondiera la tarea de explicar a los chavales de la escuela lo que está bien y lo que está mal me sentiría bastante cohibido; explicarlo de manera universal, quiero decir...

Lydia estaba sentada, con la cabeza apoyada en su pecho, y lloraba y lloraba. No había escuchado nada de lo que él había dicho. Temblaba a causa del llanto. Hasta que de repente se soltó, se levantó y se enjugó las lágrimas.

Se la veía joven y esbelta con su vestido de luto y su cabello claro.

—Tengo que irme —dijo.

Él también se levantó. Y después de un largo beso dijo:

—*Creo* que vas a ser mi ángel de la guarda.

Lydia se puso el sombrero y el abrigo. Aún estaban húmedos por la nieve.

—Adiós —se despidió Lydia.

—¿Podré verte alguna vez?

—No lo sé...

Lydia apoyaba la mano sobre el pomo de la puerta. Arvid había girado la llave.

—No lo sé —dijo Lydia.

Pero de repente Lydia rodeó el cuello de Arvid con sus brazos:

—Quiero susurrarte algo al oído —dijo ella.

Y con la boca bien apretada contra su oreja le susurró:

—Quiero. Pero no me atrevo.

... Y se soltó y partió presurosamente.

Una mañana de abril Arvid Stjärnblom recibió una carta.

Al instante reconoció la letra de Lydia en el sobre y lo rasgó con vehemencia. Contenía tan solo una hojita de papel. En una cara había dibujado un pequeño paisaje a lápiz: una llanura otoñal con el esqueleto de un sauce desnudo reflejado en unas aguas tranquilas, un cielo encapotado con nubes bajas y aves migratorias volando en bandada...

Y en el dorso estaba escrito, también a lápiz:

Ud vil jeg, ud, o saa langt langt langt.[10]

«Fuera, quiero marcharme fuera, oh, lejos, muy muy lejos».

Ninguna otra cosa. Ninguna cosa más.

Se quedó pensando con el pedacito de papel en la mano. ¿Qué quería decirle con eso? «Fuera, quiero marcharme fuera, oh, lejos, muy muy lejos». Sentía que era algo especial. ¿Pero qué?

¿Tenía algún plan de viaje?

«*Ud vil jeg, ud, o saa langt langt langt*»...

No, no podía adivinar su intención. Pero se guardó el pedacito de papel en su cuaderno de notas.

**

En abril de aquel año llegaron unos hermosos días de comienzos de primavera. Si uno paseaba por un sendero a las afueras de la ciudad, aún se lo encontraba cubierto de grandes montículos de nieve sucia: allí aún se cernía el invierno, un invierno enfermo y decrepito. Pero en el interior de la ciudad, las calles lucían brillantes y limpias bajo el sol, el Norrström destellaba, borboteaba y espumaba, y por Kungsträdgården se paseaban ya los primeros comerciantes italianos, morenos, bajitos y pobres, que vendían globos rojos, azules y verdes; allí, uno podía creer en serio que era primavera.

Un día, en torno a las tres, Arvid iba caminando por uno de los bulevares de Kungsträdgården cuando de pronto se encontró con Filip Stille. Se pararon a hablar y siguieron caminando juntos durante un trecho.

—Gracias por enviar la corona —dijo Stille—. Fue muy amable por tu parte.

—Qué menos...

—¿Así que estás de prácticas en el Norra Latin?

—No, las interrumpí. Como quizás sepas, me he incorporado al *Nationalbladet*.

—Sí, pero de todos modos pensé... Bueno, puede que ese camino sea hasta mejor.

A cierta distancia vieron a dos señores mayores altos, ante los cuales todo el mundo cedía el paso y todos los señores se quitaban el sombrero. Era el rey, en compañía del maestro de Caza Real.

Ambos se quedaron callados. Filip Stille era claramente una de esas personas que no podían evitar sentirse un poco ceremoniosas en presencia de un monarca. Y Arvid Stjärnblom no tenía nada que decir. Cuando pasó el rey, se descubrieron la cabeza.

—¿Sabes algo de tu hermano? —preguntó Stjärnblom.

—Sí, ha encontrado un buen puesto allá, en una gran empresa de ingeniería. La verdad es que se las apaña. Y, por lo demás —añadió—, después de lo de nuestro padre las propiedades familiares no estaban tan mal como creíamos. Que no había podido ahorrar, eso lo sabíamos; pero deudas tampoco había contraído, y eso también lo sabíamos. Lo que sí atesoraba era una pequeña colección de «viejos maestros», la mayoría, por supuesto, bastante dudosos o desconocidos, que con los años había ido adquiriendo a cambio prácticamente de nada, y un par de ellos alcanzaron un precio bastante ventajoso en Bukowskis, la casa de subastas. También poseía algunos objetos

singulares y de valor. En total se recaudaron casi ocho mil coronas. No es mucho, sobre todo cuando ha de repartirse entre tres. Pero los dos hermanos hemos llegado a ese punto en que ya hemos de mantenernos por nosotros solos. Y Lydia la verdad es que se las apaña.

Se despidieron en la esquina con Arsenalsgatan. Stille se dirigía hacia Östermalm y, en ese momento, Stjärnblom no llevaba ningún rumbo en concreto, pero dijo que iba camino del periódico.

«Lydia la verdad es que se las apaña».

Lo había dicho con una sonrisa ligeramente misteriosa, ligeramente reservada...

Las campanas de la Jakobs kyrka repicaban y retumbaban. Se celebraba el entierro de un viejo usurero.

En Jakobs torg pasó al lado de tres de los que en su día se habrían llamado «señores del reino»: el primer ministro, a un lado acompañado del ministro de Justicia y a otro, del ministro de Guerra, un veterano flaco y cuarteado de la guerra franco-prusiana. Los había visto un par de veces antes desde el pequeño palco de prensa del viejo parlamento, que pronto caería en desuso. Y no podía evitar sonreír al pensar en las alocadas historias boccacescas que circulaban sobre el ministro de Justicia, un horrible bellaco. A escasa distancia, caminaba detrás de ellos a paso ligero Jörgen, con el bigote teñido de negro y la perilla blanca, ataviado con un sobretodo gris amarillento que le llegaba casi hasta los pies.

En Gustav Adolfs torg, Stjärnblom se detuvo por un instante frente a la sala de noticias de su periódico, en cuyo escaparate se colgaban los últimos telegramas. En el más reciente se leía: «El papa se ha ofrecido a mediar entre España y los Estados Unidos». Como si le asaltara una visión, los veía ante sí: a León XIII con su anciano perfil irónico y afilado por una vida inusitadamente larga, tal y como lo recordaba a partir de alguna reproducción del famoso retrato de Lenbach, y a McKinley, la máquina parlante automática americana del gran capital, portavoz de todos cuantos iban a lucrarse de la guerra. «Me temo —pensó Arvid— que a estos dos señores les va a costar un poco entenderse...». Y de fondo se imaginaba a algunos estadistas y generales españoles confusos y medio enloquecidos, para quienes «el honor de España», que en ese caso quería decir el suyo propio, lo era todo, y para quienes todas las realidades del mundo no eran nada... «No —pensó—, esa guerra no va a poder evitarla León XIII...».

Arvid sintió una mano sobre su hombro:

—¡Buenos días, muchacho!

Era el barón Freutiger.

—Buenos días... ¿Andas por la ciudad?

—Eso parece. ¿Te vienes al Rydberg? Podemos tomar una copa de vino o absenta, o lo que quieras. Es demasiado temprano para almorzar.

Caminaron juntos hasta el Rydberg y se sentaron en un sofá de cuero en el llamado «café de las pieles», con vistas a Gustav Adolfs torg, desde donde se podía ver a todos los transeúntes. Un par de veces ese invierno, Arvid Stjärnblom se había sentado solo en ese mismo sofá de cuero, con

una copa de oporto o alguna otra consumición, mirando las muchas caras y figuras desconocidas y las pocas conocidas que pasaban por fuera, bajo la nieve o la lluvia. Por primera vez se sentaba allí con un tiempo primaveral espléndido y poco común en abril.

—¿Absenta? —preguntó Freutiger.

—Venga —respondió Stjärnblom.

Llegó la absenta a la mesa.

Freutiger miraba hacia la plaza desde su asiento:

—Acaba de pasar Dagmar Randel —dijo—. Una joven dulce pero ya un poco ligerita de cascos. Ahora tiene una aventurilla con el teniente Warberg. Y ahí viene Märta Brehm. ¡Qué joven más elegante! Pero parece ser que tiene un hijo con un estudiante de Medicina que se llama Tomas Weber: un bocazas, por cierto...

Arvid Stjärnblom escuchaba distraído. ¿Qué le importaban esos nombres que nunca antes había oído? Si hubiera sido en Karlstad, donde conocía a todas las jóvenes de la ciudad de mejor aspecto y reputación, pero aquí, ¡aquí no conocía casi a nadie!

—Seguro que olvidas que vengo del campo.

—Qué va, ¡pero tendrás que hacerte a la ciudad! —respondió Freutiger.

—¿No es Snoilsky ese que va por ahí? —preguntó Stjärnblom. Le parecía reconocer al gran poeta de algún retrato que había visto.

—Es él, sí. Y te voy a contar una historia si es que acaso no la has oído ya. Ibsen cumplía años hace algunas semanas —setenta, ochenta, los que fueran— e iba, digamos, de «gira de las grandes cruces» por los países vecinos: primero a Copenhague, donde recibió la Gran Cruz de la Orden de la Bandera de Dinamarca, que se celebró con procesiones de antorchas y fiestas y discursos, y donde él se emborrachó hasta las trancas; y luego a Estocolmo, donde le concedieron la Gran Cruz de la Orden de la Estrella Polar, que se celebró con una gala y fiestas y discursos, y donde él se emborrachó hasta las trancas. Una mañana Snoilsky lo visitó en el Grand Hôtel y se lo encontró sentado a una mesa, sobre la que estaban desplegadas las grandes cruces con toda su parafernalia. Ibsen se quedó mirándolo con sus ojos serios y severos. «Sí, mi querido Henrik Ibsen —le dijo Snoilsky—, de todos los autores escandinavos tú eres sin duda el que más de esas tiene». «¡Eso quiero pensar!», respondió Ibsen en noruego. «Salvo tal vez Oehlschläger»,^[11] prosiguió Snoilsky. Ibsen frunció el ceño. Entonces Snoilsky alcanzó a ver la Gran Cruz de San Olaf, dispuesta sobre la mesa entre las demás. «Es verdad —dijo Snoilsky—, Oehlschläger no pudo haber recibido la de San Olaf». «No, ¡eso quiero pensar!».

—La historia es buena —respondió Stjärnblom—. Pero ha pasado por muchos apeaderos antes de llegar a ti, y tú también eres un «apeadero», y no uno de los peores. ¡Salud!

—¿Quieres decir que te estoy mintiendo?

—Claro que no, tú no mientes jamás; eso lo sé. Pero ¿me permites que trate de reconstruir el episodio tal y como posiblemente haya podido ocurrir?

—Yo encantado.

Freutiger le compró el *Aftonposten* a un muchacho que los vendía.

—Bien. Snoilsky entra. Según tu versión, Ibsen se queda sentado a la mesa mirando sus cruces. Pero es sencillamente impensable: se le caracteriza unánimemente como un señor mayor de lo más formal y ceremonioso, hasta cuando está borracho, y desde luego en esa ocasión no lo estaba. Que tratara con la más mínima descortesía a Snoilsky, a quien había conocido mucho tiempo atrás en Roma, resulta inimaginable. Se habrá, pues, levantado, acercado a él y le habrá dado los buenos días, o algo así. Sus distinciones están esparcidas por la mesa, tal vez por casualidad, quizás porque estuvieran a punto de guardarlas en un baúl. Snoilsky les echa la mano porque constituyen el tema de conversación más evidente, se pone a hablar a la ligera y medio guasón, Ibsen responde en noruego su «¡Eso quiero pensar!», puede que también medio en broma y con ironía, pero en un tono más serio, propio de su naturaleza severa...

—¡Pero qué demonios! —estalló Freutiger mientras ojeaba el *Aftonposten*.

—¿Qué pasa? —preguntó Stjärnblom.

—¡Míralo tú mismo!

Le acercó el periódico y le señaló un anuncio de compromiso.

Y Arvid leyó:

MARKUS ROSLIN
Y
LYDIA STILLE

—¿Qué me dices de esto? —exclamó Freutiger—. ¡Esta chica no se divierte con poca cosa! Markus Roslin: por lo menos seiscientas mil coronas.

Arvid no dijo nada. En ese instante agradecía el parloteo de Freutiger. Así evitaba tener que decir él nada. Temía que su voz trasluciera algo.

—¿Te lo puedes imaginar, Arvid? Es *la* única muchacha que he querido, que he querido en serio, ¿me entiendes? Dos semanas después de que falleciera el viejo Stille le escribí para pedirle matrimonio. De manera casta y honrada, según creo, y con las cifras exactas de mi capital: algo más de doscientas mil coronas. Recibí respuesta urgente, con un «respetuosamente» subrayado. Ya te podrás imaginar más o menos el contenido. Pues yo supuse, claro, que ella habría pensado que yo era demasiado viejo —cuarenta y seis, y ella diecinueve— y no podía dejar de admirar su firmeza ante la posibilidad de ser bien mantenida. Pero Roslin pasa de los cincuenta. No era, entonces, la edad lo que estaba mal. ¡No era eso!

—Mi querido Freutiger —dijo Arvid, a quien le parecía oír su voz muy lejana, como si fuera la de un extraño—, ¿pero no irás en serio a creer que la diferencia de patrimonio ha sido decisiva para ella? Hace falta dinero para vivir, sí. Pero unas coronas más o menos: en eso seguro que no ha pensado...

Freutiger se frotó los ojos.

—Ah, no. Eso no. Habrá pensado solo que Roslin es mejor partido que yo. Y con él también puede esperar enviudar algunos años antes que conmigo: esperemos que acabe pronto con él...

está esmirriado el pobre... Que se haya enamorado de él queda totalmente descartado. ¿Quieres almorzar conmigo? ¡Tenemos que comer bien y ponernos como cubas!

—Gracias, pero no puedo —respondió Arvid Stjärnblom—. A las cinco tengo que estar en el periódico.

Quería estar solo.

*

No tenía nada que hacer en la redacción a esa hora. Pero fue allí de todos modos.

Atravesó varias habitaciones. Todo estaba vacío.

Se quedó de pie frente a la ventana del despacho de Torsten Hedman. El ambiente estaba cargado. Abrió una ventana.

Desde un patio trasero de las proximidades se oyó un organillo. Sonaba «Kväsarvalsén», el gran éxito de aquellos días.

Ella..., su amada..., ella..., a quien al caer la tarde había besado detrás de los lilos..., ella..., ella...

«Fuera, quiero marcharme fuera, oh, lejos, muy muy lejos».

Conque eso quería decir: viaje de novios a la Riviera, Italia, quizás Egipto...

Se puso a divagar en torno a esas palabras:

«Fuera, quiero marcharme fuera, oh, lejos, muy muy lejos».

Se le desvió la vista hasta el sofá. Allí se habían sentado, por última vez. Y en la puerta, a punto ella de marcharse, le había dicho: «Quiero. ¡Pero no me atrevo!».

De pronto recordó lo que había pensado cuando ella le había dicho «puedo esperar». ¡No quería tener a nadie esperando!

Ahora había conseguido lo que quería. Nadie lo estaba esperando. Nadie.

... Aullando como un animal salvaje se lanzó al sofá.

[1] «En gång i bredd med mig».

[2] «Böljan sig mindre rör».

[3] Erik Gustaf Geijer (1783-1847), escritor, poeta, filósofo, historiador y compositor sueco.

[4] El barón lo está invitando a que vaya a cantar con ellos la canción homónima, que tradicionalmente se canta con un chupito de aguardiente en la mano, que se toma al término de la canción.

[5] ¡Por qué estás tan lejos, / oh, mi amor! / Brillan tenues los luceros, / ¡oh, mi amor! / Ya la luna se recuesta / con su danza discreta. / Buenas noches, mi dulce amor. / Buenas noches, mi amor.

[6] La reproducción en miniatura del Estocolmo del siglo XVI que se había erigido con motivo de la Exposición.

[7] Alusión al *Elías* de Mendelssohn: «*Ich bin nicht besser denn meine Väter*».

[8] Enciclopedia sueca.

[9] *Den förlorade sonen* de Georg von Rosen.

[10] Verso de la canción noruega «Undrer mig paa», con letra de Bjørnstjerne Bjørnson y música de Morten Eskesen.

[11] Adam Oehlenschläger (1779-1850), poeta y dramaturgo danés.

II

«Uno no elige su destino. E igual de poco elige uno a su esposa, a su amante o a sus hijos. Uno los toma, y los tiene, y a veces los pierde. ¡Pero uno no elige!».

*

Pasaron años.

Arvid Stjärnblom trabajaba en el periódico. Tras un par de años había pasado a ser el crítico musical habitual. Después de aquella tarde en que por casualidad le habían asignado reseñar el debut de la señorita Klarholm como Marguerite en *Fausto*, en sus horas libres había leído casi todo cuanto había sobre música en la Biblioteca Nacional. Y como además era algo aficionado a la música, en cuanto se presentó la primera oportunidad propicia sucedió al colaborador habitual, que enfermaba con demasiada frecuencia, y tras dos o tres años percibía del periódico un sueldo de dos mil cuatrocientas coronas al año, con la obligación, por supuesto, de hacer todo lo posible y más. La economía del periódico aún no estaba tan consolidada como para pagar mucho solo por reseñas musicales. Pero salía adelante, eso podía verlo cualquiera: las suscripciones y los anuncios iban en aumento, y el periódico crecía también en dimensiones, como una mujer bendecida por el fruto de la vida. Por desgracia, al mismo tiempo aumentaban también los gastos, y en proporción aún mayor, según afirmaba Markel. Nadie sabía bien quién pagaba. Henry Steel había apartado la mano del *Nationalbladet* hacía ya tiempo; tras él había llegado otro y luego otro más, y tampoco nadie sabía quién, dentro de su cartera de inversiones, poseía ahora la extraordinariamente valiosa mayoría accionarial... Pero el doctor Doncker andaba paseando en coche de punto o automóvil —para escribir ya casi nunca le quedaba tiempo— y los días de paga siempre había dinero en la caja.

—¿Recuerdas... —preguntó en alguna ocasión Stjärnblom a Markel—, recuerdas cómo llamaba Balzac a los periódicos? *Ces lupanars de la pensée*. «Esos burdeles del pensamiento».

—Hum —había respondido Markel—. ¿Eso dijo ese diablo?

—Sí, eso dijo.

—¿De verdad dijo «del pensamiento»? ¡Demasiado amable por su parte! Pero también es verdad que era un romántico empedernido.

Y justo después había añadido:

—Mi querido Arvid, tú escribes sobre música y, por lo demás, sobre cualquier otra cosa, sobre lo que surja. ¿De qué tienes tú que quejarte? A mí las porquerías y las barbaries me pillan mucho

más de cerca que a ti, ¡y sin embargo no me quejo! Hago lo que puedo para ponerle la zancadilla a tantas payasadas, patrañas y bobadas como me es posible, pero cuando me veo impotente, entonces tengo que dejarlo pasar... Tú jamás te ves obligado a escribir nada que vaya en contra de tus principios. Y yo tampoco. Pero como vicedirector, y muy a menudo también en mis guardias nocturnas, no me queda otra que, muy en contra de mi voluntad, dejar que se cuelen «representaciones mendaces para confusión del público». Tú te libras de eso. Escribes sobre música o sobre lo que sea y te ganas tu sueldo. ¿De qué tienes tú que quejarte?

—Pero si yo tampoco me quejo —respondió Arvid Stjärnblom—. Es solo que, cada vez que recibo mi salario, no puedo evitar pensar que sin esas «representaciones mendaces para confusión del público» no habría dinero con que cubrir mis honorarios.

—¡Ay, burro de ti! —dijo Markel—. Tú no eres moral sin más, tú eres hipermoral. «Representaciones mendaces». Pues sí, por Dios, tiene que haberlas. Y uno no deja de plantarse incesantemente ante la vieja pregunta de Poncio Pilato: «¿Qué demonios es la verdad?».

—¡Cazaron a esa perra en Madrid! —dijo Markel, a modo de paréntesis, al pasar junto a la puerta del despacho de Stjärnblom con un fajo de telegramas en la mano.

«Esa perra» era la señora Humbert. Por aquel entonces, hacia finales de 1902, la Gran Thérèse y su cofre daban de comer a los periódicos y al mundo. Thérèse Humbert eclipsaba incluso a la princesa de Sajonia y a *monsieur* Giron.

Pero Arvid Stjärnblom pensaba en otra cosa. Era 20 de diciembre: su cumpleaños. Y frente a él tenía, sobre su escritorio, dos rosas rojas en un vaso. Las miraba, confuso a la par que ligeramente conmovido. Nunca antes nadie en la ciudad había prestado atención a su cumpleaños.

Podía adivinar con cierta probabilidad quién era el remitente. Pero para mayor seguridad le había preguntado, sin embargo, al joven conserje en la portería:

—¿Era un repartidor de una floristería o...?

—No, era una dama.

—¿Rubia o morena?

—Rubia.

Era, pues, quien se había imaginado: Dagmar Randel. Algunas semanas atrás había asistido a una cena con baile, dirigida a un público joven, en casa de Randel, el constructor. En una pausa entre un baile y otro se había sentado a hablar con la única hija soltera de las tres que había en la familia, la señorita Dagmar. Ella se había quejado de lo espantosamente vieja que era:

—El 20 de diciembre cumplo veintiséis —le dijo ella.

—Uy, sí, qué horror —le respondió—. Pero ¿qué voy a decir yo entonces, que justo ese día cumplo veintiocho?

—¡No!, ¿de verdad? Es gracioso que cumplamos el mismo día...

Y así sucesivamente... Pero desde entonces solo se la había encontrado un par de veces, de manera totalmente fugaz, y no habían intercambiado más que algunas palabras triviales. Y ahora resultaba que había llevado hasta allí esas rosas.

Era extraño que hubiera ido hasta el periódico en lugar de habérselas enviado a casa...

Pero había acertado en que él rara vez estaba en casa. Y había querido verlo. Pero en cualquier caso... No haberse resistido a llevar unas flores a un hombre en la redacción de un periódico, donde la gente anda de acá para allá sin parar... Podría dar que hablar...

¿Y cómo iba él ahora a devolverle el detalle? ¿Mandando otra vez flores?

Examinó el contenido de su monedero. En ese momento no abundaba el cambio.

Sacó un lápiz y escribió una breve carta:

Señorita Dagmar Randel:

Le agradezco la amabilidad de haber recordado algo tan casual y pasajero como que cumplamos años el mismo día; por mi parte, y rojo de vergüenza, he de pedirle disculpas por haberlo olvidado por completo. Pero no le puedo negar que me conmoví un poco. En los aproximadamente cinco años que llevo en la ciudad jamás nadie se había preocupado aún por mi cumpleaños.

Muy agradecido,

Arvid Stjärnblom.

Mientras metía la carta en el sobre, Markel entró en el despacho:

—Es verdad —dijo—, hay algo que debo decirte: vi por casualidad a la chica que traía las flores y ¡demonios, ten cuidado! ¡El viejo Randel tiene negocios turbios!

—Eso ya me lo has dicho antes —dijo Stjärnblom—. Pero no entiendo qué tienen que ver estas dos rosas con los negocios.

—Ah, ¿pero no lo entiendes? Estas rosas están a dos coronas la unidad, por lo menos. ¡La muchacha quiere casarse!

Stjärnblom estalló en una risotada.

—Pero, por favor, Markel —dijo—, ¿no pretenderás hacerme creer que con mis dos mil cuatrocientas coronas al año ella me ve como «un buen partido»?

—Uy, no, de eso ella no tiene ni idea; ella cree que su padre es rico y que ella misma es un buen partido: y ¡quiere casarse! ¡Ten cuidado, chaval! Además, no me queda tiempo para hablar de naderías... Doncker está nerviosísimo, le ha echado el ojo a un nuevo millonario, ¡un tal Rickson! ¡Ya solo el nombre vale lo suyo! ¡Y serviría para llegar a fin de año! Pero mira a quién tenemos ahí, si es Henrik Rissler, ¿qué quieres?

Rissler estaba de pie junto a la puerta.

—Vender una novelita corta —respondió—. Precio: cincuenta coronas. Pero llevo prisa. ¿Ha de leerla primero Doncker, antes de que puedan pagarme?

—Y un cuerno —respondió Markel—. Ahora Doncker no tiene tiempo ni para leer ni para

escribir. ¡Como esto siga así un par de años más, se va a volver analfabeto!

Markel emitió a toda prisa una orden de pago por valor de cincuenta coronas. Era la tarifa actual de Rissler. Hacía un par de años había cosechado un éxito modesto por un librito también modesto.

Henrik Rissler salió y Markel también, pero al llegar a la puerta se giró y le dijo:

—¡Ten cuidado! Antes era el hombre quien se buscaba a una mujer. Eso ya no está de moda ahora; ahora es la mujer la que se busca a un hombre. ¡Y no hay nada que la detenga!

*

Arvid estaba ensimismado. Estaba pensando en aquella tarde en casa de los Randel y en cómo lo habían invitado. Un día de noviembre estaba solo, sentado en un sofá de cuero en el café del Rydberg, sobre las tres, mirando el juego de sombras que desfilaba fuera. Entre otros vio al arquitecto Randel, el hijo menor del constructor —el mayor era sacerdote— y unos instantes después entró Hugo Randel a la cafetería, miró a su alrededor, descubrió a Arvid solo en un sofá, se acercó y se sentó junto a él. Habían coincidido un par de veces en reuniones distendidas y se tuteaban.

—¡Te voy a enseñar una cosa! —había dicho Randel.

Y se había sacado del bolsillo unos dibujos. Era una propuesta para reajustar y reconstruir uno de los distritos más céntricos pero más feos y, a juzgar por sus carreteras, uno de los peor parados de Estocolmo.

Arvid estudió el proyecto, formuló preguntas, recibió respuestas e intentó entrar en detalles. Todo aquello le parecía una buena idea; ahora bien, su viabilidad no era capaz de estimarla.

—¿Qué te parece? —preguntó Hugo Randel.

—Bien, pero ¿qué quiere decir? No entiendo mucho de esto.

—¿No podrías conseguir que saliera en tu periódico? Naturalmente no quiero nada a cambio, solo quiero publicarlo.

—Puedo intentarlo. Pero no soy nada influyente.

Se quedaron en silencio un minuto mirando el juego de sombras que tenía lugar fuera.

Ahí iba fulanito. Y por ahí pasaba menganito. Y ahí venía Elin Blücher...

Elin Blücher era una joven alta, menuda y morena con la tez pálida y unos rasgos interesantes. Apenas sabía nada de ella, más allá de que se llamaba Elin Blücher. Pero a menudo la veía y desde hacía medio año, más o menos, estaba secretamente enamorado de ella.

—Acaba de pasar Elin Blücher —dijo Hugo Randel.

—¿La conoces? —preguntó Arvid.

—Sí. Es muy amiga de mi hermana Dagmar y viene mucho por casa de mi padre.

—Tiene peligro esa chica.

—¿Tú crees? Bueno, para gustos los colores. ¿La conoces?

—Para nada. Tan solo la he visto por ahí.

—Si quieres conocerla, yo puedo organizarlo. Va a celebrarse una cena con baile en casa de mi

padre, en una semana o así, para un público joven. Si quieres venir, yo me encargo de que te llegue una invitación. Y ahí estará Elin Blücher.

—Gracias, sí, ¿por qué no? ¿Puedo mirar un poco mejor tu propuesta de reajuste?

Y estudió el proyecto durante largo rato con seriedad.

—Haré todo lo poco que esté en mis manos para que salga en el periódico —dijo—. Todo lo relativo a cambios en la fisonomía de la ciudad despierta siempre interés. Pero ¿tienes también algo de texto que acompañe los planos y alzados y todo eso?

—Sí, pero no conmigo. Te lo puedo llevar mañana. Y tú también puedes echarme una mano y darle un toque periodístico.

Y se despidieron con un apretón de manos. Un par de días después se publicó en el *Nationalbladet* el proyecto de Hugo Randel, con sus planos, sus alzados y su texto, y suscitó interés y debate. Y una semana después acudió Stjärnblom en calidad de invitado a una cena con baile en casa de Randel, el constructor, o del director Randel, como se hacía llamar.

Y allí había conocido a Elin Blücher y había bailado y charlado con ella: sobre el tiempo, sobre el cofre de *madame* Humbert y sobre otras cosas. Y desde el instante en que *charló* con ella se rompió el conjuro. Seguía siendo una joven muy linda, pero totalmente distinta a como se la había imaginado. Algo..., algo más común. Mordisqueaba dulces y no parecía tener nada más en que pensar.

... Pero en el transcurso de esa velada había visto un par de veces a Dagmar Randel fijar su mirada en él, con una expresión que parecía decir: «Tienes pinta de ser buen chico. ¿Quieres jugar conmigo?».

**

Stjärnblom iba camino de Du Nord para cenar algo. El reloj de la Jakobs kyrka marcaba las cuatro y media.

No quería llegar el invierno de verdad: días nublados, grises y fríos y, de vez en cuando, un poco de aguanieve. Arvid ansiaba la nieve. Y pensó en el lejano hogar paterno, donde el viejo llevaba ya cinco inviernos consecutivos sentándose solo a la mesa de Navidad. Arvid tenía dos hermanos, ambos un par de años mayores que él. Pero el primogénito, Herman, no llegó a nada, o peor aún: recibió dinero para viajar hasta América y llevaba muchos años fuera. El mediano, Erik, era médico en un hospital de una pequeña ciudad de la costa occidental. Y en esos cinco años Arvid aún no había podido librarse del periódico por Navidad: Navidad y Fin de Año eran las épocas más frenéticas para el periódico, al igual que para correos y la red ferroviaria...

... Pero era verdad, llevaba la carta para Dagmar Randel en el bolsillo.

Fue hasta el buzón que había en la esquina de Arsenalsgatan y la echó allí. Nada más darse la vuelta, pasó a su lado la señorita Randel.

La saludó. Ella se detuvo.

—La carta era para usted —dijo—. Era solo un pequeño agradecimiento por las flores. Me siento

compungido e indigno de ellas; yo no le había mandado flores a usted...

—No, ¿por qué iba a hacerlo? —respondió—. Ni la Biblia ni el catecismo dicen que se deban regalar flores por el cumpleaños, pero uno lo hace si le apetece. Y a mí me apeteció. ¿Adónde va?

—Pensaba ir a Du Nord a cenar.

—¿Tiene mucha hambre?

—Ah, no.

Se hizo un breve silencio.

—En casa no cenamos hasta las seis —dijo ella—. Y es tan aburrido llegar a casa demasiado temprano... ¿No quiere pasear un poco conmigo? ¿Hacia Skeppsholmen?

... Pasaron por el Grand Hôtel, cuyo bar despedía un torrente de luz rojiza, por el Museo Nacional y por el puente de Skeppsholmsbron.

En Skeppsholmen se quedaron de pie bajo la sombra que proyectaba el esqueleto de un gran árbol.

Arvid la besó.

Y en mitad del beso pensó: «Esto, en este caso, se desprende de la más sencilla cortesía».

Se deshabilaron y se quedaron en silencio mirando cómo discurrían las oscuras aguas del Strömmen, con su brillo de espejos y sus espirales de luz procedentes de las hileras de faroles junto a los muelles.

De repente recordó las palabras de Markel: «Quiere casarse».

Le acarició la mano.

—Querida —dijo—, ¿entiendes que ni por asomo pueda pensar en casarme?

Ella bajó la vista y demoró un poco su respuesta.

—Es algo en que lo que para nada he pensado —respondió ella.

*

Caminaban de un lado a otro por el muelle. Y Dagmar dijo:

—Te confesaré una cosa. En realidad, mis flores sí querían decir algo.

Arvid alzó la vista en señal de pregunta. Y ella prosiguió:

—Me encantaría tener un trabajo y unos ingresos propios. Me disgusta tener que estar pidiéndole todo a papá. ¿Tú no me podrías conseguir un puesto en el periódico? Podría escribir sobre moda femenina, los asuntos de la alta sociedad y esa clase de cosas.

Arvid se quedó pensativo. Sobre moda femenina ya escribían esta y aquella, y del reportaje sobre sociedad se ocupaba una condesa de cuna, cuyo apellido figuraba en los libros de historia de Odhner.

—Quizás sea un poco complicado —dijo—. Pero puedo intentarlo.

Caminaron del brazo por el puente.

—Dime —preguntó él—, ¿por qué te disgusta tanto llegar a casa demasiado temprano antes de la

cena?

—Porque es tan aburrido estar en casa... —respondió.

Arvid no preguntó más.

A punto de despedirse, Dagmar le dijo:

—¿Cuándo nos vemos?

Arvid se puso a pensar. ¿Podía tomarse esa tarde libre en el periódico? Sí, no había nada en la Ópera ni ningún concierto, y no se había comprometido en nada especial.

—Voy a estar en casa aburrido toda la tarde. ¿Quieres venir?

—¿A qué hora?

—A las siete, ¿puedes venir entonces?

—Lo voy a intentar...

... Arvid Stjärnblom se dirigió a Du Nord para cenar. Comió albóndigas de carne con alubias pintas.

Pese a sus veintiocho años recién cumplidos, Arvid Stjärnblom apenas había adquirido experiencia carnal. Más allá de la señora Kravatt en Karlstad —a quien aún alguna vez echaba de menos—, su historial se limitaba a algunos instantes fugaces en compañía de algunas damas de la noche, que al día siguiente habría sido incapaz de reconocer más que por su sombrero, su boa o algún detalle por el estilo, pero jamás por su cara; y a una dulce dependienta a la que una vez hacía cuatro años —el mismo año en que Lydia Stille había contraído matrimonio— había dejado embarazada. No estaba del todo seguro. La joven tenía también un «prometido». Pero desapareció de la vista.

En su momento esa había sido, por supuesto, una historia seria. Había escrito a su padre, a su hermano Erik y a Freutiger. Su padre le había enviado doscientas coronas de su magro salario, sin un sermón moralista; su hermano Erik, la misma cantidad, pero *con* sermón moralista; y de Freutiger tomó prestadas quinientas coronas. Así quedó zanjada provisionalmente la historia. Al bebé —un niño— lo había acogido una familia honrada de artesanos en Sundbyberg, y la madre había conseguido por recomendación de Freutiger un trabajo mejor que el que tenía y se comportaba bien. Y Arvid destinaba treinta y cinco coronas mensuales al niño.

A raíz de esa historia, Arvid había tomado una determinación y adoptado una filosofía de vida; una filosofía de vida rígida e inamovible y que no admitía excepciones: no «seducir» nunca más a una muchacha pobre; la perspectiva de seducir a una muchacha rica ni siquiera la vislumbraba. Capitar ante lo necesario; conformarse con la inmundicia y el oprobio de la vida de soltero —la vida de soltero pobre— hasta que alguna vez le llegara la hora en que *pudiera* fundar un hogar y una familia y hubiera también encontrado a la persona con quien *quisiera* formar ese hogar y esa familia.

Y ahora..., ahora su determinación y su filosofía de vida se sometían por primera vez a prueba.

Y él había sucumbido directamente a la tentación, había hecho directamente una «excepción». Con Dagmar Randel *era* también otra cosa totalmente distinta. En ese caso apenas podía condecorarse con la gloria del seductor. Y cuando ella le ofreció su belleza juvenil, exuberante, áurea..., sin duda habría sido un idiota de no haberla aceptado...

Naturalmente ella había planteado primero la pregunta obligada: «¿Me amas?».

Y él había respondido, por supuesto: «Te amo».

Pues, en caso contrario, no habrían podido llegar a nada.

Amar y amar...

Ya había perdido una vez a «su primer amor», como se suele decir. Y tenía la idea fija de que habían de pasar al menos siete años para que otro tuviera tiempo de crecer y ocupar su lugar. Pero las ansias no por ello se enfriaban; al contrario. Y lo que ahora se le ofrecía era siempre un paraíso en comparación con aquello a lo que estaba acostumbrado a diario. Por eso había dicho: «Te amo». Pero había querido decir: «De *amar* no soy capaz; pero sí de ejecutar sus actos; con sus ridiculeces y pantomimas».

Dagmar aparecía casi todos los días por casa de Arvid, preferiblemente en torno a las siete u ocho de la tarde. Arvid vivía en un «cuarto amueblado» en Grev Turegatan. Justo antes de las diez solía acompañarla hasta la puerta de su casa. Luego él se iba al Rydberg o a Du Nord a beber un par de grogs de güisqui, o iba hasta el periódico. Y una noche le dijo a Markel:

—Por cierto, te equivocabas con respecto a lo que la señorita Randel pretendía con aquellas flores. No quería casarse. Quería trabajo en el periódico.

—Pues eso en comparación resulta inocente —respondió Markel.

**

A lo largo del año, Arvid Stjärnblom solía intercambiar solo escasas y breves cartas con su padre, pero por Fin de Año le escribía un mensaje más extenso y pormenorizado. Así ocurrió también la noche de Fin de Año de 1902. Arvid escribió:

Querido padre:

Te deseo de todo corazón un próspero año nuevo.

Mis condiciones salariales se han mantenido invariables en el último año, pero el doctor Doncker me ha dejado caer que podría tomarme unas pequeñas vacaciones en verano, y espero entonces —por primera vez en seis años— poder reencontrarme con mi querido hogar de la infancia.

Este pasado otoño empecé a hacerme un hueco en la vida en sociedad de Estocolmo. He cenado un par de veces en casa del cónsul general Rubin; naturalmente, fue Markel quien me llevó. Allí se conoce gente de muy distinto tipo —el cónsul general posee una gran casa— y eso alberga siempre su interés. También he sido invitado a casa del director Randel, cuyo nombre quizás hayas visto a veces en los periódicos en conexión con diversos proyectos. Hasta el profesor Levini tuvo la amabilidad de convidarme a su casa una tarde, pero yo por desgracia estaba ocupado con una noticia en la Ópera. Eso fue prácticamente lo que más

rabia me produjo este pasado otoño. Y ahora, entre Navidad y Año Nuevo, he pasado un par de días en casa de Freutiger en el archipiélago.

Por lo que respecta a mis asuntos, he devuelto, como sabes, las doscientas coronas a mi hermano Erik. (Markel me prestó uno de los billetes de cien, pese a que su situación financiera es bastante precaria). Pero a Freutiger aún le sigo debiendo las quinientas coronas.

Nochebuena es para nosotros, los gacetilleros, uno de los pocos días libres del año. Por la mañana fui hasta Sundbyberg para visitar a mi pequeñajo. Tiene algo de nosotros —algo por encima de los ojos y en la frente—, algo que no soy capaz de describir, pero que me transmite la certidumbre de que es mi hijo.

Por lo que respecta a la cuestión de la Unión entre Suecia y Noruega, mi querido padre, bien sabes que mi punto de vista difiere por completo del tuyo. Ante todo, creo que eres muy injusto con el viejo Jean-Baptiste, pues te ensañas con él por no haber hecho de Noruega, en 1814, una provincia sueca. Primero, dudo que fuera competencia suya. Segundo, dudo que nos hubiera reportado alegría alguna. Tercero, no era el único que pensaba así; en lo esencial estaban de acuerdo Adlersparre y Järta y otros de «los hombres de 1809». Pero en una cosa sí que fue el único en la Suecia de aquella época: ¡en la capacidad de hacer lo que se hizo! Y si después sus sucesores —y con ello no me refiero ni solo ni principalmente a sus herederos en el trono, sino a toda la clase dirigente de la nación sueca hasta la fecha— han tirado por tierra toda su obra, entonces ¡es imposible que sea culpa suya!

Conforme se han ido desarrollando las cosas, la Unión ha pasado a entrañar una flaqueza y un peligro para Suecia. Noruega quiere abandonar la Unión; todos los signos apuntan a ello: la batalla consular es solo la forma y el pretexto que casualmente han sido elegidos o brindados. Tal y como están ahora las cosas, Noruega va a aprovechar la primera ocasión ventajosa que se presente —por ejemplo, una posible guerra contra Rusia— para apuñalar a Suecia por la espalda. Tal y como están ahora las cosas, la Unión es, en pocas palabras, un sinsentido, o algo incluso peor. Aferrarse al statu quo, como el Gobierno de Boström parece querer hacer, sí, será sostenible por un tiempo, probablemente mientras persista este reinado; pero no va a durar para siempre. Tal y como están ahora las cosas, la Unión debería disolverse y Suecia debería tomar la iniciativa. Esta idea se deja entrever aquí y allá en la prensa de derechas, pero solo como un pequeño estallido de furia y malhumor; en su lugar, debería plantearse seriamente y por iniciativa del Gobierno. La ventaja en materia de defensa que la Unión representa (sobre el papel) para Suecia es ridículamente insignificante; mientras que las dudas y la incertidumbre en nuestra relación con Noruega pueden volverse sumamente funestas en un momento crítico.

Con dudas me refiero a esto: en el primer párrafo de la Ley de la Unión, al igual que en el primer párrafo de la Constitución de Noruega, se dice que Noruega «será un reino libre e independiente». Sin embargo, el marco jurídico y estatal que de facto se desprende de esa misma Ley de la Unión es que tiene autonomía, pero no soberanía.

Querido padre: como sueco, seguro que no estarías del todo contento si Suecia estuviera en su lugar. ¿Puedes, pues, desdeñar a los noruegos porque no estén del todo contentos con su situación?

Tu hijo,
Arvid.

1903 no dejó un surco especialmente profundo en la historia universal. Fue el año en que, en favor del Gran Ducado de Mecklemburgo, Suecia empeñó su derecho de supremacía sobre la ciudad de Wismar. Fue el año en que falleció León XIII y el cardenal Sarto fue elegido papa. Fue el año en que Alejandro y Draga de Serbia fueron asesinados ;y en que comenzó el reinado de Pedro el Negro!

Y fue el año en que...

**

Arvid Stjärnblom trabajaba en su periódico. Y ejecutaba los actos del amor, con sus ridiculeces y sus pantomimas. Pero no podía remediar su innata ambición de sacar lo mejor de todo, también de las migajas de felicidad que la vida le ofrecía; y, de esa manera, en determinados momentos e instantes lograba incluso convencerse a sí mismo de que amaba a Dagmar. Convencerla a ella no era ningún arte.

Del matrimonio nunca hablaban; casi nunca. Solo una vez en el transcurso de todo el invierno y toda la primavera Dagmar había tanteado el tema.

Fue una tarde de mayo; lo recordaba, pues ese mismo día había asistido al entierro de Snoilsky y lo había reseñado para el periódico.

Atardecía, e iban caminando hacia casa de ella en Engelbrektskatan, pero se detuvieron bajo la profunda sombra de los viejos árboles de Humlegården.

Y ella dijo:

—Entiendo tan bien que no quieras casarte... Casi todos los matrimonios son infelices hoy en día. Pero, de todos modos, dime: ¿es *solo* porque careces de medios para ello?

Arvid se demoró un poco con la respuesta.

—No he dicho nunca que no quiera —respondió—. He dicho que no puedo.

—Sí, pero... —Bajó la vista hasta el suelo, con los párpados hundidos—. Pero mi padre ha dicho que si me caso contribuiré a la economía doméstica con dos mil coronas al año, como hace con Eva y Margit.

Eva y Margit eran sus dos hermanas casadas.

—Pero, querida —respondió Arvid—, yo no quiero someterme a ninguna forma de dependencia económica respecto de tu padre. Hasta ahora me las he sabido arreglar yo solo, en cierta manera. Y con la sensación de que cada palabra podría ser importante añadió:

—Ya que preguntaste, quiero ser del todo sincero contigo... No es *solo* porque carezca de medios. También hay otra cuestión. Tengo una necesidad perentoria e irreprimible de soledad. Eso no quiere decir, por supuesto, que quiera estar solo todo el rato, a todas horas del día. Pero quiero tener derecho a comenzar y, sobre todo, a terminar el día solo. A pensar solo y a dormir

solo. No creo que esté hecho para el matrimonio y la vida en familia.

Permanecieron en silencio unos instantes. Desde un banco cercano se oían dos voces susurrantes. Una voz de mujer que decía: «Pero si prometiste...». Y una voz de hombre que decía: «Y qué no va uno a prometer...».

Arvid y Dagmar se encontraron en una sonrisa.

—Al menos no nos hemos prometido algo —dijo él—. ¿Y no crees también que es mejor así?

—Sí —respondió—. Y te entiendo muy bien.

Arvid la acompañó hasta la puerta de su casa. Luego se fue al periódico. En el despacho de Torsten Hedman, que seguía utilizando cuando estaba vacío, se encontró al profesor Levini al escritorio.

—Perdona —dijo el profesor—, ¿te estoy ocupando el sitio? Sea como sea, estoy a punto de terminar...

—Para nada, señor profesor... Si me lo permite, saldré un segundo a hacer una llamada.

Arvid llamó por teléfono al sótano para pedirles una copia de su crónica sobre el entierro.

—Es verdad —dijo el profesor Levini—, usted estuvo en el entierro, ¿acaso no fue un escándalo? ¿No fue espeluznante? ¡El pastor, quiero decir! A su manera, casi fue peor que cuando hace ocho años, en la Klara kyrka, se puso a decir tonterías sobre el cadáver de Viktor Rydberg y le señaló un lugar en «la entrada del atrio», ¡como si él mismo tuviera las llaves de lo sagrado y lo sacrosanto! Y como pago, o lo que antes llamábamos en sueco «la silla del difunto», ¿no van y le conceden la silla de Viktor Rydberg en la Academia Sueca?!

Un mozo de la imprenta subió con la copia.

—¿Puedo verla? —dijo el profesor Levini.

—Adelante.

Levini ojeó presurosamente la tira. Cuando llegó a la parte en que se resumía el discurso del pastor, se le dibujó una sonrisa entre la negra barba. Era una narración breve, sucinta y sin comentarios. «Como testimonio de la fervorosa religiosidad de Carl Snoilsky, el predicante señaló que, mientras agonizaba, el poeta había permitido que se cantaran salmos en los pasillos y las escaleras del hospital (...). El predicante concluyó expresando su viva esperanza de que el difunto poeta, que en vida había estado tan cerca del rey terrenal, también pudiera llegar a estar igual de cerca del rey celestial».

—Es pavoroso —dijo el profesor Levini—. Sí, puede usted reírse, señor Stjärnblom, pero piense de todas formas en una cosa: ¡esta vieja y taumatúrgica reliquia prehistórica ocupa una silla en la Academia Sueca y participa en la elección del Premio Nobel!

De pronto, Markel estaba de pie junto a la puerta:

—Bueno —dijo—, esa es la menor de las desgracias. ¡Qué más da quién gane el Nobel! El testamento de Nobel era propio de un idiota, e intentar cumplir su voluntad de un modo razonable plantea un problema irresoluble.

—Pero, Arvid, tengo un par de cosas que decirte en privado. ¡Ven!

Llevó a Arvid a un despacho en penumbra, al del «ministro de exteriores». Y cerró la puerta que comunicaba con la otra habitación.

—Siéntate aquí —dijo—. La señorita Dagmar Randel ha subido aquí tres o cuatro veces últimamente para preguntar por ti. Es decir, algo hay entre ella y tú. Parto de tres posibilidades. La primera es que te hayas enamorado de ella así, de repente. En ese caso, solo puedo callarme y esperar a que se desarrollen los acontecimientos. Parece probable, pues la joven en realidad es guapa, y como tú ya no eres un consentido...

—Pero, por favor, Markel: ¿qué demonios tienes tú que ver con la señorita Randel?

—No me interrumpas. La segunda posibilidad es que creas ser un buen partido. Pero tan idiota no eres. Es más probable que la primera posibilidad esté entremezclada y entrelazada con la segunda: que estés un poco enamorado y al mismo tiempo te creas un buen partido...

—No, Markel, esto está yendo demasiado lejos. ¿Qué te importa esto a ti?

Markel calló un segundo o dos.

—No —respondió con cierta sequedad—. Desde un punto de vista estrictamente formal, por supuesto que no me importa nada. Pero si tú vas caminando por la calle y te encuentras con un caballo desbocado e impulsivamente te abalanzas y detienes al caballo, quizás te sorprenda un poco que el señor que va en la carroza te abronque: «Pero ¿qué le importa al señor que mi caballo ande desbocado?».

Stjärnblom tuvo que reírse.

—Tu analogía cojea —dijo—. ¿Cómo voy a poder ser al mismo tiempo el caballo y el señor que va en la carroza?

—No cojea en absoluto —respondió Markel—. ¡Eres a la vez el caballo y el señor que va en la carroza! ¿Qué tal si citamos a Kant? ¡Stjärnblom como fenómeno, *als Erscheinung*, es el caballo o, mejor dicho, el caballo desbocado que tira de la carroza, todo concebido como uno; Stjärnblom como noúmeno, *als Ding an sich*, es el señor en la carroza! El caballo es Stjärnblom como miembro de un mundo sensible, el señor que va en la carroza es Stjärnblom como ser racional, es decir, ¡cuando no se expresa con tanta insensatez como el señor de la carroza en cuestión!

Stjärnblom se quedó pensativo.

—No vamos a discutir, Markel —dijo—. Quizás no esté bien por mi parte adoptar, a diferencia de ti, un punto de vista formal. Y, además, puedo tranquilizarte, pues te juro solemnemente que ni se me pasa por la cabeza eso de ser un «partido».

—Bien —respondió Markel—. Entonces llegamos a la tercera posibilidad. Que es que ella está enamorada de ti, mientras que tú de ella no —más de lo que todo hombre normal lo está de toda mujer agraciada—, pero te *aprovechas* de ella y de su amor para satisfacer tus deseos carnales. Y es humano. ¡Pero es vil! ¡No se puede hacer! Volvamos a Kant: jamás se ha de utilizar a un ser humano, ¡jamás has de servirte *meramente* de ella! ¡Es vil!

Arvid Stjärnblom tenía la sensación de haber palidecido un poco.

—Te equivocas —dijo—. Es más intrincado de lo que crees. Y yo mismo no soy capaz de desenmarañarlo. Pero ya que nos hemos puesto a hablar de ello: ¿qué te hace de verdad creer que existe algún tipo de relación íntima entre la señorita Randel y yo?

—Por tu parte, nada de nada. Jamás hablas de ella y si sale a colación en tu presencia, te callas o dices ligeramente distraído: «la señorita Randel». Eres discreto y eso está *all right*. Pero ¿de qué te sirve si ella es infantil e imprudente, si te envía flores y viene a buscarte aquí a la redacción...? Los conserjes hablan de ella y de ti en la portería... ¿De qué te sirve entonces tu discreción? Tú no quieres casarte..., no, y tampoco es que dispongas de medios para hacerlo. ¡Pero es que eso no depende de lo que tú quieras; depende de lo que ocurra! ¡Uno no elige! Uno elige tan poco su destino como elige a sus padres o se elige a sí mismo: su fuerza física, su carácter, el color de sus ojos o sus circunvoluciones cerebrales. Eso lo entiende todo el mundo. Pero igual de poco elige uno a su esposa, a su amante o a sus hijos. Uno los toma, y los tiene, y a veces los pierde. ¡Pero uno no elige!

*

Arvid Stjärnblom iba muy pensativo camino de casa.

«Uno no *elige*».

Pensaba en Markel, que había dicho eso. «Uno no *elige*».

Markel era soltero. Pero estaba envuelto en una vieja y desdichada historia de amor con una mujer que ya no era joven y, sin embargo, lo suficientemente joven para engañarlo prácticamente con cualquiera.

**

Transcurrió el verano.

Dagmar Randel lo pasó con sus padres —es decir, con su padre y su madrastra; su madre había muerto— en la casa familiar del archipiélago. Arvid Stjärnblom se quedó en la ciudad la mayor parte del verano. Dos o tres veces lo invitaron a ir de visita a Randelsborg, que es como se llamaba la pequeña villa en la isla de Värmdön. Pero su trabajo lo mantenía ocupado en la ciudad. O, mejor dicho, no se atrevía a ir; quería ser su huésped tan rara vez como fuera posible. Eran amables y agradables, sí, pero nunca podía confiar en que Dagmar fuera a controlarse. Temía que, en cualquier momento, con una palabra irreflexiva —por ejemplo, un *tú* por despiste— o con toda su manera de comportarse con él, ella pudiera delatar algo que debía ser y habría de permanecer secreto.

En cualquier caso, además, ella iba a la ciudad de vez en cuando para que pudieran verse.

En agosto, Arvid viajó a Värmland y pasó un par de semanas en el hogar de su infancia. Allí todo seguía prácticamente igual. Las hojas de lúpulo reverdecían como antaño en torno al cobertizo. Y como antaño ululaba el viento a través de los viejos y grandes abedules. En ninguna otra parte crecían abedules tan grandes y tan hermosos como allí.

El viejo seguía prácticamente igual, tan solo algo más cano que seis años atrás, y quizás un poco más parco aún en palabras que entonces. Las conversaciones entre padre e hijo solían adoptar forma de entrevistas cortas: preguntas breves por parte del padre, y respuestas un poco más extensas.

—¿Crece bien el pequeñajo?

—Sí, es espabilado y cariñoso. El encuadernador y su mujer están encantados con él.

—¿Y la madre?

—La madre trabaja en su tienda y normalmente no le queda mucho tiempo para ir a verlo. Yo voy a Sundbyberg más a menudo a hacer recados; el encuadernador me encuaderna los libros.

—¿Cómo te llama? El niño, quiero decir.

—Hace poco ha aprendido a llamarme papá. Antes llamaba papá al encuadernador y a mí, tío.

—Hum... ¿Cuántos años era que tenía?; sí, cuatro. Pronto llegará a esa edad en que debería estar con una familia de la misma clase a la que pertenece su padre. Yo de buena gana querría tenerlo aquí; se respira aire fresco y es sano para un chaval crecer aquí. Pero yo ya tengo una edad y pronto habré de morir. Y la vieja Sara no entiende mucho de niños, me temo. Es cierto que ella misma tuvo uno, pero eso fue hace más de cincuenta años...

La vieja Sara, la sirvienta, salió con la bandeja del ponche.

—Salud, Arvid.

—Salud, padre.

Y tras una pausa:

—¿Cómo fue que pasó eso?

—Estaba enamorado —respondió Arvid—. Pero no de ella, en realidad. Estaba enamorado de una chica que no estaba a mi alcance, porque no podía mantenerla. Se casó con un hombre acaudalado y, naturalmente, hizo bien. Pero en mi mismo edificio vivía una joven bastante dulce, que trabajaba como asistente en una tienda de moda para caballeros en Kungsbacken. Alguna vez le compraba alguna cosa, y un par de veces en que fui casi a la hora de cierre caminamos juntos hasta casa. Y nos besamos un poco en la escalera. Y la tarde en que la muchacha de la que estaba enamorado celebraba su boda, quise yo también celebrar un enlace. Y lo hice de esa manera.

—Hum... Una moral extraña la de estos tiempos. Pero la moral siempre ha sido, seguramente, un poco extraña.

—Pero en su defensa he de decir —apuntó Arvid— que ella misma intuyó que era algo accidental y aleatorio. Tenía un «prometido», al que quizás quisiera más o menos lo mismo que yo la quería a ella, o tal vez ni siquiera... Pero mujer y hombre a veces se ven presos de instintos y pasiones que no son precisamente fáciles de someter a una perspectiva racional o moral.

—Sí, sí —dijo el viejo—, quiero recordar que ya he oído hablar de ello.

Se hizo una breve pausa.

—¿O sea, que no te imploró que te casaras con ella?

—Ni por un instante. Lo interpretó solo como un accidente. Y cuando yo —no con mis propios medios, ¡tú bien lo sabes, padre!— la ayudé a salir del «entuerto», el tema quedó zanjado. Y ahora ella va por su lado y nunca busca ponerse en contacto conmigo. Su «prometido», que jamás he visto y que cambió de residencia tan pronto como empezó a oler a cuerno quemado, quizás fuera una historia de lo más ordinaria. Y yo tal vez fuera para ella el cuento, la aventura, ¿qué sé yo? ¿Qué sé yo de cómo se fragua la vida en los pensamientos y los sueños de una joven dependienta pobre? Pero desde entonces jamás me ha buscado de ningún modo.

—¿La ves alguna vez?

—Muy rara vez. Una vez nos encontramos en Sundbyberg. Me ha pedido que no vaya a comprar a la tienda donde trabaja ahora. Me dijo que quería olvidar. Pero suelo enviarle algún detallito por Navidad.

—A mí, sin embargo, me gustaría ver a tu niño —dijo el viejo—. Y he pensado una cosa. Tenemos un nuevo pastor, como sabes. Ljungberg se apellida. Lleva seis años casado y no tiene hijos. Quizás pudiera tomar a tu hijo por la misma suma mensual que el encuadernador, o si quisiera más puedo pagarlo yo de mi bolsillo. El año pasado saldé la última de mis viejas deudas, así que ahora me las arreglo y me sobra un poco. Pero es cierto que tú eres librepensador, ¿quizás no quieras permitir que tu niño crezca en casa de un pastor?

—Eso es lo de menos si, por lo demás, es un buen hombre. Creo que lo mejor para un niño es recibir la misma educación, más o menos, que comúnmente reciben los niños de su país y de su tiempo. Por regla general, no creo que sea bueno educar a un niño con una u otra ideología particular. A menudo se vuelve en su contra. Es preferible dejar que sea él mismo y, cuando llegue el momento, probar sus capacidades para resolver el enredo. Pero ¿cómo es el pastor?

—Buen hombre, para nada relamido, sino justamente una persona normal. Y su mujer es algo enfermiza y melancólica, pero por lo demás muy cariñosa.

—En ese caso, es siempre algo en lo que pensar. Pero hay también otra cosa. Por lo que respecta a los hijos ilegítimos es la madre quien tiene la patria potestad. El padre solo tiene que pagar. Es decir, dependerá de lo que ella diga al respecto.

—Pues entonces escríbele y pregúntale.

Arvid escribió a Alma Lindgren, le expuso la cuestión y le preguntó qué opinaba.

Entretanto el viejo habló del tema con el pastor Ljungberg y con su mujer. Querían aceptar al pequeño, pero como hijo propio y sin que mediara un pago.

—Eso él jamás lo aceptará —respondió Stjärnblom, el viejo guardabosque—. ¡En ese caso, preferirá dejar que el muchacho se quede en casa del encuadernador!

Arvid acudió al pastor para tratar él mismo el asunto. Era un hombre de unos cuarenta años, robusto y de rostro apacible e inteligente. Su esposa era una mujer afable, pero algo pálida y endeble, que rondaría la treintena.

Arvid dijo:

—Reverendo. Nací y me crié en esta comunidad y por eso sé que la parroquia es muy grande en

cuanto a extensión, pero bastante pequeña en población e ingresos. Más claro me queda, pues, si cabe, que su disposición a acoger a mi pequeño viene dictada por puro amor al prójimo. Pero por lo general se considera que es el padre quien debería ocuparse de su hijo como mejor pueda. Eso he hecho hasta la fecha y quisiera seguir intentándolo.

—Anna —gritó el pastor a su esposa—, ¡tráenos un poco de coñac y agua!

Se sentaron en una veranda rodeada de hojas de lúpulo.

—Sí —dijo el pastor—. Es un punto de vista que comprendo y venero.

Convinieron en cuarenta coronas mensuales.

Arvid Stjärnblom preguntó al pastor qué impresión tenía de la situación moral en la comunidad.

—Excelente. No se ha perpetrado ningún asesinato desde 1823. El último homicidio se registró en 1896, pero prácticamente se podría catalogar como accidente. Acontece un robo, más o menos, una vez cada cuatro años; los hurtos de forma un poco más frecuente. La fornicación es el único pecado que florece en esta comunidad con tanto ímpetu como en todas las demás; pero simplifica las cosas: matrimonio y bautizo se funden en uno. Y, por lo demás, no soy tan anciano como para que no podamos prescindir de los tratamientos formales. Me gradué en el 81. ¡Salud, hermano!

—Gracias. ¡Salud!

*

Unos días después llegó la respuesta de Alma Lindgren.

... Yo, de todos modos, no puedo ser nada para mi pequeño Ragnar. Y sería cruel por mi parte oponerme a que Arvid y su padre dispusieran todo lo mejor para él...

**

En septiembre, Arvid estaba de vuelta en Estocolmo.

La primera noche que Dagmar fue a visitarlo tras su regreso, apenas había cruzado el umbral de la puerta cuando prorrumpió en un llanto incontenible y desgarrado.

—Pero, niña... ¿Qué pasa, ha ocurrido algo...?

Ella lloraba y lloraba.

Finalmente se tranquilizó lo suficiente como para poder hablar:

—Mi madrastra oyó habladurías sobre nosotros. Y entonces corrió a soplárselo a papá. No fue por maldad, porque ella no es mala; pero es una chivata. Y papá se enfadó gravemente y me interrogó. Primero pensé, por supuesto, en negarlo, pero estaba tan avergonzada y confusa que me sentí incapaz de hacerlo. Y entonces le dije...

—¿Sí? ¿Qué le dijiste?

—Que estábamos prometidos en secreto.

Arvid calló. Dagmar calló.

—Sí —dijo ella finalmente—, ¿qué otra cosa querías que hubiera dicho?

—No, no, claro... No podías decir otra cosa. Bueno, ¿y qué dijo tu padre?

—Primero me dijo que era una fresca y todos los agravios que puedas imaginar. Pero luego se tranquilizó y me dijo que seguía en pie su oferta de contribuir con dos mil coronas al mes si llegábamos a casarnos. Y de ti no dijo nada malo.

... Arvid estaba de pie junto a la ventana con las manos en los costados y miraba el atardecer de septiembre. «Prometidos en secreto». Una estrella solitaria brillaba tenue en el pálido cielo crepuscular del otoño. Así que ahora estaba prometido en secreto. Esa noticia le pillaba por sorpresa...

Dagmar deslizó su brazo hasta el cuello de Arvid y acercó la boca hasta su oreja.

—¿De verdad te resulta tan absolutamente imposible casarte?

—Se me antoja bastante imposible —respondió.

Retiró el brazo de su cuello. Y ambos se callaron. Y él miró afuera, hacia ese azul que oscurecía y se tornaba grisáceo.

De pronto Arvid oyó sollozos por detrás. Dagmar se había tirado boca abajo en la cama y lloraba y lloraba.

Fue junto a ella y le sostuvo la cara entre las manos:

—No llores, pequeña —dijo—, ¡no llores! ¡Tendremos que intentar lo imposible!

... Y sus bocas se encontraron en un largo beso.

*

Un par de días después, Arvid Stjärnblom, ataviado con un redingote, llamó a la puerta de la familia Randel.

Dagmar se encontró con él en la portería. Había avisado a su padre y a su madrastra de que recibirían visita.

En el gran salón lo esperaba la señora Hilma Randel, la segunda esposa del director Jakob Randel.

Hasta hacía algunos años había respondido a otro nombre y había estado casada con otro hombre. Pero cuando el director Randel enviudó, se separó a toda prisa de su marido y pasó a ser la señora Randel. Ahora rondaría los cuarenta; morena, suntuosa, de prominente delantera y trasero y, para muchos señores, todavía bastante sugerente. Se la veía en todos los estrenos, con o sin su marido, y en casi todas las fiestas más o menos públicas, y una vez se habían mencionado sus atuendos en la prensa. Fue el instante de mayor orgullo en su vida.

No tenía hijos.

La señora Randel dio la bienvenida al señor Stjärnblom con una sonrisita entre maternal y ligeramente ambigua:

—Sí, la pequeña Dagmar nos avisó de que recibiríamos visita. Y es verdad eso que canta Anna Norrie en su interpretación de *La bella Helena*, que hemos de sentir amor, aunque acaso no sea

más que un poco... Mi marido lo espera en su cuarto. ¡Por aquí!

Ella iba delante y le mostraba el camino:

—¡Jakob! —gritó—, ¡Ja-kopp!

El director Randel estaba junto a la puerta de su habitación:

—Aquí tenemos al señor Stjärnblom, bienvenido. Sí, Dagmar me ha contado cómo son las cosas. ¿Quiere el señor Stjärnblom una copa de ponche?

—Sí, gracias.

El director Randel frisaba en la sesentena. Lucía una honorable barba de patriarca de un gris férreo y con un mechón blanco a la izquierda. Tenía el pelo canoso.

—Bueno —dijo—. El señor Stjärnblom es periodista. Y según dicen no está tan mal ahora como antaño. Pero aun así... Bueno..., dos mil cuatrocientas coronas al año, yo pongo otras dos mil, y con eso hacen cuatro mil cuatrocientas; es algo ajustado. Pero los jóvenes no pueden albergar pretensiones desmedidas. Y para empezar podemos dejarnos de formalidades. Puedes llamarme amigo. ¡Salud!

—Salud, amigo.

—Salud. El periódico en el que trabajas va saliendo hacia delante, ¿no?

—Eso parece.

—El otro día me topé con Doncker en una cena. Quería que comprara acciones del periódico.

—Aquí me encuentro ante un conflicto de intereses —dijo Arvid—. Como trabajador del periódico debería aconsejarle que comprara acciones. ¡Pero como futuro yerno debo desaconsejárselo!

—Bueno, ¡tampoco es que tenga nada con que pagarlas! ¡No tengo ni un céntimo! Corren tiempos difíciles. Pero voy a enseñarte un cuadro que compré estando de viaje en París hace unos meses.

Sacó una lámpara eléctrica y le enseñó una anodina mujer desnuda sobre un diván, pintada como con estarcido.

—¿Qué? ¿Acaso no es deliciosa? Es de un artista famoso.

—¿Ah, sí?

—¿Quieres ver mis órdenes? —dijo el director Randel. Y fue hasta el chifonier, bajó el tablero abatible y tiró de un cajoncito.

Tenía dos condecoraciones «de verdad»: la Orden de Vasa y la de San Olaf. Y las exhibía en sendos estuches del joyero Carlberg. Pero, además, era miembro de una gran cantidad de órdenes privadas: la Orden de los Carpinteros, la Orden de Coldinu, la Orden de Neptuno... Y sacó grandes bandas y estrellas, bandas de todos los colores del arco iris...

Y, por último:

—Este es un cajón secreto, ¿entiendes? Aquí están mis insignias masónicas. ¡Pero esas no puedes verlas! ¡Nadie puede verlas!

—Tampoco es que me invada una curiosidad especial —respondió Arvid.

—Está bien. Pero has de ingresar en los masones; uno tiene que hacerlo mientras es joven. Así puede llegar lejos... Pero ¿tú entiendes por qué se pelean los noruegos? Gozan de la misma libertad que nosotros, o mucha más incluso; les va demasiado bien, ahí radica enteramente el mal. En invierno le dije una vez al rey, en una reunión de los masones: «Su majestad debería trasladar a medio millón de noruegos a Suecia y a medio millón de suecos, preferiblemente socialistas, a Noruega ¡y casarlos sin ton ni son, para que de ahí salga *un* pueblo!

—¿Y qué dijo el rey?

—Nada, ¡se rio, nada más! Hum... Pero no era eso de lo que íbamos a hablar. ¿Tienes deudas?

—Tan insignificantes que me avergonzaría hablar de ellas...

—No, ¡canta!

—Pero, mi querido amigo —respondió Arvid—, está claro que ni por un momento pensé que usted tuviera que responsabilizarse en modo alguno de tal cosa... Le debo a uno de mis amigos quinientas coronas, eso es todo, y le ruego que me permita que eso quede entre él y yo...

—¡No se hable más! De ese asunto ya me encargaré. ¡Mi yerno no puede tener deudas! ¿De quién has tomado prestado ese dinero?

—De Herman Freutiger...

—¿Conque lo conoces? Es un viejo estupendo, lo conozco del Club...

La señora Randel asomó la cabeza:

—Bueno —preguntó dulce como el azúcar—, ¿han llegado los señores a alguna conclusión? ¡El refrigerio está servido!

El director Randel se levantó con dignidad.

—Pídele a Dagmar que venga —dijo.

Dagmar entró colorada de vergüenza.

—Bueno, mi pequeña —dijo el director Randel—, ahora tienes al hombre que quieres tener. Espero que os hagáis felices el uno al otro. Y ante todo quisiera que a ambos se os quedara grabada en el corazón esta estrofa del viejo libro de salmos luteranos:

*No habrás tampoco de cometer adulterio,
pues de él se desata un gran tormento.*

»Cuánta verdad encierran esas palabras, lo sé por experiencia. ¡Hum! ¡Ahora tomemos un poco de sopa y un emparedado!

El compromiso se anunció en una gran cena con baile en casa del director Randel, el día en que Dagmar celebraba su santo. Los invitados más distinguidos —que acompañaron a la anfitriona a la mesa— eran el ministro Lundström, pariente lejano de la madre de Dagmar, la primera esposa del director Randel. Randel le había pedido también a Arvid que propusiera a un par de personas del periódico. Por eso, Doncker y Markel se encontraban entre los invitados. Por lo demás, habían acudido los hijos, hijas, yernos y nueras de Jakob Randel y los familiares más cercanos.

El pastor Harald Randel, el primogénito, con su esposa, Platin de soltera, y sus acaudalados suegros, el corredor de bolsa Platin y su esposa. Y Hugo Randel, arquitecto, junto con su mujer y su adinerado suegro. Y las hermanas de Dagmar: Eva von Pestel y su marido, teniente de los húsares del príncipe heredero; y Margit Lindman y su esposo, el joven y prometedor corredor de fondos. Y muchos otros... Freutiger también estaba presente.

Después de la cena, Markel intentó entablar una conversación sobre la cuestión noruega con el ministro Lundström.

—Ejem... —respondió Lundström.

... Y tuvo lugar el baile...

De vuelta a casa, Arvid caminó un trecho en compañía de Markel.

Markel dijo:

—Quizás esté mal informado por lo que respecta a la situación económica de tu suegro. Pensé que se desmoronaría en cualquier momento. Pero también puede que se mantenga a flote aún un par de años, gracias a sus familiares y demás contactos. Pero mucho más tiempo no le doy...

Se despidieron en un cruce de calles:

—Puede que de todos modos tuvieras razón —dijo Arvid—. ¡Uno no *elige*!

—No, uno no elige. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

*

Arvid Stjärnblom caminó a casa.

Como de costumbre, sacó su reloj y lo colgó en un pequeño clavo que, destinado a tal fin, colgaba encima de la cama. Posó las llaves, el monedero, la cartera y el cuaderno de notas sobre la mesilla de noche. Pero del cuaderno de notas se cayó al suelo un papelito.

Lo recogió. Unos trazos a lápiz. Una llanura otoñal con unos sauces desnudos y unas aguas tranquilas, un cielo encapotado con nubes bajas y aves migratorias volando en bandada... Y en el dorso: «*Ud vil jeg, ud, o saa langt langt langt*».

Se quedó pensando. Año tras año ese dibujito a lápiz y esas breves palabras lo habían acompañado, habían ido pasando de un cuaderno a otro, y en esos años bien había utilizado al menos cincuenta cuadernos.

«*Ud vil jeg, ud, o saa langt langt langt*»...

Tomó el papelito y lo guardó en un cajón del chifonier; en un cajón en el que guardaba algunas pequeñas reliquias.

**

La boda se celebró el 10 de febrero de 1904: el mismo día en que los vendedores de periódicos corrían de un lado a otro por las calles en mitad de una furiosa tormenta de nieve y anunciaban a gritos su número especial:

¡Guerra entre Rusia y Japón!

III

«Pero al menos una vez en su pobre vida, uno debería poder ir en busca de su Taunitzer See...».

Arvid y Dagmar Stjärnblom vivían muy felices juntos. En diciembre de 1904 tuvieron una hijita. La bautizaron con el nombre de Anna Maria. En el bautismo se produjo un pequeño percance, que por suerte se reparó fácilmente:

Sobre una mesita se exhibía un cuenco de cristal que habían recibido como regalo al correr las proclamas, y detrás de ella se encontraba el pastor, Harald Randel, en torno al cual los invitados formaban un semicírculo. El sacerdote dio comienzo:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ¡amén!

Entonces hizo una pausa y se inclinó sobre el cuenco.

—Pero —añadió— se suponía que también habría un poco de agua en el cuenco... El agua —esbozó una sonrisilla casi celestial— la verdad es que no sirve de mucho, pero es, en cualquier caso, parte del ritual...

Arvid tomó el cuenco y se apresuró hasta la traída de aguas.

... El otoño siguiente nació otra niña. La llamaron Astrid; y esa vez sí había agua en el cuenco. Fue el mismo año en que la Unión se quebró y el rey lloró y el primer ministro E. G. Boström cesó en su cargo y su sucesor, con una mente demasiado sobria y fría para atraer la atmósfera de la época, fue criticado y también él cesó en su cargo, ¡y bajo el nombre artístico de Haakon VII un tataranieto del viejo Jean-Baptiste subió al trono del rey Harald I, el de la hermosa cabellera!

**

... Arvid Stjärnblom vivía muy felizmente con su esposa. Sin embargo, de vez en cuando sentía una punzante preocupación por el futuro. Y había adoptado la determinación de no traer más niños al mundo por el momento; recordaba con terror una narración contenida en Hechos de los Apóstoles sobre un hombre «con cuatro hijas doncellas que profetizaban». Era cierto que su suegro, Jakob Randel, seguía manteniendo a flote sus negocios, pero nadie era capaz de decir cómo, y menos aún por cuánto tiempo... Un día Arvid se había encontrado con Freutiger por la calle. Hacía mucho que no se veían. Arvid se sentía ligeramente avergonzado por su vieja deuda de quinientas coronas. Y le preguntó si su suegro le había dicho algo al respecto.

—Pues —respondió Freutiger— la verdad es que sí. Coincidí con él una noche en el Club y me dijo: «¿Stjärnblom no te debía quinientas coronas?». «Eh —respondí yo—, ¡de eso no hay nada que hablar!». «No, yo creo que tampoco», dijo Randel. Y ya no hablamos más de ello. Pero esa

misma noche, un poco más tarde, me convenció para comprar acciones de Sveapalatset por valor de diez mil coronas. Apenas recuerdo cómo pasó. Y temo que sea papel mojado. Pero esgrimía argumentos tan elocuentes, bellos y patrióticos...

... Arvid sentía a veces una ligera preocupación con respecto al futuro. Pero su esposa era una mujer lista, práctica y ahorradora, y por el momento se las apañaban bastante bien. Su pequeña treta del «prometidos en secreto» había quedado tiempo atrás destapada por Arvid, que la había perdonado y admirado: sencilla y sobresaliente como era. Y desde que ella había logrado su objetivo —procurarse un marido—, se preocupaba muy poco por él. Y ese descubrimiento lo alegraba:

«Por una vez, este —pensaba Arvid— debería poder llegar a ser un matrimonio feliz».

Alguna que otra nadería podía irritarlo a veces. Como esposa de un periodista se creía automáticamente capaz de comprender todo de lo que él, por su profesión, se suponía que debía entender, y en la vida en sociedad —en el pedacito de vida en sociedad que les resultaba del todo ineludible— se expresaba con la más absoluta seguridad sobre todo lo relacionado con la literatura, el arte y la música. Y cantaba. Su voz era bastante buena y potente, pero no del todo pura. Y él debía acompañarla.

Una noche estaban regresando a casa después de un convite. Ella estaba de mal humor. Había cantado, pero a nadie le había hecho demasiada gracia.

—No eras capaz de seguirme con tu acompañamiento —dijo ella.

—Tampoco era tan fácil —respondió—. La voz humana —al menos la tuya— puede cantar en cualquier tono; desde do mayor hasta re bemol mayor. ¡El piano *no puede!* Tú empiezas en do mayor y tres segundos después cantas en un tono a medio camino entre do mayor y re bemol mayor. ¡Eso el piano no puede hacerlo! ¡Por eso el pianista *no puede* «seguirte»!

Y, tras una velada así, a veces Arvid se acababa sentando en la cama y mirando, insomne, la oscuridad de fuera mientras ella dormía a su lado; y, mirando la oscuridad de fuera, a veces susurraba para sí:

—¡Quién pudiera estar solo! ¡Quién fuera libre!

*

... Pero, por lo demás, vivían muy felices juntos. Y pasaban los años.

Arvid Stjärnblom caminaba de acá para allá por las habitaciones del pequeño apartamento en Kungstengatan. Finalmente se detuvo frente a un espejo y se anudó la bufanda blanca.

Dagmar ya estaba preparada. Una de sus virtudes era estar siempre lista con antelación suficiente cuando iban a salir. Habían quedado para cenar con el cónsul general Rubin. Era un día de principios de diciembre de 1907.

—Déjame ver —dijo Dagmar—, ¿te has olvidado el anillo?

Arvid lo buscó, pero no conseguía encontrarlo. Aquello era totalmente inexplicable. Tenía que haberlo colocado en algún lugar visible. Buscaron por todas partes, pero el anillo había desaparecido.

El coche de punto los estaba esperando fuera, a la puerta.

—No puede ser que lleguemos tarde a casa de Rubin —dijo Dagmar—. Por una vez puedes ir sin anillo. Ya aparecerá luego...

Caminaban en silencio en la triste oscuridad de diciembre.

—¿Crees que el rey se está muriendo? —preguntó Dagmar.

El viejo rey yacía moribundo.

—Eso parece —respondió Arvid.

Cual luciérnagas, las luces de las calles y las tiendas se iban sucediendo rápidamente por las ventanas del coche de punto.

*

El apartamento del cónsul general Rubin en Sturegatan —en la parte «buena» de Sturegatan, junto a Humlegården— resplandecía, totalmente iluminado. Un sirviente y dos jóvenes menudas daban vueltas ofreciendo bandejas de emparedados con caviar, hígado de ganso y *akvavit* de Lysholm. El cónsul general era uno de los pocos suecos con el suficiente coraje moral como para convidar a sus invitados a aguardiente noruego después de 1905. Se paseaba entre los señores y repartía papelitos con los nombres de las acompañantes a la mesa y un croquis de aquella en la que cenarían. En la tarjeta que le alcanzó a Arvid se leía: «señorita Märta Brehm». Le tendió el brazo a una dama esbelta, de rostro pálido, bello y ligeramente apesadumbrado y, mientras una pequeña orquesta de cuerda tocaba en el saloncito una pieza titulada «Entrada a la sala de música», los invitados desfilaron en procesión hasta el comedor.

Arvid miró a su alrededor en la mesa. El anfitrión había acompañado a la señorita Ellen Hej hasta la mesa. Parecía una madona envejecida y ajada. El acompañante de la anfitriona era P. A. von Gurkblad. Buena pareja: la consulesa general, Grothusen de soltera, descendía de la vieja dinastía de los reyes Carlos X, XI y XII... Al otro lado de la mesa vio a Freutiger inclinar la cabeza hacia delante y hacia atrás. Su acompañante era Dagmar. Muy lejos, en el otro extremo de la mesa, vislumbró el rostro macilento de Markel, con su bigote colgante, que empezaba a tornarse gris... Y no lejos de él vio asomarse el pequeño perfil de payaso de Henrik Rissler... Y a la señorita Elga Grothusen, la joven, bella y celebrada escritora, sobrina de la señora Rubin y sobre la que circulaban no pocos rumores...

Mientras se servía la sopa —*potage à la chasseur*—, la orquesta tocaba el minueto de *Don Giovanni*.

Arvid Stjärnblom alzó su copa de vino tinto hacia su acompañante, la señorita Märta Brehm. Y ella levantó también la suya e inclinó levemente la cabeza.

¿De qué iba a hablar con ella? Conocía su historia, o creía conocerla. Una historia de amor, y un hijo... A bote pronto no recordaba dónde la había oído ni a quién. Pero recordaba haber oído

algo de que su amor de juventud era un joven estudiante de Medicina, que pensándolo luego seriamente había cambiado de carrera y ahora parecía que ejercía como pastor en una iglesia de marineros en Hamburgo... Era válido, pues, hablar con ella de casi cualquier cosa, salvo jóvenes estudiantes de Medicina, hijos ilegítimos y pastores de iglesias de marineros...

—¿Está usted emparentada con el afamado escritor de *La vida de los animales*? —preguntó Arvid.

—No...

Arvid se sintió enrojecer. «Hoy es uno de mis días tontos —pensó—. Como siempre me ocurre en cualquier banquete. No entiendo que la gente me invite. No soy precisamente el alma de las fiestas».

Pero la señorita Brehm lo ayudó:

—Dígame, ¿conoce usted de cerca al señor Henrik Rissler?

—No, muy poco. Hemos coincidido algunas veces en el periódico.

—Cuando lo veo —dijo la señorita Brehm—, me cuesta tanto establecer lazos entre él y sus libros...

—Ahora que lo pienso, puede que esa fuera también la primera impresión que yo me llevé de él. Pero tampoco es que haya dado nunca muestras de «ser» uno de sus personajes de ficción.

—Pero aun así... Sus libros son tan pesados, pero luego él siempre está contento y vivaracho, al menos las veces que yo me lo he encontrado...

Arvid se quedó pensando.

—Sí —dijo—, puede que tenga usted algo de razón. Pero quizás sea porque no le divierte trabajar. Tal vez por eso siempre lo vea todo negro al enfrentarse a la necesidad de ejercer su profesión. Pero tan pronto termina algo, a poder ser algo verdaderamente lúgubre y sombrío, al instante se pone contento y vivaracho.

La señorita Brehm se quedó pensativa.

—¿Y si de verdad fuera así el interior de un poeta?

—Sí, yo qué sé... Yo no soy poeta.

... Habían llegado al pescado. Trucha gratinada. Los músicos interpretaban *La trucha* de Schubert.

Arvid tenía a su izquierda a la pequeña y encantadora baronesa Freutiger. Freutiger llevaba casado un par de años.

Al otro lado de la mesa, oyó que Dagmar le decía a Freutiger:

—Barón, ¿es usted muy celoso?

La pregunta era un poco indiscreta, pero Freutiger respondió sin temor alguno:

—Terriblemente. Una vez hace muchos años estuve prometido con una muchacha un poco facilona, según mis sospechas. En un principio no era más que una sospecha, y no sabía bien qué debía creer. Pero un día en abril iba yo caminando por Karlavägen. De pronto alcanzo a ver a mi prometida, que viene desde Nybrogatan, tuerce la esquina sin verme y avanza por Karlavägen,

un buen trecho por delante de mí. Lo primero que pensé, por supuesto, fue en ir hasta ella; pero entonces se me ocurrió que podría ser divertido ver adónde iba. ¡Atravesó un portón! ¡Y entonces me cegó la ira! Justo en esa casa vivía uno de los hombres con quien yo sospechaba que la muchacha tenía una aventurilla, un teniente y buen amigo mío, por cierto. Tenía un pisito de soltero en la planta baja, de dos habitaciones, ambas orientadas hacia la calle, yo había estado allí muchas veces y sabía exactamente dónde estaba cada mueble. Me quedé parado y, por un instante, no sabía qué hacer: no quería pasar por su ventana y arriesgarme a ser visto por los dos que estaban allí dentro, ni que se rieran de mí para sus adentros. Pero quería ver si los estores estaban bajados. Entonces se me ocurrió una idea. Llegó un tranvía, me subí a él ¡y, al pasar, vi que en la ventana que daba a la alcoba los estores estaban bajados! Entonces tuve claro qué iba a hacer. Me apeé del tranvía. Miré el reloj: solo habían pasado aún cuatro minutos desde que había entrado por la puerta. «Demasiado pronto —pensé—. Paciencia, unos dos o tres minutos más». Por casualidad me encontré con un conocido, un gacetillero —hum, perdón, un periodista quería decir—, lo saludé y le dije: «Ahora serás mi testigo y así tendrás material con que escribir un artículo cómico para tu periódico». Parecía algo sorprendido, pero lo arrastré conmigo hasta la ventana en la que los estores estaban bajados, me quité en un segundo el sobretodo, me lo até alrededor de la mano y el brazo y golpeé el cristal de la ventana —¡pam!— ¡y, veloz como un rayo, metí la otra mano y subí los estores! No trataré de describir esa visión que... en fin... ¡El gentío, el agente de policía, la larga procesión hasta la comisaría más cercana! La historia me costó ciento cincuenta coronas de multa. ¡Pero había ganado claridad, e invité al gacetillero —al periodista, quiero decir— y a un par más a una cena opípara y a una *gran* borrachera!

Por un momento reinó un silencio sepulcral entre las damas próximas a Freutiger.

—¿Me permite que le pregunte, baronesa —Arvid se giró hacia la mujer que tenía a su izquierda—, qué moraleja cree usted que debería desprenderse de esa historia?

La baronesa respondió con los párpados entrecerrados y una sonrisa ligeramente pícara:

—Que uno debería atesorar la virtud... en la planta de abajo...

El grupo interpretó la barcarola de *Los cuentos de Hoffmann*.

—Dígame, señor Stjärnblom —preguntó la señorita Brehm—, ¿no lleva usted alianza por una cuestión de principios?

—No —respondió Arvid—. Por una cuestión de principios, no hay nada que no haga «por cuestión de principios». Simplemente me la he olvidado.

—¿Puede uno olvidarse de una cosa así? —preguntó.

—Uno puede olvidarse casi de cualquier cosa —respondió.

Arvid la miró furtivamente. Y por primera vez la vio de verdad. Su perfil bello y delicado bajo sus rizos castaños. Los ojos hundidos. La boca roja, que sorbía con deleite la punta de un espárrago. Y sus encantadores pechos pequeños, que, arriba y abajo, botaban en el escote. ¿Qué edad podría tener? Unos treinta años. Suena mal cuando se trata de una «joven» —pensó—, pero en realidad no está tan mal... En realidad, era más bien joven para ser viuda o divorciada... De

pronto recordó claramente de quién había oído su «historia»: de Dagmar. No, la primera vez la había oído en boca de Freutiger, que una vez en el café de las pieles del Rydberg, mirando a Gustav Adolfs torg, de la manera más breve y sucinta, le había dicho que tenía un hijo con este o aquel. Pero Dagmar le había relatado la historia con más detalle. Märta Brehm era una de sus amigas.

—¡Salud, Arvid! —exclamó Freutiger—. ¿Por qué te has guardado la alianza en el bolsillo del chaleco?

Arvid Stjärnblom se sacó los bolsillos del chaleco y los volvió a meter:

—No me la he guardado en el bolsillo del chaleco —dijo—. Me la he olvidado, anda en paradero desconocido...

—Sí —dijo Dagmar—, es verdad. No es de esos hombres casados que se guardan la alianza en el bolsillo del chaleco cuando les conviene. ¡Salud, Arvid!

—¡Salud, mi pequeña Dagmar!

En su matrimonio reinaba una confianza sin reservas. Jamás se montaban escenas de celos. *Ella* ni por un momento podía imaginarse que cupiera la más remota posibilidad de que él pudiera enamorarse de otra teniéndola a ella. Y él, por una razón distinta, jamás sentía celos de ella.

—Quisiera confesarle una cosa menor, señor Stjärnblom —dijo la señorita Brehm—. Tengo algunos relatos metidos en un cajón del escritorio. No sé si valdrán algo; pero me encantaría verlos impresos. Y si los enviara al *Nationalbladet*, ¿quién los juzgaría y decidiría si salen o no en el periódico?

—Es Torsten Hedman —respondió Arvid—. Pero en estos momentos está en Grecia. Y no sé cuándo estará de vuelta. Mientras él esté ausente, soy yo quien asume la tarea, además de muchas otras, de leer y juzgar los manuscritos literarios que nos envían.

—¿Entonces tendrá a bien juzgar con buenos ojos mi humilde intento? —preguntó la señorita Brehm.

—Es evidente que sí —respondió.

No sabía bien si se lo estaba imaginando o era real, pero bajo la mesa le parecía sentir en su pie izquierdo las caricias de un pequeño pie de mujer. Se esforzó por devolver ese agasajo con tanta delicadeza como le fue posible, mientras ambos miraban el aire con expresión soñadora...

Habían llegado a la volatería: agachadizas. Los músicos interpretaban la *Marcha fúnebre* de Chopin.

Se hizo un extraño silencio a la mesa.

—El amigo Rubin tiene ideas curiosas a veces —susurró Freutiger.

El sirviente se deslizaba de puntillas y servía un reserva francés.

—Adoro la *Marcha fúnebre* de Chopin —dijo la señorita Brehm.

—Sí —respondió Arvid—, pero está indiscutiblemente escrita para piano y calculada a todos los efectos para la técnica pianística. Por eso se ha de perder indefectiblemente algo al ser interpretada con instrumentos de cuerda.

—Es cierto, usted es crítico musical...

—Sí, lamentablemente. Por eso me veo obligado a marcharme dentro de un rato, cuando mejor nos lo estemos pasando. La señora Klarholm-Fibiger interpretará a Senta en *El holandés errante*, es la primera vez que asume uno de los grandes papeles de Wagner, y le he prometido no dejar que pase inadvertido... Pero no necesito estar en la Ópera hasta un poco antes de las nueve, para el segundo acto.

La *Marcha fúnebre* llegó a su fin, y de nuevo el murmullo y el parloteo incrementaron su volumen. Y Arvid Stjärnblom de nuevo experimentó una extraña sensación en el pie derecho, una sensación que iba escalando hasta las regiones más centrales del sistema nervioso... Y pensó: «Deben de ser una auténtica porquería los relatos que ha escrito».

... P. A. von Gurkblad traducía la gratitud de los huéspedes a fórmulas breves y suecas hasta la médula. Los hombres se levantaban, en algunas partes con cierto esfuerzo, y acompañaban a su dama hasta el «gran salón»...

Como por fuerza de una ley natural, los señores se reunieron en torno a las cajas de habanos del cónsul general: largos y estrechos, los Manuel García; medianos y más redondeados, los Upmann; y pequeños y finos, los Henry Clay. Y para los invitados que no eran capaces de soportar un habano o que no gustaban de él, había también unos puros excelentes.

Arvid Stjärnblom cogió un Manuel García. Calculó que le daría tiempo a fumar más o menos una tercera parte antes de tener que marcharse a la Ópera. De repente se encontró en mitad de un grupo, entre la señorita Hej, Henrik Rissler, Markel, la señorita Brehm y otros. Markel también sostenía un Manuel García.

—Mi querida señorita Hej —oyó que decía Rissler—, usted me preguntaba a la mesa que por qué no quería escribir sobre la petición de paz que habían firmado el alcalde Hinlagen y usted en 1905, y mi respuesta se ahogó entre el murmullo; me di cuenta de que usted no la había oído. Pues bien; tenía dos buenas razones. Yo no soy ni belicoso ni sanguinario; pero, en primer lugar y ante todo, soy un conocido escritor amoral; es el único lugar que ocupo y no me corresponde dotarme de autoridad sobre cuestiones serias, cuestiones relativamente serias. Pero, en segundo lugar...

—Por favor, Hinke Rissler —a la señorita Hej se le dibujó una sonrisa cálida—, «escritor amoral», ¿qué quiere decir eso? ¿No hay ocasiones en que *todos* se han de involucrar, cuando se trata de una cuestión de peso?

—Pero, en segundo lugar —prosiguió Rissler—, hay ocasiones en que un pueblo *debe* delegar un poder absoluto e ilimitado en quienes asumen el liderazgo y la responsabilidad. Eso hicieron los noruegos en 1905, y ahí radicó su fuerza. Por eso no quería participar en algo que en lo más mínimo pudiera utilizarse desde un principio para brindar a nuestros políticos unas condiciones más precarias que las de los noruegos en las negociaciones. Ese era, por decirlo de alguna manera, mi verdadero parecer, que una guerra entre Suecia y Noruega habría sido «el principio del fin» para la historia de ambos reinos, o en nuestro caso el comienzo de un largo y espinoso

período para la historia de ambos pueblos... Pero no me sentí llamado a abrirme paso a zancadas y enseñar a los dirigentes una cuestión tan obvia. Consideré que lo más correcto era confiar en que ellos lo entendieran tan bien como yo. ¡Y parece que ellos también lo han hecho!

—De veras no creí que le interesara nada la política, señor Rissler —dijo Märta Brehm.

Rissler no tuvo tiempo de responderle, Markel se lo impidió:

—Mi querida señorita Brehm, ¿de verdad no sabe usted que Hinke Rissler estuvo a punto, hace un par de años, de ser arrestado por la policía por instigar una revuelta?

—Siempre exageras —repuso Rissler.

—No, es del todo cierto. Fue una noche electoral de hace un par de años. Rissler y yo y otros tantos salíamos del Rydberg a altas horas. Gustav Adolfs torg estaba abarrotada de gente, que vitoreaba los últimos resultados. ¡Entonces a Rissler se le ocurrió de repente la idea de ponerse a la cabeza de la muchedumbre, bajar hasta el *Aftonposten* y echarse a reír! Como de costumbre, el *Aftonposten* había intentado emplear una pequeña artimaña en el último minuto, y como de costumbre había fracasado. Dios: Rissler se plantó en Gustav Adolfs torg y se puso a chillar tanto como pudo: «¡Ahora vamos hasta el *Aftonposten* a reírnos!». Y cuando lo hubo repetido varias veces, la muchedumbre se movilizó de veras, y cruzó Fredsgatan y pasó por la Konstakademien hasta el *Aftonposten* y allí Rissler, con su bastón en lo alto a modo de batuta, chillaba: «¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!». Y la muchedumbre coreaba: «¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!». Y durante una breve pausa me dijo: «Imagínate que ahora viene y me apresa la policía y me condenan por instigar una revuelta». «Puede que te coja la policía —respondí—, pero no te acusarían de instigar una revuelta, sino solo de embriaguez y comportamiento escandaloso». Entonces palideció y se escabulló cobardemente por un callejón, mientras la muchedumbre seguía allí chillando: «¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!» hasta que llegó la policía y disolvió el tumulto...

—Mi querido Markel —dijo Henrik Rissler—, ¡menudo poeta sería yo si pudiera mentir tan bien como tú!

... Arvid Stjärnblom miró su Manuel García. Había fumado más o menos un tercio. Y ya pasaba de las ocho y media. Tenía que darse prisa e ir hasta la Ópera. Calculaba que terminaría con su reseña sobre las doce. A esa hora podía pedir un coche, recoger a Dagmar e ir juntos a casa.

Cuando estaba en la portería poniéndose el sobretodo, vio de pronto la delicada cabecita de la señorita Brehm en la rendija que se formaba entre dos cortinas.

—¿Ya tiene que marcharse? —preguntó.

—Sí.

La señorita Brehm cerró tras de sí las cortinas y se acercó considerablemente a él:

—¿No irá usted a olvidar lo que ha prometido...?

La miró de manera interrogante.

—¿Qué he prometido? —preguntó.

—Ayudarme a que acepten mis relatos en su periódico.

Así de repente no recordaba habérselo prometido. Pero era tan dulce, así tan cerca de él y con su

delicada cabecita inclinada como una Magdalena penitente...; ¿por qué iba ella en verdad a arrepentirse? Con un vistazo rápido se convenció de que nadie los veía, y entonces sostuvo entre sus manos la cabecita de Märta Brehm y la inclinó un poco más hacia delante y la besó en algún punto de su columna. Entonces ella volvió a erguir la cabeza, lo besó en la boca, le dijo: «¡Nos vemos!», y se marchó.

*

Caía una nieve húmeda en esa apagada noche de diciembre. La Ópera estaba a diez minutos a pie. ¿Pedía un coche? Dispendio innecesario...

Caminaba pensando en Märta Brehm. Y en Dagmar.

«¿Por qué no voy yo a permitirme, por una vez en mi pobre vida, una pequeña historia de amor? Si solo se vive una vez. Dagmar es muy buena. Pero acaba por ser monótono estar con la misma mujer día tras día, noche tras noche, año tras año. Llevo casi cuatro años casado con ella y en sentido literal jamás le he sido infiel. *Pero...*, ¡pero no la quiero! ¿Y por qué no iba yo también a encontrar lugar en mi pobre vida para una historia de amor? Quiero recordar que una vez, en mi primera juventud, soñaba con hacerme un nombre en la historia de Suecia. Ahora eso no parece tan prometedor. ¿Por qué no conformarme entonces con lo que parece estar a mi alcance...? Tonterías. Dagmar debería ser lo suficientemente buena para mí. Ella se ocupa de que las cortinas de casa se mantengan blancas; y yo también debería hacerlo. Y la señorita Brehm... Quiere que sus novelas salgan en el periódico y, a cuenta de ello y gracias al viaje de Torsten Hedman a Grecia, he recibido un beso como pago por adelantado; de haber estado él presente, lo habría recibido él... ¿Acaso puede germinar en semejante principio la semilla de una gran pasión? Sí, habrá que verlo...». Todavía sentía su pequeña lengua afilada moverse como una llama...

Desde la acera de la Ópera vio, a gran distancia, gente arremolinándose junto a las ventanillas desde las que despachaban prensa. Y, en ese mismo instante, se encontró con un conocido, un periodista, y lo paró para preguntarle:

—¿Ha muerto el rey?

—Aún no.

... Entró en la Ópera. Había calculado bien el tiempo; se acercaba el final del primer entreacto cuando accedió a la sala y se sentó en su butaca habitual; el público comenzaba a afluir. Un señor calvo y menudo con su mujer —una dama alta, esbelta y de cabello oscuro ya ligeramente salpicado de canas— se abrieron paso hasta sus asientos, en el interior del palco de butacas. Arvid sabía su nombre y la reconocía por su aspecto. Era la dama por la que una vez Markel, a punto de terminar el pasado siglo, había pasado una breve temporada en un psiquiátrico. Y Arvid sabía que había visto algo que ninguna otra persona viva había visto: a Markel llorando. En su día la llamaban «el trofeo itinerante».

La sala prácticamente se había llenado.

A su alrededor oía murmullo y parloteo: que si «fulanito se va a separar de su mujer y se va a casar con esta otra (...). Que sí, que estoy segurísimo, que me llegó de fuentes cercanas...».

A la derecha de su asiento quedaban aún dos butacas vacías. Dos mujeres se deslizaron hasta ellas en el último minuto y las ocuparon en el mismo instante en que se apagó la luz.

Lydia.

¿No...? Sí. Era Lydia quien estaba sentada a su lado. Muy cerca. La había reconocido al instante. Sus ojos se encontraron en la penumbra. Frente a frente durante un largo segundo. Entonces ella volvió a girar su cabecita y, según parecía, escuchaba la música con los ojos entrecerrados.

La voz bella y potente de la señora Klarholm-Fibiger inundó la sala.

Lydia se reclinaba ligeramente hacia delante, con la barbilla apoyada sobre la mano izquierda. Arvid miraba furtivamente esa delicada mano. Le llamó inmediatamente la atención que no llevara varias sortijas de oro bien pulidas, sino solo un fino anillo de platino con una esmeralda cuadrangular entre dos pequeños diamantes. Bueno, no tenía por qué significar nada, pero de todas maneras... Sabía que, algo después de la boda, su marido había adquirido una propiedad en Södermanland, y desde entonces siempre se la había imaginado allí, llevando una tranquila vida en familia con su niñita y su marido, al que creía que ella respetaba y estimaba, y que quizás incluso le gustara; pues a veces se ven ejemplos de hombres mayores capaces de ganarse el amor de una mujer joven. Aun cuando nueve de cada diez casos son una farsa y en realidad obedecen a algo totalmente distinto... Y también llevaba un collar de perlas, con un broche de esmeralda en la nuca... ¡Justo como tenía que ser! ¡La retribución del amor!

De pronto se sintió enrojecer de vergüenza en la oscuridad. Estaba sentado muy cerca, al lado, de su amor de juventud. Por primera vez en casi nueve años. Y solo un collar de perlas con un broche de esmeralda bastaba para que le invadieran pensamientos bajos y cínicos y fantasías sobre ella... Se preguntó: «¿Quién soy, y en qué voy camino de convertirme? ¿Acaso yo mismo no me he vendido a Dagmar por dos mil coronas al año? Bueno, es cierto que no fue así como ocurrió, pero eso es lo que parece, visto desde fuera... ¿Acaso no puede parecerse en algo el caso de Lydia? ¿Acaso no puede haber ocurrido de manera distinta a como pueda parecer desde fuera?».

La contemplaba a escondidas. Dios santo, ¡qué bella era! Había cambiado de una manera que él no era capaz de explicarse... Se parecía y, sin embargo, era otra. Se le antojaba más bella que nunca, pero bella de una forma un tanto peligrosa y funesta. Sobre ella se cernía algo extraño. Algo en él le decía: «¡Ándate con cuidado con esa extraña! ¡Márchate, ve al periódico, escribe tu reseña, pide un coche, recoge a tu Dagmar en el hogar de los Rubin y ve a casa!».

Pero se quedó sentado.

Llegó el intermedio. La oyó intercambiar un par de palabras con su dama de compañía o quien fuera que llevaba consigo. La dama se levantó y salió. Lydia permaneció en su asiento.

Arvid también permanecía en su asiento. Los que estaban a su alrededor se habían vaciado.

Las manos de ambos se buscaron y se encontraron.

Se quedaron en silencio. Entonces dijo ella, en voz baja:

—¿Eres feliz?

Él calló durante un segundo.

—Nadie es del todo feliz —respondió—. Pero uno puede pese a todo vivir como mejor sepa.

—Sí —dijo ella—. Supongo que sí.

La dama de compañía volvió a entrar.

No dijeron nada más.

*

Después del teatro se dirigió al periódico y escribió a toda prisa una reseña breve, pero calurosamente elogiosa, de la interpretación de Senta a cargo de la señora Klarholm-Fibiger. A continuación, pidió un coche y fue a recoger a Dagmar a casa de Rubin. En ese preciso instante se mantenía un animado debate sobre el origen racial de la casa real. Freutiger afirmaba que eran judíos.

—Judíos *no* son —dijo Markel—. ¡Jamás se han visto judíos tan altos! Más bien puede que sean árabes. En la población de Bearne hubo una fuerte irrupción morisca y árabe. Pero es que, además, da lo mismo. ¡No alcanzo a entender qué hay de atroz en descender del pueblo que descubrió a Dios o del que descubrió los números!

—Dicho sea de paso, yo también tengo algo de judío —dijo Markel—; una octava parte. Mi abuela materna era medio judía, y su padre era judío. Pero se dice que se convirtió a la verdadera fe evangélica con una sencilla motivación: «¡Cómo demonios se va a ser judío y pagar impuestos por dos religiones cuando no se cree en ninguna!».

... Arvid se metió en el coche con Dagmar y regresaron a casa. Mientras ella se desvestía, él sacó de la despensa un poco de güisqui y soda. Se preparó un grog y se puso a andar de un lado a otro en su despacho mientras fumaba un puro. Dos, tres pasos hacia delante; dos, tres hacia atrás. Caminaba musitando unos versos de Viktor Rydberg:

*Pero a quien una ninfa el corazón despoja
no habrá ya de recuperarlo más nunca.
Su alma ansía sueños a la luz de la luna,
ya no puede amar a una esposa...*

Dagmar asomó la cabeza vestida solo con su camisón:

—Aquí está tu anillo —dijo—, ¡lo encontré en mi cama!

—Ah, sí.

Arvid caminaba de acá para allá.

*... Y si de los años algo espera
es la muerte y una camilla...*

Volvió a oír la voz de Dagmar:

—¿No vienes pronto?

Arvid se había detenido frente al chifonier. El tablero abatible estaba bajado. Sacó medio distraído el cajoncito donde, entre tantos otros papeles viejos, se encontraba el viejo dibujo a lápiz. Aquel con el esqueleto de un sauce desnudo y pájaros volando en bandada bajo las pesadas nubes de otoño. Y giró la hoja: «*Ud vil jeg, ud, o saa langt langt langt*». El texto estaba en el margen superior. Y justo debajo había escrito él —no recordaba exactamente cuándo— estos cuatro versos:

*Desnudos sauces otoñales se reflejan en las tranquilas aguas grises,
las nubes flotan bajas, hacia el sur migran las aves salvajes...
Las lágrimas me nublan la vista al contemplar la imagen amarilleada
que tiempo atrás me llegó en una carta. Desde entonces es otoño.*

... Levemente distraído guardó la hojita en su cuaderno de notas, como antaño.

A la mañana siguiente se despertó con un estruendoso y lejano repique proveniente de los campanarios de todas las iglesias de la ciudad.

Se irguió en la cama:

—Ha muerto el rey —dijo a su esposa—. El viejo hombre que ha reinado en este país todo el tiempo que llevamos vivido...

Fue hasta la ventana y levantó los estores. Era un día neblinoso, gris, apagado. Justo enfrente, en la Universidad Politécnica, una bandera vieja y sucia ondeaba a media asta. Y las campanas repicaban y cantaban.

... En su despacho ardía vivamente la lumbre. Estaba sentado ante el escritorio del chifonier y acababa de encender el primer cigarrillo después del desayuno. Dagmar aún dormía. La doncella, Augusta, entró con una tarjeta-carta.

Reconoció inmediatamente la caligrafía de Lydia y rompió uno de los extremos.

Arvid. Te escribo desde el Hôtel Continental, recién llegada de la Ópera. El recepcionista dice que mi carta te llegará el domingo por la mañana. Si quieres verme un rato el domingo —regresaré a casa, a Stjärnvik, el lunes por la mañana, solo he estado en Estocolmo algunos días para hacer las compras de Navidad—, a las dos y media me tomo un té en el comedor. Estoy sola. Y a esa hora apenas hay clientes.

No tengo palabras para lo que sentí anoche... Después de tantos años...

Lydia.

P. D.: Quema esta carta.

Arvid se quedó pensando. «A casa, a Stjärnvik»... Desde ayer abrigaba una esperanza secreta e imprecisa de que tal vez ya no viviera con su marido, de que quizás viviera en Estocolmo. «A casa, a Stjärnvik»...

Arrojó la carta al fuego. Ardió en llamas, se encrespó, se carbonizó, se volvió negra.

«¿Voy o no voy a su encuentro?».

Sacó de la cartera una moneda de dos coronas.

«Que decida el azar. Si sale cara, voy; si sale cruz, no voy».

Giró la moneda sobre el tablero del chifonier. Salió cruz. «¡Otra vez!»... Cruz.

«Bueno, ¡tercera y última vez!»... Cruz.

Se enfadó, más consigo mismo que con la obstinada moneda.

«¡Bobadas! Por supuesto que iré».

*

La ciudad yacía bajo una espesa niebla lluviosa, de un gris amarronado. Eran las doce del mediodía y casi se estaba a oscuras. Era domingo y la gente se deslizaba silenciosa como en una procesión fúnebre. La hilera de álamos frente a la Universidad Politécnica se erguía como un guardián fantasmal. Kungsbacken, que en días apacibles ofrece un hechizante panorama de la ciudad con las tres torres de iglesia como un lejano fondo en Drottninggatan, ese día resultaba aterrador. El palacio de los Scheffler, o «castillo encantado», se antojaba más espeluznante que de costumbre. La pesada masa de la Real Academia de las Ciencias parecía dormir. Drottninggatan estaba negra, gris; se sentía como un silencio sepulcral en medio del repicar de las campanas.

Subió hasta el periódico. Ahora disponía del despacho de Torsten Hedman para él solo. Hedman pasaba la mayor parte del tiempo de viaje, y Henrik Rissler, que había asumido provisionalmente su labor como crítico teatral, casi nunca o nunca trabajaba en la redacción, sino que, con lápiz de anilina, escribía sus breves y vilipendiosas reseñas en su cuaderno de notas desde su mesa del Rydberg. Hacía algunas semanas le habían asignado a Stjärnblom encargarse, además de la sección musical, de la de asuntos exteriores. Anidaban en él fundadas esperanzas de convertirse en «ministro de exteriores» el próximo año. Pero, por desgracia, en ese preciso momento no ocurría nada especial fuera, en el mundo. Algunas repercusiones del escándalo Harden-Eulenburg y el juicio de Moltke contra Harden, eso era todo. Se hizo con el *Zukunft* y lo hojeó. Había en él un artículo escrito por Harden que le interesaba. Se sentó ante la máquina de escribir y empezó a traducirlo.

Prácticamente había terminado cuando un muchacho de la portería trajo recado de una mujer que pedía hablar con él.

—Adelante, por favor...

Era la señorita Brehm. En un primer momento había pensado: «Es Lydia, pero ¿por qué viene hasta aquí cuando ha decidido citarme en el Continental?».

De la señorita Brehm se había olvidado por completo.

—¿En qué puedo servirle? —preguntó, pero justo después añadió—: Ay, es verdad, es por los relatos, ¿los tiene aquí con usted?

La señorita Brehm se sobresaltó. Se quedó desconcertada y, de repente, se mostró un poco tensa.

—Sí —dijo—, me he traído tres. Pero si estorbo en lo más mínimo...

—Oh, discúlpeme —dijo—, me encontraba en mitad del trabajo, y uno puede andar algo despistado de vez en cuando... Será un placer leerlos, y mañana o pasado mañana le enviaré mi respuesta.

—Se lo agradezco. ¡Adiós!

Y con una leve inclinación de cabeza se marchó.

Ante el recuerdo del día anterior, Arvid Stjärnblom se sentía un tanto avergonzado por su trato breve y brusco hacia ella. Y se sintió predispuesto a leer sus relatos con tan buenos ojos como le fuera posible. Tan pronto hubo terminado con el artículo de Harden y le hubo añadido una introducción orientativa y un par de sucintas observaciones al final, se sentó a leer los relatos. El primero no era nada del otro mundo. Pero teniendo en cuenta toda la porquería con la que un gran periódico tenía que rellenar huecos, podía pasar en caso de necesidad. El segundo era del todo imposible. Pero, para grata sorpresa suya, el tercero le pareció realmente bueno. Lo firmó inmediatamente para aprobar su publicación y lo envió a imprenta por el montacargas de los manuscritos. Después se sentó y se puso a escribir una carta:

Señorita Märta Brehm:

Me pronunciaré acerca de sus tres relatos por el orden en que los he leído. «La vieja cabaña» puede servir, pero más no. «Noche a la luz de la luna» no sirve, al menos para el Nationalbladet. «El sofá rojo», por el contrario, demuestra, en mi humilde opinión, un verdadero talento literario. Es tan bueno que podría perfectamente firmarlo con su nombre, si así lo desea.

Para el Nationalbladet.

*Atentamente,
A. Stjärnblom.*

Miró el reloj. Pasaban diez minutos de las dos.

Es decir, veinte minutos. En veinte minutos estaría sentado en un sofá, en el comedor del Continental, al lado de Lydia.

Entró Merkel:

—No —dijo—, no, ¿sabes qué, Arvid?, ¡que pronto ya no aguantaré más! En la sala de espera hay un viejo pálido y escuálido que espera para reunirse con Doncker. El muchacho de la portería le dice: «El doctor Doncker está ocupado». «Sí, entonces lo espero», dice el viejo. Lundqvist, el secretario de la redacción, pasa por allí; el viejo le pregunta: «¿Está el doctor Doncker?». «Está ocupado», responde Lundqvist. Tres o cuatro de nuestros colaboradores más jóvenes pasan por la sala, el viejo le pregunta a cada uno de ellos: «¿Está el doctor Doncker?». ¡Y todos responden: «El doctor Doncker está ocupado»! Por casualidad acabo de enterarme de que Doncker viajó a Berlín hace una semana, y que todavía no ha vuelto. ¡O sea, que lleva fuera del periódico ocho, nueve días sin que ni una sola alma cristiana, desde los muchachos de la portería hasta mí, se haya percatado de su ausencia!

—Pues eso sí que tiene bastante mérito...

Markel tomó unas galeradas de la mesa y se puso a ojearlas.

—No, ¿pero esto qué es? —dijo—. Anton Ryge ha escrito un diálogo en que uno de los personajes llama a la iglesia de Gustav Vasa «la iglesia de Odín». ¡Pero el corrector parece haberlo interpretado como una errata objetiva y lo ha cambiado a «iglesia de Gustav Vasa»! Recuerda un poco a algo que una vez le ocurrió a Gunnar Heiberg con un artículo en el *Verdens Gang*. Heiberg había estado estudiando las extrañas expresiones faciales de la gente que salía de la iglesia, «salvo cuando se han almorzado a su Dios». En la corrección se leía: «adorado a su Dios». Heiberg subsanó el error y pidió unas nuevas galeradas. Y de nuevo aparecía: «adorado a su Dios». Heiberg acudió al director y le presentó la cuestión: «¡Esto no tiene sentido, tiene que haber sido obra de algún corrector idiota y santurrón! Adorar a su Dios lo hace la gente cada vez que va a la iglesia, pero ¡almorzarlo no es algo que haga cada vez!». «Puedes dejarlo en mis manos —dijo el director—. Yo me encargo de que diga “almorzado” a su Dios». Y Heiberg se fue a casa. Y a la mañana siguiente leyó en el periódico: «adorado a su Dios».

*

Arvid pasó por el cementerio de Klara kyrka. Algún que otro farol ya titilaba a través de la llovizna. No tomó el camino más cercano, a través de Klara Vattugränd, pues aún faltaban algunos minutos para las dos y media. Se detuvo por un instante ante la tumba de Bellman. La lluvia goteaba silenciosa desde los finos esqueletos de los dos árboles que se erguían junto a la sepultura.

Y las campanas repicaban y cantaban.

Salió hasta Klarabergsgatan, dobló la esquina y entró al Hôtel Continental, dejó su sombrero, abrigo y bastón al encargado y avanzó un par de pasos en el comedor mirando a su alrededor. Estaba prácticamente vacío. Había dos señores sentados a una mesa al lado de la ventana. Por lo demás no había nadie que los viese y la sala se encontraba en penumbra, con dos o tres bombillas encendidas. El servicio de almuerzo había terminado, y aún faltaba mucho para la cena.

Arvid fue hasta el fondo del comedor y pidió una taza de té. Apenas había acabado de pedir cuando llegó Lydia:

—Dos té —dijo al encargado— y mantequilla y pan tostado.

El encargado encendió una bombilla y desapareció con pasos inaudibles por la gruesa moqueta.

Se habían estrechado la mano fugaz y formalmente. Él apenas se atrevía a mirarla.

Lydia tenía consigo un ejemplar del *Nationalbladet*. Lo abrió y le señaló su reseña de la señora Klarholm-Fibiger en el papel de Senta en *El holandés errante*.

—¿Tanto te impresionó? —preguntó.

—No me acuerdo —dijo él—, ¿qué es lo que escribí sobre ella?

Arvid leyó: «La voz de la señora Klarholm-Fibiger es de esas que despiertan sueños e ilusiones sobre una felicidad por encima de toda felicidad humana y terrenal, sobre un placer superior a

cualquier otro placer, sobre la gloria y la eternidad y sobre la gloria eterna»...

—Conque eso —dijo—. ¿De veras escribí eso anoche? Tuvo que haber sido porque estaba sentado a tu lado cuando la oí. Por primera vez en casi diez años estaba sentado a tu lado.

El encargado llegó con el té, la mantequilla y el pan tostado.

Ella dijo:

—¿Arvid...?

Él respondió:

—¿Lydia...?

—¿Amas a tu esposa?

Arvid respondió, después de habérselo pensado algún segundo:

—La amo en sentido luterano.

—¿Eso qué quiere decir?

—Oh, da igual...

Estaban sentados en silencio, bebiendo el té a sorbos. Arvid pensó: «¿Es la misma de antes? ¿La misma Lydia que besé en aquel cenador, entre los lilos, hace más de diez años? ... ¿Todavía la amo?, ¿puedo amarla ahora que se ha entregado a un desconocido? O quizás a más de uno...».

—Lydia. ¿Recuerdas aquella vez hace casi diez años, en el despacho de Torsten Hedman en la redacción del *Nationalbladet*?

—Sí, me acuerdo... Vagamente. Pero me acuerdo.

—¿Recuerdas que te pregunté algo, y recuerdas qué me respondiste?

—Sí... ¡No...!

—Te pregunté algo. Te pedí algo. Y tú respondiste: «¡Quiero! ¡Pero no me atrevo!».

Esbozó una sonrisa velada.

—¿De verdad dije eso?

—Sí.

—Ah. Sí, fue la vez en que...

Arvid se demoró un poco con aquello que quería decir, pero acabó por llegar:

—¿Es posible que a lo mejor te hayas vuelto un poco más valiente desde entonces?

Arvid buscó su mirada, pero ella seguía mirando directamente hacia la penumbra con la misma sonrisa velada:

—Puede ser —respondió.

Su respuesta despertó en él al mismo tiempo un sentimiento de angustia y un deseo feroz.

Ambos callaron.

—¿Puedes decirme una cosa? —preguntó ella—, ¿dónde está el Taunitzer See?

—¿El Taunitzer See?

El nombre le resultaba familiar, pero a bote pronto no lograba recordar dónde lo había oído o leído.

—No —dijo—, no lo sé... Pero debería de estar en algún lugar de Alemania o Suiza. Pero ¿por

qué? ¿Piensas ir allí?

—Me gustaría —dijo ella—. Si al menos supiera dónde está.

—No debería ser tan difícil.

—Me temo que sí —dijo—. Me pasé la noche en vela pensando en un fragmento de *Cuando los muertos despertemos* de Ibsen. Y todo el tiempo resonaba en mis oídos: «Qué maravilloso era vivir junto al Taunitzer See». Y entonces pensé: «Seguro que ese lago no existe». Y tal vez sea eso lo bonito.

—O sea, que... No, puede que tengas razón. Quizás *ese* lago no sea tan fácil de encontrar en el mapa.

Ambos callaron.

Lydia susurró, más para sí misma que dirigiéndose a él:

—Pero al menos *una* vez en su pobre vida, uno debería poder ir en busca de su Taunitzer See...

Él acarició en silencio su mano.

—Mi pequeña Lydia —balbució—, mi pequeña Lydia...

Y entonces preguntó:

—¿Qué tal van las cosas con tu marido?

—Muy bien —respondió.

Y con una sonrisa ligeramente displicente añadió:

—Es tan formativo estar con él... Sabe tantas cosas...

—¿Y es cierto que hicisteis un gran viaje de novios?

—Sí. ¡Copenhague, Hamburgo, Bremen, Holanda, Bélgica, París! ¡La Riviera, Milán, Florencia, Roma! Y de Brindisi hasta Egipto y las pirámides. Allí tres mil años, ¿o eran cuatro mil o cinco mil? —no me acuerdo—, miraron a Lydia Stille por encima del hombro. Y luego ya de vuelta a casa pasando por Venecia, Viena, Praga, Dresde, Berlín y Trelleborg...

—¿Pero al Taunitzer See no llegasteis?

—No, allí no llegamos. No está en la Baedeker.[12]

Eran los únicos clientes en el comedor. Los dos señores que almorzaban a la mesa de la ventana se habían marchado.

Afuera tañían las campanas el toque de difuntos.

Él, con su mano derecha, seguía sujetando la mano izquierda de Lydia. La levantó y contempló el anillo con la esmeralda.

—Es un anillo bonito —dijo.

—Sí. Me lo regaló Markus cuando le di el sí.

Arvid pensó por un momento antes de decir:

—¿O sea, que estaba tan seguro de tu sí que compró el valioso anillo antes de que se lo hubieras dicho?

—No. Lo tenía ya de antes. Y me contó una historieta romántica sobre él, que de alguna manera me impresionó... aquella vez... Había vivido un amor de juventud, hacía veinte o treinta años, y

había comprado el anillo para ella. Pero ella lo engañó antes aún de que él se lo hubiera regalado. Y me hizo prometerle que jamás lo seguiría llevando si alguna vez lo engañaba.

—¿Y has mantenido la promesa...?

Lydia se quedó mirando a lo lejos y no respondió.

Y entonces dijo:

—Puede que alguna vez me apetezca contarte un poco sobre mi vida. Ahora no. Pero tal vez más tarde. Otro día. Quizás mejor por carta. En casa, en Stjärnvik, las tardes de invierno se hacen largas. Entonces puede que me sienta alguna que otra vez a escribirte. Pero tú no habrás de responderme. Él es muy celoso, y se fija en cada carta que recibo. No las abre, no pide poder leerlas. Pero se fija en ellas.

—En ese caso, entonces, seguro que con tu marido las cosas no van del todo bien, ¿no? ¿Lydia...?

—A veces —dijo— llegamos a la cuestión del divorcio; ¡las tardes de invierno se hacen tan largas en casa, en Stjärnvik! Pero siempre lo hablamos tranquila y racionalmente. Y el cuento siempre termina con que me quedo. Él es el más fuerte en el debate. Y es el padre de mi pequeña. Y tiene *el dinero*.

Arvid tomó la mano de Lydia y se la llevó a sus ojos. Nadie lo vio.

Llegaron dos clientes para cenar y se sentaron en un sofá que tenían en diagonal.

Arvid sacó su cuaderno de notas, extrajo el dibujito a lápiz y lo colocó ante ella sobre la mesa:

—¿Te acuerdas? —dijo él.

Ella asintió en silencio con la cabeza.

—Sí. Pero si lo has escondido...

—Durante muchos años lo llevé siempre conmigo, en el cuaderno de notas.

Lydia giró la hoja y leyó su propio trazo desvaído y, debajo, los cuatro versos de él. Y se quedó largo rato en silencio mirando al vacío.

—Conseguiste lo que querías —dijo Arvid—. Fuiste lejos, muy lejos. ¿Quizás ansías ir aún más lejos?

Lydia no respondió, pero repitió apenas susurrando las últimas palabras de su verso: «desde entonces es otoño».

—¿Cuándo escribiste esto? —preguntó.

—Hace algunos años. Seguro que poco después de casarme.

Lydia se quedó pensativa.

—No —dijo ella como respuesta a su pregunta—, no, no quiero ir aún más lejos. Ahora quisiera cambiar esa línea por esta otra: «¡Quiero ir a casa, quiero regresar a mi verdadero hogar!». Pero es que no sé dónde está. No sé dónde se encuentra mi hogar. Creo que me he olvidado de mí misma. Creo que he vendido mi alma. Pero la tentación tampoco es que fuera poca; ¡me llevó hasta lo alto de una montaña y me enseñó el mundo entero! Y ahora soy la pobre mujer florero de un viejo hombre rico. Y ahora sé que es verdad lo que dice el poema de Tegnér: que largos

años habrán de pagar por lo que el instante ha roto. Oh, Arvid, ¡que sea otoño para nosotros dos! ¡Si todavía somos jóvenes!

Arvid cogió el dibujo a lápiz y lo volvió a guardar en el cuaderno de notas.

—Sí —dijo—. El otoño nos ha llegado demasiado pronto.

Poco a poco habían ido llegando más clientes para cenar y ahora la sala resplandecía, iluminada por completo. Arvid llamó al encargado y pagó.

Permanecieron sentados.

—El otoño ha llegado demasiado pronto —balbució—. Pero..., pero en última instancia depende de nosotros mismos conformarnos con el otoño o hacer que llegue un tórrido verano...

Lydia lo miró con los ojos bien abiertos.

—¿Acaso te importo? ¿Es posible que todavía te importe algo?

Arvid fijó su mirada en la de ella.

—No podrá jamás, jamás en toda la eternidad, importarme otra persona que no seas tú.

Lydia había palidecido de repente, pero con una palidez que *resplandecía*.

—¿De verdad? —preguntó ella.

Arvid estaba demasiado conmovido como para decir algo. Sentía que el llanto se le agolpaba en la garganta, el viejo llanto que no había sentido en casi diez años.

Pero ambos se quedaron sentados, rígidos y correctos, como dos maniqués, con la mirada puesta en el fondo de la sala.

—No puede ser —la oyó susurrar; la oía como si fuera un sueño—, ¡no puede ser que mi vida transcurra y yo nunca haya sido tuya!

Y como en un sueño vio que, en completo silencio, se quitaba el anillo de esmeralda y lo guardaba en su pequeño bolso de mano.

—Ven —susurró ella.

Arvid recuperó de pronto el sentido.

—No, no —dijo—, así no puede ser. No podemos subir juntos por la escalera y atravesar luego el pasillo. ¿En qué habitación estás?

—La 12.

—¿Primer piso?

—Sí.

—Lo mejor es que vaya yo primero. Subo hasta la sala de lectura. Tú te quedas aquí sentada un minuto o dos. Entonces subes y entras en tu habitación. Yo me quedo a la puerta de la sala de lectura y veo por dónde entras. Y después aprovecho algún momento en que no haya nadie en el pasillo para ir hasta ti.

—Sí, sí.

... Arvid se quedó a la puerta de la sala de lectura. Ella subió las escaleras y entró en su habitación. En el otro extremo del pasillo, muy a lo lejos, se veía a una limpiadora. Desapareció por una puerta.

... Arvid estaba ya en su habitación y giró la llave en el cerrojo.

—No podía ser —oía sollozar a Lydia, que tenía la cabeza apoyada contra su pecho—, es que no podía ser...

*

Afuera, las campanas tañían aún el toque de difuntos en la oscuridad de diciembre.

[12] Conocida serie de guías de viajes de la época a cargo de Karl Baedeker.

IV

«A mí puedes amarme en sentido pagano».

La esperanza que Arvid Stjärnblom abrigaba de conseguir el puesto de «ministro de exteriores» en el *Nationalbladet* se vio satisfecha al comenzar 1908 y, como al mismo tiempo seguía siendo crítico musical, cobraba algo más de cinco mil coronas al año. Y falta le hacían. Su suegro había dejado de contribuir a la economía doméstica ya el año anterior. Gracias al carácter ahorrador de Dagmar y a su sentido del orden, y gracias a un préstamo bancario de dos mil coronas con Doncker y Freutiger como avales, habían logrado pese a todo arreglárselas.

El viejo Jakob Randel mantenía aún en pie, sin embargo, sus negocios. Pero ya no conservaba su antiguo vigor y poder de convicción. Es verdad que todavía alguna vez, cuando estaba de buen humor después de una buena cena, juraba que dejaría en herencia al menos cien mil coronas a cada uno de sus hijos, cuando el Altísimo tuviera a bien llamarlo para que fuera a casa. Pero cinco minutos después podía decir: «¡Que me parta un rayo si la próxima semana no entramos en quiebra!». Pero cuando llegaba la «próxima semana», celebraba un banquete con el ministro Lundström como número principal de la noche. Lundström había presenciado con perplejo rechazo el pueril experimento con el primer consejo de ministros liberales y había recuperado luego su hábitat natural en el Consejo Real.

Después de una de esas cenas, Arvid, envalentonado por el vino, preguntó al señor ministro qué opinaba del derecho a voto de la mujer.

—Ejem —respondió el ministro Lundström. Pero justo después añadió en un tono algo más afable—: *Ministro*, ejem...

Arvid se abstuvo de intentar encontrarle el sentido a esa respuesta de oráculo. Pero Dagmar le explicó más tarde que lo que pretendía decir era que lo llamara amigo, «amigo Lundström», al igual que lo hacía ella. Era primo de su difunta madre. Y siempre que lo invitaban a cenar a casa conversaba afable y cordialmente. La última vez había pegado unos toquecitos en su copa y había dicho:

—Ejem. Las cosas han ido a más y a menos en este mundo para nuestro amigo Jakob Randel. Ejem. A veces arriba, y a veces abajo, ejem. Ahora parecen ir arriba, a juzgar por la excelente comida y los sobresalientes y deliciosos vinos. Ejem. ¡Pido, pues, a los aquí presentes que se unan conmigo en un brindis en honor del anfitrión y la anfitriona! ... Ejem... ¡La anfitriona y el anfitrión, quiero decir!

... Dagmar se había entristecido un poco la primera vez que su padre no había contribuido a la

economía doméstica. Pero Arvid la había consolado todo lo bien que sabía:

—Mi querida Dagmar, cuando nos casamos yo no creía mucho, a decir verdad, en esas dos mil coronas al año; como mucho pensaba que las recibiríamos el primer año, y más allá no me atrevía a pensar. Pero las hemos recibido durante tres años, y está bien así. No tengo nada que reprocharle a tu padre. No me había forjado ilusiones.

Un día de principios de enero recibió una carta de Lydia; una extensa carta. Conforme a lo acordado, la había remitido al periódico, no a su casa.

Escribía:

Arvid. Te envió, además de la carta, un par de viejas páginas de mi diario. Nunca he llevado ordenadamente un diario durante un largo período de tiempo, me limito a escribir algunas líneas aquí y allá. Puedes leerlas primero, antes de continuar...

Leyó una hojita escrita a lápiz, claramente arrancada de un cuaderno de notas y numerada con un uno escrito con tinta en una esquina:

París, 23 febr. 99.

Iba a escribir un diario durante mi largo viaje, eso pensaba. Pero aún no he escrito nada.

Llegamos a París anteayer por la tarde. Ayer estuve con Markus en la Galería de Luxemburgo y busqué el viejo pino del archipiélago de papá. Lloré, por supuesto, un poco cuando finalmente lo encontré en un rincón olvidado.

Hoy estuve en el Louvre. Ay, de todas las maravillas que albergan sus interminables salas, a ver qué recuerdo ahora... Sí, de una pintura me acuerdo: un viejo florentino (creo yo) en el Salon Carré: Portrait de jeune homme. De «Inconnu», según dice el catálogo. «Maestro desconocido». Pero Markus dijo que parecía ser de... ¿cómo es que se llamaba? Franciabigio, o algo por el estilo... Me quedé largo rato delante del cuadro. Me recordaba de algún modo a alguien a quien había conocido una vez... Markus vio que me interesaba y me preguntó si quería tener una reproducción. Sí, me gustaría.

Entonces hicimos un recorrido por el Bois de Boulogne, y luego cenamos en el Café Anglais junto con un viejo señor de la Académie des Inscriptions...

Arvid dejó el papelito a un lado y prosiguió con la carta.

La última vez me preguntaste qué tal iban las cosas con mi marido. No es tan fácil responder a ello. Pero puedo intentarlo.

Que no estaba enamorada de él cuando nos casamos no necesito decírtelo. Él tenía cincuenta y un años y yo, diecinueve. Eso no quiere decir que él no pudiera ganarse el amor de una mujer joven. Quizás hubiera podido ganarse el mío, de no haber sido por... No, eso viene más adelante.

Pero llegué, no obstante, a tenerle mucho aprecio. Especialmente durante nuestro largo viaje de novios. Como tú bien sabes, goza de gran reputación como arqueólogo, pero en lo

demás no es un experto, si bien se ha instruido prácticamente en todo lo habido y por haber y está versado en las cuestiones más diversas; y allá por donde pasamos durante nuestro viaje tenía eminentes amigos y conocidos. Y no podía evitar percatarme de que en cualquier compañía se volvía, con gran naturalidad, el centro de atención. No lo amaba. Pero no era poco el orgullo que sentía de ser su esposa: eso no puedo negarlo. Me condujo hasta un mundo grande y nuevo; nuevo para mí...

Pero...

Pero soy mujer y quería tener un niño pequeño. Y no podía evitar pasar por alto que, en nuestra unión matrimonial (¡perdona, Arvid, pero debo serte sincera!), él siempre hacía por que yo no me quedara embarazada. Y una vez le pregunté: «¿Por qué lo haces?». Él me respondió: «Porque no quiero tener hijos». «¿Por qué no quieres tener hijos?», le pregunté. «Porque soy un genio —me respondió—; que quede entre nosotros y no vayas pregonándolo por ahí; pero soy un genio. Y los hijos de un genio a menudo son idiotas. Por eso no quiero tener hijos». Yo me quedé largo rato pensando. «Pero —le dije— es posible que el niño se parezca más a mí, y yo no soy ningún genio... Y entonces no ha de ser idiota...». Esa noche, en un hotel de Venecia, creo que concebimos a mi pequeña Marianne, que ahora tiene ocho años y medio.

Pero cuando ya llevaba algunos meses de embarazo —eso fue después de nuestro regreso—, me di cuenta de que mi estado le despertaba una aversión insalvable. No lo entendí inmediatamente. Pero, conforme pasaban los días, estaba cada vez más nervioso e irascible; jamás lo había visto así antes. Podía pasarse días y días encerrado en su despacho y comiendo él solo. Y cuando se acercó el momento de salir de cuentas, ¡se marchó de viaje! A una biblioteca o un archivo en Berlín en el que de pronto tenía que estudiar. Y solo cuando recibió un telegrama diciendo que todo había salido bien, regresó a casa.

Esto me dio bastante que pensar. Y no sé si podrás comprender lo profunda e irremediabilmente humillada que me sentí. Empecé a sospechar que su temor a ser padre de una criatura poco dotada fuera solo un pretexto. Me había comprado como amante legítima. El embarazo y los hijos no formaban parte de su programa.

Creo que puedo asegurar que me uní en matrimonio con la más sincera voluntad de cumplir con todos los compromisos contraídos con mi marido. Pero después de eso ya no sentía en lo más profundo ninguna obligación hacia él; ninguna. Y cuando más tarde se presentó la tentación (fue algunos años después) y conocí a un hombre que me pretendía y que en cierto modo me impresionaba, sucumbí prácticamente al instante.

Ahora que lees esto quizás pienses en el anillo de esmeralda y te preguntes si mantuve mi promesa de no llevarlo más después de ese día. Ay, tú ya sabes que no. Es una de las ideas favoritas de Markus: que la verdad es dañina y las ilusiones y fantasías han impulsado todo cuanto se ha logrado en el mundo y constituyen el núcleo de toda felicidad humana. Puse en práctica su idea con él mismo y lo dejé permanecer en su ilusión.

Jamás me preguntes nada sobre el hombre al que amé... Oh, Arvid, ¿te hago daño con la palabra amé? Pero tengo que decírla. Pues es verdad. O era verdad.

Te amé hace diez años, y te amo ahora. Pero entonces —hace algo más de cuatro años— llevabas tanto tiempo tan lejos de mí... Y acababa de leer tu anuncio de compromiso en el periódico. Y por una vez quería vivir, yo también.

No diré más sobre esto. Bueno, sí puedo decir que no duró mucho. Un año, más o menos. La otra breve entrada del diario que te envíó es del momento en que lo dejamos.

Arvid cogió la hojita y leyó:

1904, septiembre.

Fin. ¿O sea, que solo fue eso? ¿Ninguna otra cosa? ¿Nada más?

Hojas marchitas giran afuera en la ventisca. Hojas marchitas se hunden en las sendas del jardín. Sobre la mesa hay asteres. Y una hoja marchita atraviesa la ventana danzando y cae sobre el papel.

Ninguna otra cosa..., nada más...

Volvió a sacar la carta y leyó:

Y ahora, Arvid, tú serás mi juez. En tus manos dejo mi caso, y tú podrás condenarme o absolverme conforme a tu elevada voluntad. No me escribas carta alguna, envíame solo algo (un periódico o lo que quieras) como signo de que has recibido mi carta. Si me condenas, y por lo tanto ya no quieres tener más que ver conmigo, pon el sello del revés. Pero si me absuelves, pon el sello del derecho.

Lydia.

Arvid se quedó cavilando.

Por supuesto, ni por un instante se le ocurrió colocar el sello del revés. Pero pensó en otras cosas. Markus Roslin. El sobresaliente historiador cultural y arqueólogo, cuyo trabajo había leído y seguido con la silenciosa admiración de un aficionado... Comendador de la Orden de la Estrella Polar, oficial de la Legión de Honor, miembro de la Real Academia de las Ciencias, uno de los ocupantes de las dieciocho sillas de la Academia Sueca, etc. Y Lydia.

«Lydia. Mi amor de juventud. Mi único amor. Que sin demasiados miramientos ha hecho de este gran hombre de las ciencias un cornudo. Y a quien, sin embargo, debo absolver después de haber leído los hechos del caso... Es decir, solo se me han comunicado los puntos de vista de una de las partes... Pero de la otra parte parece que jamás podré saber nada. Los hombres son más reservados que las mujeres con respecto a esas cuestiones.

»¿Todavía tenemos futuro los dos? ¿Lydia y yo? En ese caso, en primer lugar y ante todo debo conseguir el divorcio. Ay, ¡qué fácil es para la gente rica! Seguramente Lydia puede separarse fácilmente de su marido; él es rico. ¿Pero yo? Mis ingresos anuales no dan precisamente para compartir... ¿Y Dagmar? ¿Qué voy a decirle? ¿Que no la amo, que jamás la he amado? ¡Para ella sería el ocaso de los dioses, el *Götterdämmerung*, el *Ragnarök*! ¿Y si le recuerdo “la promesa de libertad”?».

Sonrió ante el recuerdo de esa promesa infantil. Una vez, cuando formalizaron su compromiso, no mucho antes de la boda, se prometieron solemnemente que si algún día uno de los dos quería ser libre, el otro no haría nada para impedirlo. Había sido ella, por cierto, quien había exigido esa

promesa; esa clase de promesas eran, por entonces, casi de uso común al prometerse y casarse, pero por supuesto resultaban siempre ser insignificantes cuando la situación se ponía seria.

«Y Anna Maria y la pequeña Astrid, ¿iban a crecer sin un padre? ¿O tendrían pronto “un nuevo papá”...?».

«No». Desechó la idea del divorcio como algo impensable... Y Lydia tampoco insinuaba en su carta, ni en lo más mínimo, haberse imaginado esa posibilidad; ni siquiera que ella misma tuviera en mente intentar divorciarse de su marido.

Volvió a pensar en su carta. Apenas le sorprendía que hubiera tenido un amante. Su instinto ya le había susurrado algo en esa línea la última vez que habían estado juntos, aquel día de diciembre en el hotel.

«Ahora tú serás mi juez». «Desde luego, yo no soy el más indicado», pensó Arvid.

Cogió un periódico francés que estaba encima de su mesa, lo metió en un sobre y escribió su nombre y su dirección a máquina.

Y colocó el sello del derecho.

*

—Qué callado y retraído estás hoy —dijo Dagmar mientras cenaban—. ¿Te ha pasado algo malo?

—No —respondió.

Y añadió después de un rato:

—Estoy pensando que seguramente tenga que aprender ruso.

Por el momento había podido agregar a un joven que hablaba ruso, Kaj Lidner, que se pasaba por la redacción una vez al día y ojeaba el *Nóvoje Vremia* para ver si contenía algo de peso y, en ese caso, se lo traducía.

Casi cada dos días le esperaba sobre la mesa una pequeña carta de Lydia cuando llegaba al periódico.

En una carta Lydia escribía:

Ayer Markus sacó el tema del divorcio. Comenzó diciendo: «Creo que no estás a gusto aquí. ¿Quizás prefirieras vivir en Estocolmo?». «Me gustaría, sí», dije. «¿Y por qué ahora? —preguntó él—, ¿por los teatros, la vida en sociedad y todo eso?». «Quizás por eso también —dije—, pero eso no es lo importante. Lo importante es que no te amo y que vivir contigo me resulta un fastidio». «Amar... —Torció el gesto hasta esbozar la sonrisilla paternalista y condescendiente que con los años he aprendido a odiar más que ninguna otra cosa—. Mi pequeña Lydia, pronto seré viejo, pero no soy ningún idiota. ¿Acaso alguna vez te he preguntado si me “amabas”?». No, en eso he de darle la razón. Jamás me ha preguntado tal cosa. Ha sido demasiado listo como para no hacerlo.

Entonces él prosiguió: «Ya hemos hablado un par de veces sobre el divorcio. He pensado mucho en ello, y tengo una propuesta que plantearte. De nuestra pequeña Marianne no puedo separarme; ella se queda aquí. Pero tú eres libre. Y recibirás cinco mil coronas anuales para poder mantenerte, pero bajo una condición: pasarás tres meses aquí al año, dos meses de verano y un mes en torno a Navidad y Año Nuevo. Y durante esos meses todo será como antes entre nosotros».

Yo respondí: «Sería feliz si tuvieras a bien darme dos mil coronas al año bajo ninguna condición».

Él no respondió, sino que se metió en su cuarto y cerró la puerta con candado. Como si necesitara tener miedo de que yo fuera a intentar acercarme a él...

Pero ahora creo haber tomado mi decisión. Pero aún no estoy segura...

Lydia.

Ya al día siguiente recibí una nueva carta:

... Sí, he tomado mi decisión. Ninguna ley puede obligar a una mujer a vivir con su marido si ella no quiere. A cambio, él no tiene, por supuesto, en ese caso obligación alguna de mantenerla. Pero dispongo de unas tres mil coronas en el banco; lo poco que heredé de mi padre. Y también tengo mis joyas. Me las han regalado y son mías; y yo diría que las he pagado honradamente... Con diez de mis mejores años de juventud, ¿acaso eso no cuenta? Y el collar de perlas seguro que vale muchos miles de coronas. Es decir, podría apañarme varios años, y naturalmente quiero también intentar conseguir un trabajo.

Una cosa, Arvid: tú, por mi bien, no habrás de dar pasos para divorciarte. Quiero tan poco ahora como entonces ser una carga para ti. Tú ya tienes bastante. Y yo intentaré olvidarme de que tienes mujer e hijos y todo un pequeño mundo que no me pertenece. Seguro que como regalo recibiremos algunos instantes en que ambos olvidemos todo cuanto nos es ajeno a nosotros, a nosotros dos...

Lydia.

Y después de dos días, otra carta:

Oh, Arvid, ¡no puedes imaginarte lo rebosante de júbilo que me desperté hoy! En los árboles del parque las ramas soportaban el peso de la nieve centelleante... ¡Sol, y un cielo alto y azul! Y justo cuando levanté los estores un camachuelo estaba apoyado en una ramita, muy cerca de mi ventana; me parecía poder ver el pecho rojo y plumoso resollar, me parecía ver su trémulo corazóncito...

Markus ha cambiado de pronto de opinión. Apenas hemos mediado palabra en estos últimos días, y ha comido casi siempre en su cuarto. Pero ayer se sentó a la mesa durante la cena y se mostró amable y dulce, tal y como puede ser cuando quiere. Después de la cena me pidió que tocara. Toqué la Pathétique. Él estaba sentado junto al fuego en un gran sillón con reposabrazos, Marianne estaba conmigo al piano. La amplia habitación estaba en penumbra, iluminada tan solo por dos velas sobre el piano y el brillo de la lumbre..., él pidió más música, y yo toqué un par de preludios de Chopin... Luego Marianne se fue a la cama, ya

habían dado las nueve.

Estábamos solos. «Siéntate aquí», me pidió. Me senté en un sillón con reposabrazos junto a las brasas. «Mi pequeña Lydia —dijo—. Las cosas habrán de ser como tú quieras que sean». Yo callé. No encontré nada que decir al instante, y quería oír si él tenía algo más que decir.

Y entonces dijo: «Tal y como han estado las cosas entre nosotros últimamente, mi pequeña Lydia, sobre todo durante las semanas posteriores a tu viaje a Estocolmo antes de Navidad, no me cabe la más mínima duda de que te has enamorado de alguien. No diremos más al respecto. Pero como consecuencia evidente de ello, debes desearme, a cada día y hora que pasa, muerte y sepultura. ¿Acaso me equivoco? No, no necesitas responder. Pero no quiero, ni siquiera indirectamente, ser la razón de que un día en esa querida cabecita cobre fuerza algún pensamiento peligroso y delictivo. Porque te he querido mucho, mi pequeña Lydia, todavía te quiero mucho... Y ahora las cosas habrán de ser como tú quieras que sean».

No encontraba palabras. Tomé su mano y la humedecí con besos y lágrimas. Y besé su cabello cano. Se había vuelto totalmente cano el año pasado.

«Y, por lo tanto —dijo—, es evidente que, si alguna vez tienes ganas de venir aquí a visitar a tu pequeña Marianne y tu viejo hogar, siempre serás una huésped más que bienvenida...».

Con esfuerzo logré articular un pequeño «gracias».

Todavía nos quedamos sentados largo rato mirando las llamas que se iban apagando. Después nos dimos las buenas noches y cada uno se fue a su cuarto.

Hoy, después del desayuno, hablamos de las cuestiones prácticas y los detalles. Él quiere darme cinco mil coronas anuales (sin condiciones). Pero yo me mantuve firme: dos mil. No quiero recibir más dinero suyo que el que necesito para vivir. Él dijo que una pensión tan escasa podría dar pie a habladurías y rumores de todo tipo: la gente creería que había incumplido mi deber matrimonial y, por lo tanto, se me había despedido con una cantidad mísera... Pero yo me mantuve firme. No me importa lo que diga la gente. Y yo no quería más de lo que creía haberme ganado... bastante bien... Y el lujo jamás me ha importado. «Con un pequeño apartamento de un dormitorio en Estocolmo, y los muebles necesarios, tengo todo cuando puedo desear», le dije. Entonces me pidió que al menos le dejara contribuir con el dinero de los muebles. Y yo acepté.

Y ahora está todo dispuesto, de tal modo que a principios de la próxima semana viajaré a Copenhague en compañía de Ester (Ester Roslin, familiar de Markus, que es más amiga mía que de él; fue con ella con quien estaba en la Ópera) y, como muy tarde, de hoy en catorce días seré libre. Libre, ¡libre!

Lydia.

Pasó una semana. Entonces llegó una pequeña postal de Copenhague, con la torre del ayuntamiento, el Hotel Bristol y un breve saludo. Y después de algunos días más, una nueva carta:

Arvid. Ahora todo está listo. En un par de días estaré en Estocolmo. No vengas a buscarme a la estación, iré en compañía de Ester. Y debemos ser muy cautelosos; quiero cuidar mi reputación por el bien de mi pequeña. Y también por el bien de Markus; él ha sido honrado

conmigo, y no quiero causarle tristeza innecesariamente... Es mejor que no nos veamos hasta que tenga mi nuevo y pequeño hogar a punto. Me gustaría encontrar un apartamento de un dormitorio con instalación de gas y agua y demás en la portería... ¡Pero entonces!

Oh, Arvid, ¡todas estas ansias por el amor verdadero, que llevan almacenándose en mí después de tantos largos años vacíos, te aguardan ahora! ...

Lydia.

Arvid Stjärnblom se quedó pensativo, con la carta en la mano. Se sentía de pronto tan pequeño ante aquello que lo aguardaba... Calmar semejantes ansias; no era poca cosa...

«Pero es Lydia. Y la amo».

Era un día de marzo, cercano al equinoccio. Era la víspera de la Anunciación. Al día siguiente, pues, no habría prensa, y Arvid libraba todo el día y toda la noche.

Por la mañana había recibido una tarjeta-carta:

Querido amigo:

Como recordarás, me has prometido pasarte por mi casa alguna vez para ver mis cuadros. Esta tarde eres más que bienvenido, y puedes quedarte perfectamente a pasar la noche: el último tren parte a las once y media y a esa hora es cuando uno mejor se lo pasa. También vendrán otros dos colegas.

Tu amigo,

Hans Bergling.

Esa tarjeta-carta era de Lydia. El amigo Bergling era igual de ficticio que su nombre. Conforme a lo acordado, Lydia le había escrito una tarjeta-carta, a partir de un boceto a lápiz de Arvid, con una letra que había agrandado, ensanchado y masculinizado deliberadamente. Y él se había preocupado de hablar de antemano con Dagmar un par de veces sobre el amigo Bergling. Se habían conocido en el club de debate de los liberales. Bergling era un joven pintor talentoso y prometedor. Vivía en el campo, cerca de Saltsjöbaden. Pero era soltero y no podía hospedar damas, por lo que la invitación no sorprendió a Dagmar.

—Sí —dijo—, ¡que vaya bien, y que disfrutes mucho!

*

Se negaba a ir directamente a casa de Lydia justo después de haber cenado en casa. Por eso, bajo algún pretexto, cenó solo en el Continental. Tuvo suerte y lo sentaron en el mismo sofá en que había estado con Lydia aquel día de diciembre, mientras las campanas de la iglesia tañían por el difunto rey...

Sentado ante su solitaria cena pensaba: «Tengo treinta y tres años y ella veintiocho; no, cumplió veintinueve hace un par de semanas... Y la amo, ¡y la vida es maravillosa!».

Y siguió pensando: «Y, sin embargo, alguna vez llegará el día en que tan solo sea un recuerdo. En que seré viejo y estaré sentado a la chimenea mirando cómo el fuego se va extinguiendo y me susurraré a mí mismo: “¡Qué maravilloso era vivir junto al Taunitzer See!”».

»Y sin embargo. ¡Y sin embargo! ¿De verdad ha de ser tan humanamente imposible que, algún día, se nos conceda vivir y envejecer juntos? ¿Acaso es impensable que Dagmar pueda enamorarse de alguien y sugerir ella misma el divorcio?». ¡Ay, ilusiones! Por supuesto que era concebible que Dagmar pudiera enamorarse de otro, tampoco era tan engréido como para darlo por imposible; pero que en ese caso se lo dijera y le propusiera divorciarse, eso sí que era prácticamente impensable...».

«Más bien ella —pensó—, ella haría más o menos lo mismo que estoy haciendo yo ahora...».

... A las seis menos diez tomó un carruaje con capota y se encaminó a casa de Lydia; lo tomó para no arriesgarse a que lo retuviera algún conocido o a, quizás, un encuentro con Dagmar en la calle...

Lydia había conseguido hacerse con un piso de un dormitorio en Johannesgatan, en el ático. Arvid subió lentamente las cuatro plantas y en cada descansillo estudió los nombres que figuraban en las puertas para ver si allí residía algún conocido. Vivía un par de familias de las que había oído hablar, pero nadie a quien conociera. Cuando llegó al quinto piso, Lydia abrió antes de que él tuviera tiempo a llamar.

—Estaba junto a la ventana y te vi llegar —susurró.

Ninguna de las dos habitaciones era grande. La alcoba era muy pequeña. Cada cuarto disponía solo de una ventana, pero ambas estaban despejadas y ofrecían unas amplias vistas. Un cielo azul polar, propio de un atardecer de marzo, se erguía alto y frío como una bóveda sobre la torre de ladrillo de la iglesia, moteada de rojo, y sobre los troncos desnudos de los árboles del cementerio. Y por encima de los tejados de las casas de Dobelnskatan que estaban del otro lado se alcanzaba a ver hasta Kungsholmen.

El cuarto exterior, el más grande, lo había amueblado con viejos muebles de caoba. Su pequeña cómoda de caoba del hogar paterno, una bonita pieza de la época de Carlos XIV Juan, también estaba allí. Sobre el piano —un viejo «piano de mesa» de esos que ya casi empiezan a desaparecer y que seguramente ya no se fabrican— se extendía una larga hilera de diez o doce retratos a pequeña escala de grandes compositores, enmarcados por una fina línea negra: Händel, Beethoven..., Schumann, Schubert, Chopin..., Wagner, Bizet y, por último, Grieg y Sjögren. Y, encima de ellos, un boceto de su padre: la pequeña cabaña pesquera roja en el archipiélago, entre enroscados pinos que «después de haber llovido bañaba el sol»...

—¿Enciendo alguna vela? —preguntó Lydia.

La habitación estaba en penumbra.

—Oh, aún no —respondió él.

Lydia no tenía luz eléctrica ni lámparas de queroseno. Había instalación eléctrica en el apartamento, pero a ella no le gustaba y no se había preocupado de ponerla en funcionamiento. Y

las lámparas de queroseno eran demasiado sucias y desagradables. En el escritorio había dos viejos candelabros de plata con tres velas cada uno. En la vieja cómoda de la casa de su padre había dos finos portavelas de antiguo bronce dorado frente a un espejo estilo imperio. Y sobre el piano, dos velas cubiertas por dos pequeñas pantallas verdes.

—Pero si empezamos a estar a oscuras —dijo ella—. ¿Puedes ver por qué partitura está abierto el libro que está sobre el piano?

Era una cancioncilla de Tosti: «Quando cadran le foglie»... «Cuando caigan las hojas»...

—Sí —dijo el—, hasta ahí puedo ver...

—¿Te acuerdas?

Sí. Se acordaba. Se la había tarareado una vez, más de diez años atrás, bajo los lilos del cenador, en un pequeño jardín...

Lydia se sentó al piano y se puso a cantar, con su voz frágil, pura y, quizás embargada por la emoción, algo trémula:

*Quando caigan las hojas tú vendrás
a buscar mi cruz en el camposanto,
y allá en un rincón la encontrarás
y habrán nacido muchas flores en su costado.*

*Toma ahora para tu rubio cabello
las flores que en mi corazón nacieron.
Son las canciones que pensé y no escribí,
las palabras de amor que no pude decir.*

Arvid estaba de pie, detrás de ella, y le acariciaba suavemente el pelo y, cuando hubo terminado de cantar, dijo:

—Sí, me acuerdo. Esa cancioncilla se cantaba tanto por entonces... Seguro que era Sven Scholander quien la había puesto de moda. Ahora ya casi no se escucha.

... Estaban sentados a oscuras junto a la ventana. Una solitaria nube violeta se deslizaba despacio, por encima del chapitel de la torre de la iglesia. Abajo en la ciudad, a sus pies, se encendían las farolas. Ya no quedaban niños pequeños jugando entre las tumbas del cementerio. La luz de las estrellas atravesaba el cielo, una detrás de otra. Al oeste titilaba Venus, muy cerca de la nube violeta, y al sur, más allá de Kungsholmen, brillaba el rojo Marte.

Lydia estaba sentada con la mano derecha de Arvid entre las suyas.

—Dime una cosa —dijo ella—. ¿Cómo fue que te casaste?

Arvid respondió ligeramente esquivo:

—Pasó como pasa con tantos otros matrimonios. El hombre necesita una mujer, la mujer necesita un hombre. Y era una joven bella. Y lo sigue siendo.

Lydia se quedó largo rato en silencio mirando el azul que oscurecía.

—Nunca la he visto —dijo—. Y prefiero no verla nunca. ¿Es rubia o morena?

—Rubia.

—Bueno, da igual...

Ambos se quedaron en silencio.

—Es verdad —dijo Lydia—, me he olvidado por completo de darte las gracias por lo que me enviaste esta mañana. Pero está colocado sobre una mesa, dentro de la alcoba.

Arvid le había enviado algunas peras francesas, algunos racimos de uvas negras, unos pocos dulces y bombones y un par de botellas de Haut-Sauterne. Le había preguntado primero qué vino era su favorito. Ella había respondido que el vino le era totalmente indiferente. Pero, si tenía que elegir, prefería un Haut-Sauterne.

Se quedaron en silencio. Lydia sujetaba la mano derecha de Arvid entre las suyas. Cada vez oscurecía más. La torre de la iglesia, moteada de rojo, se había vuelto negra contra el gélido azul del cielo de marzo.

—¿Te acuerdas de aquella vez en el Continental, en diciembre? —dijo Lydia.

—Que si me acuerdo...

—¿Cómo pude *atreverme*? ¡En un hotel fino y respetable! Debí volverme del todo loca. ¡En cualquier momento podría haber venido alguien a buscarme, Ester, por ejemplo, y haber llamado a la puerta! La puerta cerrada sin que nadie respondiera. ¿Qué habríamos hecho? ¿Qué habríamos hecho?

—Sí, no es tan fácil de decir...

—Oh, Arvid, tenemos que ser terriblemente cautelosos. No nos podemos permitir semejantes locuras nunca más... Y no puedes venir aquí con tanta frecuencia como para despertar la atención del edificio. Y jamás se nos puede ocurrir salir juntos, ni siquiera pararnos a hablar medio minuto si nos encontramos fuera.

—No, claro...

Se quedaron en silencio. Abajo titilaba alguna que otra farola de gas entre los esqueletos de los viejos árboles. Y arriba, en el gélido azul del cielo, brillaban Venus y Marte.

Entonces dijo Lydia:

—¿Recuerdas que te pregunté, aquella vez en el Continental, si amabas a tu mujer?

—Sí...

—¿Y recuerdas que respondiste que la amabas en sentido luterano?

—Sí.

—¿Y que yo te pregunté qué quería decir eso?

—Sí —dijo Arvid—, me acuerdo muy bien. El doctor Martín Lutero ya sostenía hace casi cuatrocientos años la opinión de que el amor verdadero nace espontáneamente entre dos cónyuges verdaderos cuando estos ejecutan juntos los actos de la naturaleza y del amor. Y puede que algo de verdad haya en eso. Pero no mucho.

—No —susurró Lydia—, no... No mucho...

Arvid dijo:

—No, hace pensar en la «Asamblea de Hermanos» del clan de los Zinzendorf, un par de siglos

posterior: dentro de la secta se solía organizar una lotería de esposas y esposos. El veredicto de la lotería se consideraba la voluntad de Dios. Pero cuestiones como la querencia, el deseo y el amor y otras similares encontraban su origen en el demonio. Y *el amor*, por cierto, según Lutero solo tenía cabida en el hogar y el matrimonio. Al margen del matrimonio no era amor, sino fornicación y adulterio y todo lo malo, e iba abocado a una elevadísima temperatura en el infierno...

Lydia había palidecido de repente. Pero con una palidez que *resplandecía*.

—Ven —dijo—. ¡A mí puedes amarme en sentido pagano!

Lo llevó de la mano hasta la alcoba y encendió dos velas frente al espejo.

Dos velas. Arvid se imaginó difusamente aquello como una especie de ceremonia religiosa.

... No había estores que bajar; aún no se había procurado unos. Y no hacían falta. No había vecinos enfrente que pudieran verlos. Tan solo se erguían la torre de una iglesia de ladrillo moteado de rojo y los esqueletos de los árboles del cementerio —grandes, viejos— y un cielo de marzo que azuleaba, cada vez más oscuro, y dos grandes astros. Pero ahora empezaban a iluminarse también las estrellas más pequeñas, una detrás de otra...

Y lentamente, demorándose, Lydia comenzó a desabrocharse la ropa.

Una habitación pequeña con una cama grande. Dos velas encendidas frente a un espejo. Y una ventana con vistas al infinito y a las estrellas.

—Lydia. Pensé en algo mientras venía de camino a tu casa.

—¿Qué pensaste?

—Pensé: ¿de verdad es tan humanamente imposible que tú y yo alguna vez podamos vivir y envejecer juntos?, ¿y que yo algún día pueda morir con la cabeza apoyada sobre tu encantador vientre?

Lydia respondió, sentada sobre la cama:

—Tú tienes una mujer a la que amas «en sentido luterano».

—Me puedo divorciar de ella algún día. Ahora mismo es imposible. Su padre ha sido rico, pero está arruinado y ahora es pobre. Sí, eso te lo he contado. Estaría muy mal que le pidiera el divorcio precisamente ahora.

—Sí, sí —respondió—. Tampoco te lo he pedido en absoluto. Estás atrapado, lo sé. Y yo tendré que agarrar lo que pueda. Y te quiero. Y no he impuesto condiciones, no me has tomado «bajo la promesa del matrimonio»... Y nos tendremos que conformar con lo que hay... Yo estoy feliz de haber recuperado mi apellido y a mí misma: de haber vuelto otra vez a ser Lydia Stille. Creo haber recobrado algo de mí misma, algo que había dejado correr, o perdido... ¿Viste mi plaquita de latón en la puerta? ¡En ella dice «Lydia Stille»! ¡Nada más, ninguna otra cosa! ¡Y ninguna otra cosa figurará en mi puerta, ni Roslin ni Stjärnblom ni ninguna otra cosa!

Arvid se quedó pensativo.

—No es que ahora le conceda mucha importancia a un nombre en una puerta —dijo—. Pero a veces sueño con un futuro para nosotros dos. Nosotros dos juntos. Y lo que yo quería saber era si

tú también soñabas algo así... Pero ya veo que no.

Lydia susurró en la noche:

—Te quiero.

Ambos se habían quedado dormidos, o presos de una especie de duermevela, cuando ella lo despertó:

—¿Tienes hambre? —preguntó.

—¿Tú?

—Sí. Y hay provisiones.

Lydia se levantó y se echó una bata. Y transcurrido un rato había sacado a la mesa pan, mantequilla, costillas asadas frías y alguna otra cosa más. Y aún quedaban muchas peras francesas, uvas negras y dulces. Y no habían vaciado más que una botella de Haut-Sauterne.

—Solo son las doce y media —dijo Lydia.

Arvid rellenó la copa. Brindaron animadamente:

—¡Salud, amigo Bergling! —dijo Arvid.

Lydia casi se atragantó con el vino de la risa.

—Mientras escribía esa tarjeta-carta —dijo ella—, «Hans Bergling» se convirtió poco menos que en una persona de carne y hueso para mí. Incluso me imaginé cómo era: bajito y recio, con el pelo moreno, denso y tupido, y un bigote colgante entre gris y amarillo. Y con chorretones de pintura en la cazadora.

—¿Y no le colocamos también una perillita? —sugirió Arvid.

—No —respondió Lydia pensativa—, no, no va con el resto.

—Pero, a todo esto, ¿no hemos sacado en realidad al «amigo Bergling» de una novela de Anatole France?

—¿Putois?

—No lo he pensado antes, ahora que lo dices. Pero podría ser. «El amigo Bergling» de veras recuerda un poco a Putois...

Las dos velas que había frente al espejo prácticamente se habían consumido. Lydia fue a por otras dos, las encendió y apagó las que se habían consumido.

Y otra vez...

... Los ojos de Lydia estaban bien abiertos; la mirada, seria, amplia y fija; el labio superior ligeramente despegado y sus dientes apretados *resplandecían* en la penumbra...

Se despertaron. Se irguieron. Dos rostros sombreados, que vagamente recordaban a los suyos, les devolvían la mirada —parecía que desde muy lejos, pese a lo pequeña que era la habitación— desde el espejo iluminado por las dos velas.

Eran cerca de las cinco.

—¿Nos sentamos un rato junto a la ventana a mirar las estrellas? —dijo ella.

Lydia le prestó un albornoz. Y ella se puso su abrigo de piel.

Ya no se veían estrellas: los dos grandes astros se habían apeado y las estrellas pequeñas ya se habían apagado en el amanecer que empalidecía. Pero al sudoeste, muy cerca del chapitel de la iglesia, se erguía la luna con su forma de hoz, amarilla, contra un azul cada vez más profundo.

Estaban sentados de la mano.

Lydia inclinaba la cabeza ligeramente hacia delante, con la mirada puesta en el azul.

—Hasta hace un momento la luna estaba a la izquierda de la torre de la iglesia. Ahora trepa por detrás del chapitel, y dentro de muy poquito seguirá trepando hacia la derecha. Eso mismo he visto tantas tantas veces: que la luna se mueve de izquierda a derecha. Y una vez, en algún lugar de la Riviera, me puse a hablar de ello con Markus. Pero él dijo que la luna en realidad se mueve de derecha a izquierda. Y me explicó cómo era que ocurría eso y creo que lo entendí. Pero lo he olvidado.

Arvid se quedó pensando. Una vez se había examinado de astronomía en Uppsala y había recibido un *non sine laude approbatur* como calificación. Pero la naturaleza ha dotado al ser humano de la afortunada capacidad de olvidar. Si no, no podría soportar la vida. Sin embargo, creía más o menos recordar cómo ocurría; pero no era tan sencillo de explicar así a bote pronto.

—No solo la luna —dijo Arvid— se mueve de izquierda a derecha en el cielo ante nuestros ojos. También lo hacen el sol y todas las estrellas. Pero si miras más de cerca el movimiento de la luna, no un breve instante como ahora, sino semana tras semana o siquiera noche tras noche, tú misma podrás ver que avanza de derecha a izquierda. Ayer, en torno a esta hora, estaba muy a la derecha de la torre de la iglesia. Mañana, a esta misma hora, estará muy a la izquierda. Levántate mañana de madrugada, a las cinco menos diez, y podrás ver que durante el día que ha transcurrido se ha movido un buen trecho de derecha a izquierda...

Arvid se contuvo. Había pensado ofrecer una explicación más exhaustiva. Pero se la guardó: de pronto se puso a pensar en las viejas palabras amables del rector de la escuela, según el cual había «nacido para la docencia». Y se calló.

Sus mejillas se rozaban.

—¿Qué es la felicidad? —susurró Lydia.

—Nadie lo sabe —respondió él—. O es algo que uno se imagina y no existe. ¿Y se lo puede uno siquiera imaginar? ¿Puedo uno siquiera imaginar una felicidad constante y eterna?; eterna ha de ser, porque, si no, se corrompería ante la idea de un final... ¿Tus piedras preciosas y perlas no te regalaron la felicidad?

Lydia estaba pálida.

—No...

—Pero cuando el autor de las Revelaciones de san Juan ha de describir la dicha eterna, la describe en forma de ciudad —según parece, él vivía en una—, una ciudad que mana del cielo, una nueva Jerusalén, donde las casas son de oro puro, los muros de la ciudad son de jaspe y las doce puertas de la ciudad son de doce piedras preciosas y semipreciosas distintas. Así de pobre es la fantasía humana por lo que respecta a la máxima felicidad, la dicha eterna.

Ambos se quedaron en silencio.

—¿No te congelas? —preguntó ella.

—Sí, un poco.

Y se metieron otra vez en la cama.

Qué bella era aquella primavera, en torno a finales de marzo y comienzos de abril. Había algo en los días, en el ambiente y en el aire que le recordaba a alguna primavera de hacía mucho tiempo... Quizás a aquel día de primavera en que, hacía diez años, había caminado por Kungsträdgården con Filip Stille, y el difunto rey había pasado a su lado, y se había encontrado con Freutiger en Gustav Adolfs torg, y lo había acompañado hasta el Rydberg, y había leído un anuncio de compromiso en el *Aftonposten*...

Uno de los últimos días de marzo, en torno a las cinco, subía Arvid por Drottninggatan camino de casa. Acababa de encontrarse con Lydia, que iba por la otra acera acompañada de la señorita Ester, y habían intercambiado un pequeño saludo sobrio y formal.

Arvid se detuvo frente al escaparate de un joyero. En una esquina había un alfiler de plata, o quizás de platino, con una piedra roja como la sangre, que a sus ojos parecía un rubí. Miró el precio: dieciocho con cincuenta. «O sea, que de platino no es —pensó—, como mucho de plata». ¿Pero y la piedra? Era demasiado barato para ser un rubí y demasiado caro para ser vidrio. Le picó la curiosidad y entró a preguntar qué clase de piedra era. «Es de rubí amalgamado» fue la respuesta.

Se le ocurrió comprárselo a Dagmar.

«La pobre Dagmar —pensó mientras caminaba—, la pobre y pequeña Dagmar... Ahí está en casa, feliz y animada, y tan segura de mí como Lutero de la Biblia; no imagina nada, no sospecha nada, no teme nada. Siempre he creído —sí, uno sabe tan poco sobre sí mismo—, pero sí, hasta ahora siempre he creído que soy de carácter honesto. Sin exagerar, por supuesto; tampoco es que vaya por la calle abordando a mis conocidos y diciéndoles lo que opino de ellos. Pero, de todas formas, me he estado engañando con que la honradez y un amor puramente desinteresado por la verdad eran los rasgos fundamentales más marcados de mi carácter. Y ahora, ahora que he acabado en relaciones que hacen de la mentira y la astucia y el disimulo poco menos que artículos de primera necesidad diarios, ahora me pilla por sorpresa que tampoco me desenvuelvo nada mal en esta esfera...».

Anoche no había vuelto a casa hasta las seis. Pero a media tarde había llamado ya por teléfono a Dagmar desde el periódico para decirle que Hans Bergling estaba en la ciudad y que tomarían algo juntos. Y así supo de antemano que no volvería a casa tan temprano.

... Dagmar se alegró y sorprendió mucho con el pequeño regalo.

—¿Es un rubí? —preguntó.

—No.

—¿Es falso, entonces?

—No, es medio verdadero. Los químicos han encontrado la manera de fundir una gran cantidad de rubíes diminutos, tan diminutos que individualmente carecen casi de valor, hasta formar uno más grande. Se llama rubí «amalgamado».

—¡Qué gracioso! Pero, entonces, es imposible distinguirlos de un rubí de verdad, ¿no?

—Imposible no sé si es, pero yo no soy capaz...

Y entonces hablaron un poco de esto y aquello. Del «amigo Lundström» y otros familiares. Y Dagmar dijo:

—Me alegra poder volver a verte por fin de buen humor. Seguro que no eres consciente de lo huraño e imposible que has estado estos últimos meses. ¿No vamos a invitar alguna vez a Bergling a que venga a casa?

—Pues... sí..., bueno..., quizás deberíamos hacerlo... —Pero después de un momento añadió

—: Hans Bergling es un tipo bastante raro. Solo le importan dos cosas en este mundo: pintar y beber. Después de unas copas empieza a divagar de filosofía. Y en realidad sufre en compañía femenina, no sabe cómo ha de expresarse en presencia de una mujer, no sabe qué palabras del idioma sueco están permitidas en tal caso y cuáles no... Es muy cortés con las damas; se inclina con semejante reverencia que el pelo, tupido y moreno, se le cae y le tapa los ojos, mientras que, del bigotillo, entre gris y amarillento, le gotea ponche o güisqui. Lo dicho, es un tipo raro. Y no sé si podría sentirse verdaderamente cómodo en nuestro entorno. Y en este momento, además, padece cierto delirio de grandeza: ha logrado vender un cuadro a ese tal director de banco, Steel. ¡Se ha hecho un hueco en la Galería Steel! ¡No es moco de pavo! Puede que sea mejor esperar para invitarlo a nuestra humilde morada hasta que decaiga un poco esa euforia inicial...

—Sí, entonces esperamos —dijo Dagmar.

Fue un mes de junio floreciente y encantador.

... El 2 de junio Arvid acompañó en un automóvil a Dagmar, Anna Maria, la pequeña Astrid y la doncella hasta la Estación Central; como de costumbre, irían a pasar el verano a Dalby, a casa de su padre. Él iría más adelante, cuando recibiera vacaciones. En otras palabras, eso le había dicho a Dagmar. Pero le había prometido a Lydia que se le ocurriría alguna razón para quedarse en la ciudad.

La víspera de Pentecostés viajó a Strängnäs con Lydia. Aquello entrañaba ciertos riesgos, pero no iban a poder soportar siempre esa eterna cautela... Arvid había reservado por teléfono una habitación en el Stadshotell a nombre del artista Bergling y su mujer. Pero a punto estuvieron de correr una infausta aventura. El recepcionista del hotel los saludó con la alegría propia de un reencuentro:

—¡Dichosos los ojos, señor Stjärnblom! —dijo.

Arvid buscó febrilmente en su memoria y encontró que ese joven debía ser idéntico a uno de los

muchachos de la portería, a los que el *Nationalbladet* había empleado diez años atrás.

—Oskar, ¿no es así? —dijo—. Perdón, he olvidado el apellido...

—Larsson.

—Eso es. Dígame, señor Larsson, ¿no ha reservado el artista Bergling una habitación?

—Sí, así es...

—Bien, me ha pedido que avise de que le ha surgido un imprevisto de última hora. Pero podemos quedarnos con su habitación.

—Sí, eso nos viene de maravilla...

Pasaron por la pequeña ciudad al atardecer. El aire era húmedo y templado. Había estado lloviendo, pero había vuelto a clarear. Desde los jardines llegaba el aroma de los lilos y los cerezos alisos. La vieja, rugosa y seria torre de la iglesia se erguía oscura contra el claro cielo de una tarde de junio. La bahía del Mälaren estaba calmada, brillante y límpida y como un espejo reflejaba el vacío cielo azul.

*

Al día siguiente, por Pentecostés, fueron a misa. Cantaron solemnemente el salmo «Gloria a Dios en el cielo». Agacharon la cabeza junto con la congregación en reconocimiento de sus pecados. «Yo, pobre pecador». Y escucharon el sermón. Un viejo y venerable pastor —que puede que hasta fuera el obispo, ya que era Pentecostés— predicaba sobre la venida del Espíritu Santo a los Apóstoles. Se explayó con el gran milagro que ocurrió cuando los apóstoles de Jesús, esos hombres pobres e incultos, habían recibido por la gracia del Espíritu Santo el don de hablar todas las lenguas que hablaban los partos, medos, elamitas y los que habitaban en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia y Panfilia, en Egipto y en las regiones de África más allá de Cirene, los romanos residentes en el extranjero, judíos y prosélitos, cretenses y árabes...

Arvid sentía cómo la cabeza de Lydia se hundía en silencio contra su hombro. Y él también se sintió un poco somnoliento. Pero aún podía percibir que el sacerdote se había puesto a hablar de la glosolalia moderna.

—En absoluto —dijo— podemos, como cristianos, dudar de la capacidad de Dios todopoderoso de obrar de igual manera hoy que entonces, o distinta, o similar. Pero Dios no obra milagros carentes de sentido. Concedió a los apóstoles, por la gracia del Espíritu Santo, el don de poder hablar todas las lenguas de los pueblos extranjeros a los que iban a anunciar la Palabra. Eso solo podía ocurrir con un milagro, ¡un milagro realmente grande y bello y cargado de significado! Pero, al mismo tiempo, si un sueco que difunde la Palabra en una congregación de suecos y suecas se pone de pronto a hablar la lengua mesopotámica —siempre y cuando sea de verdad una lengua de la que hasta los más doctos de nuestra época apenas tienen escasos conocimientos—, entonces es cierto que se trata de un milagro; pero un milagro cuyo sentido y significado no es fácil de descifrar...

Hasta a Arvid empezaba poco a poco a caérsele la cabeza hacia delante... No habían dormido

mucho anoche.

Se despertaron con el poderoso ruido del órgano. Y algo dormidos se sumaron a cantar el salmo:

*¡Espíritu Santo! ¡Gozo del corazón,
excelso tesoro y consuelo mayor!
Avivas en mí la devoción,
cuando a ti consagro mi voz.
Allá donde tu templo reina
y tú recibes sagradas ofrendas;
que vaya allí mi alma,
y seas tú su morada.*

*Fuente de gracia y fuego de amar,
fruto de la verdad, pozo del saber,
tú la conciencia habrás de liberar
cuando en el pecado pueda arder.
Envía una señal a mis sentidos,
de que Dios me oirá,
como un padre a sus hijos;
y eso me satisfará.*

*Eres manso, dócil y clemente,
una paloma que se aleja
de la sangrienta y furibunda mente
en la que habitan el orgullo y la grandeza.*

Después del servicio se quedaron un rato mirando la tumba de Sten Sture el Viejo, las pantuflas del obispo Rogge y alguna que otra reliquia histórica. Y, según salieron del cementerio, se sentaron en un banco, a la sombra de los viejos muros de ladrillo rojo de la catedral. Por delante de ellos pasó un entierro, un entierro modesto, con un joven sacerdote pálido y lleno de granos y unos pocos dolientes andrajosos. Y la bahía del Mälaren brillaba apacible y en el cielo, azul y vacío, no se veía ni una nube.

—Dime —dijo Lydia—, ¿cómo se ha de entender en realidad «el Espíritu Santo»?

—Sí —dijo Arvid—, no es precisamente fácil de explicar en pocas palabras. De una trinidad integrada por padre, madre e hijo se encuentran rastros en casi todas las religiones prehistóricas que han participado en la creación de lo que ahora se llama cristianismo. Pero, por razones que no recuerdo, los «primeros cristianos» estaban poseídos por el odio y el desprecio hacia las mujeres... Y se negaban a conceder a la mujer un lugar en lo divino. Si no, la Virgen María, madre de Dios, habría ocupado uno evidente. Pero era mujer y, por lo tanto, impensable. Pero una trinidad tenía que ser. Y entonces se hizo comparecer al Espíritu Santo como suplente: en un concilio. Y las noticias de última hora del reino de los cielos rezan tal que así: un pecador muere y sube hasta las puertas del reino de los cielos, llama y dice a san Pedro: «Disculpa, en realidad yo no venía hasta aquí, sino al otro sitio, pero ¿no podría mirar un poco por alguna mirilla?». «Sí,

claro, encantado», responde san Pedro. Y señala a las personalidades más destacadas y dice: «Ahí está sentado Dios padre y ahí está Jesús y allá...». «Pero —pregunta el pecador, que en realidad va al otro sitio—, pero ¿quién es ese señor de ahí, que está algo aislado y parece tan taciturno y melancólico?». «Es el Espíritu Santo», dice san Pedro. «Pero ¿por qué parece tan triste?». Entonces san Pedro le susurra al oído: «Puf, no deja de darle vueltas a ese tal concilio de Nicea en que lo admitieron como tercer miembro de la divinidad con mayoría escasa, y puede que hasta con alguna artimaña... Dicho en confianza, es la única deidad que ha llegado hasta ahí por votación. Y eso es lo que lo tiene martirizado».

Lydia sonrió.

—Sí —dijo—, recuerdo que el Espíritu Santo me dio muchos quebraderos de cabeza cuando estudiaba. Dios padre ya era sagrado y además era un espíritu, y el hijo igual. ¿Por qué entonces iba a hacer falta otro «Espíritu Santo»?

—La cuestión quizás sea —dijo Arvid— que los creyentes de entonces no se imaginaban al padre ni al hijo para nada como espíritus incorpóreos. Y tal vez tampoco lo hagan con certeza a día de hoy.

... La luminosa fronda de junio los circundaba, entre la hierba asentían las campanillas de cantil, las abejas zumbaban, y desde la torre tañían las campanas por el muerto que acababa de pasar.

A menudo se sentaban junto a la ventana de Lydia al caer la tarde, mientras el ruido de la ciudad sonaba tan lejano que se podía oír el viento susurrar entre las copas de los grandes y viejos árboles.

Una de esas tardes dijo ella:

—Hoy me encontré con aquel hombre al que amaba.

Él no respondió nada. Soltó de pronto la mano de Lydia que estrechaba entre la suya.

—No te pongas así —susurró ella—. No lo dije para hacerte daño. Nos encontramos por casualidad, caminamos juntos unos pasos y hablamos un poco sobre cosas insustanciales. Y una vez me hube despedido de él, no alcanzaba en absoluto a comprender cómo podía haberlo querido alguna vez.

Arvid sintió tal alegría con esas palabras, como si le circulara un torrente de sangre templada hacia el corazón. Pero solo en un primer instante. Ya inmediatamente después se quedó algo pensativo.

Ambos guardaron silencio.

—¿En qué piensas? —preguntó Lydia.

—En nada...

—¿Es decir, en algo que no puedo saber?

—Pensaba en algo que podría llegar a pasar algún día. Pero lo que todavía no es no es nada.

Ella lo miró inquisitiva.

—No pienses en cosas tan feas y tan tontas —dijo. Y se fundieron en un beso.

*

—Canta un poco para mí —pidió Arvid.

Lydia encendió las dos velas que había junto al piano y se sentó a cantar «O Sonnenschein» de Schumann.

Un par de polillas habían entrado por la ventana abierta y revoloteaban en torno a la luz mientras ella cantaba.

Y pasó el verano.

Un día de agosto Dagmar escribió en una de sus cartas que el padre de Arvid estaba enfermo. Su salud, antaño tan robusta, se había desestabilizado en el último año, pero se había mantenido en pie hasta hacía un par de días. Pero ahora estaba encamado, y no quedaba claro que pudiera volver a levantarse. Ya tenía setenta y cuatro años.

Arvid corrió a casa de Lydia con la carta.

—Oh, ¿eres tú? —dijo sorprendida al abrirle y, con cierta acritud en la voz que nunca antes había escuchado en ella, añadió—: Pero si te he dicho que no *puedes* venir a menos que te esté esperando. Podría tener a alguien de visita, a Ester Roslin o cualquier otra persona...

Arvid se quedó ligeramente paralizado.

—Es que hoy ha pasado algo especial —dijo—. Mi padre está enfermo. Puede que muera. Tengo que ir hasta allí.

—Siéntate —le pidió Lydia—. Y perdona si acabo de ser un poco brusca contigo. Uno jamás debería ser brusco con la persona a la que ama...

Acarició el pelo de Arvid con la mano.

—¿Está muy enfermo tu padre?

—Eso parece —respondió—. Tiene setenta y cuatro años, y nunca antes, jamás en toda su vida, había estado postrado en una cama.

—Sí —dijo Lydia—, entonces has de ir hasta allí. ¿Cuándo te vas?

—Mañana a primera hora.

Lydia tenía los ojos empañados de lágrimas.

—O sea, que este sueño se ha acabado —susurró como si hablara a la habitación.

Él la miró inquisitivamente.

—Me había alegrado tanto —dijo ella— ante la idea de que al menos tendríamos este breve verano para nosotros solos, para nosotros dos.

—Querida, nos volveremos a ver.

—Eso nunca se sabe.

Arvid tomó la mano de Lydia y se la llevó a sus ojos.

—Nadie decide sobre la vida y la muerte —dijo él—. Pero no sé qué otra cosa podría separarnos. De repente prorrumpió Lydia:

—Oh, Arvid, ¡no te vayas! ¡Ni ahora ni mañana! Puedes esperar un poco y ver si es necesario. ¡Estoy completamente segura de que tu mujer exagera con lo de la enfermedad de tu padre para embaucarte!

—No, Lydia —dijo él—. No, su carta es sencilla y neutral y no me da la impresión de que sea exagerada o retorcida. Y el mero hecho de que mi padre esté postrado en una cama demuestra que es serio.

Lydia calló durante un buen rato. Luego se levantó y fue hasta la ventana. Era un día medio gris.

—Sí, sí —dijo finalmente—. Vete. El deber ha de ser lo primero. ¡Vete! ¡Adiós!

—Lydia —dijo él—. ¿Lydia...?

De pronto se ablandó. Y entonces se giró hacia él y le dijo:

—No, *así* no vamos a despedirnos...

Con los ojos cubiertos de lagrimones, pasó sus brazos por el cuello de Arvid.

—¿Quieres quedarte conmigo esta noche?

—Sí, claro —dijo él.

Entonces ella susurró:

—Así, como hemos estado juntos este verano, jamás volveremos a estar, jamás. Cuando vuelvas a casa, tendrás a tu esposa y a tus hijas contigo. Y tú tienes tu trabajo, tus amigos y tus compañeros, un mundo entero que se cierra ante mí. Y llegará el día en que yo sea para ti una carga más que una alegría.

—Pero, Lydia, ¿qué quieres decir? ¿Has perdido la cabeza? ... Me marchó, pero volveré, y te quiero y ¿por qué no íbamos a querernos por siempre, para siempre?

Lydia sonrió entre lágrimas.

—No, claro —dijo—. Siempre, siempre. ¡O al menos hasta mañana a primera hora!

*

Arvid fue hasta el periódico y dejó listo lo que había de organizar allí, y luego fue a casa y preparó la maleta, salió a cenar algo y fue a casa de Lydia.

*

A la mañana siguiente no llegó a tiempo de tomar el tren que había pensado. Pero viajó en un tren nocturno.

Desde el puente por el que pasaban las vías, Järnvägsbron, Lydia ondeaba un pañuelo.

El viejo yace en su lecho de muerte, y lo sabe. Arvid está sentado en una silla junto al cabecero, y de cuando en cuando intercambian tranquilamente algunas palabras. La ventana está abierta.

Afuera discurre calmado y cristalino el río Klara entre hileras de montículos revestidos de píceas. El doctor —un médico de provincias destinado allí, bastante joven, totalmente nuevo en el oficio y desconocido para Arvid— acababa de marcharse. Dijo que cabía esperar el final en algunos días o en un par de semanas. Citan a su hermano Erik por telegrama, y se le espera en cualquier momento. Dagmar está sentada en un rincón con sus labores. Anna Maria y la pequeña Astrid juegan en el jardín.

Los pensamientos del viejo rondan sobre todo en torno al hijo pródigo, aquel al que había enviado a tierra desconocida y había desaparecido para no volver.

—¿Crees que está vivo? —preguntó.

—Me cuesta creer nada al respecto —responde Arvid.

Se oyen grititos de júbilo procedentes de las niñas, que están fuera: su hermanastro Ragnar, de nueve años, viene por el camino con su padre de acogida, el pastor Ljungberg. El hermano mayor, Ragnar, talla para las niñas barcos de corteza y les cuenta cuentos.

El pastor entra en la habitación. Arvid le ofrece su silla junto al cabecero.

—¿Cómo te encuentras hoy? —dice—. ¿Padeces, hermano, algún tormento?

—Ninguno —responde el viejo.

—Mi querido hermano —dice el pastor—, vengo hasta ti, por supuesto, no para cuidar de tu alma, sino solo como viejo amigo. De la muerte sabemos los dos igual de poco.

—Prefiero no pensar mucho en la muerte —dice el viejo—. Pienso más en los vivos que dejaré tras de mí en el mundo. Y sobre todo en él, que no sé si está vivo o muerto. Puede que fuera demasiado duro con él. Por entonces lo tenía tan claro: estaba haciendo lo único que se podía hacer por él. Pero puede que, pese a todo, fuera demasiado duro.

Cerró los ojos y parecía estar dormitando.

El sacerdote, después de convencerse de que el enfermo dormía, a juzgar por su profunda respiración, dijo en voz baja a Arvid:

—Con un hombre como tu padre está claro que no se me ocurre venir a hacer ejercicio de mis funciones. Ha sabido cuidar de su alma durante toda su vida. Pero a veces sí acudo en calidad de pastor a visitar a viejos campesinos y campesinas pobres que yacen en su lecho de muerte. Y, si me preguntan, suelo decirles que todo lo del «infierno» no es tan terrible como suena. Pero no creas que siempre me están agradecidos. Un viejo que murió hace un par de años se enfadó visiblemente: «¡Y yo aquí, regocijándome todo este último año con que Olle Erk de Likenäs estaba en el infierno!». Y una anciana de ochenta años que murió en primavera me confesó algo estando ya en las últimas. Te lo puedo contar porque no era ningún delito cometido, sino uno que no se llegó a perpetrar. Me reconoció que hacía cincuenta años, cuando rondaba los treinta y estaba casada con un viejo, había sentido la poderosa tentación de darle «unos polvos blancos». Y reconoció, además —y he aquí lo más importante—, que si al final no lo llevó a término fue por miedo, *solo* por miedo: al hacha del verdugo si se descubría, al infierno si no se descubría. Y me preguntó si ahora iba a ser condenada por sus pensamientos y deseos pecaminosos.

—¿Y tú respondiste que...?

—Le dije que nadie se libra de pensamientos y deseos delictuosos, y que el infierno existe para los vivos, pero no para los muertos. Entonces se irguió, blanca como la tiza, en su lecho: «¡Quién lo hubiera sabido hace cincuenta años cuando Erk Pers, el de Ransby, iba detrás de mí!».

Arvid se quedó pensativo.

—Parece que de ello se desprende —dijo— que el infierno podría cobrar en realidad un significado real y «moral» para quienes creen en él.

—Eso es más que cuestionable. Basta con echar la vista doscientos o trescientos años atrás para darse cuenta de que la gente de entonces, que casi sin excepción creía en el infierno, vivía y pecaba como la de ahora, o mucho más. A la vieja en cuestión la conocía desde hacía muchos años y sabía que toda su vida había sido una buena mujer, una mujer íntegra. Creo que lo que en realidad la apartó de cometer ese delito fue algo totalmente distinto, algo que a ella misma no le quedaba claro y para lo que yo tampoco puedo encontrar palabras. En general cuesta encontrar palabras para semejantes cosas. Encontrarlas para lo esencial, lo *realmente* decisivo... Conforme me hago mayor, cada vez soy más consciente. Y cosas como esa son, por cierto, *rara avis* en el ejercicio de mis funciones. En la gran mayoría de los casos he de decir que la gente de la congregación, sin ayuda mía, se toma el infierno bastante a la ligera. El campesino suele estar dotado aquí en el campo de la misma capacidad de raciocinio que el sacerdote. Y el pietismo se encuentra en declive. Los «pietistas» se van haciendo mayores y van muriendo, y sus hijos se vuelven en su mayoría apóstatas: después de una infancia tan penosa y carente de alegría, cuando son mayores y deciden por sí mismos se resarcen... —Y según se levantaba para marcharse añadió—: Las gentes de Värmland son, en conjunto, un pueblo despierto y perspicaz. Si uno se fía de una narración de 1634, casi todos los muchachos y muchachas labriegos del obispado sabían ya por entonces leer y escribir. Y aman desde tiempos inmemoriales el canto y la danza y la música. En un pueblo así, el pietismo y el miedo al infierno pueden extenderse como una epidemia de cuando en cuando, pero no arraigan profundamente entre la gente.

A través de la ventana llegaba la clara y cristalina vocecilla infantil de Ragnar cantando:

*Hombres viriles, valerosos, temerarios
persisten en la vieja Suecia,
valor en el pecho, fuerza en el brazo,
calor de juventud en el rebato del bardo.
Aquí y allá ojos azules
sonríen en los prados en flor
salvajes cual tempestad en la mar
suaves cual lágrima en la sepultura.*[13]

**

Arvid solo había recibido una única y breve carta de Lydia desde que se había marchado de viaje. Pero en esa cartita breve había una línea, una frase, que le hacía no querer separarse de ella

jamás. La llevaba siempre consigo. Y cuando estaba a solas, la leía una y otra vez.

Pero en las dos últimas semanas no había sabido nada de ella. ¿Y si estaba enferma? ¿Por qué no respondía a sus cartas? Cada tarde, cuando llegaba el correo con sus periódicos de hacía dos días, se abalanzaba febrilmente sobre ellos y se detenía con angustia en cada suceso o esquelita... Una vez se quedó mirando, preso del pánico, el nombre «Lydia» en una esquelita... Pero se trataba solo de una niña de tres meses. Y, en el mismo número, entre los anuncios matrimoniales y amorosos de la contraportada, leyó lo siguiente: «Paso por tu ventana cada mañana. Si mis cálidos pensamientos cobraran forma, tu cuarto se llenaría de rosas en este preciso instante. *Lydia*».

Sonrió para sí mismo mientras leía el anuncio.

«El nombre Lydia —pensó— no parece ser tan poco común como yo creía...».

Y se le fue la vista hasta el anuncio que aparecía justo debajo:

«Matrimonio: CATEDRÁTICO DE INSTITUTO desea conocer mujer culta (preferiblemente profesora), 30 años aprox., sana (¡aún con dientes!), alta o de estatura media, musical. Respóndase c. foto tit.: «Suecia 1908»...

«Pobre hombre —pensó—. Está claro que vive en algún pueblucho apestoso...».

Y justo debajo figuraba este breve aviso: «Vengo a las 9 h. — S».

Y pensó: «¡Ay, para cuántas pequeñas tragicomedias, historias boccaccescas y cuentos de Maupassant no podría un poeta encontrar material con solo leer las columnas de anuncios de los periódicos! Pero debo reconocer que yo no soy ningún poeta y tampoco quisiera serlo... ¡Cualquier cosa antes que eso!».

Y siguió pensando:

«¿Qué clase de extraña doble vida estoy llevando? Esto no puede seguir así por mucho tiempo. Amo a una mujer y estoy casado con otra. Y la otra, Dagmar, no presiente nada malo. Esta no es la vida de un hombre normal. Es una vida que como mucho podría excusarse si fuera poeta. Pues a un poeta se le perdona prácticamente cualquier cosa. Nadie sabe en realidad por qué; pero es así. Se considera que los “poetas” no han de rendir tantas cuentas».

No se libraba del todo de los pequeños y no poco frecuentes celos que, mezclados a partes iguales con desprecio, los periodistas trabajadores y bastante anónimos albergaban hacia esos poetas y escritores de «renombre», que, cuando alguna vez se rebajaban y escribían una pequeña pieza para un periódico, recibían unos honorarios acordes con su renombre y no con su trabajo, y de los que se hablaba y circulaban rumores, y que celebraban cumpleaños y aniversarios y flotaban en un espacio por encima de toda moral común. Esos que van a la caza de «experiencias» a fin de conseguir material para sus novelas y piezas teatrales, y que después sirven esas pobres bagatelas y banalidades, que posiblemente hayan vivido, debidamente rebozadas para que el círculo de lectores pueda digerirlas...

«Sí, a decir verdad —pensó—, la vida que llevo es propia de un poeta... Pero no tengo derecho alguno a ella; soy una persona, un hombre, ¡y no ningún poeta! Y tampoco la soporto; va en

contra de mi naturaleza. No soporto vivir en un engaño diario y directo hacia la mujer a la que he prometido amar en la salud y en la enfermedad. No podía mantener esa promesa, y ya la he roto. Pero entonces tengo que decírselo. Decirle que cada uno debe seguir su camino; que debemos separarnos. Debo encontrar orden y concierto en mi vida; no soporto esta falsa doble vida...».

Pero cuando sus pensamientos llegaban tan lejos, era como si se quedara en blanco. Los detalles, los asuntos prácticos, lo que le diría a Dagmar y cómo se podría organizar la situación, por ejemplo, desde el punto de vista económico: todo esto conformaba un entreverado caos en el que no lograba atisbar contornos definidos.

Estaba sentado junto al viejo escritorio de su padre. La puerta que comunicaba con la alcoba estaba abierta, y allí yacía el viejo en un duermevela, con los ojos cerrados y respirando profundamente.

Arvid se puso a jugar con un lápiz. Ante sí tenía un papel sobre la mesa. Pensaba en Lydia, e intentó dibujar su perfil de memoria. Le parecía que se asemejaba y, sin embargo, no. Era ella y, sin embargo, no lo era. Borró el dibujo, lo modificó y dibujó un nuevo intento. Finalmente pensó que lo había logrado de verdad: era ella, era Lydia, ¡rebosante de vida y semejanza!

Guardó el dibujito en su cuaderno de notas y se fue a dar un paseo vespertino por la orilla del río. Había estado lloviendo todo el día, pero había clareado un poco al caer la tarde. La montaña de Branäs, revestida de ramas, se reflejaba oscura sobre la clara corriente de agua.

Pensaba en Lydia.

«¿Dónde estará ahora, qué estará haciendo en este instante? ¿Estará sentada sola al atardecer tocando Beethoven? ¿Estará paseando por alguno de los caminos por los que fuimos juntos la última vez? ¿O estará sentada a la ventana mirando al vacío?».

Sacó el pequeño retrato que había dibujado hacía un momento y se quedó mirándolo un buen rato.

No, no se le parecía en nada. ¿Cómo podía haber pensado que se le daba un aire? En absoluto era ella. Era una mujer totalmente desconocida.

Hizo una bola con el papelito y dejó que se marchara flotando río abajo.

**

Septiembre había dado comienzo. Los días eran húmedos y nublados; las tardes, largas y oscuras.

Parecía que esa vez el viejo fuera a recuperarse. Después de haber pasado días dormitando, una tarde se despertó y comenzó a hablar: frases cortas, apenas audibles, pero *hablaba*. E incluso bromeaba. Le dijo a Erik:

—Aquí, desde donde estoy, puedo ver por la ventana que el Carro retrocede, como de costumbre. ¡Y eso quiere decir que yo avanzo en comparación con él! ¡Todo movimiento es relativo!

Y a Arvid le dijo en un susurro:

—Mi pequeñín. Temo que seas débil con las mujeres. Eso no tiene por qué avergonzar a un

hombre. Pero fácilmente puede derrumbarlo. Romper en pedazos su carrera y cerrarle su camino. Lo dijo con la mirada puesta en las estrellas y de pasada, como si no le atribuyera peso alguno. Y nadie más que Arvid lo oyó.

Y hacia las diez volvió a adormecerse y se durmió con una respiración larga y profunda.

Erik se quedó despierto a su lado y los demás se fueron a la cama.

Pero Erik ya había pasado muchas noches en vela, y es posible que se echara alguna cabezadita en su poltrona.

Y cuando la casa despertó a la mañana siguiente, el viejo estaba muerto.

Era un otoño frío y húmedo.

Un día de octubre, cuando atardecía y era la hora de cenar, Arvid Stjärnblom subía Drottninggatan camino de casa. No dejaba de pensar en Lydia. Tras la muerte de su padre había recibido una cartita suya, brevísima y bastante convencional; cabría interpretar que sus pensamientos distaban mucho de él, pero tampoco tenía por qué interpretarse así... No había ido a visitarla; Lydia era muy estricta con que él no fuera a su casa salvo que ella lo estuviera esperando. Pero Arvid le había enviado una línea diciendo que estaba de vuelta en la ciudad.

Ya había pasado un par de semanas desde entonces.

Un par de veces había caminado en la oscuridad por el cementerio de la Johannes kyrka y había alzado la vista hasta las ventanas de casa de Lydia. La primera vez estaban a oscuras, la segunda alumbraba una tenue luz.

Caminaba preguntándose por Lydia y pensando sin cesar en ella. ¿Y si a lo mejor en realidad ya se había cansado de su vida libre y solitaria? Porque la mayor parte del tiempo lo pasaba sola; apenas salía con nadie que no fuera la señorita Ester Roslin... ¿Y si tal vez echara de menos su viejo hogar, su pequeña niña y su viejo marido, tan culto y sabio? ¿Y si hubiera estado allí de visita ese otoño, pero quizás no hubiera querido decírselo...?

Había llegado a la esquina con Tunnelgatan. Siempre le parecía la calle más espantosa de Estocolmo. Pese a todo, torció la esquina y se metió por esa calle estrecha, oscura, sucia y hedionda, de la que emanaban los efluvios pestilentes de las fábricas de *snus* y de cerveza y de todo lo imaginable, llegó hasta la entrada del túnel de Brunkeberg, subió las escaleras y continuó por Malmskillnadsgatan, giró a la izquierda y paseó entre las viejas tumbas y los árboles cada vez más ralos del silencioso cementerio.

... No, no había luz en la ventana.

Sintió un repentino rechazo hacia la idea de ir a casa a comer. Entró en un estanco en Malmskillnadsgatan y llamó por teléfono a casa para avisar a Dagmar de que cenaría fuera con un par de amigos.

Cuando salió a la calle, su rostro se encontró frente a frente con el de Lydia.

Se quedaron callados y confusos por un instante.

—¿Has ido a buscarme? —preguntó ella.

—No —dijo—. Eso contravendría nuestro acuerdo. Pero paseaba por el cementerio y miré si había luz en tu ventana.

Lydia no respondió al momento. Permanecieron en silencio el uno junto al otro. Se adentraron en el cementerio.

—Así que —dijo ella finalmente— ¿de veras te importo algo?

—¿Acaso necesitas preguntarlo?

Ella calló.

Después de un momento Arvid preguntó:

—¿Has estado en Estocolmo todo este tiempo que he pasado fuera?

—Sí, claro —dijo ella—. ¿Dónde iba a estar si no?

Habían enfilado por una callejuela oscura y estaban a la sombra del viejo campanario de madera pintada de rojo. Lydia inclinó la cabeza hacia atrás mientras él la besaba.

Y cuando se volvieron a despabilar:

—Pensé —dijo él— que quizás hubieras ido a visitar tu viejo hogar.

Ella sonrió levemente.

—No. No fui.

El viento arrastraba las hojas marchitas.

—¿Todavía te importo algo? —preguntó Arvid.

Lydia tenía los ojos hinchados por las lágrimas.

—Quizás un poco —dijo.

Lydia tomó la cabeza de Arvid entre las manos y lo miró a los ojos.

—Pero tú —dijo— quizás no debieras preocuparte tanto por mí. Quizás sea tonto por tu parte.

—Sí, claro que es tonto. —Y, como de pronto se había puesto de un humor exultante, añadió—: ¡Pero lo único divertido en este mundo es hacer tonterías!

Ella no se contagió de su buen humor. Se quedó mirando la oscuridad en silencio.

Arvid dijo:

—Había pensado ir a casa a cenar, como de costumbre. Pero, sea como fuere, vine hasta el cementerio y miré hacia tu ventana. Pero no había luz. Entonces, de pronto, me resistí a ir a casa. Bueno, quizás también me hubiera ocurrido lo mismo si hubiera visto luz... Pero la cuestión es que entré en un estanco en Malmskillnadsgatan y llamé por teléfono a casa para avisar de que iba a cenar fuera con un par de amigos. Pero esa cena da igual. ¿Y si subimos ahora a tu casa?

Lydia parecía sopesar algo muy importante. Y guardó silencio un rato.

—No —dijo entonces— No, ahora no. Hoy no.

—¿Por qué?

—No te lo puedo decir así de repente. Pero en algún momento tendrás que saberlo.

Arvid se sentía confuso, inseguro.

—Bueno —dijo—, entonces me iré a algún sitio a cenar...

—Sí, eso es —dijo ella.

Se despidieron con un ligero apretón de manos.

Arvid fue al Continental a cenar. Por casualidad lo sentaron al sofá que él llamaba para sí «el sofá de Lydia». Esa misma noche, algo más tarde, se pasó por otro local y se topó con amigos y conocidos. En el Rydberg se encontró con Markel y Henrik Rissler. Arvid sentía hacia Rissler una ligera antipatía, que apenas era capaz de explicarse a sí mismo. Pero jamás se había permitido manifestarla, y cuando Markel lo invitó a sentarse con ellos, accedió.

—Mi honorable amigo —dijo Markel a Stjärnblom—, ¿quizás sepas que Henrik Rissler ha cambiado de carrera y ahora es descubridor? Ha viajado hasta Copenhague y ha descubierto un nuevo güisqui; El Caballo Blanco se llama: The White Horse. Tienes que ayudarme a probarlo, Rissler ya se ha traído este que ves aquí.

—A mí todos los güisquis me saben igual —dijo Stjärnblom—. No he tenido ocasión de versarme como conocedor de la materia.

—Tienes que levantarte temprano por las mañanas y entrenarte —dijo Markel—. Pero ¿qué pasó entonces con aquella liebre? —le dijo a Rissler.

—¿Usted también caza? —preguntó Stjärnblom a Rissler—, ¿no lo sabía!

—No, qué va. Cuando tenía doce años conseguí una vez disparar a una ardilla con un tirachinas. La alcancé de verdad, de tal modo que se cayó boca arriba; pero cuando fui a agarrarla, me arañó con semejante furia que tuve que soltarla. Y como ni siquiera pude vencer a una ardilla, me abstuve ya para siempre de intentar competir con el káiser Guillermo, que según Tolstói acostumbra estar al acecho, detrás del poste de una puerta, para derrotar a una liebre. Pero el otro día estuve en una cena y me asignaron como acompañante a una terrateniente del campo, una gran cazadora de la viña del Señor. Y me preguntó: «¿Y tienen buenos cotos de caza en Östermalm?». Y yo le respondí: «Sí, hay uno bastante bueno en la esquina entre Karlavägen y Jungfrugatan». Entonces me pareció que se quedaba algo pensativa, y a partir de ahí nuestra conversación prácticamente se dio por zanjada. Y más tarde, durante esa misma velada, ¡tuve que soportar un ligero reproche por parte de la anfitriona por haber mantenido una conversación tan escabrosa con la dama! ¡La mujer se había creído que yo había querido decir algo obsceno! Se habría esperado que yo fuera a responder: «¡No, mi señora, por desgracia no tenemos cotos de caza en Östermalm!».

—Sospecho, en todo caso —dijo Markel—, que la alusión a Jungfrugatan, nada menos que «la calle de la doncella», dio pie a que se despertaran algunas asociaciones del subconsciente, que hasta cierto punto deberían poder explicar el malentendido por parte de la dama...

Arvid estaba distraído. Estaba pensando en otra cosa. Lydia. ¿Qué era aquello que no podía decirle «así de repente», pero que «en algún momento tendría que saber»...? ¿Qué podía ser? Parecía tan seria...

Arvid se sobresaltó de pronto porque alguien intentaba brindar con él. Era Rissler.

—Salud —respondió Arvid—. A propósito, hay una cosa por la que a veces he pensado en

preguntarle, pero quizás sea una indiscreción, y por supuesto no tiene que responderme. ¿Su primer libro se basa en alguna experiencia suya propia?

—Ni una pizca —respondió Rissler—. Trataba de cosas que en parte ansiaba y en parte temía poder vivir. Y quizás por eso sea lo más verosímil de todo cuanto he escrito.

—Es cierto —dijo Markel—. Uno jamás miente de manera más creíble que cuando lo hace con material de su propia cosecha. Y la realidad a menudo es tan inverosímil que parece inventada.

—Exacto —dijo Rissler—. Pero precisamente esa verosimilitud me acarrió consecuencias negativas en mi vida privada. Por entonces yo andaba peligrosamente enamorado de una chica. Qué pensaba ella de mí, eso no lo sé; jamás me atreví a preguntárselo. Pero una tarde en que la acompañé hasta la puerta de su casa después de una lección magistral de Olof Levini en la Universidad de Estocolmo, le pregunté qué opinaba de mi libro. Me respondió que no le gustaba en absoluto. De ahí extraje la conclusión de que yo tampoco le gustaba, y nos despedimos con bastante frialdad. Muchos años después empecé a sospechar la verdadera conexión: ella creía, por supuesto, que el libro era «autoconfesional». Y como trataba de un joven que seducía a dos muchachas y que escribía un documento falso por la irrisoria suma de trescientas coronas, mucho no podía gustarle... Además, la crítica trató también el libro como si fuera evidente que todo lo que figuraba impreso en él era verdad. No cabría creer eso de esos veteranos críticos viejos y taimados; pero lo cierto es que lo hicieron. ¿Y qué puede uno, entonces, pedirle a una joven de veinte años?

Rissler tomó un buen trago de su grog y prosiguió:

—Y lo que más me disgusta de todo en Strindberg es que ha acostumbrado al público general a que, al leer una novela, siempre pregunte: «¿Quién es él, quién es *ella*, quién es este y aquel, y cuánto es verdad?». Ha acostumbrado al público general a creer que ningún escritor de hoy está en condiciones de concebir un libro de su propia cosecha. Y desde entonces es un pequeño infierno escribir novelas y obras de teatro. A mí ya no me quedan fuerzas. Podría tener ganas de escribir un librito o de expresar mis ideas sobre el curso del mundo, de manera directa y sin personajes de ficción como intermediarios, sin patrañas ni garabatos. Pero novelas y obras de teatro, ¡por el amor de Dios! Y, además, solo hay en realidad una forma digna de existencia humana. No hacer nada.

Pasaron a discutir el problema de Strindberg. Hacia las doce Arvid Stjärnblom se levantó:

—Tendrán que disculparme —dijo—, pero debo marcharme al periódico y poner en orden los telegramas de la noche. El príncipe Fernando de Bulgaria ha asumido el título de César en su forma eslava: *zar*. No creo que eso signifique ya nada, pero no puede uno saberlo... ¡Buenas noches!

Cuando llegó al periódico a la mañana siguiente, entre el correo que reposaba sobre su mesa había una carta de Lydia. La rasgó y leyó:

Arvid.

Mientras estabas de viaje me entregué a otro hombre. No fue amor, tampoco fue «lo otro»; oh, apenas yo misma sé qué fue... Pero me sentía tan sola y tan abandonada por Dios y por el mundo entero desde que tú te habías marchado. Y constantemente te veía ante mí con tu mujer; acabó por ser tan insoportable que tuve que encontrarle algún remedio. Quizás fuera también un deseo de saber si podía irrumpir en el destino de otra persona.

Ahora ya se ha terminado; ya se había terminado antes de que vinieras a casa. No creo que ahora vayas a querer repudiarme por esto. Pero eres libre de hacer lo que quieras.

Y quería que supieras esto antes de que volviéramos a vernos. De palabra jamás habría podido contártelo.

Lydia.

Con la carta en la mano, Arvid se quedó de piedra.

No. No podía ser verdad. Era sencillamente imposible.

No, estoy soñando... ¿O es algo que, sin más, se le ha ocurrido para someterme a una dura prueba? Sí, tiene que ser eso. Y cuando vaya a verla la próxima vez, me mirará a los ojos y dirá: «Querido, ¿de veras creíste por un solo instante que era verdad?».

Pero no, le parecía que eso era incluso peor, todavía más cruel. Y la carta, además, hablaba por sí sola.

O sea, que era verdad. Era real, era verdad.

De repente se sintió indispuerto. Arrugó la carta y se la metió en el bolsillo, y apenas pudo cruzar el pasillo y llegar a tiempo al baño. Una vez allí, vomitó.

*

Arvid no paraba de pensar, sentado en su silla junto al amplio escritorio. Ausente y distante miraba los titulares de la prensa internacional: *Times*, *Le Matin*, *B.Z. Am Mittag*...

Su primer impulso fue no responder ni por asomo. Pero no se creía capaz de soportar la consecuencia que de ello se desprendería: jamás poder volver a estar con ella. Nunca más. *Nevermore*. No, la idea se le antojaba del todo intolerable. Del todo impensable, del todo sobrepasadas las fronteras de lo posible si lo que pretendía era sobrellevar la vida.

Volvió a desplegar la carta y la leyó una y otra vez.

«Mientras estabas de viaje me entregué a otro hombre. (...) Y constantemente te veía ante mí con tu mujer...».

«Quizás fuera también un deseo de saber si podía irrumpir en el destino de otra persona».

¿Qué querría decir eso? ¿En el destino de qué persona: en el mío o en el del otro? Uno siempre puede irrumpir en el destino de otra persona. Cualquier bandido puede hacerlo. Quizás a veces sea más difícil no hacerlo.

«(...) me entregué a otro hombre (...)».

No, no era el tipo de carta al que uno responde. «Si me queda el más mínimo ápice de honor en

esta vida, tendré que tirarla por el retrete y no volver a verla jamás; ¡hacer como que no la conozco si me la encuentro por la calle!».

«Pero en cualquier caso... *Nevermore*. Nunca más... Pasar por su lado en la calle como pasa un extraño por delante de otro... Tal vez ni siquiera saludarnos...».

«(...) Y constantemente te veía ante mí con tu mujer (...) insoportable (...)».

De pronto lo vio: Ahí estaba la salvación. El puente por el que cruzar el abismo. La posibilidad de reconciliación.

Era por celos por lo que lo había engañado. Es decir, por amor. ¿Por qué entonces no correr un tupido velo sobre toda la historia?

Y tomó la pluma y escribió:

Lydia.

He engañado y me han engañado. He engañado a mi mujer contigo y a ti con mi mujer. Lo único que falta en esta sinfonía es que mi mujer me engañe, y ni siquiera entonces tendría derecho a quejarme. Y es cierto que me había imaginado que lo que había entre tú y yo sería algo especial, algo único, algo que trascendería las leyes del castigo y semejantes vulgaridades. Y es cierto que no me había imaginado que, mientras yo enterraba a mi viejo padre en el pequeño cementerio de mi aldea un tranquilo día de septiembre, en ese preciso instante tú estarías viviendo galantes escarceos. Pero uno ha de resignarse a todo. Ha de aceptar el mundo tal y como es, incluso si a veces se queda un tanto boquiabierto; y yo he de aceptarte tal y como eres. Y mañana por la noche iré a tu casa a las nueve si es que me concedes el honor de recibirme.

Pero una cosa, mi pequeña Lydia, te ruego que consideres seriamente. Por lo que respecta a los amantes de una mujer, se suele aplicar la aritmética de los aborígenes australianos: solo se cuenta hasta tres. Todo lo que rebase esa cifra se considera «mucho».

Arvid.

Releyó la carta antes de enviarla. Su tono ligeramente irónico no se correspondía en absoluto con lo que sentía. Pero expresar lo que en realidad sentía no estaba dentro de sus posibilidades. Y la carta quedó como estaba, y así la mandó.

Pero después de haberla enviado, leyó aún otra vez la carta de Lydia y de nuevo se detuvo en estas palabras:

«Quizás fuera también un deseo de saber si podía irrumpir en el destino de otra persona»...

*

Al día siguiente por la noche, a las nueve, estaba en el cementerio de la Johannes kyrka alzando la vista hacia las ventanas de casa de Lydia. Alumbraba una tenue luz. Subió los cuatro pisos y llamó a la puerta. Nadie abrió.

Volvió a llamar. Nadie abrió la puerta.

Llamó por tercera vez. Nadie abrió.

Se fue a una taberna y bebió como un cosaco.

Cuando más adelante Arvid Stjärnblom echara la vista atrás hacia ese otoño, el otoño de 1908, se referiría a él, para sí mismo, como «el pasadizo subterráneo». Le parecía estar atravesando un pasadizo subterráneo largo, serpenteante, que cada vez se estrechaba más y más, hasta que al final tenía que reptar... Y no veía salida alguna ni el más débil haz de luz... Y de pronto se sentía mayor. Le parecía envejecer un año con cada día que pasaba.

La mañana después de aquella tarde en que había llamado infructuosamente a la puerta de Lydia, recibió una breve carta de ella:

Arvid. Perdona que no te abriera ayer. Había recibido tu carta hacía un rato, esa misma tarde, y no tenía ningunas ganas de verte. Y una mujer con «galantes escarceos» pendiendo sobre su conciencia no puede ser para ti.

Para el reproche estaba preparada, pero no para eso. Y ahora quiero estar sola. No vengas a buscarme.

Lydia.

Se quedó mirando horrorizado, lívido, esas terribles palabras.

Pasó el día y se hizo de noche antes de que él lograra recomponerse y escribir una respuesta.

Lydia. Mi anterior carta seguro que no te transmitió una idea acertada de cómo me sentí yo al leer la tuya, de lo que sentí ante las palabras: «Mientras estabas de viaje me entregué a otro hombre». Me puse enfermo. Tuve que salir corriendo al baño con tu carta en la mano. Y entonces vomité.

Pero cuando te escribí mi respuesta había pasado un par de horas desde entonces. Soy un poco vehemente, pero no soy rencoroso, y cuando te escribí en realidad ya te había perdonado. ¿Quién soy yo para juzgarte? Lo único que no entiendo es que te hayas podido tomar tan a pecho las palabras «escarceos galantes». ¿Cómo es que los llamas tú entonces? «No fue amor», escribías. Pues entonces se llaman «escarceos galantes». No puedo evitarlo. «Para el reproche estaba preparada», escribes. ¡De veras me sorprende que no esperaras un elogio!

De una cosa puedes estar segura: nunca más me vas a tener esperando a tu puerta mendigando míseramente tu amor. La última vez ya tuve bastante.

Arvid.

Un par de días después, que se antojaron eternos, llegó su respuesta.

Arvid. Te agradezco tu «perdón», pero no le encuentro uso. Como Magdalena penitente jamás me vas a ver.

Para el reproche estaba preparada, sí; pero no para ocurrencias irónicas sobre escarceos galantes y la aritmética de los aborígenes australianos.

Jamás, jamás pensé que podrías escribirme una cosa así.

Lydia.

Pálido de resentimiento leyó la carta, la arrugó y la tiró al fuego.

*

... Encorvado como un anciano paseaba esos días por las calles, camino del periódico o de vuelta de él, con la mirada hundida en la acera. Quería evitar encontrarse con conocidos, quería evitar pararse a hablar con ellos. Una vez sintió que, de esa manera, pasaba al lado de Lydia sin verle la cara ni saludarla. Pero era solo fruto del cansancio y la ciega desesperación. No tenía fuerzas para alzar la vista y quitarse el sombrero. Y pensó que de nada importaba esa ceremonia vacía entre dos personas que habían sido tan cercanas y se habían distanciado tanto la una de la otra.

Pasaba las noches en vela. En estado crepuscular le asaltaban horribles visiones y fantasías. La veía constantemente ante sí: desnuda, con un extraño también desnudo. El desconocido tenía cabeza, pero carecía de rostro. A Arvid se le entrecortaba la respiración en su duermevela. A menudo Dagmar se despertaba y le preguntaba si estaba enfermo.

Y a menudo le rondaba el pensamiento de que iba a morir pronto, y de que era algo bueno. De que era la única solución a la inextricable madeja que era su vida. No pensaba en el suicidio en sentido habitual, pues tenía seguro de vida, y aún le quedaba una migaja de consideración hacia los suyos. Pero se le había ocurrido una manera de morir que a efectos jurídicos no podría considerarse suicidio. Cuando llegara el invierno con la nieve y sus frías noches —y ya pronto tendría que venir—, una noche se compraría una botella de aguardiente, de aguardiente común, y se iría hasta alguna carretera menor a las afueras, se arrastraría despacio por ella hasta alejarse bien de la ciudad, y entonces, en la linde de un bosque, se bebería la botella entera, o tanto como pudiera, y se echaría a dormir sobre un montículo de nieve. Estaba seguro de que jamás despertaría de ese sueño.

Durante el día andaba como un sonámbulo. En el periódico trabajaba como un autómatas. En casa estaba taciturno y huraño. Su enemistad con Lydia lejos estaba de beneficiar a Dagmar en modo alguno; al contrario, le resultaba más extraña e indiferente que nunca. Todo lo que ella hacía lo irritaba. Si bien no había prendido nunca en él una gran llama de amor hacia ella, hasta entonces siempre la había visto «con buenos ojos». Ahora era diferente, pues sin que ella lo sospechara se había convertido en el escollo viviente para que su sueño amoroso pudiera hacerse realidad. Hasta de las niñas, Anna Maria y la pequeña Astrid, se había, por decirlo de alguna manera, apartado. Las acariciaba distraído y distraído escuchaba sus balbuceos y conversaciones. Un día, mientras columpiaba a la pequeña Astrid en su rodilla, se sorprendió a sí mismo pensando en silencio: «¿Cómo serás tú, mi pequeña, cuando seas mayor: una Dagmar, que engatusa a un hombre y luego sienta cabeza con la presa que se ha ganado, o una Lydia, que engatusa a un hombre tras otro y jamás sienta cabeza, hasta que la vejez o la muerte ponen punto final a ese tránsito?»...

Porque de una cosa estaba seguro: ese hombre —fuera quien fuera—, al que ella se había «entregado» mientras él estaba de viaje, no la había seducido a ella, sino que había sido seducido. Y también de otra cosa estaba seguro: ese hombre era más joven que él, quizás incluso

más joven que Lydia. No sabía bien por qué, pero estaba seguro. Pero no sabía quién era, ni siquiera tenía la más remota idea. Y quizás por eso se le aparecía en sus visiones nocturnas como un joven con cabeza, pero carente de rostro.

... Alguna que otra vez, algo más fuerte que su voluntad lo arrastraba hasta el cementerio de la Johannes kyrka. Entonces solía detenerse ante la tumba de Döbeln. Podía quedarse allí mirándola, ni él mismo sabía durante cuánto tiempo. Leía el epitafio inscrito sobre la lápida:

BARÓN GEORG CARL VON DÖBELN
TENIENTE GENERAL
LAS BATALLAS DE POROSALMI, SIKAJOKI,
NYKARLEBY, LAPUA Y JUTAS
ATESTIGUAN SU HEROICO VALOR
EN LA DEFENSA DE SU PATRIA

Y encima, rodeando el escudo: «HONOR – DEBER – VOLUNTAD».

*

Y de nuevo alzó la vista hacia las ventanas de casa de Lydia. Alumbraba una tenue luz.

Transcurrió noviembre. Día tras día, la oscuridad se cernía más y más sobre el país de la oscuridad del invierno.

Un día de diciembre, cercano a la Navidad, le llegaron a casa algunos libros del encuadernador. Entre ellos estaba la *Ilíada*, en la vieja traducción de J. Fr. Johansson.

Era una historia curiosa; en realidad el libro era para Lydia. Una vez, a comienzos de verano — aquel breve lapso feliz, ahora más remoto y muerto que nunca—, se habían puesto a hablar de la *Ilíada*. Ella jamás la había leído, pero quería leerla. Un par de días después, Arvid logró encontrar un ejemplar en un anticuario. Lo había comprado para dárselo a ella; pero era un viejo tomo amarillento y desvencijado, que había que llevar primero al encuadernador. Y por primera vez ahora lo tenía consigo, encuadernado en piel gris claro con un par de sencillos ornamentos dorados en el lomo: un yelmo, una lira.

¿Y ahora se lo iba a mandar? ¿Después de todo lo que había pasado desde entonces? Lydia podría interpretarlo como un pretexto para acercarse, como si fuera mendigando su amor. Pero él se lo había prometido. Lo envolvió y se lo envió a través de un mensajero.

Ese mismo día se encontró con ella en Drottninggatan al atardecer, sobre la hora de la cena. Ella se paró y lo alcanzó con la mano.

—Gracias por los libros. Gracias...

Giraron y se metieron por una bocacalle.

—Por preocuparte de dármelo —dijo Lydia.

Él no respondió inmediatamente. Se afanaba por contener las lágrimas. Y de eso ella no se percató.

Cuando Arvid se creyó capaz de hablar sin que le temblara mucho la voz, respondió:

—Los libros eran tuyos. Ya lo eran desde el verano. Pero el encuadernador no había terminado aún con ellos.

Se quedaron en silencio.

—Ya —dijo ella—. Tengo que irme a casa. Adiós.

—Adiós.

Al día siguiente se volvió a encontrar con ella sobre la misma hora y prácticamente en la misma esquina, bajo el mismo crepúsculo invernal de la hora de la cena, bajo una llovizna mezclada con aguanieve. Se cruzaron e intercambiaron un saludo breve y formal. Pero por la noche Arvid le escribió una carta.

Lydia.

Esto no puede seguir así. Me rindo incondicionalmente.

Sigo sin entenderte bien del todo; pero quizás sea algo que llegue con el tiempo... Te indignaste tan profundamente con mis cartas en octubre... Pero si hubiera tomado las peores palabras del sueco, las más feas, y te las hubiera lanzado a la cara..., cosa que no hice, ni siquiera me sentí tentado, pero y si lo hubiera hecho..., ¿qué habría pesado todo eso frente a esta sola línea de tu carta: «Mientras estabas de viaje me entregué a otro hombre»?

Pero estás indignada, y te pido perdón. Porque eres mi vida entera. No puedo en absoluto concebir una vida sin ti. No puedo en absoluto concebir que en el futuro nos crucemos por la calle como dos desconocidos.

Tú no querías mi perdón. Escupiste sobre él.

¡Pero yo quiero el tuyo! ¡Perdóname!

Arvid.

Faltaba un par de días para Navidad cuando escribió esa carta.

No recibió respuesta.

Por fin llegó la nieve, el mismo día de Nochebuena.

Arvid Stjärnblom estaba de permiso en el periódico. Había envuelto y dedicado los regalitos para Dagmar, las niñas y la doncella muy temprano. Antes acostumbraba inventarse rimas que acompañaran los regalos de Navidad. Esa vez se limitó, lacónico, a escribir los nombres.

Llevaba desde primera hora de la mañana dando vueltas por las calles, bajo la nieve blanca y ligera que caía y caía.

En la esquina de una calle intercambió un rápido saludo con Filip Stille:

—¡Feliz Navidad! —dijo Filip.

—Gracias, igualmente... ¡Saludos a tu mujer!

Filip Stille llevaba un par de años casado con Elin Blücher. No tenían hijos. No consideraban que pudieran permitirse, le había dicho Filip en alguna ocasión...

En Gustav Adolfs torg se encontró con Henrik Rissler. Estuvo a punto de levantarse el sombrero por despiste, pero reculó a tiempo y lo saludó con la cabeza. Rissler lo había empezado a tutear la otra noche. Desde entonces era como si le cayera un poco mejor.

—¡Feliz Navidad! —dijo Henrik Rissler.

—Gracias, igualmente...

—¿Te vienes al Rydberg a tomar un *glögg*?^[14]

—Sí, por qué no.

Los sentaron en un sofá con vistas a la plaza.

—La fachada del castillo es un buen decorado de fondo bajo la nieve —dijo Stjärnblom.

—Sí —dijo Rissler—, pero quien no haya visto la fachada antes de que la repararan hará diez o doce años sencillamente no la ha visto jamás. Tan bella como entonces no lo habrá de estar en los próximos cien años.

Se sentaron en silencio a contemplar el juego de sombras que se desarrollaba fuera, a los viandantes que pasaban por allí y a veces se paraban a desearse feliz Navidad...

—Dime —dijo Stjärnblom—, en alguna parte de uno de tus relatos tienes una cita de Shakespeare: «Tan tarde se me ha hecho en este mundo, que ya he perdido para siempre mi camino». ¿De dónde es?

—*Antonio y Cleopatra* —respondió Rissler—. Cuando escribió esa obra tenía una endiablada historia con una dama oscura, *the dark lady*. Pero al final acabó por encontrar su camino, que lo llevó al pueblucho en que nació y en el que quiso morir. Y antes de eso tuvo tiempo de comprarse un caserón y tierras y el más bajo título nobiliario, de modo que después de haberse pasado la vida como comediante y como un escritor mal visto pudo finalmente irse a la tumba como un hombre honrado.

Arvid miró el juego de sombras que se desarrollaba fuera. Por allí pasaba Kaj Lidner, con el cuello del abrigo levantado.

Kaj Lidner era su compañero rusoparlante de la sección de asuntos exteriores. Era un joven profundamente apesadumbrado de unos veinticinco años. La pasada primavera le había dicho una vez a Stjärnblom que lo único que le faltaba era una excusa decente para quitarse la vida. Era muy pobre y le costaba salir adelante. Pero esa no le parecía una excusa decente. Afirmaba ser nihilista y anarquista. Arvid recordó que una vez —¿acaso no había sido en Strängnäs aquel domingo de Pentecostés?— había estado hablando de él con Lydia. Y cuando él le contó sus pensamientos suicidas ella había respondido: «Oh, eso está claro que lo dice por decir. Pero qué nombre más bonito... Kaj Lidner. Suena tan bonito...».

Arvid se sumió en sus pensamientos. Pero se espabiló con Henrik Rissler.

—¿No es, en todo caso, rara la sentencia contra Wicksell? Un catedrático de Economía, que ya

en su juventud había estado preso por «blasfemia contra Dios» y conocido por su amor casi patológico por la verdad, sufre de pronto una recaída y pronuncia ante un público de jóvenes rojos un discurso en el que bromea burdamente sobre el dogma de la virginidad de María. Lo que ha dicho no figura en los periódicos; solo que ha dicho alguna grosería. ¡Y media docena de gacetilleros, de los que ni siquiera uno —no puedo hacer una excepción ni siquiera con el amigo Krigsberg— tiene más religión en el cuerpo que la veleta de una iglesia, empieza a gritar que esto sobrepasa todo límite y que ha de ser enjuiciado y condenado! ¡Y vaya si fue enjuiciado y *condenado*! ¿Pero qué clase de tribunales tenemos? En la ley se dispone que uno ha de haber despertado «el descontento general» para poder ser condenado. Pero entre sus oyentes no despertó descontento alguno, al contrario, ¡los jóvenes rojos lo vitoreaban! ¡Ha despertado «el descontento general» entre Krigsberg y un par más! O, mejor dicho: Krigsberg y un par más se han ocupado de despertar el descontento general hacia él. ¡Y es a Wicksell a quien condenan!

—Sí —dijo Arvid—, algo raro sí que es...

—Por cierto, ¿qué tal te va ahora en el *Nationalbladet*? —preguntó Rissler—. Olof Levini ha muerto y lo ha sucedido el profesor Löök. Gurkblad y Torsten Hedman son ya demasiado célebres como para escribir en periódicos. Jamás se les ve por el *Nationalbladet*. Markel se ha mudado a la vuelta de la esquina, al *Dagens Post*. ¡Y Krigsberg lo ha reemplazado! ¡Doncker es el único hombre que queda a bordo de los del 97! «*Aber die Katz', die Katz' ist gerettet!*».[15]

—Sí —dijo Stjärnblom—, ha habido unos cuantos cambios desde el 97. Pero tengo que irme. ¿Tú te quedas?

—Todavía me quedo un rato, sí. Adiós. No, espera un segundo; ¿no escribió algo el otro día el profesor Löök sobre Pascal? ¿Algo así como que era un maestro de la duda? Ha heredado a Pascal de Olof Levini. Es lo único que ha heredado de él. Pascal ni por un instante dudaba, si uno se fía de la biografía que escribió su hermana, de ninguna de «las verdades sagradas». Era frágil y enfermizo, y propenso en todos los sentidos a la religión. Pero al mismo tiempo era un pequeño niño prodigio de las matemáticas y la física; y por eso ha pasado después a significar tanto en beneficio de la religión. Ninguna persona concede importancia a que un sacerdote de a pie se exprese en favor de Nuestro Señor: es su trabajo. Pero cuando lo hacen los matemáticos y hombres de las ciencias naturales, como Pascal, Newton y Swedenborg, ¡entonces los simpatizantes «de Nuestro Señor» alcanzan a entender que han de cuidarlos!

*

... La nieve caía y Arvid Stjärnblom deambulaba por las calles.

Faltaba mucho para la cena. En Nochebuena no cenaban antes de las siete. Entró en Du Nord a tomar un tentempié.

En una de las mesas que había junto a la ventana estaban sentados un poeta y dos comediantes. A Arvid lo sentaron en una mesa cercana. Oía al poeta contar sus aventuras amorosas de juventud.

—Una vez a comienzos de los setenta —dijo— estaba muy enamorado de una chica que estaba

en un estanco de Näckströmsgatan, y nos lo pasábamos estupendamente juntos. Pero entonces llegó otro poeta y me la robó, ¡un poeta con oro y pieles! ¡Era Edvard Bäckström! Entonces pasé de ella. Pero una noche me la encontré y caminamos un trecho hasta Skeppsholmen. Maldito claro de luna, era precioso. Y le recriminé su infidelidad. Entonces se subió al muelle, extendió los brazos y dijo: «¡Juro que jamás en la vida he amado a otro que no fueras tú!». ¡Y entonces se tiró a la corriente!

—¿Y tú entonces saltaste a pescarla? —dijo uno de sus acompañantes.

—Eh —respondió el poeta—, ¡ya había sido mía! Pero me agaché y con una mano agarré una argolla de hierro y con la otra la pesqué a ella. Y luego la subí a un coche y la llevé a casa de su madre. Y mientras estaba allí explicándole el asunto a la vieja, llegó Edvard Bäckström, envuelto en un maldito abrigo de piel. Entonces la vieja me señala y dice: «¡Este joven ha salvado a Lydia!». Y Edvard Bäckström hizo ademán de coger su cartera. Pero yo dije: «No, disculpe, señor Bäckström, ¡yo también soy poeta!». ¡Y entonces me marché!

Arvid escuchaba pensativo. «Lydia». O sea, que ya había también una Lydia en la década de los setenta. Sí, siempre la ha habido y siempre la habrá. Es eterna como la naturaleza.

*

... La nieve caía y Arvid volvía a deambular por las calles.

Algo en su interior lo llevó hasta el cementerio de la Johannes kyrka. Se avergonzaba de sus pasos. Pero lo arrastraban hasta allí.

Y de nuevo se detuvo frente a la tumba de Döbeln y descifró letra a letra su desgastada inscripción dorada.

«HONOR – DEBER – VOLUNTAD».

Sus pensamientos saltaron, sin que él supiera cómo ni por qué, hasta Kaj Lidner. «Suena tan bonito...», había dicho Lydia sobre su nombre. Qué discontinuos habían sido sus servicios en el periódico todo ese otoño. Las últimas semanas apenas se había dejado ver por allí. Había estado enfermo, decía. Y presentaba muy mal aspecto. Doncker había hablado de despedirlo. La sombra de una sombra le había parecido al pasar frente a las ventanas del Rydberg.

—Arvid.

Arvid se giró. Era Lydia.

—Me pareció verte desde mi ventana —dijo ella—. Pero no estaba segura.

Arvid calló.

—Sube conmigo a casa —susurró Lydia.

Él sacudió la cabeza.

—No —dijo—. Has tardado demasiado. Me has atormentado con demasiada crueldad y durante demasiado tiempo.

—Perdóname —susurró—. Ven ahora, te lo ruego. Estoy tan sola y tan confusa... Y si ahora me dices que no, es la última vez que te lo pido.

Arvid la siguió.

Se sentaron junto a la ventana. Y la nieve caía y caía. Lydia tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Dime una cosa —dijo Arvid—. En aquella carta escribías que querías saber si ostentabas el poder de irrumpir en el destino de otra persona. ¿Eso qué significa?

—Oh, nada...

—El poder —dijo— cualquiera lo ostenta. Pero quizás convenga ser un poco cuidadoso a la hora de utilizarlo. ¿O no?

—Quizás —respondió ella—. Pero dejemos ahora que la nieve caiga y sepulte todo aquello.

—Sí —dijo él—. Sí, dejemos que así sea.

Estaban sentados, la mejilla del uno rozando la del otro, y miraban afuera. Y la nieve caía y caía. La *Ilíada* descansaba sobre la mesa. Arvid preguntó:

—¿Has leído algo?

—No —respondió—. ¡Pero léeme tú algún fragmento!

Cogió uno de los tomos, el segundo, y lo hojeó un poco. Llegó hasta el decimocuarto canto. Y le leyó ese pasaje en que Hera veneranda, la de ojos de novilla, toma prestado el cinto de Afrodita para engañar a Zeus y, de paso, logra que él se interese por sus intrigas políticas.

Entonces Afrodita le respondió risueña:

—No es posible ni sería conveniente negarte lo que Aides, pues duermes en los brazos del poderosísimo Zeus.

Dijo; y desató del pecho el cinto bordado, de variada labor, que encerraba todos los encantos: hallábanse allí el amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor que hace perder el juicio a los más prudentes.

(...)

Hera subió ligera al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida; Zeus, que amontona las nubes, la vio venir; y apenas la distinguió, enseñoreóse de su prudente espíritu el mismo deseo que, cuando gozaron las primicias del amor, acostándose a escondidas de sus padres. Y así que la tuvo delante, le habló diciendo:

—¡Hera! ¿Adónde vas, que tan presurosa vienes del Olimpo, sin los caballos y el carro que podrían conducirte?

(...)

—¡Hera! Allí se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la pasión por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho, ni me avasalló como ahora (...).^[16]

Empezaba a oscurecer. Y la nieve caía y caía.

Lydia se levantó, le acarició suavemente el pelo, le quitó el libro de las manos y lo colocó sobre la mesa.

—Ven —dijo ella.

Lydia entró en la alcoba. Encendió las dos velas que había frente al espejo. Y despacio, en silencio, comenzó a desabrocharse la ropa.

Afuera, la oscuridad del invierno se abatía ya sobre los árboles del cementerio. Pero ambas velas centelleaban quedamente junto al espejo.

De pronto sonó el timbre. Lydia y Arvid se incorporaron sobre la cama y escucharon. Sonó otra vez. Poco menos que contenían la respiración. Después de un largo silencio sonó por tercera vez.

Arvid le susurró:

—Al menos puedes apiadarte de él y apagar las velas. Para evitar que vea luz en tu ventana cuando baje al cementerio, se gire y mire hacia arriba...

—Oh, ya tiene que haber visto que hay luz. Y es mejor así. Lo mejor es que de una vez por todas le quede claro que ya no estoy a su alcance.

Y dejó que las velas ardieran.

Lydia permanecía erguida en la cama como en actitud de escucha. Pero todo estaba en silencio. Entonces preguntó:

—Dime, ¿qué significa «Ate»?

Arvid lo pensó por un instante.

—Ate —dijo— era una divinidad griega. Una de las menores. Una diosa del destino. Una diosa de la fatalidad. Se consideraba que encarnaba la perdición seductora. Pero ¿por qué lo preguntas?

—Oh, da igual...

Con la barbilla apoyada en la mano, Lydia miraba al vacío.

Arvid yacía con los ojos cerrados y pensaba. ¿Por qué preguntaba por Ate? Quizás él la hubiera llamado alguna vez así. Quizás en una carta. Recordó entonces que, nada más entrar, sobre la mesa había una carta y ella la había metido presurosamente en un cajón. Y de repente le volvió Kaj Lidner al pensamiento. Lidner no solo se defendía en ruso, sino que además era ducho en griego...

—Dime, ¿por qué preguntaste por Ate?

Con los ojos vacíos, Lydia miraba al vacío y callaba.

El día después de Navidad, Arvid Stjärnblom se reincorporó a su trabajo en el *Nationalbladet*. Esa mañana el tema general de conversación entre los colaboradores del periódico era que Kaj Lidner se había disparado en Hagaparken el mismo día de Nochebuena. A la mañana siguiente, habían encontrado su cadáver, cubierto de nieve, sobre las escaleras que conducían al quiosco del parque.

El entierro tuvo lugar poco después de su fallecimiento. Los colaboradores del periódico acudieron en masa, y el doctor Doncker pronunció un pequeño discurso junto a la tumba.

*

Al atardecer, Arvid fue a casa de Lydia. Esa vez fue sin que ella lo hubiera llamado. Pero le parecía que tenía que ir a su casa.

Le abrió, pálida.

—Oh, que pese a todo hayas venido —dijo ella—. No me atrevía a pedírtelo. Temía tanto que me dijeras que no...

Se sentaron, cada uno en su silla, frente a un fuego que se iba consumiendo. Ella miraba las brasas sin que en los ojos le asomara una lágrima.

Lydia susurró:

—¿Estuviste en el entierro?

—Sí.

Arvid se percató de que evitaba llamar al difunto por su nombre.

Permanecieron largo rato callados. Entonces, sin mirarla, dijo:

—O sea, que era él.

Ella inclinó la cabeza sin articular palabra.

Se la veía tan pálida y tan pequeña, encogida como estaba. Parecía como si quisiera esconderse y desaparecer.

—Oh, ¡él sí que hizo bien! —susurró Lydia—. Ya quisiera yo poder hacer lo mismo que él.

Arvid acercó la cabeza de Lydia a su pecho y le acarició el pelo y la mejilla.

—Lydia —susurró—, mi pequeña Lydia...

Las compuertas de su llanto acabaron por abrirse y sollozó silenciosamente.

—¿Qué he hecho? —Sollozaba—. Era tan bueno...

—Ya. Pero hay muchos jovencitos que lo son, y no con todos ellos vas a poder jugar.

Lydia amoldó su cabeza al pecho de él y lloró y lloró.

[13] Fragmento de la canción «Mandom, mod och morske män» de Richard Dybeck.

[14] Vino especiado que se sirve caliente, propio de la época de Adviento y Navidad.

[15] Se trata de un verso («*Doch die Katze, die Katz ist gerettet*») que se repite constantemente en el poema «Erinnerung» (Recuerdo), del *Romanzero* de Heine. En él Heine recuerda a Wilhelm Wisetzki, un muchacho que quería salvar a un gato que había caído al agua, pero al romperse la viga sobre la que estaba apoyado fallecía. «Pero el gato, el gato se ha salvado» reza el último verso de cada estrofa.

[16] Traducción de Emilio Crespo.

«¡Más cerca, oh Dios, de ti!».

Llegó un tiempo de paz y tranquilidad.

Caía nieve, mucha nieve. Y para Arvid y Lydia era bienvenida. Ambos abrigaban, quizás, la sensación de que ese invierno debía caer más nieve que de costumbre.

Y él sentía que por fin ella había encontrado reposo; que ya no «buscaba». Se la veía tan *pequeña* ese invierno. Y él se mostraba más tierno y atento que nunca. La quería más que nada y se creía amado; habían pasado tantas cosas entre ellos que hacían que esa ilusión resultara excusable... Pero ya no pensaba en separarse de su esposa y disolver su hogar por el bien de Lydia. Cada vez que su pensamiento se aventuraba por esos derroteros, le volvía a asaltar el recuerdo de lo que había pasado; pese a la nieve, que caía y caía... Dejaba que las cosas fueran como fueran, que pasaran como tuvieran que pasar.

Y en ningún momento Lydia dejó entrever, ni con una palabra ni insinuación, que imaginaba un futuro como esposa suya.

Al contrario.

—Jamás me volveré a casar —había dicho una vez que estaban sentados junto a su ventana, durante un atardecer de invierno—. Con *una* vez es suficiente. ¡Y más que suficiente!

Y con el tiempo se acostumbró a su extraña doble vida, tal y como en su día, irremediabilmente, había cobrado forma.

Y pasó el invierno, y volvió el sol, y se derritió la nieve, y de nuevo llegó una primavera.

Un atardecer rosado de primavera caminaban el uno al lado del otro entre las tumbas del nuevo cementerio. A las puertas de él, Lydia le compró a una viejecita pobre una pequeña corona de primulas. Quería llevarlas a la tumba de Kaj Lidner. Pero no lograron encontrarla en aquella gran urbe de sepulturas, mucho más densamente poblada que la pequeña ciudad de los vivos. En su lugar, depositó las flores donde descansaba su padre.

Hablaban de los difuntos a los que habían conocido. Arvid mencionó a Olof Levini.

—Una vez, hace muchos años, me invitó a su casa —dijo Arvid—, y todavía hoy me enfada que me surgiera un impedimento. Nadie podía ser mejor, más atento y a su manera, totalmente voluntaria, más amistoso que él con nosotros, los subordinados, los gacetilleros. Y estaba versado en casi todo, salvo en la cuestión de la Unión. Una vez me dijo: «¿Usted entiende por

qué montan revuelo los noruegos?». «Sí —le dije yo—, porque querían que el primer párrafo de su Constitución se cumpliera. En el primer párrafo se afirma que Noruega será “un reino libre e independiente”. Pero lo que ocurre es que la política exterior noruega está gestionada por nuestro ministro de Asuntos Exteriores, que solo rinde cuentas ante nuestro Parlamento. Y eso se llama autonomía, no soberanía ni independencia. Espero que nuestro ministro de Asuntos Exteriores actúe de la mejor manera posible. Pero eso no ayuda: nosotros los suecos tampoco estaríamos saltando de alegría si nuestra política exterior estuviera administrada por el ministro de Asuntos Exteriores de, por ejemplo, Rusia, ni aunque cuidara de ella como uno de los angelitos de Jehová». «Pero ¿de veras es así?», dijo él.

—Se afirma —dijo Lydia— que su muerte fue en realidad un suicidio, y que guardaba relación con alguna historia de amor tormentosa. ¿Tú qué crees?

—No lo conocía tan bien —dijo él—. Pero no creo. Era poeta. Me he dedicado muchísimo a estudiar la naturaleza y la esencia de los poetas, y he llegado a la conclusión de que, de toda la historia de la literatura universal, apenas se puede extraer un solo ejemplo de poeta —de verdadero y notable poeta— que se quitara la vida por un amor tormentoso. Disponen de otros recursos. Poseen la capacidad de volcar su pesar en un poemario, en una novela o en una obra de teatro. El «caso Werther» es un clásico. Cuando Goethe vivió en su juventud una escabrosa historia de amor, escribió una novela que terminaba con el suicidio del héroe. Parece que esa novela desencadenó, en su momento, toda una pequeña epidemia suicida, ¡pero por desgracia no entre los poetas! No sé lo que el difunto Goethe sintió al respecto: ¡muy probablemente una poderosa sensación de triunfo por haber contribuido a borrar de la faz de la Tierra, así de golpe, a tanta gente incapaz de vivir! Pero él siguió viviendo tranquilamente y llegó a ser consejero imperial y ministro y terriblemente viejo y halló un final feliz y decoroso. Y la muerte de Olof Levini fue un mero accidente. Si hubiera querido quitarse la vida, no habría elegido como método tragarse un vaso de colutorio, que solo en raros y excepcionales casos actúa como veneno mortal. Estaba aquejado de una gripe y una fiebre elevada, y con el delirio y la sed propios de la fiebre *bebió* el colutorio. Y se dio la casualidad de que su organismo presentó una «reacción idiosincrática» a este veneno, por lo demás, bastante inocuo. En otra persona no habría surtido mayor efecto.

Lydia caminaba a su lado, en silencio, bajo el ocaso rosado que iba palideciendo aquella tarde de primavera.

—Los poetas —prosiguió Arvid— son gentes especiales, ¡y con ellos te aconsejo que te andes con cuidado! Son fuertes, si bien a menudo llevan la debilidad como un disfraz protector. Un poeta soporta un mazazo capaz de matar a un hombre de a pie. Es muy posible que sienta el dolor, pero no le produce nada digno de ser nombrado; al contrario: lo transforma en una obra, ¡se aprovecha de ello! Mira a Strindberg. No es su propia experiencia vital la causa de todo lo enfermo, espantoso y confuso que ha escrito. Parece que él mismo cree que sí; pero no es así. Por el contrario, todo lo enfermo, espantoso y confuso de su propia naturaleza es la causa de que

deba vivir y experimentar todo eso. Pero ¿qué persona común —cuál si no un gran poeta— podría haber pasado casi indemne por lo que él ha pasado? Y no solo indemne, ¡sino robustecido! Todo el daño que ha sufrido le ha *servido*: ¡de material, de alimento, de cura! ¡Poco menos que le ha reportado salud! El otro día me lo encontré por la calle, una mañana mientras iba camino del periódico. Y no recuerdo haber visto nunca a un hombre de sesenta años recién cumplidos de aspecto tan lozano y vigoroso y alegre como el suyo.

Lydia caminaba a su lado con los párpados entornados. La tarde de primavera palidecía y se iba tiñendo de azul a su alrededor.

Lydia dijo:

—Pero puede que de buena gana quisieras ser poeta...

Él respondió:

—Quiero ser persona y hombre. ¡Y no quiero ser poeta, si es que puedo evitarlo!

Lydia caminaba cabizbaja y pensativa.

—Pero *si* fueras poeta, ¿podrías entonces hacer como Goethe y Strindberg y tantos otros de su clase y menores y hacer «literatura» de lo que algún día fue para ti vida y realidad, tristeza y desgracia? ¿Serías capaz?

—Jamás —respondió él.

Sus miradas se encontraron, serias, y se clavaron la una en la otra.

Al cabo de un rato Arvid añadió:

—Creo, además, que un poeta ni siquiera puede hacer literatura a partir de su amor mientras en él siga ardiendo una chispa de vida. Primero ha de morir para que luego él pueda embalsamarlo.

Caminaron en silencio el uno al lado del otro.

—Si no querías ser poeta —dijo Lydia—, entonces, ¿qué habrías preferido ser?

—No me atrevo a hablar de ello —respondió Arvid—. Te reirías de mí.

—Oh, no —dijo ella—, no creo que debas tener miedo a eso. Dime: ¿qué habrías preferido ser?

—No es tan fácil de expresar con palabras —dijo él—. Creo que quería ser algo que probablemente no exista. Quería ser «el alma del mundo». Quería ser aquel que lo supiera y entendiera todo.

Iba oscureciendo cada vez más. En la ciudad, las farolas empezaban a encenderse.

Y pasaron los años.

Abdul Hamid fue derrocado en Constantinopla más o menos al mismo tiempo que, en la Folkets hus de Estocolmo, el diablo corría un destino similar en un encuentro en que se fraguó un cálido consenso entre parte del clero. El cuñado de Arvid de mayor edad, Harald Randel, era uno de ellos. El pastor Randel creía en Dios de tal manera que lo consideraba una representación folclórica bella y elevada, de la que las personas, incluido él mismo, todavía podían obtener gran fuerza y consuelo. El diablo, por el contrario, se le antojaba irremediabilmente obsoleto. Pero

tales cosas no las predicaba desde el púlpito; era uno de los pastores más jóvenes y librepensadores que seguían el consejo del profesor Vitalis Norström: «Solo con cambiar *el tono* se puede lograr que lo vetusto, que lleva tiempo en peligro de muerte, se marchite por completo»... Y el sah de Persia abdicó, y el zar y la zarina de Rusia visitaron a Gustavo V en Estocolmo, y un joven socialista que malogró la oportunidad de dispararles, movido por la ira, descargó en su lugar contra un general sueco... ¡Y la gente empezó a volar! ¡Blériot sobrevoló el canal de la Mancha!

Y en febrero del año siguiente vino un temible cometa de larga cola —Arvid y Lydia pasaron una noche en la colina del Observatorio mirándolo— y, más avanzado el año, Portugal depuso a su joven y encantador rey y pasó a ser una república, y de Marruecos se levantó una gran nube negra, y las grandes potencias se enseñaron los dientes y se gruñeron, ¡pero ninguna se atrevió a morder primero!

*

Arvid Stjärnblom llevaba los dos o tres últimos años trabajando, en sus horas libres, en una monografía sobre Chopin. En otoño de 1910 la terminó al fin y se publicó, acompañada de ricas y bellas ilustraciones. Obtuvo el reconocimiento del público musical y llegó incluso a imprimirse una segunda edición.

—¿Qué quieres que escriba como dedicatoria? —le preguntó a Lydia cuando fue a llevarle el libro.

—Escribe lo que quieras —dijo—. Pero a lápiz, para que pueda borrarlo si viene Ester y lo quiere tomar prestado.

Entonces escribió:

*De tal manera destroza Lydia a Chopén
que se merece mucho más que desdén.*

Podía escribir eso, porque eran tan buenos amigos que Lydia soportaba hasta una ligera broma —algo muy inusitado entre las mujeres— y porque en realidad tocaba muy bien.

Esa misma tarde fueron a la Ópera. Fueron a ver *Carmen*, interpretada por la señora Claussen. El amor que ambos profesaban por esa ópera rozaba el fanatismo.

No se sentaron el uno al lado del otro, claro; la butaca de ella estaba un poco por delante de la de él. Y no hablaron el uno con el otro en el teatro.

Después de la función se vio obligado a ir hasta el periódico. Pero la acompañó primero hasta su puerta. Se quedaron de pie, como tantas otras veces antes, a la sombra del viejo campanario. Arreciaba el viento aquella noche de otoño. La luna, pálida y enfermiza, atravesaba presurosa los jirones de nubes. El viento ululaba entre las dispersas copas de los árboles.

Estaban en silencio.

—Llegados a este punto —dijo Arvid— cuelgan al pobre don José.

—¿Lo *colgaron*? —preguntó ella.

—Sí, en la novela corta de Mérimée sí...

Lydia se quedó pensativa.

—¿Tú eres capaz de entender —dijo ella— que un hombre pueda matar a una mujer porque ella ya no lo quiera?

Él respondió:

—Ella le ha roto en pedazos toda su pobre vida. Lo había convertido en desertor y bandido. Y, además, un detalle muy sutil es que hasta el comienzo de la última escena a él no se le pasa en absoluto por la cabeza matarla; no es por eso por lo que ha venido. Pero ella lo conduce a hacerlo; se mofa de él y lo provoca hasta el extremo. Le restriega por la cara el amor que siente hacia otro. Como si fuera un látigo le azota con él en los ojos. ¡Y entonces cómo no va a ponerse rojo de ira! Y él es un hombre sencillo del pueblo, no es ningún «poeta». De haberlo sido, Carmen se habría ahorrado que él la matara a puñaladas, y él mismo se habría librado de que lo colgaran. Los poetas disponen de otros recursos. Otras válvulas y vías de escape.

Y añadió con una sonrisa:

—Un joven poeta —rebotante de talento, dicho sea de paso— y una joven actriz llevaban prometidos un tiempo, pero disolvieron su compromiso el otro día. ¡El poeta no tardó nada en anunciar la ruptura, sus razones y el contexto interno con un poema en el *Nationalbladet*!

Lydia sonrió:

—Sí, lo leí...

Arvid la acompañó hasta su puerta, y se despidieron con un suave beso.

*

Arvid se quedó algunos minutos en el cementerio para ver cómo se encendían las velas junto a las ventanas. Y se encendieron, pero al instante se volvieron a apagar cuando Lydia bajó los estores.

Por fin se había procurado unos estores.

«En estos tiempos —pensó Arvid— en que la gente ha empezado a volar, realmente se necesitan estores hasta en un quinto piso junto al cementerio de la Johannes kyrka...».

**

Ese año, Lydia pasó la Navidad como invitada en su antiguo hogar, por primera vez después del divorcio. En una carta escribía:

Aquí todo sigue igual. Como antaño, los camachuelos se apoyan en las ramas de los árboles, blancas de escarcha, junto a mi vieja ventana. Como antaño, toco un poco el piano para Markus después de la cena, en el salón en penumbra. Y mi pequeña ha crecido y seguro que será un encanto. Y Markus es amable y bueno conmigo, pero no habla mucho. Ha envejecido mucho en los últimos años.

Y pasó el invierno y de nuevo llegó una primavera, y a comienzos de verano Arvid se permitió el pequeño lujo de emprender, junto a Lydia, un breve viaje de placer a Copenhague y Lübeck. Se subieron al carrusel del Tivoli en Copenhague. Se sentaron en la cubierta del vapor que una clara noche de verano los llevó hasta Lübeck. Por la mañana sonrieron ante el pequeño y gracioso distrito de Travemünde, y de cuando en cuando veían a una cigüeña, apoyada sobre una pata, filosofando en alguno de los bancos de arena del Trave. Paseaban al atardecer por las viejas e intrincadas callejuelas de Lübeck, y bebían vino renano bajo viejas cavas del siglo XIV, y pasaban por delante de los dos pináculos verdeazulados y escorados de la vieja catedral, casi un poco asustados de que se les fueran a caer en la cabeza, ¡semejante era la inclinación! Y se besaban en el alféizar de la ventana de la misma sala del ayuntamiento en que una vez, casi cuatrocientos años atrás, el joven Gustav Eriksson había hablado bajo alemán como mejor sabía con los concejales de Lübeck y se había salido también con la suya...

En otoño de 1911 Arvid Stjärnblom volvió a publicar un libro. *Estados y pueblos* llevó por título. Vio la luz en un momento favorable. Trataba sobre la postura de la nación sueca en materia de política exterior, y de sus posibilidades y recursos para un futuro próximo. En ese libro figuraban ideas que históricamente se remontaban a sus años de estudiante de bachillerato en Karlstad y que pese a ello seguían vigentes. Y también aparecían otros pensamientos más tardíos. Pero resultó que, justo por entonces, de la nación sueca se había apoderado una visión de futuro teñida de preocupación. Y en el transcurso de unas semanas el libro llegó a su tercera edición.

Ese año sus proyectos venían acompañados, por lo general, de éxito, lo cual le despertaba sorpresa y una pizca de preocupación. A veces se preguntaba: «¿Me convierte en un impostor el hecho de que todo me salga tan bien?».

De pronto se había hecho un «nombre». No se había convertido en un gran nombre; pero sí en una pluma cuya inteligencia se tenía en cuenta.

Y en un par de semanas armó una revista de Año Nuevo y consiguió que el mayor director de teatro de la ciudad y del país se la aceptara, y el día de Año Nuevo se representó en el Gustavsteatern. El éxito fue tal que entusiasmó incluso a la crítica. Por supuesto a Arvid no se le ocurrió atribuirse una porción esencial del éxito; le correspondía definitivamente a Ture Törne, el joven y extraordinario farsante y cupletista, cuyo humor irresistiblemente contagioso y su bella voz habían logrado sin duda la mayor parte. Viejos asiduos del teatro de los años ochenta lo comparaban con Sigge Wulff y hasta lo consideraban superior a él. Pero también se le reconocía cierta originalidad a la obra, lo cual tal vez obedeciera principalmente a que su autor, a diferencia de la competencia, no había realizado ningún viaje de estudios a Berlín. En cambio, sí había tomado un par de ideas prestadas del Emil Norlander de Atenas: Aristófanes. Pero de eso nadie se percató.

*

También ese año Lydia había pasado la Navidad en su antiguo hogar. Pero esa vez su estancia

allí había sido breve, y ya por Año Nuevo estaba de vuelta en Estocolmo para poder compartir con Arvid la emoción del estreno y la felicidad por el éxito. Estaban sentados en el proscenio, tras una rejilla. Dagmar se encontraba en el patio de butacas con sus hermanos Hugo y Harald y sus respectivas esposas.

Y Harald Randel, el pastor, lo felicitó un par de días después, cuando por casualidad se encontraron en Jakobs torg, por haber escrito una revista de Año Nuevo carente de faltas de decoro de mal gusto. Arvid Stjärnblom tuvo que extraer de ello la conclusión de que las faltas de decoro que había en su revista eran del gusto del pastor.

Algo más avanzado el mes de enero, cuando había quedado patente que el éxito cosechado era grande y que cabía confiar en él, Arvid Stjärnblom ofreció un pequeño banquete en el entresuelo del Operakällaren para Ture Törne y otros cinco o seis comediantes y damas que también participaban en la revista. Ture Törne cantó piezas de Bellman —acompañado de Arvid al piano— y de Emil Sjögren y todo lo habido y por haber, y estaba arrollador. Y se llevó a Arvid a un lugar apartado y le dijo:

—¡Vaya infierno de vida que llevo! ¡Que le den a mi profesión! ¡Detesto actuar! ¡No quiero ser comediante! ¡Quiero *escribir* teatro, quiero ser poeta! ¡Y lo voy a ser! ¡Ya lo verás..., ya lo verás!

Ture Törne tenía veinticuatro años.

Arvid Stjärnblom había cumplido treinta y siete hacía más o menos un mes. Y respondió:

—Querido amigo, parece pesar sobre ti la maldición común de la juventud, que Henrik Rissler ha descrito, por cierto, en uno de sus libros: el no atreverse a mostrar el verdadero rostro mientras se es joven. Tener que esconderse tras una fachada. Además, eres un cantante y comediante tocado por la gracia de Dios. Pero prefieres ser poeta. ¿De veras crees seriamente que sería mucho más bonito?

Una noche, a finales de febrero, Arvid Stjärnblom llegó tarde a casa de su turno de noche en el periódico. Para su sorpresa, se encontró a Dagmar aún levantada y totalmente vestida. Caminaba de un lado a otro por el salón y no respondía a su saludo.

—¿Qué pasa? —preguntó Arvid—. ¿Te sientes enferma?

—Ahí tienes una carta —respondió señalando la mesa.

Era una tarjeta-carta cerrada. Al instante vio que era de Lydia. Rasgó el borde y leyó la única y breve línea:

Mañana no puedo. -Lydia.

Se quedó con la hojita en la mano, sorprendido y algo vacilante. Entre él y Lydia existía un acuerdo, que hasta la fecha ella siempre había mantenido, de que no le enviaría jamás una carta a

casa que pudiera llegar a ninguna hora de la tarde o de la noche, cuando por regla general él no estaba en casa.

—¿Entonces? —dijo Dagmar—. ¿Quién es Lydia? ¿Y qué es lo que no puede hacer mañana?

—¿O sea, que la has leído?

—Sí. Tampoco era tan difícil. La acerqué a la luz de una llama. ¡Me pregunto qué esposa no habría hecho lo mismo en mi lugar!

Manténía la cabeza alta y los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud trágica. En su temprana juventud había sido una enamorada del teatro y había tomado clases de una famosa actriz de tragedias.

Permanecieron largo rato callados. El tictac del reloj del salón era el único ruido que se oía.

—Pues sí —dijo él finalmente—, entonces ya sabes cómo son las cosas.

—Y quizás te creas —dijo con una sonrisa que pretendía transmitir burla y desprecio— que voy a aceptar que tengas una amante.

—No, mi pequeña Dagmar —dijo—, ni por un instante he pensado ni deseado que lo aceptes, ahora que lo sabes. En mi fuero interno deseo lo contrario, que no quieras aceptarlo, sino que me pidas el divorcio lo antes posible. Haré todo lo que pueda para facilitártelo.

Su sonrisa burlona palideció y desapareció antes de que lograra expresarse.

—¿Divorcio? ¿Qué quieres decir? Yo no he hablado de divorcio...

—Mi pequeña Dagmar —dijo él—. Seguramente no hayas entendido bien aún cómo son las cosas. Me gusta otra...

Ella no lo escuchaba.

—El divorcio —dijo—, ¿por qué iba a pedir yo el divorcio? Me has sido infiel, y eso ya es lo suficientemente feo por tu parte. Pero tampoco es algo que no se pueda perdonar. Los hombres sois como sois.

—Me temo que quizás en este caso no se pueda perdonar —dijo él—. El perdón da por sentado que uno se arrepiente y se dispone a mejorar. Y yo no puedo prometer ni una cosa ni la otra.

Ella lo miraba confusa, vacilante. De repente se vino abajo. Se tiró al sofá y hundió la cabeza en un cojín, sollozante. Ya no mantenía una pose ni estaba haciendo teatro. No era más que una pobre mujer martirizada y afligida, y él, un hombre martirizado porque ella estuviera afligida.

Arvid se sentó al borde del sofá y le acarició el pelo.

—No llores así —dijo—, mi pequeña Dagmar, ¡no llores así! No me merezco tanto llanto. No puedo pedirte perdón tal y como tú lo entiendes. Pero sí te pido perdón por haberte hecho daño. Quizás ambos tengamos algo que perdonarnos el uno al otro antes de separarnos.

Dagmar se irguió.

—¿Qué quieres decir? ¿Has oído algo sobre mí?

—No, en absoluto. Pienso en aquello de «prometidos en secreto». Sabías muy bien que yo, por nada en el mundo, quería casarme. Me enredaste en contra de mi voluntad. Y un matrimonio que comienza de ese modo por fuerza ha de ser algo quebradizo. Y ahora nos encontramos ante el

final. Y nos perdonaremos nuestros pecados y después nos separaremos amistosamente.

Dagmar miraba al fondo de la habitación, aterrorizada.

—¿Cómo puedes decir cosas tan horribles? —dijo ella—. Separarnos, ¿por qué íbamos a separarnos? ¿Por qué las cosas no van a poder ser como antes? ¿Y quién es en realidad esa tal Lydia?

—¿Cómo iban a poder ser como antes? Desde el momento en que sabes cómo son las cosas, ya no *son* como antes. Tú misma dijiste que no podías aceptar que tuviera una «amante». ¿Cómo iban a poder, entonces, ser las cosas como antes?

Dagmar lloraba y sollozaba y lloraba.

—Ay, Dios mío —suspiró entre sollozos—, ¿por qué tuve que acercar esa maldita carta a la luz? ¡De no haberlo hecho, todo sería como antes!

—Mi pequeña Dagmar —dijo Arvid—, no te laments por ello. Esto no se podría haber perpetuado por toda la eternidad. Todo ha de encontrar un final. Nos hemos engañado el uno al otro, y ahora ya no podemos seguir viviendo juntos. Es muy tarde, son casi las cuatro, y los dos estamos cansados y destrozados. Démonos las buenas noches e intentemos dormir tan bien como podamos. Mañana será otro día. ¡Buenas noches!

Arvid quería retirarse a su habitación. Pero ella se asió fuertemente a él.

—Dime solo una cosa primero, ¿quién es esa tal Lydia?

—Mi pequeña Dagmar —dijo él—, ¿cómo puedes pensar que te voy a responder a eso?

—Oh —dijo ella—, ¿acaso crees que no sé quién es? Está claro que es una de esas fulanas del teatro que actúa en tu revista de Año Nuevo. ¡Es la señora Carnell!

Resultaba que la señora Carnell, que interpretaba un pequeño papel secundario en su revista, se llamaba Lydia. Poco le faltaba para cumplir los cincuenta y no era ninguna preciosidad, ni siquiera para su edad.

Arvid prorrumpió sin querer en una carcajada.

Pero Dagmar se mantuvo en sus trece.

—¡Crearás que no oigo lo afectada que suena tu risa! —dijo—. Pero yo sé que es ella. ¡Y puedes decirle de mi parte que se ande con cuidado!

Arvid se imaginó de pronto un amplio futuro de molestias y acosos para la señora Carnell, que al menos en ese caso era completamente inocente. Y dijo:

—Mi pequeña Dagmar, de nada sirve que intentes adivinarlo. «Lydia» es solo el nombre con que firma al escribirme a mí, en realidad se llama de otra manera.

Dagmar no se dejó engañar por esa improvisación.

—No soy tan tonta como crees —dijo—. Y sé que es ella.

Dagmar se aferraba a esa idea fija porque satisfacía su deseo inconsciente de imaginarse a «Lydia» como una persona muy inferior a sí misma en todos los aspectos: social, moral y físico.

Arvid dijo:

—Son las tantas. ¿No podemos darnos las buenas noches y continuar con el debate mañana?

—¡No voy a impedirte que duermas —dijo ella—, si es que *puedes* dormir! ¡Buenas noches!
Y Dagmar se retiró a su cuarto.

*

Arvid entró en su habitación y se desvistió despacio, mientras escuchaba cada ruido proveniente del apartamento y de la calle. Oyó a su esposa ir a la entrada y a la cocina. Oyó el grifo abrirse y cerrarse. Oyó el chirrido de un carruaje nocturno en la calle.

No albergaba esperanza alguna de pegar ojo esa noche.

Llevaba un cuarto de hora, quizás media, tumbado y despierto cuando oyó que arañaban despacio la puerta.

Escuchó en silencio. La puerta estaba cerrada con llave.

Arañaron de nuevo la puerta. Y mientras él no decía nada, se oyó la voz de Dagmar, débil y suplicante:

—Oh, Arvid, ¡mi pequeño Arvid! ¡Ábreme! No puedo dormir. Tengo tanto miedo...

Arvid se mantuvo en silencio.

—Mi pequeño Arvid, ¡no hagas caso si te dije alguna tontería! ¡Perdóname! ¡Tengo tanto miedo a estar sola! ¡Déjame entrar!

Arvid contuvo la respiración y se mantuvo en silencio.

—Oh, Arvid, ¡no sé lo que estoy haciendo! ¡Voy a acabar con las niñas y conmigo! ¡Voy a prender fuego a la casa!

Tuvo que dejarla entrar.

**

Después de esa noche ya no volvió a dormir en casa.

Normalmente pasaba la noche en un sofá que había en su despacho en el periódico. A veces se buscaba una habitación de hotel para poder descansar en condiciones.

Por conducto de una carta, Arvid le había comunicado a Lydia lo ocurrido y cuál era ahora su situación. Y ella le había respondido. Le entristecía que aquella pobre línea de nada que le había enviado le hubiera causado tanto desasosiego. Y no podía entenderlo.

Por lo poco que me habías contado sobre tu esposa tenía la impresión de que era una mujer tan incapaz como yo de mirar una carta dirigida a otro.

(...)

Tengo a mi pequeña de visita; se va a quedar aquí un par de semanas. Durante ese tiempo no podemos ni pensar en vernos. Y, querido, tampoco sé cómo va a poder ser después. Cuanto más crece mi pequeña, más siento cuánto he de cuidar de mi reputación por su bien. Démosle tiempo, dejemos que pase el tiempo...

Y Arvid dejó que pasara el tiempo, y pasó.

Dagmar parecía haberse tranquilizado tras el arrebató inicial. O, mejor dicho, había cambiado de táctica. Iba por ahí dócil, tranquila, resignada, la viva imagen de la esposa abnegada. Y cuando de esa manera hubo logrado arrancar a Arvid la promesa de intentar pasar una noche en casa, esa noche lo dejó en paz. Pero ya a la siguiente, cuando él llegó tarde a casa del periódico, recreó todo el programa de la primera noche del horror con algunas variaciones. Aquello terminó cuando Arvid, a las cuatro de la mañana, se vistió y salió a deambular por las calles, hasta que a las cinco encontró abierta una cafetería frecuentada por los cocheros y el proletariado. Allí se quedó dormido en una esquina junto a una botella de cerveza.

**

A mediados de abril de ese año se produjo un eclipse solar. En ese mismo momento los diarios se llenaban de telegramas y descripciones del hundimiento del *Titanic*.

Arvid estaba en el puente de Djurgårdsbron contemplando el sol a través de un vidrio coloreado. Pero sus ojos pronto se cansaron, y le entretenía más ver cómo las sombras de los viandantes parecían borrarse y palidecer cada vez más, y cómo la luz del sol se iba tornando gris ceniza a medida que avanzaba el eclipse.

—¡Pero, Stjärnblom! ¿Estás aquí maravillándote con este fenómeno de la naturaleza?

Era Ture Törne, el joven actor y cantante al que debía agradecer el gran éxito que había cosechado su revista de Año Nuevo. Seguía abarrotando la sala cada tarde, aún a mediados de abril.

—Sí...

—¿Recuerdas —dijo Törne—, recuerdas la última vez que nos vimos, en la fiestecilla que organizaste en el entresuelo de la Ópera; recuerdas que te prometí que me haría poeta?

—No... Ah, sí, ahora me acuerdo... ¿Cómo te va con eso?

—He escrito una obrita de teatro —respondió Törne—. Bueno, mejor dicho, puede que no me atreva aún a llamarla más que un borrador. ¿Podría leértelo alguno de estos días?

—Claro, encantado. Pero ¿dónde podría ser? Estos días me es algo complicado recibirte en casa; por la limpieza de primavera y todo eso... ¿Y si te vienes al periódico alguna de estas tardes y me la lees?

—Sí, eso me viene bien. Pero, lo dicho, aún no está del todo terminada.

—Bueno, tampoco urge...

Ture Törne miraba a la gente que pasaba por allí. Stjärnblom intercambió de pasada un saludo con Henrik Rissler. Rissler se detuvo no muy lejos de ellos y se puso a mirar el sol a través de un vidrio coloreado.

—Preséntamelo —le pidió Törne.

Y hecha la presentación dijo:

—Señor Rissler, como quizás sepa, soy bufón y comediante. Pero me he resuelto a avanzar de

escalafón, y acabo de escribir una obrita de teatro. ¿Tendría usted a bien que se la leyera? Se la leeré al amigo Stjärnblom en una semana, más o menos, en la redacción del *Nationalbladet*. Si usted quisiera venir, sería para mí un gran honor. Su juicio adquiere para mí un peso especial.

—Desde luego —respondió Rissler—. Pero si lo hace por cortesía, entonces me niego. Cuanto más genial es un escritor, menor es su capacidad de juzgar lo que escriben los demás. Toda experiencia lo demuestra. Por eso no puedo sentirme precisamente halagado por que usted valore en tan gran medida mi juicio...

*

El eclipse solar ya había alcanzado su apogeo. Entre las muchas personas que por allí pasaron estaban Lydia y la señorita Ester. Pero Lydia no vio a Arvid.

**

Por entonces Arvid casi siempre comía fuera.

Uno de los primeros días de mayo estaba sentado en una mesa del Anglais, junto a la ventana, mirando Stureplan. Acababa de cenar y estaba tomando su café y su puro.

Había adoptado una determinación. Escribiría a Lydia y le pediría que se fuera de viaje con él. Y ya dijera ella que sí o que no, él partiría en cualquier caso. Tratar de convencer a Dagmar del divorcio era perder el tiempo. Desde que sabía que Arvid amaba a otra, se había apoderado de ella una pasión mezclada con odio hacia el hombre al que durante tanto tiempo había considerado de su legítima e incuestionable propiedad... no le quedaba ninguna otra salida más que emprender camino.

Se le vino a la memoria una frasecilla que una vez Lydia le había escrito en una carta: «Tú y yo estamos hechos el uno para el otro».

Sí. Así era. Así tenía que ser.

Había cenado tarde; eran las ocho y media. Una linda nube rosada navegaba por encima del cielo claro, ligeramente grisáceo, de aquel atardecer de mayo.

*

Fue a la redacción.

Uno de los muchachos de portería lo avisó de que el señor Ture Törne había llamado y preguntado por él.

Ture Törne... Sí, claro, debía de ser por esa obrita de teatro que había escrito. No había quien le quitara de la cabeza lo de ser poeta.

Tomó un fajo de telegramas y los ojeó distraído.

—¿Cómo está Strindberg? —preguntó a uno de sus colaboradores más jóvenes, que vino a tomar prestado un periódico francés.

—Seguro que en las últimas...

Sonó el teléfono. Era Törne. Preguntaba si podía pasarse por allí entonces a leer su obra.

—Adelante —respondió Stjärnblom.

Un rato después apareció Henrik Rissler por la puerta:

—¿Está aquí el señor Ture Törne? —preguntó—. Me llamó esta mañana y no se quedó tranquilo hasta que logró que le prometiera que vendría a escuchar su obra.

—Ahora viene. Siéntate mientras.

Rissler tomó asiento.

—Espero que la obrita sea mala —dijo—. Ya tenemos bastante competencia. Pero quiero recordar que aquí, en el piso de abajo, hay una pequeña taberna. ¿Me permites quizás que mande a uno de los muchachos de la portería a por un poco de güisqui y soda?

—Por favor...

Subieron el güisqui, y justo después llegó Törne.

—Siéntate aquí, en mi silla —dijo Stjärnblom—, es donde mejor se ve.

Törne se sentó y extendió sus papeles por la mesa bajo la lámpara verde. Arvid se sentó en una esquina del sofá, y Rissler ya estaba en la otra.

—Por su propio interés, señor Törne —dijo Rissler—, sugiero que tomemos un grog antes de que usted comience. Así la crítica «se anima en un momento».

Brindaron. Y Törne inició la lectura.

Era un borrador más que una obra de teatro conclusa. Pero aquí y allá Törne completaba lo ya escrito con algunos datos sobre las escenas que aún faltaban por escribir.

Arvid escuchaba al principio medio distraído. Pero poco a poco se fue apoderando de él un sentimiento extraño. Algo lo oprimía de manera asfixiante. Una angustia punzante. De la trama y las escenas solo obtuvo una impresión vaga y confusa. Era otra cosa la que lo inquietaba. Y se preguntó a sí mismo: «¿Estoy soñando o estoy despierto?». Y se frotó los ojos con la mano —estaba helada— mientras Törne seguía leyendo, escena tras escena.

La pieza trataba de una mujer joven —Laura von Stiler se llamaba—, casada con un hombre mayor, un historiador y filósofo de gran renombre y muy rico. Este poseía un castillo en Västmanland, y allí se desarrollaba el primer acto. Pero ella no lo ama. Ama a un joven oficial, que sin embargo abandona su sangrienta profesión y siente que su verdadera vocación es ser poeta... Aparece también el padre de la joven. Es un pintor reconocido mundialmente, cuyos cuadros cubren una pared entera en Luxemburgo... Suya es la voz de la conciencia en la obra.

—Pensé —se interrumpió a sí mismo Törne— que podría intentar que Fredriksson interpretara el papel.

—Seguro que lo hará encantado —dijo Henrik Rissler.

Y Törne prosiguió con la lectura.

Arvid estaba encogido en una esquina del sofá. De cuando en cuando discernía algún detalle que se le antojaba familiar, una réplica que creía reconocer... «LAURA (*dirigiéndose al hombre*):

¿Quieres saber la verdad? – EL HOMBRE (*con altivez*): Me da igual saberla. La verdad es dañina. Las ilusiones y fantasías han sido el motor de todo lo grande en este mundo»... Y en una escena entre Laura y el joven al que ama: «Ahora lo sé, Arthur; ahora que quizás sea demasiado tarde: ¡tú y yo estamos hechos el uno para el otro!»... Entendió también que Laura tenía dos hermanos; uno era juez de la corte de apelación y representaba la moral burguesa y estrecha de miras; y el otro regresa de América en el último acto con una gran fortuna y resuelve el conflicto...

*

Törne había terminado de leer. Se hizo un breve silencio.

Henrik Rissler lo rompió.

—Sí, señor Törne —dijo—, la verdad es que me parece que tiene usted talento. Pero ¿qué puede decir uno en realidad de una obra de teatro que no está terminada? Esto que nos acaba de leer usted es solo un borrador.

—Desde luego —dijo Törne—, eso mismo dije yo también desde el principio; pero ¿qué piensa usted del conflicto en sí?

—Pues... Un conflicto que se puede resolver con dinero... Lo cierto es que de esos hay más que de sobra en la vida. Pero no es tan fácil dotarlos de interés en escena. Y si me atreviera a formular otra observación sería que su señora Laura parece ligeramente irreal, ligeramente fabricada... No se la acaba uno de creer. Pero, en cualquier caso, yo ahora tengo que irme, que voy a salir. ¡Gracias por la lectura y adiós!

Rissler se marchó.

Ture Törne midió el suelo a zancadas.

—Idiota —murmuró entre dientes—. ¡Irreal! ¡«Fabricada»! ¡Fabricado estará él! ¡Si la verdad es que la creé directamente a partir de un modelo viviente! Pero eso que quede entre nosotros —prosiguió entornado hacia Stjärnblom—. Y no me preguntes cómo se llama. ¡No se delata a una dama!

—No —dijo Stjärnblom—, eso no se hace. Y tampoco había pensado preguntar cómo se llamaba.

Törne añadió, medio distraído:

—Desde hace medio año mantengo una relación con ella. Ahora prácticamente hemos terminado. Pero quizás hagamos un pequeño viaje por Noruega en verano.

Arvid Stjärnblom estaba sentado, tapándose los ojos con la mano, era como si la luz le molestara.

—Así que —dijo— ya prácticamente habéis terminado...

—Sí, ¿sabes qué, amigo? —dijo Ture Törne—, ¡hay que andarse con cuidado para no acabar cautivo! ¡Uno tendrá, por lo menos, que vivir un poco primero! Y, además, en realidad tiene unos cinco o seis años más que en la obra... Pero ¿tú cómo estás, que tienes mal aspecto? ¡Anímate, viejo! ¡Salud!

—Sí —respondió Stjärnblom—, la verdad es que no me siento del todo bien. Pero pronto se me

pasa.

—Sí, buenas noches, pues...

*

... «Uno tendrá, por lo menos, que vivir un poco primero»... «Hay que andarse con cuidado para no acabar cautivo»....

En su mente afloró un recuerdo, un recuerdo de una sombra, un recuerdo fantasmal. Se vio a sí mismo. A sí mismo con su boina de graduación... una noche de verano, en un barco; una vez hace tiempo, mucho tiempo...

A la mañana siguiente, en torno a las diez, llamó a la puerta de Lydia. Ella abrió y lo dejó entrar.

—Menuda cara traes —dijo ella—. ¿Cómo estás? ¿Te ha pasado algo?

Venía sin afeitar, pálido. Había estado deambulando por las calles la mayor parte de la noche.

—Bueno —dijo él—. En cierto modo.

Lydia le pidió que se sentara.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué es lo que ha pasado?

Él estuvo largo rato con la cabeza entre las manos y en silencio.

—Pero ¿qué pasa, Arvid? ¿No puedes hablar?

—Lo voy a intentar —dijo él—. Por casualidad me he enterado de que piensas hacer un pequeño viaje a Noruega este verano.

Lydia se quedó de piedra. La pilló tan desprevenida que ni siquiera se le ocurrió negarlo.

—¿A quién se lo has oído? —preguntó ella.

—¿Puedo habérselo oído a más de uno?

Lydia se quedó callada y desconcertada. Finalmente dijo:

—Oh, Arvid, ¡sácate eso de dentro de una vez! ¡Cuéntame qué es lo que ha pasado!

Se lo contó. Y al llegar al final añadió:

—No quiero afirmar que te reconociera *a ti* en su Laura. No hay dos personas que vean a una tercera exactamente con los mismos ojos. Pero sí reconocí todo el marco externo relativo a ti y tu vida.

Lydia iba de un lado a otro con las manos en la espalda y cabizbaja. Sus largas pestañas le ensombrecían la mirada.

—¿De veras dijo que «mantenía una relación» conmigo desde hacía medio año?

—No mencionó tu nombre. Es un joven discreto.

—Conozco en realidad al señor Ture Törne —dijo ella—. Y no sé por qué no te lo he contado antes. Pero no he mantenido «una relación» con él.

Arvid trató de esbozar una sonrisilla.

—En ese caso —dijo—, Ture Törne debería llegar a ser un poeta de categoría con el tiempo, si

es que persevera...

Lydia lo acercó hacia sí y lo miró fijamente a los ojos.

—Arvid —dijo—, ¿no me crees?

Arvid rehuyó su mirada, como si tuviera la impresión de que así la salvaría de un juramento en vano...

—Sí, sí —dijo él—, por supuesto que te creo...

Le parecía que la situación exigía que él la creyera. De lo contrario, se habría vuelto *demasiado* bochornosa.

—Si te digo toda la verdad, en realidad nos hemos besado alguna vez. Eso es todo. Y de ahí él se ha montado toda una obra de teatro.

—Sí —dijo Arvid—, como te decía hace un momento: ¡con el tiempo será un poeta de categoría!

—Oh —dijo ella al tiempo que encogía los hombros—, ¡dejemos de preocuparnos por Ture Törne! No se le puede tomar en serio; ni siquiera puede uno enfadarse con él. Pero, Arvid, se te ve tan cansado y destrozado... Túmbate aquí en el sofá y descansa. Si quieres, puedo tocar un poco para ti.

Arvid yacía con los ojos entrecerrados. Lydia tocaba el *adagio* de la *Pathétique*.

Arvid cogió mecánicamente un libro que estaba abierto sobre la mesa. Era *La gran carretera comarcal* de Strindberg, y estaba abierto por ese pasaje en que el poeta permitía que unas gafas empañadas de gotas sirvieran como muestra de un hombre «que había llorado mucho, pero en secreto».

Lydia había terminado de tocar. Se acercó hasta él y le pasó su fría mano por la frente.

—Estás ardiendo —dijo.

—¿Estabas leyendo esto cuando llegué? —preguntó él.

—Sí. Vi en el periódico que está agonizando. Y entonces bajé este libro de la estantería. Me gusta tanto ese fragmento...

—Sí, es bonito, además. Pero en realidad no se puede decir que Strindberg se caracterice especialmente por esto de llorar en secreto. Al contrario, se ha pasado toda su vida gritando y quejándose de manera inusitadamente ruidosa y pública. Y eso siempre alivia un poco. Alivia mucho, la verdad.

Arvid se levantó.

—Y ahora —dijo—, es hora de decir adiós.

—Arvid —dijo ella—. Tú mismo has entendido que las cosas entre nosotros ya no pueden ser como han sido hasta ahora. Pero si te sigo importando algo, y si no quieres perderme, entonces... Sí, puedes iniciar todo ese largo trámite del divorcio y las segundas nupcias y todo eso. Las cosas no pueden seguir como hasta ahora.

Arvid se quedó sin palabras. Era la primera vez en todos esos años que Lydia hablaba de casarse. Finalmente pudo responder.

—Mi pequeña Lydia. Me marcharé de viaje dentro de poco, y estaré mucho tiempo fuera. Y

ayer, cuando estaba sentado en el Anglais después de mi solitaria cena, estaba completamente decidido a pedirte que me acompañaras, ahora y siempre. Pero desde entonces se ha caído un pedacito de la luna. ¿Y de verdad crees que este preciso instante es el indicado para hablar de matrimonio; después de todo por lo que pasé anoche?

Lydia rehuía su mirada. Arvid permaneció largo rato callado.

—Bueno —dijo ella finalmente como para sí misma—, sí, entonces no tengo nada para lo que guardarme...

Arvid creyó recordar, como si de un sueño se tratara, que Lydia le había dicho esas mismas palabras otra vez antes, muchos años atrás...

—¿Cuándo te marchas? —preguntó ella.

—En una semana o así.

—En ese caso... Sí, en ese caso, adiós...

—Adiós.

Algunos días después, en la redacción, yacía sobre su escritorio una carta de Lydia.

Arvid. Olvida lo que te dije la última vez: aquello del divorcio y de casarnos. Estaba tan confusa después de lo que me habías contado que apenas sabía lo que decía.

Por mí, puedes quedarte con tu esposa. Yo ya he tomado mi decisión.

Lo amo, ¡jamás he amado así!

Lydia.

Arrugó la carta, salió de su despacho y la tiró por el retrete.

Desde una ventana abierta al otro lado de la calle se oía un gramófono. Sonaba «Más cerca, oh Dios, de ti».

Arvid Stjärnblom había conseguido finalmente unos días de reposo en casa... Había escrito a su cuñado, el pastor Randel —Harald Randel se ocupaba desde hacía un par de años de una comunidad a un par de millas suecas al norte de Estocolmo— y le había pedido que invitara a Dagmar y a las niñas a pasar con él algunos días. Recibió una respuesta positiva, y logró convencer a Dagmar para que fuera. Dedicó ese tiempo a preparar lo necesario antes de su viaje. Dejó el piso. Acordó con Doncker ser el corresponsal de viajes del periódico. Acordó con un jurista conocido suyo que se encargara de su divorcio, en caso de que se pudiera persuadir a Dagmar de tal cosa. Ni se le pasaba por la cabeza seguir conviviendo con ella; tras su ruptura con Lydia le resultaba aún más insoportable que antes. Y obtuvo un pasaporte del Departamento de Extranjería. Y preparó el equipaje. Además de su ropa y sus artículos de aseo, tan solo se llevó unos pocos libros.

Un haz del sol de la tarde caía sobre la librería, de la que de cuando en cuando iba sacando un

libro y se ponía a hojearlo. Queridos viejos conocidos y buenos amigos. Dios santo, el viejo Ernst Friedrich Richter... *Lehrbuch der Harmonie*, vigésima edición, Leipzig, 1894... Y largas hileras de Bellman y Lidner y Tegnér y Stagnelius y Strindberg... Y el último poemario de Olof Levini, que había tenido la gentileza de regalarle... Fue el año antes de que muriera... Y Henrik Rissler: *Una vida de juventud*. Lo hojeó un poco y se detuvo en un pasaje cercano al final: «(...) Y si en algún momento llega a mi vida un verdadero sol de primavera, me descompondré al instante, desacostumbrado a tal clima». «Oh, no, mi buen Rissler —pensó—, probablemente no. Tú eres de una raza más fuerte que esa».

Metió en la maleta a Bellman y a Heine y una vieja traducción al francés de Plutarco. *Buch der Lieder* lo guardó en su pequeña valija de mano. Hacía tanto que no lo leía... Quería leerlo durante el viaje. También se llevó la Biblia.

Partiría con el tren de la mañana al día siguiente. Se lo había comunicado a Lydia en una breve línea para que no le escribiera ya cartas a su vieja dirección.

*

Salió.

Y de nuevo otra vez, una última vez, sus pasos lo condujeron hasta el cementerio de la Johannes kyrka. Y de nuevo otra vez se detuvo ante la tumba de Georg Carl von Döbeln y descifró las tres palabras: «HONOR – DEBER – VOLUNTAD».

Y mientras miraba las tres orgullosas palabras con su desgastado recubrimiento dorado, se le vinieron a la mente tres versos de J. P. Jacobsen:

Glødende Nat!
- Viljer er Voks i din bløde Haand,
og Troskab Siv kun for din Aandes Pust...[17]

Y recordó la última carta de Lydia: «Jamás he amado así». «Jamás he amado así».

Palabras maravillosas, hechizantes, cuando en el momento indicado se susurran a aquel a quien van dirigidas. Palabras sucias, insolentes, cuando durante la despedida se escupen a aquel que se marcha.

**

Solo le faltaba despedirse de Markel. Markel ni siquiera sabía aún que se marchaba de viaje. Fue hasta el *Dagens Post*. En la esquina de Drottninggatan con Karduansmakaregatan intercambió un breve saludo de cabeza con Ture Törne.

Encontró a Markel en su despacho del *Dagens Post*.

—O sea, que te marchas de viaje —dijo Markel—, haces bien. La verdad es que demasiado pronto no es.

Sostenía un telegrama en la mano.

—Parece que ahora a los italianos les están metiendo cizaña en Trípoli. Vivimos en una época belicosa, hermano. «Solo guerras y lascivia a la moda están en nuestros días», dice Shakespeare. ¡Y sigue siendo válido! Sí, ¡adiós, muchacho! ¡Ya nos veremos cuando se vuelvan a cruzar nuestros caminos!

Fue a comprar el billete a la ventanilla. Cuando se lo entregaron y se giró, Lydia estaba allí. Con las prisas le pareció como si estuviera vestida para un viaje. Y durante una millonésima fracción de segundo le atravesó el cerebro la loca idea de que quería acompañarlo, ahora y siempre.

—Quería decirte adiós. Y quería darte un pequeño recuerdo mío.

Le alcanzó un paquetito.

—No es más que una cosita pequeña —dijo—. Una cosita pequeña que quizás te sea útil a veces. Y entonces, tal vez, pienses en mí.

—Gracias —dijo él—. ¡Adiós!

Y se guardó el diminuto paquetito en el bolsillo y salió hacia el andén y subió al expreso en dirección sur.

*

Y el tren rodaba y rodaba en dirección al sur.

Iba encogido en su esquina del compartimento. Al cruzar el pasillo del vagón, había alcanzado a verse por un instante en un espejo. Y pensó:

«Tengo treinta y siete años. Y parece como si tuviera cincuenta».

Y pensó también:

«Quiero, sin embargo, ver si existe un mundo *más grande*. Un mundo “más allá de Verona”. Creo recordar que una vez tuve la sensación de que sí... Pero quizás lleve demasiado tiempo encerrado en el monte de Venus como para apañármelas en este mundo. Tal vez ahora sea demasiado tarde.

»Vaya manía, además, más espantosa que tenía de elegir siempre a sus amantes de entre mis amigos y conocidos... Después de aquel horrible otoño de hacía cuatro años, en que ella me había escrito “mientras estabas de viaje me entregué a otro hombre”, confié ciegamente en su honestidad. ¿Pero era solo honestidad? ¿No era más bien un pequeño deseo cruel de ver cómo me lo tomaría? ¿Una curiosidad cruel por ver cuántos latigazos era capaz de soportar?».

Quería sacudirse todos esos pensamientos desagradables, que le parecía que llevaban cien años royéndolo y carcomiéndolo. Abrió su pequeño bolso de viaje y sacó el *Buch der Lieder*.

Lo abrió por una página al azar y leyó:

*In mein gar zu dunkles Leben
strahlte einst ein süßes Bild;
nun das süße Bild erblichen,*

bin ich gänzlich nachtumhüllt.

*Wenn die Kinder sind im Dunkeln,
wird beklommen ihr Gemüt,
und um ihre Angst zu bannen,
singen sie ein lautes Lied.*

*Ich, ein tolles Kind, ich singe
jetzo in der Dunkelheit;
klingt das Lied auch nicht ergötzlich,
hat's mich doch von Angst befreit.[18]*

«Sí —pensó—, los poetas tienen suerte. Siempre pueden encontrar consuelo para casi cualquier cosa. Ya esté su vida totalmente destrozada, quemada y abandonada, también entonces hallan consuelo. Están dotados de la capacidad de expresar el desconuelo de su desgracia, y justo ahí encontrar consuelo. Pero ¿a qué ha de atenerse un pobre pecador común?».

Entonces recordó de repente que Lydia le había dado un regalo antes de partir. Un pequeño recuerdo. ¿Qué podía ser?

Rescató el paquetito de su bolsillo y desató los cordones. Era una pequeña navaja con mango de nácar.

«Al menos no es supersticiosa», pensó.

Pues existe una vieja superstición popular, que él recordaba bien de su infancia, de que jamás se ha de regalar un cuchillo a alguien por quien se siente cariño o aprecio. Alimenta el odio y la enemistad.

Pero se guardó la pequeña navaja en el bolsillo del chaleco.

Y pensó:

«Quizás ahora vaya camino de encontrarse con él en un sendero de Djurgården. Brilla el sol. Y ella se detiene en una curva del camino y le dice, con la mirada semihundida bajo sus largas pestañas: “Hace un rato me encontré con aquel hombre al que amaba. Y no alcancé en absoluto a comprender cómo pude haberlo querido alguna vez”».

... Y el tren rodaba...

[17] ¡Noche ardiente! / Las voluntades son cera en tu suave mano / y la fidelidad solo junco para el soplo de tu aliento...
(Traducción de Francisco J. Uriz).

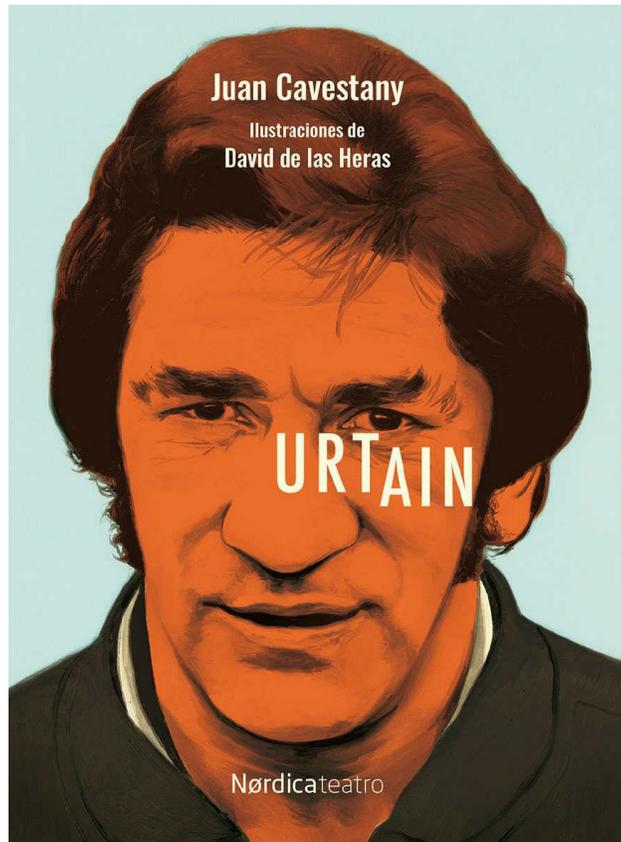
[18] En esta vida tan sombría / fulguró una dulce imagen; / ahora que ha palidecido, / me envuelven las tinieblas. / De los niños a oscuras / se apodera la congoja, / y ese miedo lo conjuran / con un canto en voz alta. / Yo, niño impetuoso, canto / ahora en la oscuridad; / mi canción no será alegre, / mas del miedo me ha librado.

BREVE NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

El juego serio es una obra rica en referencias musicales, pictóricas y literarias pertenecientes no solo a la cultura sueca, sino también a otras tradiciones. En ese sentido, y a fin de evitar excesivas notas al pie que entorpecieran la lectura del libro, quisiera aclarar de manera general que las traducciones del alemán, inglés y francés que figuran en la presente edición son mías. Por otra parte, es muy común que suecos, noruegos y daneses se comuniquen entre ellos en sus respectivos idiomas. El grado de inteligibilidad entre ellos quizás sea comparable al de gallegos y portugueses. Si, además, se tiene en cuenta el contexto histórico en el que Söderberg escribió *El juego serio*, no es en absoluto de extrañar que el autor haya intercalado fragmentos en noruego y en danés. A ese respecto, debo agradecer de corazón a mis admirados colegas Ana Flecha Marco y Francisco J. Uriz su generosa ayuda. Ana ha revisado mis traducciones provisionales del noruego y Paco ha traducido del danés los tres versos de J. P. Jacobsen. Si bien esto último queda indicado a pie de página, no por ello quisiera dejar de transmitirle mi agradecimiento, en la medida en que los tradujo expresamente para esta edición. En el caso de Ana, y para evitar numerosas notas a pie de página dispersas por el texto, sirva esta breve nota como reconocimiento y agradecimiento.

La traductora

Si te ha gustado
El juego serio
te queremos recomendar
Urtain
de *Juan Cavestany*



En la oscuridad, solo se oyen golpes sobre una puerta.

AITA: Urtain...

No hay respuesta. Solo silencio y oscuridad.

AITA: Aitu... Hi..., aitu...

Empieza a advertirse poco a poco un sonido que va en aumento. Será un zumbido, una nota sostenida cuya presencia es cada vez mayor por encima de los golpes en la puerta...

VOZ OFF: Urtain, abre la puerta.

OTRA VOZ OFF (*casi a la vez*): Abre la puerta, Urtain.

Las voces y los golpes se irán multiplicando a medida que va subiendo el sonido...

VOZ OFF: ¡Urtain, ¿qué haces?!

VOZ OFF: ¡Urtain, sé que estás ahí!

VOZ OFF: ¡José Manuel!

VOZ OFF: ¡Abre!

La urgencia de las voces aumenta a la vez que el zumbido... y también se enciende una luz que se proyecta totalmente cenital sobre la cabeza de una persona sentada en el centro del escenario...

Es URTAIN. No parece oír las voces, o si las oye, no reacciona a ellas.

VOZ OFF: ¿A lo mejor no está en casa?

OTRA VOZ OFF: Esta mañana le han visto salir y luego le han visto volver a entrar.

VOZ OFF: ¿Urtain?

VOZ OFF: Hay que llamar a un cerrajero.

Más golpes.

VOZ OFF: ¡Abre, Urtain!

VOZ OFF: ¡Abre o echamos la puerta abajo!

La luz ya ilumina completamente a URTAIN y el colchón electrónico de la música llena todo el ambiente. URTAIN se levanta de la silla lentamente, como en una ceremonia, ignorando las voces del otro lado de la puerta.

A lo lejos empieza a escucharse UNA GRAN OVACIÓN como de acontecimiento deportivo...

Aparece alguien más en el escenario-ring. Es una chica que camina sobre unas botas de tacón alto, lleva un cartón bajo el brazo y va en bikini. Se llamará simplemente BIKINI.

URTAİN la mira, preguntándose cómo ha podido entrar. Entonces él empieza a ascender por una escalera.

VOZ OFF: ¡Urtain!

Ahora otras voces se suman a las voces de los que están llamando a la puerta. Son voces de locutores de televisión y radio, ráfagas que se pisan, se cruzan entre sí sobre el ruido de la gran ovación...

Un hombre se aproxima, lleva un arco y una flecha con una punta de fuego...
... alentado todo ello por el entusiasmo de un público que es el verdadero protagonista...
... ambiente festivo sin precedentes en Barcelona, en toda España...

LALALALALALALA

VOZ OFF: ¡Abre la puerta!

... atención, el hombre tensa el arco y apunta hacia lo alto...
... un antes y un después en la historia de esta ciudad...
... y ahora dispara la flecha, señoras y señores, la cual surca el cielo trazando una parábola perfecta, atención...
... pero no solo de esta ciudad, sino también del deporte español, del olimpismo, de la sociedad española en su conjunto...
¡Sí! ¡La flecha asciende con majestuosa precisión hasta lo alto del pebetero, encendiendo su llama!

LALALALALALALA

VOZ OFF: ¡No hagas ninguna tontería, Urtain!

... sociedad democrática, plural y moderna que alcanza su mayoría de edad ante los ojos del mundo...

URTAİN prosigue su ascenso esforzado por la escalera bajo la atenta mirada de BIKINI.

... Cacho gana el oro en los mil quinientos metros...
... los mejores Juegos de la historia...
... López-Zubero gana el oro en los doscientos metros espalda...
... la imagen de España en el mundo...
... Miriam Blasco y Almudena Muñoz ganan el oro en judo...
... un reto...
... otras cuatro medallas de oro en vela; en total, trece medallas de oro, más siete de plata...
... una esperanza...

LALALALALALALA

VOZ OFF: ¡Urtain!

... la memoria colectiva...
... y dos de bronce; en total, veintidós medallas para España...
... el entusiasmo, la fe...
... colocan a España, sexta del mundo en el ranking final de los Juegos de este año...
... las generaciones futuras...
... el mejor resultado de nuestra historia...
... una fecha para la historia: 25 de julio de 1992...

La música, las voces, las ráfagas televisivas, todo ha llegado a un clímax casi insoportable, y de golpe...

TODO CESA RADICALMENTE.

BIKINI levanta el cartel que llevaba, en el que puede leerse:



ROUND 12

Entonces se hace la OSCURIDAD de golpe.

Cuando vuelve la luz, URTAIN está tendido en el suelo.

PRESENTADOR (*en off*): Cuatro días antes. A primera hora de la mañana, en el Barrio del Pilar de Madrid, un portero está barriendo la acera del portal cuando escucha un ruido a sus espaldas. Es un ruido que no es normal, un ruido que le hace temer que ha sucedido algo grave. Entonces se asoma detrás de un seto y comprueba que hay un hombre tirado en el suelo boca arriba...

Aparece el PRESENTADOR. Lleva pajarita y chaqueta de lentejuelas, el típico presentador de espectáculo de variedades o de velada boxística.

PRESENTADOR: El hombre no se mueve. ¿Es un vagabundo? No, más bien parece como si estuviera... reventado sobre el cemento. En efecto, el hombre parece que está muerto en un charco de sangre, ha caído desde una altura considerable (mira hacia arriba), posiblemente por su propia voluntad, ese detalle de momento todavía se desconoce... Un momento... Este hombre es... (*Se acerca y le mira de cerca*). Se parece a...

URTAİN (sin moverse): ¿Qué he hecho yo para que todo lo que hago sea tan sucio? ¿Soy un asesino?

El PRESENTADOR busca a BIKINI y reclama su presencia para que vuelva a recorrer el ring con un nuevo cartel:

El juego serio



Publicamos por primera vez en España una traducción directa del sueco de una de las grandes novelas de la literatura europea del siglo xx: *El juego serio*. Arvid, un joven ambicioso y bien educado, conoce a Lydia durante unas idílicas vacaciones de verano y se enamora. Su amor perdurará, pero se mantienen separados. El dilema moral de Arvid es la imposibilidad de elegir frente al destino. Así, gracias a un lenguaje preciso y nada retórico, Söderberg crea un suspense psicológico digno de Dostoievski. La ciudad de Estocolmo es una clara protagonista en esta novela. Los detalles de los paisajes en los que se producen los encuentros nos ofrecen un mundo de sensaciones en la capital sueca.

Hjalmar Söderberg (Estocolmo, 1869 - Copenhague, 1941).

Narrador sueco, autor de novelas psicológicas en las que destaca la descripción del Estocolmo de finales del siglo XIX, y que suelen tener como trasfondo pasiones que fueron motivo de escándalo entre los sectores puritanos. Su obra se caracteriza por el pesimismo, la fina ironía y la resignación. La imposibilidad del amor y «la incurable soledad del alma» son sus temas principales. Fue un polemista agudo y un fino observador. Su estilo, sencillo y preciso, está cuidadosamente trabajado; su tono firme y frío reflejó Estocolmo como una capital idílica y tranquila que se iba transformando en gran ciudad moderna.

Título original: *Den allvarsamma leken*

Agradecemos la ayuda de Swedish Arts Council
para la traducción de este libro

© De las ilustraciones: Neila García Salgado
Edición en ebook: junio de 2019

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-17651-68-8

Diseño de colección: Filo Estudio
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada

El juego serio

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Breve nota sobre la traducción

Promoción

Sobre este libro

Sobre Hjalmar Söderberg

Créditos

Contraportada

«La novela abunda en escenas extraordinarias.
Es memorable la del reencuentro
con Lydia en el Hotel Continental, de
una sencillez y delicadeza difícilmente
superables».

JOSÉ MARÍA GUEL BENZU, *Babelia*

Publicamos por primera vez en España una traducción directa del sueco de una de las grandes novelas de la literatura europea del siglo xx: *El juego serio*. Arvid, un joven ambicioso y bien educado, conoce a Lydia durante unas idílicas vacaciones de verano y se enamora. Su amor perdurará, pero se mantienen separados. El dilema moral de Arvid es la imposibilidad de elegir frente al destino. Así, gracias a un lenguaje preciso y nada retórico, Söderberg crea un suspense psicológico digno de Dostoievski.

La ciudad de Estocolmo es una clara protagonista en esta novela. Los detalles de los paisajes en los que se producen los encuentros nos ofrecen un mundo de sensaciones en la capital sueca.





Beckomberga

Stridsberg, Sara

9788417651619

380 Páginas

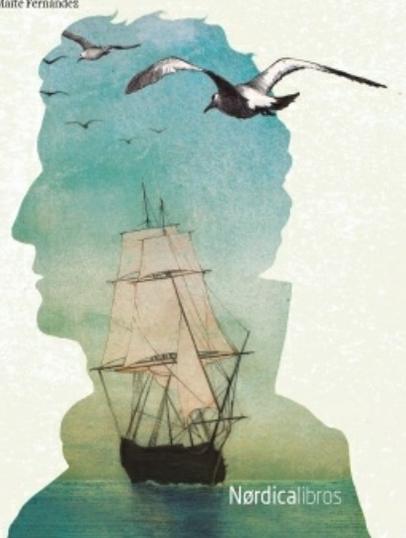
[Cómpralo y empieza a leer](#)

PREMIO DE LITERATURA DE LA UNIÓN EUROPEA 2015 Beckomberga es un hospital psiquiátrico en las afueras de Estocolmo. Cuando Jimmie Darling es admitido en él, su hija, Jackie, comienza a pasar cada vez más tiempo allí. Cuando su madre se va de vacaciones al mar Negro, el hospital se convierte en el mundo de Jackie. El médico a cargo, Edvard Winterson, lleva algunas noches a Jimmie y algunos otros pacientes a grandes fiestas en la ciudad. Nada más entrar en el coche de Edvard descorchan la primera botella de champán en el asiento trasero. "Una noche más allá de los confines del hospital te vuelve humano", dice a sus pacientes. Beckomberga. Oda a mi familia, que recibió el Premio de Literatura de la Unión Europea en 2015, es una novela excepcional. Su autora, Sara Stridsberg, una de las mejores narradoras suecas de su generación. El hospital psiquiátrico, protagonista del libro, está ubicado en un hermoso parque cerca de un lago y adquiere dimensiones casi míticas. "Su franca honestidad y su reconocimiento del valor de los excluidos de la sociedad hacen de este un libro audaz e inteligente que, en definitiva, invita a sacar el mayor provecho de la vida". Alastair Mabbott, The Herald

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Herman Melville
BENITO CERENO

Ilustraciones de
Elena Ferrándiz
Traducción de
Maite Fernández



Benito Cereno

Melville, Herman

9788417651510

184 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una de las novelas más conocidas de Herman Melville es Benito Cereno, publicada en 1855, y basada en la historia real del español Benito Cerreño, de cuyo buque, el Tryal, se apoderaron en 1804 los esclavos que llevaba por aguas del Pacífico rumbo a Lima, donde esperaba venderlos. En un momento histórico en el que los revolucionarios, primero en Estados Unidos y después en Francia, subrayaban el valor absoluto de la libertad, la esclavitud alcanzaba cifras mucho más elevadas que en los siglos precedentes, planteando, sobre todo en América, la paradoja moral de si libertad era también poder comprar, vender y poseer esclavos. Como señaló Jorge Luis Borges, "Benito Cereno sigue suscitando polémicas". Hay quien lo juzga la obra maestra de Melville y una de las obras maestras de la literatura.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Isak Dinesen

EL FESTÍN DE BABETTE

Ilustraciones de
Noemí Villamuza



Nórdica**libros**

El festín de Babette

Dinesen, Isak

9788416440924

120 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un aislado pueblo de pescadores en la costa danesa, la comunidad practica, en el sentido más estricto, los principios religiosos que el pastor ha predicado durante años. Cuando éste muere, sus dos hijas continúan adelante con su obra y su palabra. En 1871, durante la guerra franco-prusiana, una joven francesa encuentra refugio en el austero hogar de las dos hermanas. Su llegada al pueblo representa la aparición del extraño en el paraíso. A pesar de que la joven convive durante catorce años con ellos, los fieles adeptos a la palabra de Dios la consideran un ente ajeno a la gracia divina. Un día, Babette desea agradecer su hospitalidad ofreciéndoles un banquete en honor del difunto padre...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



La bendición de la tierra

Knut Hamsun

Traducción de Kirsti Baggenhan y Asunción Lorenzo



colección mundifox

Neidica libros

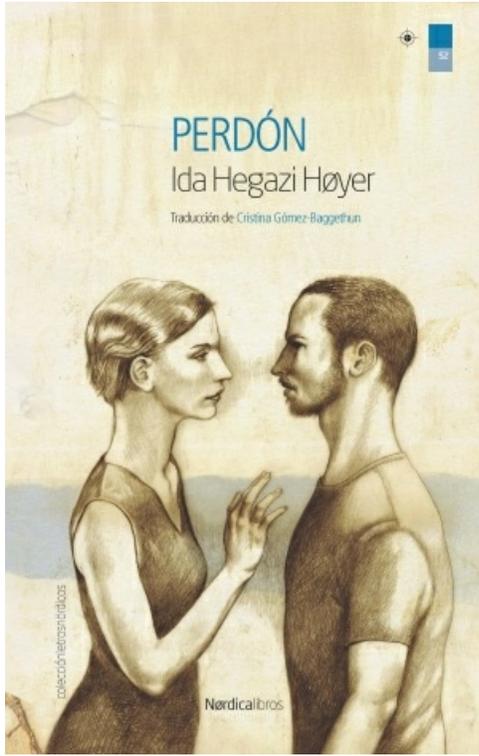
La bendición de la tierra

Hamsun, Knut
9788416440399
380 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Aclamado por Isaac Bashevis Singer como "el padre de la literatura moderna", Knut Hamsun inspiró, de hecho, a autores de la talla de Thomas Mann, Maksim Gorki, Franz Kafka y Hermann Hesse, y se hizo merecedor del Premio Nobel de Literatura en 1920 por *La bendición de la tierra*, "una obra monumental" en palabras de la Academia Sueca. Esta novela, de una insuperable precisión expresiva, narra la historia de Isak, un hombre de campo, grande y fuerte, y de su mujer, Inger. Ambos, con su trabajo y fuerza de voluntad, se abren camino en una tierra que, en principio, les es hostil. Trabajan de sol a sol, cuidan de sus hijos y tratan de hacer lo correcto. Hamsun, en este canto a la vida rural y a esos primeros colonos que, con su esfuerzo, poblaron Noruega, critica el progreso, a la vez que idealiza la vida en contacto con la naturaleza y con esa tierra que, para él, es la base de la fuerza del hombre.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Perdón

Hegazi Høyer, Ida

9788416830428

250 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

PREMIO DE LITERATURA DE LA UNIÓN EUROPEA 2015 Perdón es una intensa novela sobre el amor, el autoengaño y los secretos peligrosos. Dos jóvenes se encuentran y se enamoran a primera vista. Él es un estudiante de Filosofía que impresiona profundamente a la chica por su elaborado discurso intelectual; parece el hombre perfecto. Se trasladan a un pequeño apartamento, y en los días, semanas y meses posteriores no ven a nadie más. Pero empiezan a surgir sentimientos de malestar en la pareja. Pequeños signos, pequeñas rarezas que sugieren que las cosas podrían no ser como parecen... Esta novela, ganadora del Premio de Literatura de la Unión Europea y que consagró a su autora como uno de los jóvenes talentos más prometedores de todo el continente, explora el lado más oscuro de la vida cotidiana, con un realismo que raya en lo onírico y absurdo, y un lenguaje que atrae al lector hacia una atmósfera de sensaciones que vivirá como propias.

[Cómpralo y empieza a leer](#)